

ANTONIO UNGAR

Tres ataúdes blancos

Premio Herralde de Novela



se

Lectulandia

Tres ataúdes blancos es un *thriller* en el que un tipo solitario y antisocial es forzado a suplantar la identidad del líder del partido político de oposición y a vivir todo tipo de aventuras para acabar con el régimen totalitario de un país latinoamericano llamado Miranda. Ese argumento de *thriller* bizarro es, sin embargo, una suerte de estructura vacía, un esqueleto en el que la novela crece, salvaje, impredecible, saliendo a borbotones de la voz del protagonista. Desaforado, desquiciado, hilarante, el narrador usa todas sus palabras para cuestionar, ridiculizar y destruir la realidad (y para reconstruirla de nuevo, desde cero, como nueva). Perseguido sin descanso por el régimen del terror que en Miranda todo lo controla y por los abyectos políticos de su propio bando, solo contra el mundo, el protagonista es finalmente alcanzado y cazado. Su enamorada en cambio consigue huir milagrosamente, y con ella queda viva la esperanza de un nuevo comienzo para la historia.

Tres ataúdes blancos es un texto abierto, polifónico, dispuesto para múltiples lecturas. Puede ser entendido como una sátira feroz de la política en América Latina, como una refinada reflexión acerca de la identidad individual y la suplantación, como una exploración de los límites de la amistad, como un ensayo sobre la fragilidad de lo real, como una historia de amor imposible. Envuelta en un envase de *thriller* fácil de abrir y de leer, llena de humor, esta novela propone sin duda un juego literario complejo y fascinante. La novela que consagra indiscutiblemente a uno de los autores mayores de su generación en lengua española.

Lectulandia

Antonio Ungar

Tres ataúdes blancos

ePub r1.0

Titivillus 24-03-2018

Título original: *Tres ataúdes blancos*
Antonio Ungar, 2010

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El día 8 de noviembre de 2010, un jurado compuesto por Salvador Clotas, Marcos Giralt Torrente, Luis Magrinyà, Vicente Molina Foix y el editor Jorge Herralde, dio a conocer la obra ganadora del XXVIII Premio Herralde de Novela, que resultó ser *Tres ataúdes blancos*, de Antonio Ungar.

Para Zahiye y Karim

ANTES DE EMPEZAR

Una cosa llevó a la otra.

A las siete de la mañana me disponía a ensayar la tercera sonata del maestro Kepis (sublime) cuando se rompió una cuerda de mi contrabajo y emitió al romperse un sonido como el que emiten los gatos vivos cuando se les pisa la cola, fenómeno curioso porque precisamente la cuerda estaba hecha de tripas de gato muerto.

Pasada una hora, a las ocho, papá se negó a comprar el pan para el desayuno a pesar de haberlo hecho muy erguido y muy puntual cada mañana de cada día, cada uno de todos los días contenidos en los últimos cuarenta años. No dijo nada, papá. Solamente se negó, así, sin dar explicaciones.

A las doce, para cerrar la mañana, un joven vestido con camiseta color naranja se acercó a una mesa en la que Pedro Akira comía canelones en salsa napolitana, le dijo al oído dos palabras bien moduladas (*Tome, Malparido*) y disparó tres balas en su cabeza, que fue a dar con ojos muy abiertos al plato de los canelones. A diferencia de los dos primeros eventos, este último, afortunadamente, no sucedió en mi casa.

*

Una cosa llevó a la otra, y ese fue solo el principio. Me refiero a la cabeza descansando en el plato de los canelones. Pesada y quieta y sorda, adherida al cuerpo compacto de Pedro Akira mediante un cuello fuerte y varonil. Inocente de todas las consecuencias que su quietud empezaba a desencadenar afuera del restaurante italiano, en otras cabezas y en otras calles menos secundarias y más primarias. Consecuencias convertidas en acciones que ahora, vistas desde aquí, con la distancia necesaria, parecen hormigas aterrorizadas corriendo unas de otras, hormigas huyendo de sus sombras. Pero eso fue después, cinco horas después del primer evento memorable del día, brevemente descrito ya, de la ruptura de la cuerda de mi contrabajo, que no parece digno de mención pero sí que lo es y ya verá por qué el que esto escucha.

Rota la cuerda, sentado yo en el banco del intérprete como en medio de un planeta sin gente, a las siete y quince de la mañana tuve que asumir que ese día sería distinto. Me acerqué a la ventana, miré un instante el cielo (azul), suspiré como solo yo puedo hacerlo y decidí deslizarme lo más sigilosamente posible por el corredor, procurando pisar solamente las tablas más calladas del entablado para después bajar de puntillas las escaleras y llegar así a un magnífico mueble acristalado, herencia de

mamá, en el que se escondía la dotación de alcohol de la familia. Mi propia dotación de alcohol, quiero decir, siendo papá un abstemio desde 1974 y no habiendo más familia que él y yo en esa casa chata y oscura del barrio La Esmeralda, lugar de esta acción que todavía no se acciona.

Dado lo avanzado de la hora asumí que era necesario cancelar mi exquisita clase, me gusta esa palabra y siempre me ha gustado, exquisita, mi exquisita clase de Arquitectura del Barroco en el también exquisito Departamento de Estudios Generales de la no tan exquisita Universidad Nacional de la República de Miranda. No iría a clase de ocho, quiero decir. La ausencia de la clase en mi día y con ella la ausencia de las pedagógicas diapositivas en las que habría podido ver las fachadas (monumentales) de la plaza Navonna en Roma y la fuente (imponente) de Bernini, toda esa piedra (solidísima) del barroco, todo ese peso de la arquitectura y de la cultura sobre la arquitectura y del aire dentro de la arquitectura, todo eso, una vez imaginado, se desplomó de repente en un agujero negro que desapareció como si nunca hubiera existido, convirtiéndose en un picor en mi garganta seca, en un cosquilleo capaz de mover montañas.

Había llegado la hora de preparar el primer coctel del día. Revolví los cubitos de hielo y el vodka y el azúcar y las hojas de menta sin hacer ningún ruido porque creí que a papá le quedaban todavía (iluso de mí) cuarenta minutos para levantarse y cubrir su erguida y reseca humanidad con la mejor bata de cuadros, calzarse las pantuflas azules y salir como siempre bien ataviado en su traje de combate a comprar el pan del desayuno. Daba yo cuidadosos pasitos por el corredor del segundo piso acompañado de mi segundo vaso de vodka con menta (el primero ya ingerido en delicada contemplación de las plantas del jardín), daba yo cuidadosos pasos con el vaso escondido en el amplísimo bolsillo de la pijama, sin regar ni una gota y con la mano congelada por el hielo pero el cuerpo muy firme, cuando a través del rabillo del ojo derecho mi pupila observó que papá ya no era el mismo.

Giré mi redonda y lúcida cabeza y lo miré con todo el ojo derecho y con todo el izquierdo también, con los dos ojos y con la mano todavía gélida en el bolsillo. Papá ya no era el mismo. No el mismo que siempre había sido a esa misma hora del día. De cualquier día. No estaba de pie frente al espejo ovalado, herencia de mamá, rectificando el cuello de la pijama, no enderezaba los costados de su bata como si fuera la bata de un mafioso de película, no estiraba las mangas ni carraspeaba como un gallo de pelea medio disecado ni tampoco como un señor en bata. Nada de eso. Seguía tendido en la cama, papá. No se movía. Blanco y raquítico, como una escultura de mármol. Ni siquiera se había volteado para mirarme. A mí. A su hijo. A su propio hijo. Estuve a punto de regar el precioso líquido en lugar poco decoroso. Salí del marco de la puerta, saqué como pude el vaso del bolsillo sin regar ni una gota y sin desordenar las hojitas de menta lo llevé a mi cuarto. Lo escondí en el clóset, entre los zapatos. Consternado por la visión de la escultura de mármol pero en control de todas mis facultades, firme, quiero decir, regresé al cuarto de la desgracia. Allí

intenté sin resultados inmediatos sacar a papá de su cama procurando no hacer uso de la fuerza física, a pesar de tratarse de una escultura de mármol, sino únicamente de la fuerza de la voluntad.

Lo mimé con frases persuasivas. Como a un niño. Soltados tres o cuatro versos, papá me miró fijamente con sus ojos grises y cortó de tajo mi mejor melosería diciendo que yo podía hablar todo lo que quisiera, que podía pararme en la cabeza también, que podía desnudarme si no tenía nada mejor que hacer pero que él de ahí no se movía. Y que saliera de su vista. Ya. Que desapareciera.

Desconcierto y desconsuelo y lamentación son palabras que se me vienen a la cabeza (y se me vuelven a ir sin haber cumplido su cometido). Tras un par de segundos de parálisis caminé hasta los pies de la cama, que sostenían los pies de la escultura. Para que pudiera verme bien. Allí puse mis poderosos brazos en jarra y lo mire como solo yo sé mirarlo. Recordándole que era él quien me había traído al mundo, que mis cien kilos de peso eran reales y que también, llegado al caso, podía yo llorar como un cachorro.

Piérdete, me dijo. Estoy meditando.

*

El trozo de mañana acaecido entre ese momento con papá petrificado y aquel que haría cambiar mi destino, para bien de mi familia y de la sociedad en su conjunto, no tuvo nada digno de mención. Solamente una irritante curiosidad, secándome las tripas y carcomiéndolo todo. Curiosidad por saber aquello en lo que estaba pensando papá y por entender el motivo que lo había llevado a echarme fuera de su cuarto y por entender así también qué se le había metido en la cabeza (curiosidad insoportable como una bola de fuego flotando en medio de su cuarto: aparición insólita y de vibrante sonido que amenazaba con incendiar la casa y el barrio entero y la ciudad también de no ser satisfecha).

Así fue pues la mañana. Los dos primeros cocteles de menta en mi cabeza: ¿En qué puede estar pensando, tendido, así, pobrecito él, en la cama? ¿Qué puede ser más importante que yo (su propio hijo)? Quinto coctel: ¿Estará nuestra existencia como familia condenada a una aniquilación total? Y también, contemplando la máquina licuadora en la cocina: ¿Habremos llegado a encallar en un desierto del que ya nada nos moverá (papá en una duna y yo en otra, muy lejana, sin podernos escuchar ya nunca más, por los siglos de los siglos)? Del sexto al octavo coctel la casa entera, vacía, fría, húmeda, metida en mi cabeza. Con sus minúsculos ruiditos y todos sus tornillos. Las montañas de la ciudad mirándome y yo mirándolas de vuelta difícilmente a través de las paredes. Los objetos de mamá intentando hablar sin conseguirlo. La seguridad de que papá ardía en llamas en su cuarto, todavía tendido en la cama, inmune al incendio por ser una blanca escultura de mármol. Y al final, cómo no, la exquisita sensación de haberme convertido en Beethoven sordo.

Siendo ya Beethoven sordo, habiéndome tomado once cocteles, salí al jardín y miré las plantas de papa sabanera que papá tenía sembradas en círculo alrededor de un papayuelo. Imaginé las raíces de las papas entrando en la tierra, bajando, reptando bajo mis pies y amenazando con salir de vuelta arriba y enredarse en mis tobillos. Cerré los ojos y los abrí al cielo, cuyas nubes corrían de izquierda a derecha con admirable disciplina. Inspirado por la visión, decidí que lo mejor sería consagrar mi abundante tiempo libre al deporte. El deporte es salud. Consagré entonces, sin dilación. Flexiones de piernas. Brazos arriba y a los lados. Saltos medidos. Respirar como es debido, por la nariz y por la boca. Y así sucesivamente.

Acabada la extenuante y ejemplar sesión, llegando sin dificultad extrema al cuarto o quinto minuto, fui a lavarme. Subiendo la escalera supe que ya nunca más sería Beethoven sordo ni podría entender la estructura molecular de la chata y oscura casa de mamá en el barrio La Esmeralda, porque otra vez estaba oyendo mis propios pasos. Cuando el agua del lavamanos tocó mis sonrojadas mejillas pensé que así se aclaraban las ideas algunos personajes en las peores películas. Y que funcionaba, en la real realidad, y fue como si en vez de haberme tomado once cocteles de vodka y menta me hubiera tomado ocho o nueve. Feliz por el descubrimiento y orgulloso por la extenuante actividad física, con mi redonda cabeza ya muy limpia, adornada por una discreta sonrisa no carente de inteligencia mordaz, volví a la cocina. Del vasito de cobre con el escudo de La República de Miranda robé algunas monedas para comprar pan. Sobre la pijama roja que realzaba mis elegantes contornos me enfundé la bata del destino, la de repuesto de papá, que colgaba húmeda en las cuerdas del lavadero.

Y fue así como salí. Con la frente muy en alto, orgulloso, decidido como nunca a enfrentar, yo solo, los peores peligros de mi ciudad favorita.

*

Acabadas las tres primeras partes de este *Prólogo con papá*, la historia se acerca por fin al punto de quiebre o momento de tensión o punto de fuga. Al gran evento, quiero decir. Al por ahora inexplicado. Y también a todas sus consecuencias, que irán cayendo sobre los personajes (presentados o desconocidos), una por una, ineludibles, como lluvia de balas tras celebración callejera.

Recapitulemos. Ya sabe el que escucha que muy temprano en la mañana se me dañó un instrumento musical de difícil ejecución y nombre compuesto y que aguanté con estoica paciencia el transcurrir de las horas intuyendo lo peor al ver que mi propio padre no quería ir a comprar el pan y en cambio insistía en hacerse pasar por una enigmática escultura de mármol. Volvamos al lugar de la acción. Hagamos, como si de película cara se tratara, un zoom desde altura de helicóptero sobre la gran ciudad y sobre el barrio La Esmeralda y allí en el barrio observemos la gallarda figura del héroe, del relator-protagonista que acaba de salir, solo y en bata, a enfrentar las calles

infestadas de niños y bicicletas.

Vayamos con el héroe-narrador hasta la tienda del pan, haciendo ahora un primer plano de su ancha espalda intercalado con primerísimos planos de su boca firme y de su frente que brilla bajo el sol. Conmovidos, expresémonos otra vez en pasado, tiempo verbal que sin quitarle lo héroe al héroe es mucho más fácil de usar que el presente. Digamos así que las calles estaban sucias de empaques alimentarios y de desechos animales. Ligeras bolsas de uno o dos colores circulaban solas por los andenes. En el cielo no había nubes de tormenta. Sobre el prado del parque, muy cerca del andén, erguido, astuto, sin parpadear en exceso, marchaba ya el héroe y único narrador autorizado.

De vuelta a mí mismo pensé que de tan sucio el barrio pronto dejaría de llamarse La Esmeralda. Después no pensé nada más. Frente a dos casas que intentaban ser idénticas a la de papá sin conseguirlo (no eran lo suficientemente chatas), dos vecinos lavaban sus minúsculos carros, ataviados con ropas deportivas que ellos creían muy a la moda y que tal vez lo habrían sido en un torneo de lucha grecorromana celebrado a finales de los años setenta. Parecieron no verme, los vecinos demodés, o tal vez se intimidaron por la forma en que las alas de mi bata ondeaban dejando entrever mi corpulencia, porque hicieron como si nada y se concentraron en sus respectivas mangueras. Levanté la barbilla, eché atrás los hombros y pasados varios minutos en esa magnánima postura conseguí entrar por fin a la siempre acogedora tienda del pan.

Detrás del mostrador el señor Jaramillo me miró con la boca abierta, tal vez creyendo equivocadamente que papá se había convertido en mí durante la noche. Estaba a punto de preguntar por el original cuando el televisor, colgado en una esquina bajo el cielorraso, emitió a todo volumen una música chillona que parecía ser militar pero también de discoteca y también de película de ciencia ficción, una música de Anuncio Extra. El señor Jaramillo cogió el control remoto de una repisa y aumentó el volumen del aparato. *Extra. Extra. Extra*, repitió tres veces el locutor más famoso de Miranda con su encantadora voz de desayunar comida para caballo y balas. Extra. Vista la tensa mueca del señor Jaramillo al concentrarse en el televisor, no tuve más remedio que postergar indefinidamente el motivo de mi visita (pan) para dar media vuelta no sin dificultad dada la adiposa textura del suelo. Fui entonces consciente de que en dos de las cuatro mesitas cuadradas del local había no supe cuántos individuos acodados frente a botellas de cerveza tibia. Hice lo que hacían ellos: mirar el televisor en total quietud. Nos regaron con un poco más de esa música insoportable, montada sobre imágenes animadas por computador, como salidas de la cabeza de un robot, hasta que por fin llegó la noticia. Extra.

La que ya conoce el que paciente escucha. Pedro Akira había sido baleado, muy a su pesar, mientras degustaba unos canelones humedecidos con salsa napolitana en el restaurante italiano Forza Garibaldi (fundado en 1967). La tercera cosa importante del día. La chispa que habría de prender la mecha de todas las consecuencias. El Honorable Presidente del Senado de la República Pedro Akira. Abaleado en plena

ingesta. El carismático líder de todos los partidos de la oposición. El recién anunciado candidato presidencial. El adalid de los hambrientos y la única esperanza de los pobres. Todo eso y mucho más. Las imágenes mostraban solamente la fachada del Forza Garibaldi, que tenía un techito colonial de teja de barro plástico a dos aguas y una puerta de hierro pintada de negro. Bajo las ventanas muy amplias del segundo piso, sobre el falso techo colonial, colgaba un letrero metálico con letras blancas, rojas y verdes en el que estaba escrito *Restaurante Forza Garibaldi, a su servicio desde 1967*. Sentí un nudo en la garganta. Lamenté estar tan lejos de mi casa y que el señor Jaramillo no supiera preparar cocteles.

La cámara mostró todo eso y después hizo un zoom-out (*Introducción al Cine*, Departamento de Estudios Generales, U. N. de la República de Miranda), es decir se alejó de la escena mediante el uso de un lente y después de un par de giros acrobáticos acabó posándose cual mosca en la cara de una señorita periodista que estaba ya lista, micrófono en boca, muy tiesa y muy maja. Con pelo largo y liso, blusa blanca muy planchada, pañoleta en tonos pastel alrededor del cuello y falda gris ceñida sobre las caderas. No fue la periodista lo que me aceleró el corazón. No fue eso. Oh conmoción. Oh tragedia. Oh desgracia en sucesivas oleadas negras (y frías) de considerables dimensiones. Pedro Akira. Debatiéndose entre la vida y la muerte en un hospital de nombre ruso, según decía la señorita periodista. Pedro Akira. Único defensor de todos los débiles en la República. Pedro Akira. Su nombre, AKIRA, retumbando como un murciélago vegetariano entre las paredes de mi cráneo. Oh, Pedro Akira, voz de los desposeídos, único firme y capaz de ir en contra de eso (de ese): del omnipotente, del eterno, del casi Innombrable: del Señor Presidente de la República de Miranda (De la República: de Miranda (don Tomás del Pito)).

Anotar. Anotar, el que paciente escucha. Presidente Del Pito: creador del cielo y de la tierra. Y de sus alrededores también. Plenipotenciario dignatario. Supremo líder cuyo nombre debe pronunciarse en voz muy baja o dentro de la cabeza, o no debe pronunciarse en absoluto. Tomar nota, ahora, amable lector, en el margen del libro de no haber más remedio. Tomar nota antes de que este su ventrílocuo fiel regrese como si nada al río turbulento de los acontecimientos, que vaya usted a saber adónde podrá conducirlo. Anotar: Plenipotenciario Dignatario, Señor del Cielo y de la Tierra. Anotarlo en Código Morse Internacional, de ser posible, para evitar molestas consecuencias. Señor Presidente don Tomás del Pito. Patrón y personaje principal es y será, qué remedio queda, él, eso, el innombrable, de la descomunal maratón narrativa que ya comienza.

En el televisor la señorita periodista decía todavía palabras. Pedro Akira seguía teniendo tres tiros en la cabeza. Se debatía todavía entre una vida en contra de Del Pito y el descanso eterno. Una banda plástica amarilla puesta por la policía nacional mantenía a la informadora estrella a distancia suficiente de las variadas delicias de la cocina italiana. Entre la banda y las delicias se veía una confusión de carros de policía, soldados, ambulancias, hombres de gafas negras, arbustos y macetas.

Mientras tanto afuera del televisor, en la luminosa tienda del señor Jaramillo, en pleno corazón del barrio La Esmeralda, los espectadores estábamos mudos. Paralizados. No me volteeé para mirarlos pero pude imaginarlos, a los simpáticos comensales de las mesas cuadradas: ojos muy abiertos y cabeza levantada. Como humildes pastores esperando al redentor. Del otro lado, dentro del televisor, de repente cesó todo ruido también. Hubo un plano a negro. Pensé que volverían a la música cibernético-digestiva y me agarré fuerte a la vitrina en donde se fermentaban dos o tres cruasanes, pero en vez de eso las ondas volvieron a estudio.

Desde estudio un presentador lívido por la conmoción no supo qué hacer, bajó los ojos y otra cámara enfocó a una señorita periodista cuya falda ceñida no se podía ver bajo la barra de las noticias. Ella, la presentadora, sí supo qué hacer. Agachando su oreja derecha sobre el dedo índice de la mano ídem, muy seria, como queriendo decir que recibía órdenes (desde el más allá, desde una nave alienígena tal vez) anunció que volvían con R, el mejor reportero, desde la Clínica Ignatiev. Mi mareo aumentaba. Mi tersa y blanca piel empezó a sudar frío. R era el más veterano de los periodistas de calle y de tan veterano estaba siempre aburrido, hablaba como repasando un resultado deportivo antiguo. Comentó con desgano la hora de ingreso del herido a la clínica, la poca información que habían suministrado los médicos, el silencio de la familia. Casi mascó chicle cuando hizo la lista de las personalidades que habían llegado a visitar a Akira y que se habían quedado con los crespos hechos porque no les había sido permitido el ingreso.

Enumeró a ministros y a viceministros y a senadores que estaban en la puerta de la clínica, pertenecientes todos a los partidos políticos ubicados a la derecha de la izquierda y también a la derecha de la derecha: a todos los partidos del Señor Presidente de la República. Sentí cómo el mareo aumentaba y literalmente me temblaron las rodillas, sublime efecto coreográfico que la bata de papá ayudó a disimular aunque no del todo. Dijo entonces el reportero R que solamente la madre del senador Akira y unos fieles copartidarios estaban dentro del hospital. Y fue entonces cuando tuvieron la ocurrencia los del canal de pasar sin previo aviso a las propagandas. Una punzada me atravesó de cabo a rabo cuando en la pantalla apareció, entre música de película porno, la moderna sede industrial de la nueva fábrica mecanizada superior en cuyas bandas transportadoras circulaban con desparpajo amplia variedad de jamones, salchichas, chorizos, butifarras, morcillas y tocinos.

Supe lo que iba a pasar un instante antes de que pasara. Sentí un súbito dolor de tripas. Me pesaron los párpados, ambos. Antes de que la pequeña boca del señor Jaramillo me pudiera preguntar por la salud de mi santo padre, los individuos de las mesas (hasta ahora humildes pastorcitos) se hicieron reales. Mi pupila derecha los pudo ver por el rabillo de mi ojo respectivo. Vagos profesionales de barrio, adolescentes de más de veinte años. Peligrosos como perros hambrientos. Imaginé una gota de sudor recorriendo mi cuero cabelludo. Uno de ellos, viéndome en trance

de evidente malestar físico y moral, soltó entonces una risa baja, de perro hambriento. Arrastrando el hocico por el suelo pero mirando para otro lado lo dijo, alto y claro:

Quéee va a estar muerto Akira, esa gonorrea.

Las ratas no se mueren.

Mírelo, aquí está el pirobo ese:

en bata de cuadros y comprando desayuno a la una de la tarde.

Hablaba de mí. No fue la ira ni fue el intenso dolor ni el mareo ni la vergüenza ni el ablandamiento del bajo vientre ni el efecto del alcohol de los once vodkas con menta ni el exceso de deporte ni la propaganda de embutidos ni la textura del piso ni el fermento de los cruasanes ni el efecto sonoro de las carcajadas como cachetadas en mis saludables mejillas. No fue nada de eso y ya va siendo hora de contar qué fue lo que me fulminó o si no el que paciente escucha se irá también, dejándome aquí mucho más solo. Pasó que el mundo se me hizo oscuro. Ancho y ajeno. No supe en dónde estaba arriba y en dónde abajo, quiero decir. Mis virtuosas manos de concertista no pudieron tenerme agarrado a la vitrina de los cruasanes y, llevándome conmigo una canasta de empanadas y todos los jugos de papaya ya servidos, me desplomé no sin cierto garbo al suelo, acompañado fielmente por todas y cada una de mis tripas.

*

Antes de abrir los ojos pude sentir sobre mis pálidas mejillas una brisa de olor más bien perfumado. Estuve a punto de no abrirlos y de quedarme ahí tendido hasta que un alma caritativa de género femenino en uniforme completamente blanco y planchado viniera por el parque manejando una máquina retroexcavadora y metiera la gran pala (limpia de toda suciedad, nueva) en el local del señor Jaramillo, destrozando mesas y vitrinas, para sacarme de allí como a un bebé y llevarme izado por las calles del barrio, débil pero victorioso, abriendo los ojos lentamente y saludando magnánimo desde lo alto a los vecinos conmovidos, que agitarían pañuelos, hasta acabar depositado a través de la ventana abierta en mi mullida cama con cubrelecho de terciopelo color bermellón.

Nada de eso pasó, claro. El olor de la brisa que acompañaba mi agonía se hizo cada vez más insoportable y en todo caso ya estaba yo bien despierto: si no quería seguir aguantando a perpetuidad la fetidez tendría que abrir pronto mis clarividentes ojos negros a la luz del mundo (y de Miranda) allí mismo, en el suelo de la infecta tienda del señor Jaramillo. Lo hice. Los abrí. Inmediatamente entendí por qué el mundo no olía a una rosa. El señor Jaramillo me miraba desconcertado blandiendo todavía una inmensa tapa para cubrir la olla de unos tamales cuya fogosa ebullición

todavía hacía las veces de música ambiente. Intenté levantarme pero no pude. Pensé que me había quedado pegado a la blanda superficie del suelo y que para ser libre tendría que dejar allí la bata de papá, que acabaría incorporada al linóleo y sería confundida al principio con un tapete de cuadros y después, mimetizada con el suelo, olvidada.

El señor Jaramillo, sudando por el esfuerzo paramédico, puso la tapa sobre el mostrador y se disponía a ayudarme cuando vi que desde la puerta dos mujeres de unos cuarenta años, envueltas en sendas sudaderas rosadas, con bolsas en las manos, me miraban con repulsión. Mi orgullo pudo más que mi mareo y, tras balancearme en una complicada posición triangular y rechazar dos veces la ayuda del señor Jaramillo, pasé a recostar la frente en un mostrador y a ponerme en cuatro patas y después caí de rodillas y finalmente conseguí volver a mi estado natural. Erguido, firme. Los individuos de las mesas estaban esperando para ladrar otra vez. Como si nada hubiera pasado y rezando mentalmente para que nada más pasara, conseguí salir del aprieto. Levantando mucho la barbilla, estirando el cuello, renací de mis cenizas como el ave.

El señor Jaramillo empezó una frase con *Pero...* y ahí la dejó porque yo ya iba por la puerta mirando de arriba abajo a las ridículas mujeres rosadas y dándoles la espalda para enfrenar solo y con el ceño fruncido la selva de cemento, que parecía dormida. No hubo incidentes dignos de mención en el camino de regreso al hogar paterno. La selva siguió dormida o haciéndose. A punto de cruzar la última calle miré a lo lejos nuestro antejardín primoroso: los abetos perfectamente podados y las rosas cuidadas con milimétrico encono, la banquita inútil, la valla blanca que parecía hacerme guiños. Gritos de niños llamaron entonces mi atención desde el parque, a mis espaldas. Giré sobre mi humanidad y los vi, a una distancia suficiente. Jugaban, mostrando mucho los dientes, a darse firmes palazos en la cabeza, unos a otros (¿por qué no estaban en el colegio?, ¿por qué no en la imaginación?, ¿qué hacían ahí?). Gritaban palabrotas. Gruñían. Ocasionalmente tomaban impulso para lanzarse patadas voladoras a la altura de las orejas.

Viéndolos me temblaron las rodillas de nuevo. Tuve que aminorar el paso hasta detenerme por completo y sentir una gota (una tras otra, un riachuelo) de sudor frío bajándose por la espalda y desapareciendo, allá abajo. De alguna extraña manera mi redonda y lúcida cabeza había conectado esa imagen de salvaje inocencia animal con la imagen de otra cabeza, la de Pedro Akira, hundida a ojo abierto en una montaña de canelones (había decidido yo que eran canelones, una montaña, y ya nada ni nadie me haría cambiar de opinión). Su pelo muy negro apelmazado por la sangre que bajaba lentamente haciendo un recodo detrás de las orejas y que caía finalmente sobre la pasta, mejorando la salsa en consistencia y color, aunque no siempre en sabor. Esa imagen, vista y no vista, ahí, parado en medio de la calle, hizo que el pulso se me agitara y que las piernas me flaquearan. Corrí de nuevo el riesgo de que se me doblaran al unísono las dos rodillas, tirándome al rudo pavimento, condenándome a una muerte más que segura bajo los pesados palos de las criaturas.

Pude recomponerme a tiempo sin embargo. Gracias a mi inmejorable condición física. A mi disciplina atlética y a mis reflejos, quiero decir. Inhalé. Exhalé. Puse mucho cuidado en las haches intermedias. Fui fuerte. A punto de quebrarme y desparramarme por el suelo atravesé la calle en diagonal, muy rápido, como si sobre mí se cerniera, muy arriba en el cielo, la sombra oscura de La Muerte o de un pájaro de considerable tamaño. Huyendo de esa sombra como el jorobado del Notre Dame pero sin catedral y de día, pude refugiarme por fin en el alero de la casa chata de mi mamá, recostarme contra su puerta. Temblando saqué las llaves del bolsillo y cuando la chapa cedió, cedí yo también. Caí con todo mi peso desvanecido sobre la alfombra de la casa, como una princesa. Llevándome por delante los adornitos de cobre de una mesa y las carpetas y un jarrón. Creí que papá escucharía y bajaría a rescatar a su hijo abandonado. Creí que acabaríamos los dos sentados en la mesa redonda de la cocina, encontrando el orden perdido de la mañana, fortaleciendo los refundidos cimientos de la armonía familiar. Protagonizando para la posteridad una escena de viril entereza moral no exenta de ternura y adornada con visos dramáticos en forma de rayos de sol entrando por las infectas claraboyas de la cocina. Pero nada de eso pasó, tampoco.

Estuve tirado sobre la alfombra no sé cuánto tiempo. Tanto que me alcanzó para cerrar la puerta con un pie y para ensayar la cara de desmayo que debía ponerle a papá cuando bajara por la escalera. Sonriendo plácidamente imaginé que de resultar convincente mi muesa, antes de la memorable escena que llevaría por título *Dos hombres en una cocina*, habría otra escena dotada de una fuerza trágica sin igual que me devolvería por fin el amor perdido de mi padre (del que tanto estaba necesitando, tendido en esa alfombra, respirando polvo). En la escena faltante, que podría llamarse simplemente *Justicia*, mi padre correría escaleras abajo con el corazón sobresaltado, se arrodillaría a mi lado, pondría mi cabeza sobre sus rodillas y con la mano izquierda sobre mi pálida frente me miraría un instante con inconmensurable amor y aguantaría una lágrima antes de levantar el puño derecho para increpar con un grito desgarrado a los cielos por todo lo que me habían hecho. Por todo. Exigiendo justicia.

La segunda escena tampoco sucedió: no hubo más que silencio y diminutas partículas de alfombra flotando frente a mis ojos abiertos como si pudieran verme antes de meterse curiosas a recorrer las grutas de mi nariz. Era evidente que papá no bajaría mientras estuviera yo ahí tendido. Cuando no me quedó más remedio, me levanté sin ningún problema, en un segundo, como si bajo la fría penumbra del hogar todo fuera más liviano y más fácil. Reflejado en el vidrio que cubría la imagen de unas odaliscas en trance y jolgorio pintadas en colores pastel (herencia de mamá), me alisé la bata de cuadros y me peiné la abundante cabellera de derecha a izquierda, cubriendo así esta mi redonda y brillante cabeza. Estuve listo. Empecé el ascenso y carraspeé un poco advirtiéndole a papá que había llegado, para que me esperara con los brazos abiertos, para poder contarle los motivos de salud que me habían impedido comprar el pan de la mañana. Para repetirle los terribles hechos narrados por el televisor en la tienda del señor Jaramillo.

Estaría en su estudio, papá, armando sus avioncitos a escala o repasando el orden de su colección de estampillas o podando sus bonsáis. Estaría sujetando unas pinzas diminutas y una lupa, ya impaciente por la falta de pan. Ay, mi pobre y decrepito sabio. Yo lo miraría con la ternura que se le prodiga a un hijo o a un decrepito sabio o a un perro no muy grande: con la ternura que solo se le prodiga a un padre. Llegando al último escalón del segundo piso carraspeé de nuevo.

*

El estudio estaba vacío. Sin detenerme a medir las consecuencias seguí por el corredor y (oh fatalidad en forma de finísima escultura de mármol) papá seguía tendido en la cama. Una tensa calma se apoderó de casi todos mis nervios. Lo observé como si el tiempo ya diera lo mismo y estuviéramos los dos en un futuro remoto, más allá del tiempo, con el mundo ya acabado y como si solamente hubiera eso: él tendido en la cama con media espalda en el espaldar de madera y una rodilla levantada y la mirada de mármol dirigida en el ventanal, y yo de pie, de mármol también, del otro lado de la cama, en el corredor, sin ideas, mirándolo.

Hubo un largo silencio entre los dos.

Le dispararon a Akira, me dijo por fin, sin voltear la cabeza. Yo seguí callado. El tiempo poco a poco se puso a andar de nuevo. Pasados dos o tres segundos nos convertimos otra vez en seres de carne y hueso (seres humanos) gracias a la sangre regada de Pedro Akira. Respiramos el frío de la casa. Afuera, en un hospital, estaba el adalid de los pobres medio desangrado o desangrado del todo, medio vivo o medio muerto o muy muerto, con su adusto perfil tendido en una camilla blanca, rodeado de mujeres de variados tamaños que estarían llorando seguramente en su honor, en el del gran Pedro Akira, desgarradas. Akira, convertido en Akira abaleado y posiblemente mártir, nos hizo más tristes. Y nos condenó a mirarnos. Así, mirando sus desordenados y blancuzcos pelos, caí en cuenta de que papá, la escultura de mármol, no podía saberlo, lo de Akira y los canelones. ¿Cómo podía saberlo él si todavía no había salido de su cama blanca y si el televisor no funcionaba desde los terribles aguaceros de 1989? ¿Poderes telepáticos? ¿Comunicación directa con la divinidad? ¿Intuición a prueba de tiempo y espacio?

Radio de pilas. El viejo radio de pilas, que solo aparecía cuando en la tienda algún vecino informaba de un evento que según la prensa escrita o televisada era fundamental para la Historia Patria. Había aparecido en manos de papá el radiecito, si mal no recuerdo, con motivo de los siguientes magnos sucesos:

1. Asesinato de candidato presidencial de la oposición, 1989.
2. Empate del equipo de fútbol, 1990.
3. Asesinato de candidato presidencial de la oposición, 1990.

4. Primer puesto en una etapa ciclista, 1990.
5. Asesinato de candidato presidencial de la oposición, 1990.
6. Segundo puesto panamericano en tiro con jabalina, 1991.
7. Asesinato de candidato presidencial monárquico, 1995.
8. Mejor traje típico en reinado universal de la belleza, 2002.
9. Falsa alarma por venida de un papa, 2008.

Los vecinos daban la alarma y papá sacaba el radiecito alemán de pilas. Así se manifestaba La Historia con mayúsculas en nuestra casa chata. Esta vez sin embargo no vi la cajita negra ni la antena que llegaba al cielorraso. Tal vez lo escondía bajo la cama o tal vez realmente la transformación de papá en escultura parlante incluía la adquisición de poderes telepáticos y ya no necesitaba de las ondas de radio para saberlo todo, y entonces estaba siguiendo en ese momento cada una de mis ideas desde el frío mármol de su cabeza. Recé para no estar en lo cierto. Él no pareció reírse. Parado en el corredor, mirando el entablado con énfasis, estuve a punto de empezar a narrarle de forma oral y elegante mis desventuras. Me detuve a tiempo. Observé detenidamente la escultura. Seguía mirando por la ventana, muy serio. Silencio era lo único que quería. Y tenía razón en quererlo, en esa penumbra fría que nos contenía a los dos. Parecía ser lo único capaz de curarnos. El silencio. Lo único capaz de salvarnos de ese mundo que ahora se nos estaba haciendo triste y extraño.

Abatido y sin decir palabra caminé hasta mi cama. Me tendí sobre el cubrelecho bermellón. La casa se enfrió un poco más y pensé que el estar tendido hace imposible el desplomarse. No oí ninguna carcajada.

*

Fortalecido por las sombras en mi cuarto, armado de valor, me dediqué a repasar lo que había sucedido por la mañana hasta llegar al instante de la noticia en la televisión. Revisé los últimos segundos antes del desmayo, los olores, los sonidos, la noticia saliendo del televisor como una mano que trataba de arrancarme el corazón. Y llegué por fin a la frase soltada por los vagos del barrio. Algo como *Akira no está muerto. Las ratas no se mueren. Está aquí mismo. Este es Akira: está en bata y comprando el desayuno a la una de la tarde*. Algo así pero más fluido. Al recordarlo me invadió el pánico, en su nuevo y cómodo empaque de hormigueo en el pecho y frío en las extremidades inferiores, que amenazaron de nuevo con quedarse dormidas.

Ahí, en esa increpación que nuestro gallardo héroe recibió en la tienda del señor Jaramillo como quien recibe una cachetada o un escupitajo, en ese chiste sorpresa soltado por un adolescente muy crecido, estaba la clave de mi desgracia y estaba también escondido el que sería el cuarto evento relevante del día. Como un pulpo muerto lanzado sobre mi cara, el insulto escondía, aunque no demasiado, la verdad

hasta ahora innombrable, la que desencadenará muy pronto la acción a narrar, la que ya casi será nombrada sin tapujos, a petición del amable público. No era yo Pedro Akira, por supuesto, como el individuo había afirmado en su insulto. No soy Pedro Akira. Y sin embargo (oh suma desgracia en sí menor) la escena del insulto demostraba que el aterrador parecido físico entre el héroe de la República y el héroe-narrador de La Esmeralda podía ser percibido incluso por un completo desconocido. La calma del que narra respecto a la sorprendente coincidencia anatómica entre los dos, entre Akira y yo, había estado cimentada durante años y hasta el momento del desmayo en la creencia de que solamente los amigos más cercanos (papá) eran capaces de notar el parecido.

La vana esperanza se había derrumbado ahora en un segundo, arrastrando con ella al linóleo mis casi cien kilos de gallardía. Aun de perfil y en una tienda oscura me parecía mucho al gran Pedro Akira. El insulto del desconocido lo demostraba, las carcajadas de los demás decían que el agresor no era el único en percibirlo.

*

Sin mover un músculo, tendido en mi mullido cubrelecho, sentí que el mundo daba vueltas más despacio. Que el tiempo no quería pasar. Miré el cielorraso erizado de calcomanías como estrellas. Se empañaban y se desempañaban por el delicioso llanto que venía y se iba. Entre Pedro Akira, el candidato herido, y este su servidor siempre había habido algo parecido a un espejo de feria. Él siempre había estado frente al espejo, yo siempre había sido la imagen distorsionada. Un dios menor había decidido mandarme a este valle de lágrimas encarnado en torcido reflejo, creyendo enseñarme así una invaluable moraleja (de difícil interpretación). Había sido él, Akira, algo así como un ser superior de cuya existencia había dependido enteramente la mía. A los diecinueve años Akira había sido concejal de la metrópoli de la acción, representando a los estudiantes universitarios, entre los que (él no podía saberlo) estaba yo (el reflejo). Después había sido alcalde de una de las nueve zonas de la urbe, a los veintiún años, sin respaldo de partido político alguno y con la mayor votación de la historia.

Después había escalado a senador, por un partido nuevo que se había inventado. Y después a senador reelegido con los votos de tres partidos independientes, que decidieron respaldarlo a pesar de las previsibles rabietas de plomo del ya para entonces tres veces reelegido Presidente de la República don Tomás del Pito. Pronto Akira sería también presidente del senado, cargo que en la República no sirve para nada distinto que para infundir miedo, pero que en este caso había servido también para conseguir bajo su mando la tan ansiada unión de todos los partidos de oposición (al Presidente). Por último, con solo treinta y tres años, hacía pocos meses, la imagen original y sin distorsiones de Pedro Akira había decidido hacerse candidato presidencial. Único candidato, contra un Presidente ya reelegido cuatro veces para un

total de cinco mandatos o, lo que es lo mismo, uno que llevaba veinte años en el poder (cuatro de ellos por persona interpuesta, todo será explicado a su debido tiempo).

Seguramente había sido esta última decisión de Akira, la de ser candidato contra el ganador, la que había inspirado en una mente creativa del Gobierno Nacional el regalo de los tres balazos a quemarropa sobre el plato rebosante de salsa napolitana. En el momento del atentado Pedro Akira ya estaba enfrentado en solitario al omnipotente y a todo su poder. Al capo di tutti i capi. Al mayor de los enanos. Al diminuto presidente Del Pito (reptil humanoide, tenebroso regidor y rey: minúsculo y vitalicio presidente de mi bienamada República de Miranda). A todo eso y a las impredecibles consecuencias de todo eso le estaba plantando cara mi gemelo no biológico cuando sonaron en el restaurante Forza Garibaldi los tres disparos que él ya no pudo oír. Solamente diré que son (que eran) una misma cara la suya y la mía. Una misma hasta que la suya quedó muy untada de salsa. Una misma también cuando esa cara y el cuerpo adyacente se lanzaron a escandalizar a la República entera con revelaciones espectaculares. Documentos secretos, contratos, casetes, videos que demostraban la participación del Pitismo en pleno (Concejales, Representantes, Senadores, Alcaldes, Gobernadores, Ministros, Embajadores y Vicepresidente) en la configuración y financiación de los temibles Escuadrones de la Muerte de extrema derecha: ejércitos privados encargados de cuidar y expandir las tierras de narcotraficantes y políticos.

En el momento del atentado Akira llevaba varias semanas demostrando cómo desde el primer mandato de Del Pito, y desde antes también, los principales miembros de su partido habían estado asociados con los principales narcotraficantes titulares y con sus testaferros y con sus Escuadrones de la Muerte también. Demostrado estaba quedando que los miembros más prominentes del partido del presidente Del Pito habían dedicado sus demasiados años en el gobierno a llevar democráticamente la muerte y la desolación a todos y a cada uno de los rincones de la intrincada geografía nacional. Cada revelación de Akira era más espectacular que la anterior y cada semana se acercaba más al cuerpo bendito del supremo líder. Mientras mi humanidad en lágrimas intentaba calmarse tendida sobre mullido cubrelecho de terciopelo rojo, mientras aceptaba que a ojos de multitudes imaginarias yo no era más que un deforme reflejo del inmenso Pedro Akira (mientras me limpiaba los mocos), acepté el mejor de mis temores: supe que lo único que podría garantizar mi permanencia en el complejo mundo de la materia era la supervivencia, contra todo pronóstico, del candidato presidencial independiente Pedro Akira, abaleado hacía pocas horas.

Me limpié la nariz con una esquina del cubrelecho. Miré la primorosa disposición de estrellas artificiales en el cielorraso. Temblando rogué a los dioses principales para que el gran Pedro Akira se salvara. No escuché respuesta alguna.

*

Sin previo aviso papá dejó de ser el Cristo de la Piedad de Miguel Ángel. Apareció frente a mi cama, enmarcado por el vano de la puerta, con las manos temblorosas puestas en los costados de sus calzoncillos, mirándome muy serio. Supe que sabía exactamente lo que pasaba por mi cabeza. Soltó sin preludios lo que tenía que decirme: *Si creías que Pedro Akira iba a vivir eternamente para que así tú pudieras justificar toda tu vagabundería, estabas muy equivocado, José Cantoná.* Sin esperar mi respuesta y sin fijarse en mis ojos hinchados por el llanto, remató con *No se ha muerto, no. No te pongas a chillar todavía. No se ha muerto pero nadie sobrevive a tres tiros en la cabeza, así es que vete preparando para ser alguien en la vida. Y vístete, porque en esta casa no hay pan.* Estuve a punto de replicarle que ya era alguien en la vida, yo. Que siempre lo había sido. Un ser complejo. Brillante por dentro y por fuera. Robusto pero sutil, uno que siempre había sabido hacia dónde ir.

Quise también decirle (procurando no mirar sus costillas para no correr el riesgo de ahogarme en mis propias carcajadas) que mi existencia y la de ese tipo idéntico a mí no tenían ninguna conexión. Que no sabía de qué me hablaba. Y que no tenía ningún sentido salir a comprar pan a las ocho y media de la noche. Pero decidí no decirle nada. Dejarlo que se arrastrara por el corredor de vuelta a su cama, en donde podría dedicarse de nuevo a ser una blanca escultura y nada más. Me senté, henchido de amor propio. Me puse los pantalones sin calzoncillos. Fui al baño, me eché agua en la cabeza. Vi mi cara lavada en el espejo. La misma de Pedro Akira pero sin el fuego de sus ojos, sin su furia triunfadora. Decidí cerrarlos. Los ojos. Los míos. Dentro de mi cabeza vi nubes negras recorriendo un cielo también negro, a gran velocidad. Premoniciones moviéndose dentro de premoniciones como animales dentro de animales. Abrí los ojos y la realidad seguía ahí.

*

¿Serían realmente canelones? ¿Espaguetis? ¿Fetucini? ¿Tagliatelle? ¿Una lasaña mixta de carne y pollo con salsa napolitana y abundante queso de ricota? ¿Y qué tal si en un arranque de originalidad Akira había preferido para su última cena una milanesa o una pizza individual o un pescado a la napolitana? ¿Existen los pescados a la napolitana? ¿Importa acaso? ¿Importa saber si la cabeza de ojos abiertos del prohombre se hundió mullidamente en una montaña de pasta, sin hacer sonido alguno, o si en cambio produjo un sonido como el de una cachetada al caer sobre la abundante salsa de los canelones, o si en cambio se dio un golpe seco en la frente sobre una pizza de masa delgada? ¿Importa saber si todavía no había llegado Akira al plato fuerte y entonces tal vez estaba comiéndose un carpaccio, carne de vaca cruda

estirada a pisotones y cocinada en el ácido de un limón, eventualidad que, además de las incomodidades causadas por los tres disparos calibre nueve milímetros en la cabeza, le habría causado también a Akira rotura de nariz porque no hay carpaccio que aguante el peso de una cabeza? ¿Son necesarios acaso esos detalles?

No. No lo son. Recorrí la casa buscando mis llaves para poder salir. Busqué también mi chaqueta más seria. Mientras salía imaginé los titulares del predecible noticiero televisado de la noche. Con música robótica y ladridos de narrador ultramacho.

–A las doce de esta mañana un sicario disparó tres veces sobre la humanidad del candidato presidencial Pedro Akira.

–Su cuerpo fue llevado de inmediato a la Clínica Ignatiev, en donde amigos y familiares esperan pacientemente la opinión de los médicos.

–En esta edición veremos un breve resumen de la fulgurante carrera política de Akira.

–Y de las controvertidas estrategias de su ascenso.

–Pasando a otras noticias, esta tarde el Presidente de la República inauguró un acueducto en Culimundí.

–El vicepresidente, enfático, se hizo la liposucción.

Así sería el noticiero televisado de la noche. O algo parecido. Dejarían hablar seguramente al dueño del restaurante, quien describiría en detalle la escena del magnicidio y revelaría, si una cantidad industrial de suerte se pusiera de mi parte, nuestro enigma gastronómico-forense.

Mientras me acercaba a la puerta planeé atravesar el parque, para cortar camino: posar mis ligeros pasos sobre los prados ondulados que a esa hora, rogué a los dioses, estarían por fin libres de adolescentes de más de veinte años y de niños cargando pesados palos justicieros. Antes de exponerme a los no siempre benéficos rayos de la luna consideré oportuno servirme un pequeño coctel que por arte de magia se convirtió en tres pequeños cocteles. Cáscara de naranja y ron, vodka, hojas de romero, una pizca de pimienta. Sintiendo ya calor de hogar en mi cabeza, como si yo mismo me estuviera abrazando aunque no lo hacía, casi a las nueve, di los primeros pasos en la selva de cemento. Parecía estar dormida, la selva, aunque nunca había que fiarse del todo. El cemento se agotó a los diez o doce pasos. Sobre el parque flotaba una bruma bajita, como de película de terror norteamericana: como si varios muertos vivientes estuvieran a punto de desenterrarse con esfuerzo para salir mostrando armonioso conjunto de ropa y llagas.

Atravesé en diagonal las canchas de fútbol. Cuando ya empezaba a acostumbrarme a la oscuridad, un poco más relajado, pensé en lo cerca que había estado de conocer al verdadero Pedro Akira, de estrechar su mano. Pero no lo conocí. No se la estreché. Había perdido mi oportunidad: si se lo hubiera pedido, un

compañero del colegio cuyo nombre no quise recordar me lo habría presentado. Y entonces, sin importarme el hecho de estar en medio del parque desierto a tan altas horas de la noche, rememoré la pequeña escena de otros tiempos. La fiesta de los diez años de graduados del colegio. Los contenedores de basura me honraron con sus fragancias mestizas y seguramente por efecto de esa aromaterapia de repente se me aparecieron todos los detalles de esa fiesta. Como si acabara de suceder. Yo había estado recostado en el mejor sofá de la casa, mirando nada más, como en todas las fiestas. Cuando el viejo compañero de pupitre había aparecido yo ya era observado con desconfianza por algunas damas y era pisado sistemáticamente por los caballeros que se tambaleaban en dirección al baño. Estaba muy dispuesto a escuchar a cualquiera que quisiera hablarme. Él, mi ex compañero de pupitre, ya borracho, me había visto de lejos y había decidido instalarse en el sofá para hacerme compañía. Se había sentado sabiendo que ya no se podría levantar más, me había palmeado el hombro con una gran sonrisa, recordándome cuánto se parecía mi cara a esa otra cara, a la de Pedro Akira, aunque no pudiera él recordar mi nombre de pila.

Lo conocía. A Pedro Akira, mi compañero de pupitre. Había sido alumno suyo en la carrera de derecho, en una universidad privada. Con la honestidad empujada por el whisky, el borracho me contó entonces toda la verdad. Akira había ido a su universidad a dar una charla para su campaña al Concejo y él se había acercado al final para decirle cuánto lo admiraba. Desde ese día le había estado siguiendo todos los pasos. Se había cambiado de universidad solamente para ser su alumno. Pronto se había convertido en su asistente. *Es el mejor de todos los profesores que he tenido en la vida*, dijo. *El mejor*, repitió. *El mejor*, concluyó. *Aunque tenía casi la misma edad que nosotros, sus alumnos*, me susurró al oído, con un ojo vigilando una ventana. Alejándose otra vez y sentándose tan recto como una baronesa inglesa en un caballo, remató: *Es un genio. Un geeeenoio. Y yo fui su mejor alumno*, agregó, adoptando gesto grave y mirándose las manos como si allí estuvieran las riendas del sofá. Lo miré con detenimiento: tenía un bléiser demasiado elegante para la ocasión, tenía el pelo peinado con gomina hacia atrás y la piel demasiado blanca, usaba foulard. Parecía el asistente de un político de derechas. Mi cabeza me trajo, diligente, recuerdos del colegio. En el colegio el borracho siempre había hablado del club, de sus caballos, de las islas del Caribe. Ninguna persona que asistiera a mi colegio podía pagarse ninguna de esas cosas, tampoco él, pero nadie en mi colegio le hacía caso a un imbécil de ese tamaño.

Resumiendo lo dicho en la fiesta remota: durante los siete u ocho años transcurridos desde que mi ex compañero de pupitre había sido alumno y asistente de Akira, la relación entre los dos se había estrechado. Había sido su secretario privado. Después su asesor en el Concejo. Luego el jefe de su campaña en la zona metropolitana. Su director de prensa, cuando Akira fue elegido alcalde local. Y después su asesor de comunicaciones e imagen. *E-I-má-gemn*, terminó diciendo mi excompañero, ya borracho, soltando un hipo de caricatura y dedicándose a la

contemplación trascendental de una lámpara. Después de dos minutos pronunció muy bajo, emergiendo de su meditación, algo que sonó como *Eimammyién*. Y volvió a su sabio silencio. Yo escuché toda la historia, de principio a fin, sabiendo de antemano que no sería capaz de pedirle al borracho lo que yo quería. Lo que las más sabias entre mis tripas pedían también: que me lo dejara conocer, al adalid. Que me lo dejara tocar, que me lo dejara oler. Saborear también, si era legal. Que me permitiera saber si Pedro Akira era realmente el hombre más carismático de toda la República. Si era la voz de todos sus pobres. Si era idéntico a mí o mejor. Pero no había sucedido. Yo no había conocido a Akira, ya lo sabe el que escucha.

En la siguiente reunión de exalumnos, convocada para dos años más tarde por algún descerebrado, mi antiguo compañero de pupitre, muy elegante otra vez, elegante como los elegantes de las telenovelas, ya bastante borracho, se pasó más de una hora contándome detalles nuevos acerca de la vida de Pedro Akira. Yo no dije nada que revelara mi desesperada ansiedad por saberlo todo. *No es casado*, dijo mi amigo. *Ssse casó y todo eso pero la dejjó a la esposa porque lo único que le interesa a Pedro Akira es el bienestar de los pobbres*, dijo. *De todos los pobbres. Duerme tres o cuatro horas porrr la noche para poderse dedicar las demás a combatir la injusticia. Sus amores sshon tres: su hermana, Miranda y los pobres*. Pensé que dicho eso iba a mirarme unos segundos a los ojos con esa seriedad oscura que tenía en la cara: que lentamente esa seriedad se iría deshaciendo hasta acabar en un acceso de risa rematado por una larga carcajada de conde Drácula bajo cielo de Transilvania.

Pero no. No era broma. Era en serio, lo del insomnio y lo de los amores de Akira también. Siguió tomando whisky como si fuera agua, mi excompañero. *Dedica todo el tiempo a hacer campaña entre los pobbres de todo el país. Lo adoran en toddds los pueblos. Y en tudas las capitales. Y en todos los corregimientos. Y en las intendtencias. Y lo respetan en el Congreso. Mucho. Mmmutchio. Todos. Hasta sus enemigos a muerte lo rrrespetan*. Yo asentí severo. A esa y a otras imbecilidades que profirió el excompañero, quien para la ocasión tenía otra vez el pelo engominado e iba vestido con camisa rosada de caballito en el bolsillo y cuello duro, pantalón azul con sutiles rayas blancas verticales y zapatos de cuero. Había llegado a la fiesta con una muchachita que debía tener unos veinte años y que parecía modelo. Entraron cogidos de la mano, él la acomodó en una silla, le dio un vaso de gaseosa y no le volvió a dirigir la palabra. El enigma de cómo hacía él para beber tanto sin caer de bruces se resolvió esa misma noche. En una de sus múltiples visitas al baño regresó más lúcido, menos borracho y con una de las aletas de la nariz pintada de blanco.

Fue así como transcurrió toda la noche de la segunda fiesta, para desgracia de su narrador de confianza. Mi ex vecino de pupitre intoxicándose a grandes velocidades mientras describía actividades, citaba frases célebres, enumeraba cualidades, se quedaba cada vez más tiempo dormido sobre las teclas de las letras N y R y H (que no suena). *Serrá sinm lugar a dudas el prhhróximo prrehhsidente. El prróximo prreshhhidente*, repitió en tono de pregunta, con ojos alarmados que buscaban la

reacción de los míos. Después hizo un silencio en el que su tronco giró circunvalando su cintura como en un ejercicio de yoga, mientras su cerebro seguía buceando en aceite vegetal. Se detuvo. *El prllóximó*. Se quedó mirando al infinito, que se le presentó en forma de gorda bailando sola, y dijo muy solemne: *Si eshh que nmoo lo matan, clarrho*. Con ojos como huevos fritos, lo dijo.

Shi no lo mattan, repitió, y ahí se quedó. Quieto muy quieto durante un par de horas. Disecado. Más tarde, esa misma noche, se acercó al rincón desde donde yo observaba las danzas rituales de nuestra República ancestral. Tambaleándose con un vaso lleno de tequila en la mano izquierda, se detuvo a dos o tres milímetros de mi sofá y se quedó mirándome a los ojos con todo el cuerpo ladeado, como derretido, a punto de caer. Con esa concentración temblorosa y babeante me preguntó qué sentía yo (dijo *utshsteds*) siendo idéntico al mejor hombre que tenía Miranda. Ya no había cocaína que valiera, su pronunciación fue algo como *Ehqjl mehjtsihor jhjombrrre quie tiene espste paíst*, lo repitió mientras se agachaba para clavar su dedo índice en pleno centro de mi abundancia. Bajé la mirada, un poco espirituoso yo también. Me concentré en sus zapatos que buscaban imitar la nariz de un cocodrilo. *No siento nada especial*, dije como respondiéndome a mí mismo, haciendo gala de mi perfecta dicción a prueba de alcoholes. *No me creo tan parecido*, dije, volviendo a sus ojos con una confianza nunca antes experimentada. *Su vida y la mía son demasiado distintas. Nos une solamente el parecido físico, que tiene muy poca importancia*, dije. Después vacié mi vaso sin prisa, sonreí con lástima y lo dejé ahí, solo y boquiabierto.

Cuando por fin emergí del recuerdo como de una piscina llena de algas, me encontraba ya a pocos metros de la esquina en la que se escondía la inmunda tienda del señor Jaramillo. De vuelta a la real realidad. Inhalé profundamente, froté mis manos frías, miré las estrellas que titilaban en desordenado compás sobre las tristes antenas de la capital de la República y dando gráciles zancadas corrí hacia el televisor en el que seguramente se decidiría mi destino y también el de nuestra bien amada y noble República de Miranda.

*

La tienda, por supuesto, estaba cerrada. El señor Jaramillo, seguramente exhausto por la performance de esa mañana en su establecimiento, se había ido a dormir temprano. Mientras regresaba a la casa pensé que tendría que cocinarle a papá unas pastas y que no siendo mis conocimientos en materia de recetas italianas tan amplios como en materia de cocteles, las pastas no me quedarán tan buenas como las del... Maldita sea mi suerte. Otra vez la fatídica imagen acosándome desde el más allá. Una cabeza que se desangra en un plato. La cabeza de Pedro Akira, siguiéndome a donde fuere. Algo como una plegaria empezó a salirme del pecho para regresar a él inmediatamente. Una súplica. Que las heridas de Akira no fueran mortales. Que los dioses principales y secundarios no se lo llevaran. Que no me lo mataran. Que

sobreviviera y siguiera siendo el mejor hombre de la República para que yo pudiera seguir siendo solamente lo que soy (una sombra, su sombra). Hecha la súplica, conseguí olvidarme de Akira. Contemplé la inmensa silueta de los Andes detrás de la ciudad, de un azul muy oscuro, cortada sobre el cielo estrellado. Escuché las ranas croando en los charcos del parque. Por arte de magia la niebla me empezó a parecer un hermosísimo fenómeno natural y no un escondite de zombis.

Recordé la gravedad de la situación, que no era ningún chiste, cuando ya había atravesado el gran parque y vi de nuevo el perfil de las casitas iguales del barrio La Esmeralda (en la más chata de las cuales mi padre esperaba, oh hambrienta escultura de mármol). Solamente el estridente noticiero de la noche, sintonizado en mi sagaz computador marca Braun, me podría decir de una buena vez si Pedro Akira estaba muerto y si en consecuencia tendría yo que pasar al otro lado del espejo. El televisor de la casa de papá estaba muerto desde 1989, ya lo dije antes, pero el aparato de la vecina decrepita que vivía del otro lado del jardín, en cambio, funcionaba. Por las noches ella abría generosa las cortinas de su salón para que pudiera entrar la oscuridad y entonces a papá le bastaban unos binoculares, un banquito de madera y el buen pulso que no tiene, para ver televisión en alta resolución. Yo le había dicho varias veces que podía ver lo mismo en la pantalla de mi Braun, pero él prefería siempre la alta resolución.

En lo más profundo del parque miré mi reloj marca Walt Disney y noté que faltaban exactamente entre dos y doce minutos para que empezara el noticiero que habría de dictar mi sentencia. Aceleré el paso, convirtiéndolo casi en un trote.

*

A varios metros estaba ya de los sauces que decoraban el andén del parque, rebotando todo yo en el trotecito, cuando vi la primera de tres camionetas. Inmediatamente frenaron haciendo ruido dos más. Tres camionetas eran, de las llamadas 4×4. Blindadas todas, negras, muy grandes, con los vidrios oscuros. Quietas, frente a la casa de papá. Como a punto de rugir. Yo me quedé congelado en el prado, con los puños cerrados y escondiendo los pies en la niebla rasante. De la primera camioneta, vestido con traje negro y corbata roja, se bajó mi ex compañero de pupitre. El borracho de las fiestas. Fue tanto el susto que sentí, que su nombre apareció como un hongo dentro de mi cabeza (un hongo que creció en menos de un segundo, se reventó y desapareció sin más). Jorge Parra, se llamaba. Jorgito, para los amigos. Parecía el mismo de siempre pero ahora tenía mancuernas de oro y corbata de seda y zapatos negros de material desconocido. Hablaba muy fuerte por el micrófono invisible de un celular suspendido de una de sus grandes orejas. Como hablando solo. Se veía impaciente. Iba y venía por la acera con la mandíbula muy tensa.

De las camionetas se bajaron cuatro escoltas con cara de pocos amigos y la mano

derecha metida en los sacos. Yo solo los miré, absolutamente quieto de no ser por el latir de mi corazón. Me sentí como en una pesadilla. Pasaron uno por uno cinco minutos como cinco semanas, pero todo siguió igual: Jorge iba y venía por el andén hablando muy ofuscado, los escoltas esperaban con sonrisa de perros y la mano derecha en los bolsillos. Ninguno había reparado en mi majestuosa humanidad desprovista de pies por efecto de la neblina. Tuve miedo. Sentí que de una de las camionetas negras podía salir en cualquier momento algo terrorífico (una enana con vestido verde que me miraría a los ojos señalándome y moviendo la boca sin emitir sonidos; un asesino de camiseta naranja dispuesto a disparar sobre todos aquellos remotamente parecidos al gran Pedro Akira). Nada salió de las camionetas. Como si tuviera un sensor en sus grandísimas orejas, de repente Jorge Parra dejó la conversación telefónica. Se metió el micrófono con audífono en un bolsillo del pantalón, dio una vuelta de ciento ochenta grados sobre sí mismo y me enfocó con sus ojitos quietos como un pantano. Se estiró las solapas del traje, se enderezó la corbata, dio instrucciones a sus escoltas de no moverse y empezó a caminar hacia mí.

La niebla me hacía cosquillas en los tobillos. Él atravesó la barrera de los sauces, dio un paso largo sobre una zanja, rodeó unas rosas enanas, evitó un charco y llegó muy sonriente hasta mi abundante humanidad, con la mano derecha ya extendida como político de afiche.

*

Me señaló una banca del parque con tanta elegancia que por un instante parecimos presidentes en una cumbre de la OTAN. Le dije que papá me estaba esperando para comer. Me dijo que serían diez minutos, que no me preocupara. Tenía una mueca tensa. Sus ojos me recorrieron de arriba abajo. Parecía compadecerse de mi existencia entera. Di cinco pasos hasta la banca y me detuve a observar su nuca perfectamente peluqueada, el cuello impecable de su camisa, su corbata rosada. Cuando llegué a los ojitos que hacía un momento parecían pantanos prehistóricos, noté perplejo que ahora no estaban inquietos. Como si sobre el pantano hubiera emergido un ratón nadador, uno que no seguía el ritmo de la acción ni esperaba el desenlace de cada segundo que pasaba entre nosotros, sino que se adelantaba frenético, buscando un queso que no se le había perdido, uno inexistente. Mi lengua, salida de control, con autónoma curiosidad le preguntó a Jorge Parra por Pedro Akira. Aterrorizado por mi propia temeridad le expliqué que solamente había tenido tiempo de ver el noticiero del mediodía, que quería saber más. Si no era mucha molestia, le dije. Sus ojitos dejaron de repente de buscar el queso, como si el ratón hubiera escuchado un ruido y se hubiera quedado paralizado para no ser presa fácil.

Hubo unos segundos (muchos) de silencio.

Sospeché que Jorge podía ser un robot y que se había averiado.

Entonces su cara inexpresiva sonrió tristemente, como si fuera la del mimo

francés Marcel Marceau. Después se puso muy serio. Como a punto de llorar. Se pasó la lengua varias veces por las encías, se peinó el pelo engominado con las dos manos, haciendo demasiada fuerza. No me miró, bajó las manos. Una voz muy tenue se filtró por fin entre sus pequeñísimos dientes. Agucé mis dos oídos, los dos.

Lo que estaba modulando su boquita arrugada era muy claro, aunque yo no quisiera oírlo nunca jamás. *Pedro Akira está muerto*, era lo que estaba diciendo.

*

Yo no supe qué agregar. La noticia imposible se había hecho posible. Sentí que un sudor frío cubría mi humanidad. Quise peinarme con las dos manos y con demasiada fuerza como acababa de hacerlo Jorgito Parra pero no encontré suficiente pelo. Me agarré firmemente a la banca, que ahora parecía tener ganas de irse a navegar sobre la niebla. Conseguí controlar el pánico y decirle a Jorge que lo sentía mucho. Mi mano derecha se posó en su espalda. Como si se le hubiera muerto la mamá. Su cabeza de robot con defectos de fábrica giró entonces. Sus ojitos con ratón me volvieron a enfocar. Me di cuenta de que la muerte de Akira era mucho más para él que solamente la muerte de Akira y mucho más para mí que pasar al otro lado del espejo y dejar de ser lo que era. Cuando retiré la mano, los ojitos de mi antiguo compañero de pupitre estaban más inquietos que nunca. Pasaron de los míos a mi nariz a mi saco a la niebla a los árboles, en una danza que aumentaba mi mareo y que solamente se detuvo cuando por fin abrió la boca otra vez y articuló palabras que parecieron pregrabadas en su estómago.

Akira está muerto, repitió. *La República no está preparada para saberlo*. Ahora sus ojitos se abrieron mucho, sin dejar de vibrar, como siguiendo los átomos saltarines de la niebla. *Si dejamos que Pedro se muera en la conciencia de sus seguidores*, dijo, *habremos perdido la batalla. Y esta batalla no podemos perderla. Nunca un candidato independiente había estado tan cerca de la presidencia. Nunca*. Hablaba como si estuviera en una pésima película gringa pero sin olvidar el hermoso acento de la capital de la República. Soltó sus palabras muy lentamente y muy bien pronunciadas y ahora me miraba fijamente a los ojos con pupilas dilatadas. Con la expresión de estar mirando un enjambre de abejas. *No vamos a entregarle a la derecha este triunfo. Nunca*. Inhaló, exhaló. *Nunca*, repitió. Después hizo un silencio muy largo. Me pregunté si habría estado bebiendo. La niebla cubrió todo el prado y la calle también. Sentí que Jorge y yo no éramos nosotros mismos sino Dante y Virgilio entrando en el purgatorio. Dejándonos llevar por las corrientes nebulosas. Él era Virgilio, sin duda, en versión desmejorada. Yo el poeta inmortal.

De repente su mano se posó en mi hombro y me obligó a mirarlo a los ojos otra vez. *Salvaremos la República*, fue lo que me dijo, y sus pupilas parecieron intentar seguir el enjambre agitado de miles de abejas que no revoloteaban en mi cabeza. En la real realidad la gente no tiene enjambres de abejas en la cabeza ni dice *Salvaremos*

la República ni La República no está preparada. Pero era eso lo que acababa de decir el asesor plenipotenciario de la unión de todos los partidos independientes de la República, el excelentísimo don Jorge Parra. Fue como si no supiera cómo decir la frase siguiente, el excelentísimo. Se volteó para mirar los Andes cortados sobre la noche y mirándolos despachó por fin el motivo por el que había ido al parque del barrio La Esmeralda en esa noche crucial para el futuro de la República. *Lo que te estamos pidiendo* (¿el plural se refería a él y a sus múltiples personalidades?), *lo que te estamos pidiendo*, repitió como atorado, *es que nos permitas prolongar la existencia de Akira. De Pedro. Por el bien de la República. Que lo conserves vivo hasta que hayamos ganado las elecciones presidenciales.*

Su cara giró entonces hacia la mía en cámara lenta, como la de un robot de modelo muy antiguo, y cuando intuí que sus ojitos saltarines me querían acorralar de nuevo, me di cuenta de que mi cabeza llevaba varios segundos queriendo hacerme entender lo que estaba pasando. Jorge Parra me estaba pidiendo que suplantara al muerto. Que me hiciera pasar por Akira. Solamente con Akira vivo el presidente Del Pito podría perder las elecciones en nuestra República. Solamente así los desposeídos serían los ganadores. Miré otra vez a Parra. Sus ojos eran ahora otros, distintos, como si la cordillera de los Andes los hubiera aplacado. Cálidos, con un temblor casi entrañable, arrugados en el rabillo para más camaradería. Me miraron como si realmente de nosotros dos dependiera salvar Miranda. Muy lento, posando una mano en mi hombro, Parra me dijo que esta no sería una decisión fácil. Que él lo sabía bien. Que yo, por supuesto, podía no aceptar y nada pasaría.

Se puede seguir con la historia de la hospitalización, sin dar razón de la muerte de Pedro a la prensa, dos días como máximo. Si tú quieres, nadie te va a forzar, tienes un día para pensártelo. Mañana a esta misma hora, aquí mismo, me puedes dar una respuesta. Mientras hacía un estudio comparativo de las costuras de mis zapatos le dije que él iba muy rápido. Que no se podía sustituir a una persona asesinada así no más, como si nada, porque nadie era igual a nadie y porque esa persona tenía familia y amigos que recordarían al verdadero, al original. Me explicó que no necesariamente. *Pedro tenía solamente a una hermana, que vive en Alemania. Su mamá es demasiado vieja. Pedro se separó hace tres años y nunca se volvió a casar. No se le conoce novia. No tiene hijos.* Respiró, se agachó poniendo los antebrazos sobre las rodillas hasta que su corbata colgó en el vacío. Desde esa posición miró distraídamente las casas chatas y las camionetas negras y a los escoltas en las camionetas. Y continuó. *Sus dos mejores amigos están exiliados en Suecia. Todos los otros conocidos son miembros del Movimiento Amarillo y ninguno es lo suficientemente cercano para notar la diferencia.*

Me enderecé en la banca. Parra hizo una pausa que le dio más énfasis a lo que seguía. *Además: los amigos cercanos sabremos de la suplantación. Si te hablo es porque ya lo hemos discutido y aprobado.* No sé qué me produjo más escalofrío subiendo por las extremidades, si el uso de la palabra *suplantación*, el hecho de que

hubiera más de una persona metida en esa trama delirante, o el hecho de que Jorge se definiera como amigo cercano de Pedro Akira. *En todo caso estarías un mes mudo y cubierto de vendas, por los disparos que supuestamente te dieron. Y después tendrías problemas de memoria y de habla. Y cicatrices de maquillaje. Todo eso será un escudo. Te dará tiempo.* Respiró el asesor Parra. Miró en dirección a los Andes otra vez. *El aprendizaje sería lento y nadie te presionaría. Piénsatelo. Lo único que tendrías que hacer una vez recuperado sería seguir con la campaña presidencial. Incluyendo las jornadas de denuncia. Entregarías las pruebas a la prensa, poco a poco, siguiendo nuestras instrucciones. Como habría querido Pedro que hiciéramos. Tu seguridad, por supuesto, estaría garantizada.*

Mi cabeza pensó en la cabeza de Pedro Akira hecha un colador a la napolitana. Estuve a punto de escupir una carcajada. *Doce hombres en el edificio en donde vivirías, tres carros blindados, cámaras, seguimiento veinticuatro horas,* dijo perezosamente Parra, como sacándose del bolsillo la lista de descuentos de un supermercado. *Las apariciones públicas en todo caso serían muy pocas. Piénsatelo. No es fácil. No estoy diciendo que sea fácil. Pero no podemos dejar la República en manos de Del Pito y de los suyos. Si no ganamos ahora no vamos a ganar nunca.* Me pregunté otra vez a quiénes estaría incluyendo él en el plural, pero no tuve tiempo de llegar a la respuesta porque me silenció otra vez diciendo *Ah, y te daríamos cinco mil dólares al mes.* Fingió mirar al horizonte con indiferencia pero abrió demasiado los ojos, como si uno de sus escoltas se hubiera convertido en el conejo de la suerte. Le respondí que no iban a poder ganar unas elecciones si el candidato era amnésico y mudo y no podía hablar ni salir de su cama. Me dijo que sí. Que sí las podían ganar. Que lo tenían bien estudiado.

Pedro Akira es un contendor fuerte. Si sobrevive a este atentado será imbatible. Dijo eso como si lo supiera y después se quedó por fin en silencio. Con los ojos desorbitados. Como si pensar en política lo pusiera así. Lo dejé un rato con las pupilas acechando partículas de niebla. Cuando ya no pude aguantar más ese pitido agudo que salía de mi cabeza y que volvía a entrar por los oídos para que solo yo lo oyera, el pitido de la parálisis cerebral, le pregunté a Jorge (por preguntarle cualquier cosa): *Y si ganamos las elecciones, ¿hasta cuándo me quedo?* Él sonrió satisfecho. *Después de dos meses de ser presidente tu salud empeorará de un momento al otro. El país estará en vilo unos días. Al final morirás. Tendrás el funeral más multitudinario de la historia republicana. A cargo de Miranda quedará entonces el Movimiento Amarillo. El partido de los excluidos, el que Pedro Akira fundó. Es decir la gente, representada en un vicepresidente del Movimiento, que escogeremos entre todos a un mes de las votaciones. No antes, para que el electorado se concentre en ti, solamente en ti, la imagen viva de Pedro Akira.*

Durante el mes en que estarías mudo y sin cara por los disparos, estudiarías el funcionamiento del Movimiento Amarillo. Prepararíamos juntos dos o tres apariciones en público, seguramente desde la cama y para la televisión. Después

estarías dos meses más en el apartamento de Pedro, acabándote de recuperar, hasta poderte levantar como Lázaro, unas cuatro o cinco semanas antes de las elecciones. Y para entonces serías imparable, dijo Jorgito. *Imparable*, repitió, y me miró con una mullida sonrisa de complicidad, de amigo explorador, arrugando un poco los ojos con humildad (pero sin poder esconder del todo su cara de profeta del apocalipsis). Después enfocó el suelo, no dijo nada y mi cuerpo hizo el ademán de ponerse de pie. Sin mirarme puso su mano llena de tendones y venas en mi pierna derecha. Me senté, fingiendo que nunca había querido pararme, moviendo el tronco como si todo hubiera sido un ensayo de acomodo, pero sin perder de vista la oreja izquierda de Jorge, su pómulo y el ojo del mismo lado. Tardó un segundo en voltearse. Cuando lo hizo me miró a los ojos como un bondadoso papá del cine y me dijo *Cinco meses*.

Solo cinco meses para salvar la República, repitió como si yo no lo hubiera oído a la primera, con el mismo tono de dolorosa petición paterna. Descendió entonces sobre nosotros otro largo silencio durante el cual sus pupilas, apuntando a las mías, se movieron tan rápido que parecieron estar quietas. Como si estuviera escaneando toda la información de mi cabeza, con la boca ligeramente abierta y el rostro muy firme. Pensé que me podía atacar en cualquier momento y alerté a mis musculosas piernas, que se tensaron, listas para lo peor. Entonces, con un efecto melodramático que casi me hace aplaudirlo, él quitó la mano de mi pierna derecha, la puso en la banca y se inclinó ligeramente para mirar la niebla que cubría sus propios pies.

Frunció el ceño como si sintiera una picada de dolor. Meneó la cabeza. En un susurro casi inaudible repitió por tercera vez *Cinco meses*.

Abrí los ojos. La luz entraba en franjas horizontales filtrada por las persianas que cubrían la gran ventana rectangular. No estaba tendido sobre mis tersas sábanas, no recostaba mi brillante cabeza sobre el cojín bermellón ni miraba las estrellas en el cielorraso de mi cuarto. Era esta una cama reclinable para enfermos dotada de un control remoto con demasiados botones que alguien había puesto en mi mano derecha, una cama cubierta con sábanas tan blancas que brillaban en la oscuridad. Era la habitación 327 de la Clínica Ignatiev y yo estaba a punto de convertirme, por arte de magia, en el inimitable Pedro Akira.

A mi lado estaba recostado el verdadero. Pedro Akira. Con las manos entrelazadas sobre el pecho, metido en un ataúd blanco por fuera y blanco por dentro. Le habían puesto un esmoquin tres o cuatro tallas más grande que su cuerpo, uno cuyas mangas le cubrían casi completamente las manos, dejando ver solamente sus uñas brillantes. Tenía hombreras. Prudentemente habían cubierto su cabeza destrozada con una especie de toalla blanca, y sobre ella habían puesto una máscara como las que se ponen los jugadores de hockey bajo el casco o los asesinos paranormales del más allá en algunas películas de terror. No daba miedo, Pedro Akira convertido en psicópata de partido de hockey daba más tristeza que miedo.

Desde la calle llegaban los gritos de una multitud: viejas consignas del Movimiento Amarillo y de otros partidos de oposición mezcladas con acusaciones al gobierno por el atentado. Imaginé la multitud. Jóvenes, todos esperanzados. Ellos sí que daban miedo: dentro de poco iban a querer que yo llenara todas sus expectativas, que fuera como Akira (o mejor que Akira: un Akira renacido de sus cenizas: un Akira a la Akira potencia). En cambio el prohombre, el verdadero Pedro Akira, tendido en su ataúd a mi lado, daba mucha tristeza. Una tristeza real, honda, que me endurecía la garganta. Una tristeza que desplazaba cualquier otro sentimiento que pudiera albergar: una que mientras la noche avanzaba se convertía en ira contenida y casi a la madrugada me hacía jurar que lo haría, que no tendría compasión: que sería el mejor intérprete que el gran Pedro Akira pudo haber soñado jamás.

*

Todo eso sucedió cuando por fin me pude quedar solo, cuando salieron de la habitación el asesor Jorge Parra y el jefe de escoltas Jairo Calderón y también el doctor Neira y su hija, la dulce enfermera Ada Neira. El operativo había empezado mucho más temprano, en el maletero de una camioneta 4×4 de marca japonesa. Allí iba yo, el precioso cargamento, respirando a medias por culpa de una venda que me

tapaba casi toda la cara, incluyendo uno de los dos orificios nasales. Estaba metido en una caja perforada y asegurada con cinta y me sentía ya muy afectado por los dos cigarrillos de marihuana y los cinco cocteles ingeridos durante la tarde. Cuando la camioneta se detuvo en el único rincón del parqueadero no cubierto por las cámaras de seguridad pude oír cómo el jefe de escoltas del difunto daba la orden a los otros escoltas de irse. *El doctor Parra sube conmigo a visitar al doctor Akira*, dijo, *nos vemos mañana a las ocho en la sede*.

Cuando arrancaron las otras tres camionetas y hubo silencio, se abrió el maletero. Jairo Calderón, jefe de escoltas, rompió la caja en la que me traían. Pude ver frente a mí una camilla equipada con todo tipo de tubos y recipientes y pantallitas. Calderón me alzó, me acostó en la camilla, me cubrió con una sábana. Lo último que vi fue a una enfermera joven y pecosa que me ponía una mascarilla en nariz y boca. La misma enfermera levantaba un trapo de color blanco con decorados azul claro, como el que cubriera la cabeza de la sor Teresa de Calcuta, y me lo ponía sobre la cabeza. Estaba húmedo, el trapo. Perdí la conciencia. La recuperé en la habitación 327. Cuando lo hice corrí un poco el manto blanquiazul para ver algo. Vi, muy cerca de mi cara, los pequeños pechos de la enfermera pecosa y pelinegra, cubiertos por su uniforme blanco. Oí su perfume. Se abrió una puerta corrediza y por allí se asomó Jorge Parra, agitando nerviosamente su celular. La enfermera se puso tras de mí, enderezó el espaldar de la camilla hundiendo un botón y me reacomodó el trapo sobre la cabeza, de manera que en realidad parecía la monjita de Calcuta.

Como la monjita, fui llevado de ese cuarto a otro. En el otro me esperaban Jairo Calderón y el doctor Neira, iluminados por las franjas de luz que venían de la calle. También estaba Jorge Parra, claro, quien seguía agitando su teléfono celular y gritaba en susurros que me tendieran en la cama, que no había tiempo. Cuando estuve instalado en mi nueva cama de tubos la enfermera Ada Neira intentó sacar la camilla para borrar la última de las pruebas del cambalache, pero la camilla estaba atascada. Por un instante quité mis ojos de ella y los bajé para encontrar qué era lo que impedía el paso de la camilla. Fue entonces cuando vi el blanco ataúd de Pedro Akira. No podía ser otro el cadáver enmascarado. Al sobresalto por semejante descubrimiento se sumó el sobresalto porque la luz del cuarto se encendió sin previo aviso. Pude ver cómo Calderón se arrodillaba a mi lado y levantaba su larguísima pistola para apuntar al bombillo. Hubo un segundo de pánico contenido en el que todos nos miramos mutuamente con ojos muy abiertos.

Parra se acercó muy iluminado para levantar un extremo de la camilla y hacerla pasar sobre los pies del difunto Pedro Akira, repitiendo demasiadas veces la palabra *así, así, así, así, así*, como estornudando. Cuando se apagó de nuevo la luz, el asesor plenipotenciario palmeó la espalda del médico, besó a la enfermera y salió por fin de la habitación. El jefe de escoltas Jairo Calderón lo siguió obediente y yo empecé a tranquilizarme. Me acabé de tranquilizar cuando el médico se me acercó y me dijo lo que yo ya sabía por boca de Parra: que él era el mejor amigo de Pedro Akira, que lo

podía llamar doctor Neira, que respaldaba completamente esta operación, que además de ser cirujano en jefe de esa misma clínica era uno de los fundadores y un miembro del Comité Central del Movimiento Amarillo. Después me puso una mano en el hombro y me dijo *Estamos contigo*. Se me aguaron los ojos. Con los sentidos todavía alterados por al menos dos tipos de sustancias psicotrópicas, me pregunté si mi cara llorosa se parecería a la de Pedro Akira antes de la lluvia de balas o si empezaría ya a parecerse a la de Pedro Akira después de la lluvia (o solamente era la de sor Teresa de Calcuta). Me reí en voz alta, entre las lágrimas. El doctor Neira y su hija salieron, dejándome solo con el cadáver de mi gemelo.

Estando solo lloré otra vez. Por Pedro Akira. Por la República. Por los que cantaban afuera, bajo la llovizna. Por tipos grises como papá que habían desperdiciado una vida esperando a que todo cambiara, a que las cosas no fueran como siempre habían sido, esperando a que el radio de pilas les avisara que por fin todo era distinto. Me quedé dormido llorando. En algún momento de la noche entró Jairo Calderón, el jefe de escoltas. Cerró el ataúd de Akira, lo levantó de una de las manivelas, lo apoyó en un trapo que traía y se lo llevó inclinado, jalando del extremo de la cabeza. Cuando abrió la puerta pude ver a Ada Neira que montaba guardia en el pasillo, leyendo un libro. Seguí durmiendo.

*

Llegados aquí, se preguntarán todos los que pacientemente escuchan: ¿Qué me llevó hasta la Clínica Ignatiev? ¿Qué me hizo dejar el paradisíaco barrio La Esmeralda, la cómoda y chata casa de mi madre, mi abundante dotación de cocteles, mi cuarto estrellado, mi jardín florido, mi cubrelecho bermellón? ¿Qué me arrancó del calor de un hogar para arrastrarme en una caja de cartón hasta esa habitación de hospital en la que un muerto con máscara era mi única compañía?

No fue la ambición ni fue la sed de poder. Fueron más bien las voces: la de mi madre muerta y la de mi padre vivo. Los dos creyendo siempre, desde los ya remotos días de mi más imberbe adolescencia, que yo no era nada. Nada de nada, tampoco un mal reflejo del grandísimo Pedro Akira. Los dos convencidos de mi absoluta inutilidad para las cosas del mundo, desde siempre, y por lo tanto convencidos también del fracaso rotundo de ellos en su labor de padres (y convencidos de la inminente extinción de nuestra venerable saga familiar). Mamá, desde el más allá, rezando siempre para que yo dejara de ser nadie y me convirtiera por fin en alguien, aunque fuera reemplazando a otro ser humano de similar apariencia. Papá que nunca fue tan lejos y solamente pidió a sus propios dioses que una vez muerto el gran Pedro Akira abandonara yo, de una vez por todas, la descabellada idea de que nuestro parecido físico de alguna manera nos emparentaba. Creía, iluso de él, que ya sin Akira vivo yo acabaría una carrera universitaria o me enrolaría en algún empleo o armaría un pequeño negocio que los haría sentir por fin orgullosos a él y a la difunta.

No tuve entonces alternativa posible. O seguía siendo quien era y me condenaba al desprecio, al olvido y al oprobio de mis propios progenitores, o me robaba la identidad del gran Pedro Akira para probar con mi propia lengua las agridulces mieles del poder.

*

El primer día como adalid y prohombre de la Patria estuve dedicado a poner muy en blanco mis hermosos ojos negros. Hice creíble el milagro de haber sobrevivido a tres balazos en el cráneo. Llevé a cabo con virtuosismo irrepetible mi papel de enfermo terminal. Los únicos testigos fueron La Historia, con mayúsculas, y una enfermera pecosa y pelinegra de nombre Ada Neira. Al atardecer encontré la billetera de Akira en la mesa de noche. Seguramente me la había dejado Parra. De cuero marrón, elegante, vieja. La abrí. Adentro estaba su licencia de conducir, en la que el líder sonreía siendo todavía un estudiante. Su librería militar, cuando era aún más joven, gafas gruesas, pelo largo. Su cédula, renovada hacía poco, con una foto en la que ya se le veía el cansancio de los años. Había también una estampita de la Virgen, el escudo de un equipo de fútbol, tres billetes de veinte mil que seguramente él había tocado hacía pocas horas. Dos tarjetas de crédito. En el bolsillo más pequeño la foto de un niño vestido con ropa de los años setenta, un niño cachetón y sonriente, en technicolor, seguramente él mismo.

La visita de la mamá de Akira pasó sin ningún contratiempo por su parte y muchos por la mía. Estaba muy acabada físicamente, la señora (más que yo, su hijo imaginario: medio ciega, medio sorda), y mientras permaneció en la habitación se hicieron innecesarios los preparativos que había llevado a cabo la dulce enfermera Ada Neira horas antes. Me había rapado el pelo, me había cubierto el cuello de un líquido rojo, me había puesto una máscara de oxígeno sin oxígeno, me había cubierto completamente la cara de vendas, me había pegado con esparadrapos un gorro de baño azul, me había puesto una sonda de suero sin suero, me había inmovilizado los brazos con bandas elásticas y me había conectado un medidor de signos vitales a un dedo. Poco antes de que entrara la anciana, la dulce enfermera había posado además una de sus ligeras manos en mi abundante pecho, la había dejado ahí unos segundos y se había alejado después de decirme al oído *Tú solamente respiras*.

Me gustó que me tuteara (como su padre y como Parra: parecía que en el Movimiento Amarillo todos se tuteaban, al contrario de lo que pasaba en la realidad). Gracias a los diligentes preparativos de la dulce Ada no pude decirle que me era imposible respirar bien porque la falsa máscara de oxígeno no dejaba pasar suficiente aire. Mientras la madre de Pedro Akira lloraba, rezaba el rosario, mencionaba anécdotas de cuando Akira era estudiante en la universidad pública, volvía a llorar, se quejaba, yo me iba asfixiando poco a poco, sintiendo cada vez más mareo, preguntándome qué pasaría si no aguantaba más y vomitaba en la señora o moría sin

aire. Antes de irse, la anciana se acercó a la cama, me tomó una mano y se acercó a mi cabeza. Con voz entrecortada me susurró al oído *Yo sé que vas a salir de esto. Tú eres más fuerte que ellos*. Y también me susurró a modo de despedida *Todos te necesitamos*.

La enfermera le había dejado claro a la madre de Akira que yo estaba en una especie de coma inducido, con los síntomas vitales bajados al mínimo, medio muerto. No era posible por lo tanto que llorara. Pero escuchadas las palabras de la madre (y debilitado por la asfixia) no pude contenerme. A la conmoción por escuchar a esa mujer diciendo frases como de tragedia griega se sumó la conmoción de escuchar también los gritos que llegaban de la calle a pesar de la llovizna: la multitud de la protesta, enardecida por la esperanza de verme vivo. La enfermera Ada Neira entró en plena crisis. Cordialmente arrastró de un codo a la señora Akira hasta la puerta. Tragué lágrimas y mocos, logré zafar una de las manos de su amarre y retiré las vendas y la máscara de mi boca trémula. Me tragué entonces todo el aire que había en la habitación, solamente para poder sollozar como un cachorro. Cuando me calmé un poco quise levantarme y asomarme por la ventana, pero entendí que un movimiento así podría poner en riesgo la operación y el futuro de la República.

Tú eres más fuerte que ellos, había dicho la señora Akira.

Me quedé recordándola, sollozando bajito, en posición fetal. Más tarde, después de un sueño intranquilo, me pregunté qué hacía ahí, oyendo a las juventudes del Movimiento Amarillo que se mojaban por mí. Qué hacía oyendo sus cánticos tristes y engañando a una anciana medio ciega, haciéndole creer que su hijo seguía vivo. La llovizna en el marco de la ventana me arrulló, hasta que pude dormir de nuevo.

*

Soñé con el ataúd blanco de Pedro Akira. Estaba atorado en el tráfico de la ciudad. La Calle Mayor era un solo trancón, los carros pitaban bajo la llovizna, algún conductor se asomaba por la ventanilla y le gritaba al ataúd de Akira que se moviera, que no dejaba circular. El ataúd de Akira estaba abierto, todo blanco. Akira estaba muerto, adentro, con su traje y su máscara de terror, mojándose con la llovizna. No tenía hacia dónde moverse.

Poco después el ataúd blanco de Pedro Akira flotaba en las aguas de una represa cubierta de espuma industrial. Todo olía a mierda y a plástico quemado. El ataúd era arrastrado por corrientes subterráneas hasta una quebrada que se desprendía de la represa. Bajaba a toda velocidad por la quebrada, evitando las piedras, los bancos de arena, cada vez más rápido, desde la cordillera hasta las tierras bajas y calientes.

Yo lo veía pasar desde la orilla y al mismo tiempo lo veía desde la altura de un pájaro al vuelo, pero también lo estaba esperando en una curva antes de que apareciera. Cuando por fin aparecía, caía en cuenta de que estábamos justo antes de unas cataratas que acabarían con el ataúd blanco de Pedro Akira y con el cuerpo de

Pedro Akira y con Pedro Akira también.

Lleno de angustia, sintiendo que no podía respirar, corría con el agua hasta la cintura hacia el ataúd que avanzaba. Podía ver el perfil de la máscara de Pedro Akira. Era demasiado tarde. A vuelo de pájaro podía ver cómo Akira y su ataúd caían a destiempo por el vacío de las cataratas y se destrozaban contra las rocas.

En un peladero de la montaña que estaba al otro lado del cañón había unos hombres armados. Con uniformes militares pero en calzoncillos. Celebraban con disparos de ametralladora al aire. Yo sentía que era arrastrado por la corriente. Y que me ahogaba. Me veía desde la vista de pájaro, abajo, en el río, ahogándome. Intentaba nadar pero no podía, tragaba agua.

Desperté con la sábana pegada a la venda de la cara. Respiré.

La televisión estaba prendida en un documental sobre las serpientes del desierto. No había nadie en la habitación 327 de la Clínica Ignatiev. Cuando me senté y me limpié el sudor de la frente entró la enfermera Ada Neira con una gran sonrisa. Sin decir nada cogió el control del televisor y subió el volumen. Inmediatamente se interrumpió la programación y con música de fanfarria el noticiero anunció un Avance Informativo.

Extra. Extra. Extra.

El avance consistía en una rueda de prensa que estaba dando el Movimiento Amarillo desde su sede central. En una mesa muy larga con mantel blanco y vasos llenos de agua, estaban sentados, en su orden, el honorable senador Luis Rabat, el honorable senador Martín Acosta, el neurocirujano doctor Neira, el asesor plenipotenciario Jorge Parra y la honorable senadora María Block. La cúpula del Movimiento Amarillo. Los tres honorables senadores no hablaron ni participaron de ninguna manera: solo estaban para recordarle a la Patria en vilo que el Movimiento Amarillo tenía honorables senadores. Habló Jorge Parra. En la pantalla se veía tranquilo, casi firme. Describió los hechos que ya todos conocíamos: Pedro Akira abaleado por un sicario en el restaurante italiano Forza Garibaldi, tres disparos en la cabeza, transportado de emergencia a la Clínica Ignatiev. No aclaró cuál era el platillo italiano que degustaba el candidato en el momento del ataque ni dio detalles acerca del calibre de la munición.

Dijo que Akira había estado en muerte clínica durante una hora, pero gracias a la valerosa y providencial intervención del doctor Neira y de su equipo de cirujanos y de enfermeras se había podido recuperar. *En este momento está estable y el pronóstico es reservado*, dijo Parra, y con eso acabó. No hubo aplausos por mi salvación. Ni siquiera suspiros de alivio. La prensa oficial temblaba ante la posibilidad de dejar escapar un gesto que pudiera molestar al benignísimo Presidente de la República. Acto seguido habló el doctor Neira. Mostró falsas radiografías, esquemas incomprensibles, encabritadas curvas de signos vitales. De las tres balas

disparadas, afirmó señalando la radiografía de un cráneo, una había salido bajo el hueso de la mandíbula, otra había roto el hueso parietal bajo la cavidad orbitaria y la tercera se había quedado albergada dentro del cráneo. Había tenido que sacarla él mismo mediante dos intervenciones quirúrgicas de más de tres horas cada una. Sospeché que las radiografías eran del cráneo del verdadero Pedro Akira.

El doctor Neira mostró entonces fotos de las dos intervenciones (de otras intervenciones similares, seguramente: es muy común en la República asistir al hospital por balazo en el cráneo). Cuando tuvo ya bien concentrados a los periodistas y al público en general, el doctor dijo que en caso de sobrevivir Pedro Akira tardaría por lo menos tres semanas en recuperar el habla completamente. Una bala le había afectado la lengua, que sería reconstruida mediante intervención quirúrgica con injerto del músculo pectoral. *Solamente cuando recupere el habla, un par de semanas después de la operación, sabremos a ciencia cierta cómo está su cerebro*, agregó, muy serio. Después aclaró que mi cara no se había visto afectada, salvo por el orificio de salida en el hueso parietal, que sería reparado en las próximas horas, y por las membranas desgarradas en los músculos del cuello, bajo la mandíbula, que también tenían arreglo. Para acabar dijo que al día siguiente serían permitidas las primeras visitas de familiares cercanos y de los miembros del Comité Central del Movimiento Amarillo.

Entonces hubo un plano a negro y se desató una propaganda de gelatina. La enfermera Ada Neira dio un paso hasta la cabecera de la cama. Entonces, como por casualidad, como si se tratara de una hoja cayéndose de un árbol, posó su delicada y blanca mano en mi varonil hombro y lloró discretamente. Por el verdadero Pedro Akira, supongo, que había muerto antes de que las operaciones descritas por su padre pudieran llevarse a cabo. Entendí su dolor. Cubrí su mano fría con la mía. Las juventudes del Movimiento Amarillo siguieron cantando desde la calle encharcada.

*

Se acabaron las propagandas y empezó de nuevo el noticiero. Música de compresas para robots seguida de voz comeserruchos, anunciando que el noticiero de esa noche se iniciaría con una alocución del Señor Presidente de la República. Del eminente Tomás del Pito. Muy sentadito en su sillita dijo en su alocución el eminente que el gobierno que él presidía había descubierto y desarticulado tres planes anteriores para asesinar a Pedro Akira. Recomendó a la población no olvidar eso. Dijo también que Pedro Akira había renunciado a su escolta policial y había optado por una escolta privada que había fallado. Le deseó pronta recuperación al candidato. Agregó que la oposición no debía aprovechar la ausencia de su líder para realizar ruedas de prensa que más parecían mítines de campaña política, que de eso no se trataba la democracia (no aclaró de qué se trataba). Dijo también que el operativo para dar con el asesino del candidato no había arrojado resultados todavía pero las

fuerzas de inteligencia trabajaban intensamente en ello.

Después respiró profundo, se tomó entero un vaso con agua, miró a la cámara con sus ojitos de divino niño y agregó que las manifestaciones públicas sin autorización, como la que miembros del Movimiento Amarillo llevaban a cabo frente a la Clínica Ignatiev, eran ilegales, y que serían disueltas sin contemplaciones en el curso de la tarde. Para terminar dijo el eminente Del Pito que ojalá los dirigentes del Movimiento Amarillo fueran mejores médicos que políticos, *para que Pedro Akira se salve y haya una verdadera contienda democrática en los meses venideros*. Por último se despidió como siempre, invocando a su dios, a su virgen y a todos sus angelitos también.

Cuántos años tuve que aguantarlo, en calidad de ciudadano, a nuestro benignísimo premier. Invadiendo todos los espacios de la radio, la televisión, la prensa, el internet, los chismes de los vecinos, todas y cada una de las conversaciones de sus súbditos. Cuántos años (demasiados) antes de encontrarme ahí, en calidad de único contrincante suyo. Personaje principal será sin duda en esta magistral narración, el magnánimo, es inútil negarlo, y se hace por eso necesario presentarlo ya, con brevedad proporcional a su estatura. Muy gracioso es siempre el primer mandatario, nuestro minúsculo magnánimo (forúnculo), muy gracioso aunque parezca muy serio en la televisión. Nuestro Líder. No he tenido el delicado placer de conocerlo en persona. En la televisión no hace reír intencionalmente a nadie, aunque muchos se rían de él (no conoce ningún chiste).

Habla siempre con las dos manos surcando el aire, en enfática simetría que solamente se rompe cuando la situación amerita levantar el dedo índice de la mano derecha y con la mano izquierda hacer un puño cerrado para soltar una advertencia, inmediatamente retransmitida a todos y cada uno de los rincones de la extensa República de Miranda. Advierte cada vez que puede, cada vez que encuentra un tema sobre el que valga la pena advertir. Advierte por ejemplo que no va a tolerar la corrupción. Y todos sus fieles le creen y aplauden enardecidos, y en lo mucho que dura el aplauso, el minúsculo recluta a los más selectos carniceros humanos de todo el país, a los virtuosos de la masacre, para que aseguren la victoria suya y la de todos sus copartidarios en las siguientes elecciones, a fuerza de fusil y machete. Advierte por ejemplo, dedo erguido, mirada posada en el infinito y más allá, que ni un peso del narcotráfico entrará en sus arcas esta vez. En lo que dura el aplauso embobado Él se lanza a recibir, sin mirar de quién, maletines llenos de dólares, mansiones, aviones, islas o cientos de miles de hectáreas de tierra productiva que suma, sin contarlas, a sus propios cientos de miles.

Advierte su firme índice que no permitirá la injerencia de capitales extranjeros en las grandes decisiones económicas nacionales y aplauden las masas extasiadas, dando brinquitos de la dicha y agitando banderas de la República, mientras que él vende todos los bancos y todos los supermercados y todas las fábricas y todas las carreteras y todo el petróleo y algunas de sus fincas también, las más pequeñas, para que empresas de todo el globo saquen de ellas esmeraldas, mirra y oro. Y si el aplauso le

da tiempo, vende también corriendo la selva tropical, con todo y sus bichos y sus micos y con todo lo demás también. Lo hace sin parpadear, el minúsculo, sin bajar el dedo índice, estatua de cera muy chiquitica, esperando siempre el final del aplauso, que nunca llega.

Acabado el discurso del líder, la adorable enfermera Ada Neira se acordó de algo muy urgente que tenía que hacer o se sintió incómoda por estarme acariciando un hombro. Se puso de pie, no dijo nada. Me dio la espalda y se fue. La imaginé dando pasos veloces por un corredor lleno de escoltas, policías, policías secretos, enfermeros, enfermos, médicos de varias especialidades, aseadores y hasta obreros de la construcción con sus cascos correspondientes.

*

Los días que siguieron fueron muy aburridos. Jorge Parra no autorizó el ingreso de los miembros del Movimiento Amarillo ni el de los emisarios de la prensa. Dijo que lo hacía para preservar la seguridad del plan. Dijo que nos ganaríamos esos días para que yo empezara a estudiar al personaje. Que algunas filtraciones a la prensa acerca de nuevas intervenciones quirúrgicas harían más verosímil mi milagrosa recuperación. A través de la voz del doctor Neira se transmitió un comunicado en radio y televisión en el que se agradecían las muestras de apoyo y solidaridad recibidas por el paciente y en el que se descartaba la posibilidad de cualquier visita durante los siguientes cuatro días, *por decisión del equipo de cirujanos y especialistas que conforman la junta médica a cargo del paciente Pedro Akira*. Resignada, la madre de Akira abandonó su puesto oficial en un sofá de la sala de espera de la clínica y volvió a su apartamento en el barrio La Soledad.

Yo no tuve más remedio que dedicarme a ver todas las terribles acciones de las Guerrillas Estalinistas en todos los noticieros de todas las horas y dedicarme también a oír detalles acerca de sus monstruosos ataques en todos los programas radiales de todas las frecuencias (de los ataques perpetrados por los Escuadrones de la Muerte solo daban cuenta en Miranda algunos rincones clandestinos en internet). Viendo la tele y oyendo la radio me enteré así de cómo en los últimos cuatro días las Guerrillas Estalinistas habían secuestrado a treinta personas en cinco rincones distintos de la geografía nacional: pobres, ricos, policías y civiles. Habían volado con dinamita oleoductos ingleses y holandeses y norteamericanos y franceses, con gran perjuicio para los ecosistemas de la República. Habían atacado un camión lleno de soldados, matando a dos; habían atacado un convoy de policías, matando a tres; habían atacado una cárcel, liberando a más de cuarenta guerrilleros presos. En el noticiero televisivo del horario estelar, en el de más alta audiencia, me enteré por boca de un ministro del todopoderoso minúsculo de la excelente noticia: la guerrilla estaba a punto de desaparecer. Dijo el ministro, quien también era el dueño del noticiero, que, estando ya derrotada estratégicamente, la guerrilla estalinista debía desmontarse sola antes de

que el ejército la arrasase. Oh conmoción henchida de sano patriotismo. Oh alegría singular no exenta de orgullo primigenio. Muy bien escogidos le quedan siempre los ministros al diminuto.

Pude imaginar a las masas fieles al mandatario chiquitico: pude ver cómo gracias a las declaraciones del ministro visionario empezaban con un aplauso que acabaría en ovación y que haría tanto ruido durante tanto tiempo como para que el ñiñopresidente pudiera hacer, otra vez, lo que le viniera en gana. El insignificante ministro del Interior (¿de la Defensa?, ¿de la Agricultura?, todos parecían iguales bajo la fusta de Del Pito) ya se veía inspirado por la bendita noticia del fin de las guerrillas, la que acababa de dar él mismo, ya estaba muy emocionado, y casi gritando anunciaba también que fuentes de inteligencia militar habían confirmado lo que el pueblo sabía hacía mucho tiempo: que la guerrilla ya prácticamente no existía, que estaba al borde de una extinción segura. Imaginando el ministro el tamaño de la ovación que le esperaba por lo que acababa de decir, se despachó con metáforas de gran valor literario. Dijo entre otras cosas que las Guerrillas Estalinistas ya no eran más que una andrajosa banda de mendigos. Una desesperada jauría de perros salvajes que intentaban vender un gramo de coca para sobrevivir. Hienas traicioneras. Cuando acabó el poema respiró pesadamente, se pasó un pañuelo por la frente y procedió a dar las cifras que respaldaban sus afirmaciones.

En los últimos meses, según el ministro, habían desertado 10 000 guerrilleros estalinistas. Habían sido dados de baja otros 10 000. Habían sido capturados 10 000 más. Habían muerto de enfermedades tropicales los últimos 10 000. Teniendo en cuenta que la guerrilla estalinista había contado en su mejor momento con 20 000 hombres en armas, según información también proveniente de la inteligencia militar, se podía entender la cara de dicha del ministro (y por qué las palabras *Inteligencia* y *Militar* nunca van juntas). Apabullado por la demostración aritmética me prometí no ver ni oír más noticieros, ni uno solo, mientras durara mi convalecencia.

*

A la mañana del tercer día de encierro, mientras la enfermera Ada Neira organizaba mi desayuno con oriental delicadeza y dejándome contemplar sus delicadas facciones, me atreví a sacarla de sí misma para preguntarle si sería posible tener un computador con internet. Llevaba ya tres días sin internet. Aunque estaba dispuesto a hacer cualquier sacrificio por la República, no estaba dispuesto a hacerlo sin computador. Me había sorprendido positivamente mi propia capacidad de no probar un trago, pero una cosa era prepararme para gobernar la República de Miranda libre de alcohol y otra muy distinta hacerlo sin acceso alguno a la información. La enfermera Ada Neira, regalándome una sonrisa que iluminó la mañana, dijo que tendría que consultarlo con Jorge Parra. Quince minutos después, cuando volvió para llevarse la bandeja vacía, trajo bajo el brazo un moderno computador portátil (el de

repuesto de su papá, dotación de la clínica, todavía sin usar, me dijo).

La habitación estaba dotada de internet inalámbrico para el computador que monitoreaba mi evolución y que enviaba esa información a otros computadores de la clínica (servicio por el momento no disponible en mi caso, por ser el mío un caso ultrasecreto). La enfermera Ada Neira me pidió, mirándome desde sus rasgados ojos grises, que no usara la cámara para chatear con nadie porque en ese estado no me reconocerían. Nos reímos juntos. Mientras nos reíamos ella enderezó el espaldar con el control remoto, alisó la cobija verde clara y con sus delicados dedos corrió un poco las vendas de mi cara para que pudiera ver y respirar mejor. Por error o sin error, al hacerlo me tocó los labios. Sonrió con una timidez que pareció legítima, se dio la vuelta y abrió un poco las persianas de la ventana. Lo suficiente para que entrara un poco de luz natural, no lo suficiente para que el teleobjetivo de un rifle o de una cámara pudiera apuntarme desde otro edificio. Sonreí más mirándola. Sentí que el pecho se me agrandaba en sentido metafórico y real. Todas las dificultades del plan secreto se hicieron por un momento soportables. Todo parecía más fácil teniendo cerca de mí a Ada Neira.

Tal vez sea menester que el que todavía oye todo esto sepa que el personaje principal y único narrador de esta incontrovertible obra cumbre de la literatura occidental nunca se ha enamorado. Prácticamente no conoce mujer, el héroe, concentrado como ha estado durante toda su vida adulta en abarcar todo el conocimiento humano, que le ha sido ofrecido por toneladas en la Universidad Nacional de Miranda. Ha conocido dos, nada más. Dos mujeres. En el sentido bíblico del verbo conocer. Una gorda rubia que lo violó en un prado, estando los dos borrachos y disfrazados, en una fiesta del día de las brujas, en un prado de la Universidad Nacional de Miranda. Esa la primera. La segunda una bacterióloga flaca a quien el narrador sedujo con sus conocimientos acerca del cosmos y a quien intentó obsequiar al día siguiente del hecho consumado con una primorosa caja de chocolates suizos y un perfume muy caro. La destinataria miró de arriba abajo al héroe y se dio la vuelta riendo con asco, circunstancia esta que condujo al héroe a no pensar en mujeres (gordas o flacas) nunca más.

Nunca más hasta la esperanzadora escena que acabo de describir tal y como sucedió en la habitación 327 de la Clínica Ignatiev. Nunca hasta esa mañana soleada en la que el corazón pareció palpitarme mejor y más rápido, despierto de nuevo gracias a la tibia presencia de la dulce enfermera Ada Neira.

*

Dediqué los días anteriores a la entrada triunfal de los miembros del Comité Central del Movimiento Amarillo a encontrar en internet información acerca de todo lo que realmente había estado pasando en La República durante mi ausencia. Noticias acerca de lo que me había estado perdiendo por ver solamente la televisión, oír la

radio y leer los periódicos afines al diminuto presidente. A la ansiedad por ser el candidato se sumaba la ansiedad por la presencia intermitente de Ada Neira en la habitación 327 y ahora además la ansiedad por las horribles noticias que descubrí en el computador. El jefe de escoltas Jairo Calderón me preguntaba tres veces al día si se me ofrecía algo. Al quinto día obtuvo por fin una respuesta. Le pedí que se acercara a mí y le susurré la palabra *vodka*. Me dio la espalda y se fue. Y vodka me trajo, después de diez minutos, el fornido servidor. Vodka y limonada y hasta una bolsa de hielo que guardó, entre líquidos menos provocativos, en la neverita a un costado de mi cama. Me dijo al oído que cuando quisiera algo solo tenía que usar el timbre de emergencia y él se encargaría del resto.

Gracias al internet me enteré de cómo al disolver la manifestación de las juventudes amarillistas frente a la Clínica Ignatiev, a pocos metros de mi ventana (los coros angélicos que deseaban mi pronta recuperación), la policía vestida de civil se había llevado a tres jóvenes y nunca se volvió a tener noticia de ellos, al punto de que sus familiares ya se referían a ellos como *desaparecidos*, sumándolos a la lista de los otros 43 857 desaparecidos oficiales de la República de Miranda. Me enteré también de cómo los Escuadrones de la Muerte, erradicados desde hace seis meses gracias a un exitoso proceso de paz llevado a cabo por el presidente Del Pito y por sus honorables ministros, habían masacrado en los cuatro días anteriores a 16 indígenas que insistían en regresar a sus tierras, en las que se abriría la mina de oro a cielo abierto más grande del hemisferio.

Los ahora inexistentes escuadrones habían asesinado además a tres concejales del Movimiento Amarillo en dos municipios de zonas petroleras. A uno de los tres concejales le habían cortado los brazos y las piernas con una motosierra estando todavía vivo. En otros hechos aislados los escuadrones que ya no existen habían masacrado a 19 campesinos, de los cuales 4 eran campesinas y 5 campesinitos. Me informaron también las páginas de noticias en internet, las únicas sin censura (por la ineptitud de los encargados de ejercerla desde la presidencia), que el milimétrico presidente había comprado una hacienda nueva, al lado de su complejo de haciendas, que ya ocupaban una quinta parte de la República. Había copias de los documentos notariales de compra, en las páginas. Tenía la hacienda nueva de Del Pito cinco pueblos, dos ríos, nueve riachuelos, veinticinco mil cabezas de ganado, mil ochocientos seres humanos, veintiuna hermosas playas de arena caliente y un puerto marítimo profundo sobre el mar Caribe, usado desde tiempos inmemoriales para el transporte de cocaína desde la República hacia otras repúblicas menos pobres.

Mientras yo averiguaba todo eso, la enfermera Ada Neira era mucho menos que una sombra. Sin que yo dijera nada parecía entender por qué me sucedía lo que me sucedía. Por qué estaba tenso y también ligeramente borracho a veces. Sabía ella en su inmensa sabiduría que estaba tratando con un héroe tímido. Uno que no conocía mujer y que sufría ataques de pánico solo de pensar en las sonrisas de la enfermera y en sus caricias cambiando las vendas, en el sutil roce de su dulce aliento. Y sabía

también, lo supe enseguida, que era yo un romántico empedernido. Y un solitario. Uno curtido al margen de las normas sociales: en la oscuridad y el frío de una casa chata y más bien húmeda, en las entrañas mismas del barrio La Esmeralda. Un solitario que sin embargo ya no lograba concebir la habitación 327 sin su leve presencia. Un solitario confundido. No necesitó preguntarme nada. Entró y salió siempre en absoluto silencio, como si flotara. No se molestó por mi aparente indiferencia. Tampoco buscó mi atención. Pasó siempre a mi lado sin mirarme, siendo menos que una sombra.

*

Hubo una última visita, durante esos aciagos días en que todo estaba por empezar pero nada empezaba. Sentía ya cómo se acercaba el momento de correr los cien mil metros planos de la carrera presidencial. Intentaba calmarme diciéndome que correría los primeros setenta u ochenta mil acostado en una camilla, con la cara cubierta por una máscara, fingiendo estar mudo y sordo, escribiendo mi voluntad en hojas de papel extendidas solícitamente por mis colaboradores. Y contando además con la siempre balsámica presencia de la enfermera Ada Neira. Solamente al final, en los últimos veinte mil o treinta mil metros, curtido ya por múltiples aventuras políticas, endurecido, libre de clemencia y de dudas, adquiriría por fin la requerida estatura presidencial. Me pondría de pie, como Lázaro, y superaría, en medio de una ovación sin precedentes, en medio de abundantes lágrimas emocionadas, la estatura presidencial del presidente Del Pito (de un metro y cincuenta y un centímetros).

Mientras esperaba que todo eso pasara, no pasaba nada. El blanco cielorraso de la habitación 327 empezó a hacerse tan enervante como las vendas y el gorro y la máscara que me cubrían la cabeza, como el sudor que todo eso producía. El rumor de que un comando de los Escuadrones de la Muerte entraría a la Clínica Ignatiev para volverme a matar pero mejor matado circulaba en internet. Según Jorge Parra era una posibilidad cierta, por lo que el bueno de Jairo Calderón tuvo que dedicarse a dar órdenes constantes a sus veinte hombres apostados en las esquinas principales de la clínica, a través de un radio teléfono de los años setenta. En medio de la espera, agravada por las complicaciones nerviosas que me producía la presencia de la enfermera Ada Neira, era cada vez más difícil fingir invalidez. Crecía como espuma la tentación de salir corriendo y gritando por los pasillos de la Clínica Ignatiev, saltar al andén de la carrera Primera dejando caer vendas a mi paso, detener un taxi amarillo y conducirlo hasta la chata casa de papá. La deliciosa tentación de cerrar allí la puerta con triple seguro y esconderme entre mis sombras para no volver a salir nunca jamás. La tentación de volver a ser yo mismo. De seguir vivo para morir mucho después (viejo, solo, ignorado y obeso: feliz).

Cuando la crisis de fe estaba llegando a su punto más álgido se produjo una visita más. Una mucho mejor que las anteriores, una que me devolvió las ganas de seguir.

Marta, la hermana de Pedro Akira, llegó sin avisar. Vivía en Alemania. Desde el día del atentado se había negado a hablar con los cernícalos de radio, prensa y televisión. Nadie pensó que vendría. Su ingreso a mi habitación fue permitido por orden del doctor Neira, que la conocía desde que era una niña. La enfermera Ada Neira entró a la habitación 327, cerró con seguro la puerta tras de sí como siempre y me dijo que tendría que prepararme porque había llegado mi hermana. Lo dijo en una voz muy baja, como si su mirada gris pudiera detenerse antes de llegar a la mía. Al verla sentí otra vez ese extraño y placentero dolor, disuelto en alguno de mis órganos internos, más abajo del corazón, más arriba del hígado. Con sus ligeros dedos preparó el disfraz de herido grave. Muy tranquila, sonriendo ligeramente, como si la presencia de Marta Akira en la Clínica Ignatiev fuera una buena noticia. Cuando estuve listo se llevó el computador portátil, lo dobló, lo metió en un clóset y salió sin decir adiós. No me dio tiempo de probar el coctel que ya tenía listo en la nevera.

Volvió pocos segundos después cogida de la mano de Marta Akira. Mis ojos se concentraron bajo la máscara. Pude ver las dos cabezas, la de Marta y la de la enfermera Ada Neira, muy juntas, sonriendo, emitiendo sonidos agudos, como si no estuvieran allí, como si tuvieran quince años menos y se prepararan para una foto en la playa. Mi ojo derecho pudo ver mejor que el izquierdo. Marta Akira era igual a la hermana que yo siempre había soñado. Muy parecida a mí, pero con los ojos más grandes y el cuerpo menos ancho. De huesos largos, alta, con pómulos salidos como los míos. Tenía el pelo pintado de un rojo casi morado. Mientras yo las observaba ellas seguían ahí, muy quietas, muy sonrientes. Me di cuenta entonces de que a pesar de la dicha por estar viendo a Ada Neira (eran viejas amigas o habían perdido la cordura), Marta Akira estaba desviando ligeramente los ojos para posarlos en mi vendada humanidad, para analizarme, para medir mi dolor. Eso sentí: que medía mi dolor con sus ojos más que negros que de tan negros superaban la barrera del negro y salían enturbiados por un toque verdoso.

Por un instante mi pobre humanidad, afectada por tantos eventos en tan pocos días, sintió como si esas dos jóvenes que se abrazaban en la habitación 327 fueran las mujeres de mi vida. Me vi a mí mismo, tendido en esa cama, amarrado, cubierto de vendas, con la cara borrada por una máscara. Me vi como desde muy lejos. Nos vi: las dos mujeres que se abrazaban y yo tendido en el cuarto blanco, en la clínica, en la ciudad infinita. De repente, sin previo aviso, sin darme tiempo de detenerlos, mis sacos lagrimales se sublevaron y lloré como no había llorado nunca. Lágrimas grandes, abundantes, que nublaban la escena de las dos mujeres (que ahora se estaban mirando una a la otra, la cara, los aretes, los collares, la ropa bajo las batas blancas). Lágrimas pesadas, lágrimas por todos nosotros. Eso fue lo memorable. Mi llanto purificador. Eso y que logré engañar a Marta Akira, haciéndole creer que su incomparable hermano seguía vivo.

No me dijo nada, Marta. Le preguntó a la enfermera por mi estado de salud. La enfermera mintió y mientras las preguntas se hacían más difíciles y más específicas

mintió mejor, hasta que no se pudo contener y también ella lloró. Intercalaba llanto con risas y pedía disculpas, diciendo que todo había sido muy difícil en esos días. Marta se acercó a abrazarla, la apretó contra su pecho (era más alta y su pecho más abundante) y no hizo más preguntas. Entendió que aunque lograra conocer los detalles más recónditos de mi condición, no podría hacer nada para cambiarla. Antes de irse se acercó y me apretó una mano durante más de un minuto, sosteniendo la sonrisa más poderosa que he visto, una sonrisa capaz de revivir muertos. Una que no me miraba a mí sino que miraba, desde muy lejos, esa escena en la que ella y yo nos mirábamos y en la que Ada Neira esperaba. Después me limpió las lágrimas, se puso de pie y fue hasta la cartera que traía. Sacó un tubo. Dentro del tubo estaban los dibujos de mis sobrinas. De las sobrinas de Pedro Akira. Con la ayuda de la enfermera y subida en una silla pegó los dibujos en las cuatro paredes de la habitación 327.

Hecho eso, se abrazaron por última vez. Marta separó a Ada, la miró a la cara unos segundos, le peinó un mechón suelto. Marta se despidió de mí agitando una mano desde la puerta como si lo hiciera desde un campo de flores, regalándome otra sonrisa revitalizadora. Cuando salió, Ada se sentó en una esquina de la cama, a mis pies, y me habló, también ella purificada. Como si fuéramos amigos de infancia. Me dijo que era increíble la fuerza que tenía Marta, después de lo que había vivido este año, tan sola, tan lejos. Mi cabeza, preocupada por las mezquinas demandas de mi cuerpo y por los cambios de los últimos días, no había sido capaz de hacer la conexión al verla. El atentado de Bonn. Un artículo de prensa leído en la penumbra de la casa chata de papá un par de meses antes. El atentado de Bonn: un hombre con un pasamontañas había entrado al apartamento de Marta Akira en Bonn, Alemania, una semana después de que Pedro Akira hiciera pública su postulación como candidato presidencial. El intruso había roto sigilosamente la chapa a medianoche y lo había rociado todo de gasolina, también a Marta y a sus dos hijas (su marido daba en ese momento un concierto de piano en Ámsterdam).

Después, desde el pasillo y con la puerta ya abierta, el intruso había lanzado un encendedor abierto y asegurado. Seguramente poco familiarizado con la técnica alemana, no había calculado que el sistema de control de incendios del edificio de Marta era muy nuevo. Y que no solamente soltaba agua sino que la soltaba a presión muy alta, mezclada con los químicos necesarios para mantener el fuego controlado. Marta había corrido hasta los ascensores con sus dos niñas alzadas, envueltas en una cobija. Había sufrido quemaduras no demasiado graves en una pierna y en la espalda, había perdido parte del pelo. Las niñas habían salido ilesas. La policía y la prensa alemanas hablaron de ataque racista contra familia latinoamericana, del resurgimiento de la xenofobia. Al día siguiente unos jóvenes de izquierdas protestaron frente al edificio, como hicieran otros después frente a la Clínica Ignatiev. Cantaron, dejaron ramos de flores. Hubo tres o cuatro artículos y un par de columnas en los periódicos principales. Marta no quiso hablar con la prensa. Se fue durante unas semanas con su

marido y las niñas a un hotel frente a un lago.

En los periódicos de Miranda nadie contradijo a los alemanes, aunque todos sabían por qué y por orden de quién había sido realmente atacada Marta Akira en Bonn. Solo fueron publicados los mismos artículos acerca del renacer del racismo, mejorados, claro está, con errores de ortografía y de sintaxis.

*

Durante los días previos al inicio de la vertiginosa carrera presidencial (yo aspiraba a no perder un zapato, no al principio por lo menos) dediqué todo mi tiempo libre a la minuciosa observación de la enfermera Ada Neira. Cuando no estaba leyendo tragedias en internet u observándola, ensayaba con pasión mi papel de Pedro Akira. En los momentos propicios para ensayar Ada clausuraba las persianas, cerraba la puerta desde afuera con doble llave y caminaba hasta donde estuviera su padre para avisarle que el cuarto estaría cerrado y que yo estaría solo, ensayando.

Cuando ella salía yo me levantaba como Frankenstein, arrastraba mis vendas, encendía la luz que había sobre el espejo, no podía evitar un ligero vértigo al ver mi máscara de asesino serial, me arrastraba hasta la puerta y ajustaba el pasador metálico. Me gustaba quitarme frente al espejo todo lo que me cubría la cara. Porque cada día estaba más flaco y porque flaco era como más me parecía al gran Pedro Akira. Tenía la cara siempre sudada, roja, marcada por las vendas. Extraía entonces de una cajita de cartón que había en la base del espejo unas toallas húmedas que olían a alcohol, me limpiaba la cara y sacaba el computador portátil. Lo apoyaba en el amplio lavamanos y me dedicaba a ver videos de discursos, de intervenciones públicas, de reuniones, incluso de fiestas familiares: todos los eventos en los que el finado Akira había estado en presencia de una cámara. Algunos los había bajado yo del internet, otros me los había entregado a través del doctor Neira el siempre eficiente Jorge Parra.

Los gestos principales me habían salido naturales desde el principio. La forma de reírse, de concentrarse, de mover las manos en los discursos, de abrir los ojos al revelar las debilidades de su oponente en los debates políticos, la forma de sentarse o de pararse. Intentaba además convencerme de que el parecido físico entre los dos no se limitaba a nuestra gallarda figura sino que incluía también el funcionamiento del sistema nervioso al completo, aunque era evidente que el suyo era un sistema mucho menos nervioso que el mío. Ensayaba durante tres o cuatro horas cada día. La posición de los labios al hablar, la pronunciación de las eses, la forma de rascarse o de tocarse la nariz, de alisarse el pelo. Y la voz, claro, que grababa en un aparato provisto también por Parra, la voz, que seguía sin salirme bien a pocos días de ponerla a prueba en público. Para no descorazonarme me fijaba también en sus gustos para vestir, en su reloj, en la forma de abotonarse las camisas, en el corte de pelo, en la escogencia de los zapatos.

Hacía cambios de gestos según el momento necesitado: qué actitud tomaba Akira para saludar a un auditorio lleno de estudiantes, cuál para una convención cerrada con los líderes del Movimiento Amarillo, cómo se movían sus brazos frente a una multitud al aire libre, cómo saludaba a sus copartidarios o a los curiosos en la calle. Repetía en voz alta el tipo de chistes que le gustaban. La voz se iba ajustando poco a poco. Hacía largas sesiones de muecas. Creí al principio que su rango de expresiones faciales era mucho más amplio que el mío (aunque yo nunca había mirado mis propias muecas en un espejo) y a medida que pasaron los días entendí que lo que hacía el rango más amplio era el hecho de que él se había enfrentado a todo tipo de situaciones, todas reales, casi todas extremas, mientras mi vida había consistido en ver a papá, ver el cielorraso de mi cuarto y ver a profesores y a alumnos universitarios con los que en todo caso nunca había hablado.

Pasados los cuatro días sin visitas me sentí capaz de ser un Pedro Akira provisional, en obras, uno que no podría ser desenmascarado por colegas, votantes, periodistas y copartidarios. Sin su voz exacta pero con su porte de candidato. De cara a la familia la cosa sería más difícil, pero era la familia una anciana con los sistemas de comunicación bastante averiados y una hermana que tardaría mucho en volver de Alemania, si es que volvía algún día. En cualquier caso tenía suficiente tiempo por delante para seguir ensayando. Según el guión Akira sería una momia durante por lo menos tres semanas más. Faltando una semana para que el doctor Neira dejara entrar a los prohombres, una tarde de bochorno me quedé observando cómo la enfermera Ada Neira caminaba hacia las persianas para cerrarlas y posibilitar así mi práctica diaria. Creí entender algo, al verla dar sus pasos cortos y mirar las cortinas con esa sonrisa contenida, consciente de que yo la miraba. Sentí una alegría llenándome todo el cuerpo y por primera vez en mi tortuosa existencia los órganos internos dejaron de hacerme la vida imposible. Una parte de mi cabeza que no pude controlar quiso decirle a Ada Neira que apagara la luz eléctrica también, que cerrara la puerta por dentro, que no se fuera.

Cuando su pelo negro se perdió en el corredor, un trueno partió en dos el cielo de la ciudad. Durante dos días con sus noches el aguacero sonó en los vidrios de la habitación 327. Su protagonista-narrador se sintió entonces tan solo que hasta llegó a extrañar los cantos destemplados de las juventudes del Movimiento Amarillo bajo la lluvia.

*

Al sexto día apareció Jorge Parra con un maletín en el que escondía una especie de computador portátil. En vez de teclado, el computador tenía una pequeña superficie de plástico translúcido en la que me hizo poner todas las huellas de las dos manos. Mientras las ponía, el asesor plenipotenciario Parra, en avanzado estado de ansiedad, me dijo que tenían todo listo en la Registraduría para que esas huellas

fueran cambiadas por las de Pedro Akira en el computador central. Que el aparato ese era un registrador electrónico. Que ahora podía inscribir mi candidatura públicamente, como hacían todos los candidatos (como ya había hecho Del Pito). No quise preguntar a cambio de qué el funcionario de la Registraduría haría el cambio que necesitábamos, ni tampoco cómo se garantizaría su silencio. Acabada la diligencia, Jorge salió muy sonriente. Yo opté por hundirme en un largo sopor de telenovelas nacionales y extranjeras.

Y llegó el séptimo día. Me acicalaron, me limpiaron y me peinaron, procurando que mi disfraz fuera lo más tenebroso posible. Sondas, tubos, cables por todos lados. El jefe de escoltas Calderón observando desde la distancia con las manos tras la espalda. Vendas, gorro plástico. Una sonda muy gruesa saliendo por un hueco de la máscara, toque genial de última hora sugerido por Calderón antes de irse a preparar la seguridad. A las once de la mañana, precedidos de gran alboroto en los pasillos, llegaron por fin los pesos pesados del Movimiento Amarillo. Mientras se acercaban imaginé el despliegue de carros y escoltas rodeando la clínica, el operativo montado adentro, las caras tensas por la cercanía de un soldado o un policía del régimen. Cuando los ronroneos se hicieron voces, ya muy cerca de mi puerta, sentí cómo se tensaban todos los músculos involuntarios que tengo desde el coxis hasta la base de la lengua, contrayendo al hacerlo las vértebras de mi columna vertebral y secando todos los órganos intermedios. No exagero. Estiré mucho los pies, me agarré a las manijas de la cama y esperé mi maldita suerte procurando no hacer ruido.

La visita de los prohombres tenía como propósito mostrarle a la sociedad que el Movimiento Amarillo estaba unido y que así resistiría cualquier intento de acabarlo. Habría un fotógrafo, viejo compañero de lucha, veterano de mítines y protestas. Entregarían las fotos a la prensa oficial y a los principales sitios de internet en la puerta misma de la clínica. Cada uno de los visitantes aprovecharía la ocasión para hacerse ver de su líder (yo: el muñeco con la máscara) y probarle así su lealtad. Si ocurría el improbable milagro de que Pedro Akira regresara al mundo de los vivos, era mejor haber estado en la histórica reunión que no haber estado. La enfermera Ada Neira entró primero, se paró al lado de la puerta y me miró muy preocupada de pies a cabeza. Cuando llegó a los dos huecos de la máscara que indicaban la posición de mis ojos, me regaló una sonrisa tan dulce que pude soltar las barras de la cama. Lo que siguió fue todo lo que ya había imaginado (pero menos chistoso, como suele suceder).

Primero entró su barriga y después entró Luis Rabat sonriendo por lo bajo con ojitos porcinos. Rollizo monumento de la vieja escuela, prohombre muy anterior a la existencia del Movimiento Amarillo, líder brotado con envidia y brío de las entrañas mismas de la entonces acaudalada Miranda rural. Formación temprana como abogado de los pobres, abogado de los sindicatos, abogado de sus jefes políticos y por fin político él mismo: todo eso antes de cumplir los treinta años, un puñado de décadas antes de su entrada triunfal en la habitación 327. Obedecido por todos los sindicatos, escuchado por más de un intelectual, respetado por los gremios. Mando medio insigne y arquetípico del difunto Partido Liberal, orador incomparable, Luis Rabat medía su peso en votos y tenía muchos. Todos los del oriente y el sur de la inmensa

capital de la República. Todos los de los sindicatos del petróleo, de los profesores y de los cultivadores de papa. Y todos los de su gigantesco estado natal, por supuesto, en cuyos cien o más rancheríos siempre aplastados por un sol de plomo se le consideraba un semidiós olímpico, uno de esos que se invocan para que bajen de los altos cielos en momentos de desamparo.

Rabat, todo hay que decirlo, siempre había cumplido a los suyos. Materializándose, sonriente, allí donde se le necesitara: primero su barriga, luego él: todo en menos de un segundo. Dispuesto a solucionar sin falta aquellos problemas que tuvieran solución, que en Miranda han sido siempre muy pocos. Destinando los recursos necesarios para hacerlo. Congregando las voluntades del Estado. Y demostrando brillantemente, antes de volver a la capital, que todos los problemas que él no podía solucionar (es decir aquellos problemas inherentes a la condición humana) no existían. Que nunca habían existido. Los detractores decían que sus campañas políticas eran financiadas por el narcotráfico. Pataleos de la burguesía en decadencia, replicaba Rabat con sonrisa siempre igual, desde su nube semiolímpica o desde un carro de bomberos en plena campaña electoral.

Desde un rincón de la habitación, sin dejar de sonreír socarronamente, el gordo Rabat levantó para saludarme una mano muy pequeña y regordeta, como atrofiada por falta de uso. Después me dio la espalda y se dedicó a curiosear todas las máquinas de la habitación, como el niño hiperactivo y sobrealimentado que era. Había muchísimas máquinas, las suficientes para mantener la farsa de mi tenaz lucha con la muerte; Rabat las hurgó todas, comiendo maní de una bolsita plástica y respirando con dificultad. Temí que le diera por pulsar algún botón y yo tuviera que fingir un síncope sin ensayo previo. La piel que cubre todo mi cuerpo sudó al unísono. Un ruido como de aparato dañado llegó desde la puerta. Mi cabeza quiso voltearse pero alcancé a controlarla a tiempo. Giré solamente mis ojos enrojecidos, detrás de los párpados, detrás de la máscara. En el marco mismo de la puerta, como posando para un retrato, estaba el incomparable Martín Acosta.

Entró sonriendo muy tímido y haciendo una venia corta estrechó la mano del doctor Neira. Acosta era una leyenda viva. Miembro de las guerrillas reales de los años setenta, herido tres veces en combate, escapado de dos cárceles, sobreviviente de la picana y de otras torturas no menos originales. Había convencido a otros guerrilleros, a miles de ellos, para llevar a cabo el único pacto de paz exitoso de la historia de Miranda, mucho antes de la presentación en sociedad del benignísimo presidente Del Pito. Había creado poco después el Movimiento Miranda Libre, del que fue líder supremo durante varios meses, hasta que el movimiento se fue quedando sin personal porque todos sus líderes nacionales, estatales, urbanos y municipales fueron asesinados a manos de los Escuadrones de la Muerte, pagados por viejos aristócratas y por nuevos narcotraficantes. Acosta se fue quedando solo. Esa circunstancia lo llevó a unirse, en fecha memorable, a la aventura de Pedro Akira en el entonces recién creado Movimiento Amarillo. El Movimiento Amarillo prometía

ser la unión de todas las mentes independientes de aquellos partidos que habían sobrevivido a dos décadas de masacres de los Escuadrones y que estaban a punto de desaparecer, ilegalizados por el presidente Del Pito.

La unión de Acosta y Akira fue todo un éxito. Prueba de ello era que el muñeco escondido bajo varias capas de vendas, yo mismo, tenía serias opciones de disputarle la presidencia al Pitismo. Miré a Acosta queriendo contener a la vez las lágrimas y un temblor asincopado que amenazaba con apoderarse de todas mis tripas. Era muy flaco y muy feo, el otrora comandante Martín. Tenía un pie de madera, un brazo metálico y un ojo de vidrio. Ojeras muy grandes, dedos huesudos. Sonaba como una bicicleta dañada. Era más feo y más carismático ahí que en la televisión (en cuyos noticieros oficiales representaba, muy a su pesar, el papel de genio del mal y comunista sediento de sangre). Lamenté no poder ponerme de pie para darle la mano como se lo merecía. Nos habríamos visto bien juntos. Como para un retrato. Parpadeé y él se sentó. Mientras lo miraba obnubilado noté que además de todos sus defectos físicos tenía un tic. Desde su sillita blanca parpadeaba el ojo bueno con demasiado énfasis al mismo tiempo que subía ligeramente el hombro opuesto. Mi cabeza estuvo a punto de pensar que el tic lo hacía más humano, pero me abstuve (no es la risa el bálsamo del alma, en momentos así).

Cerré los ojos. Los abrí. Mi cabeza febril pensó que tal vez Martín Acosta estaba realmente nervioso viendo a su viejo amigo y copartidario Pedro Akira convertido en un malogrado experimento de la ciencia. Por estar en trance de admirar a Acosta y de cuestionar su tic, no me di cuenta de que ya habían entrado todos. También Jorgito Parra, como una exhalación. Los cinco. Esa y no otra sería la reunión del Movimiento Amarillo. La cumbre. Podía sentirlo a pesar de las vendas: estaban esperando a que algo pasara para poder dar comienzo a la reunión. Y nada pasaba. El único tranquilo parecía ser Luis Rabat, que se había sentado y jugaba en su celular. El doctor Neira fingía anotar en una planilla de la clínica datos de las máquinas que controlaban mis signos vitales. Ada miraba desde un rincón, cruzada de brazos, el cuello tenso y la mirada seria. Estaba más linda que nunca. Yo no podía hacer que mis ojos dejaran de moverse y fue así como vi otra vez a Martín Acosta. Puesto en una silla, en equilibrio, parecía estudiar al cielorraso con el ojo de vidrio mientras disfrutaba de la compañía de su tic.

Más atrás Luis Rabat se puso de pie, guardó el celular en el bolsillo. Carraspeó, hizo que la sonrisa que tenía siempre en los ojitos se le expandiera a toda la cara y dijo en voz muy alta, mirando a todas partes y a ninguna también: *Este es un momento muy complicado*. Mis ojos se quedaron quietos. Separando las piernas, balanceándose a cada paso y manteniendo intacta la sonrisa, Rabat siguió el camino trazado por su panza hasta llegar a mi cama. Desde allí prosiguió, enlazando las frases mediante la repetición de una o más palabras, como lo hacía en la televisión: *Un momento muy complicado para el Movimiento Amarillo y para la historia de la República. De la República. Pero no nos van a dividir. No nos van a dividir porque*

Pedro sigue vivo. Pedro sigue vivo y ya no nos va a detener nadie. Nadie. Hizo una pausa teatral, con la mano ya puesta en uno de los hierros de mi cama. *La reacción de la sociedad ante este intento de magnicidio marcará nuestra victoria.*

Cuando acabó pensé que los demás iban a aplaudir. No sucedió. Todos estaban acostumbrados a los muchos decibelios de esa voz veterana en la política de la República, a sus frases como de himno nacional. Sonrieron procurando no mirarlo y él en cambio los miró, uno por uno (doctor Neira – Acosta – Parra – Ada (demorándose) – Jairo): sonriendo también, como una mofeta, como si lo anterior fuera una pequeña broma que ya todos conocieran. Martín Acosta se puso entonces de pie con mucha calma y estrépito. Puso la mano en el espaldar del asiento vacío que tenía enfrente y dijo con su sonrisa de grandes dientes torcidos y amarillos, de caballo barato: *Luis tiene toda la razón. En todo lo que dice. Y le damos las gracias. Hoy hemos venido solamente a ver a Pedro y a que él nos vea. A darle nuestra fuerza. Por eso es que no podemos molestarlo más, ya suficiente impresión debimos causarle cuatro tipos tan feos invadiendo su cuarto para mirarlo. Esto es mucho peor que el atentado.*

Sonrieron todos bondadosos menos Rabat, que escribió o fingió escribir un mensaje en su celular, muy cerca de mis vendas. En ese momento de distensión el bueno de Jairo Calderón salió de la habitación y volvió inmediatamente cargando un gigantesco arreglo de flores. *Vienen a nombre de los visitantes*, tuvo que decir la enfermera Ada Neira, sonriendo como azafata tonta, actuando también ella mientras le encontraba espacio al ramo en una mesa. Los cuatro miembros insignes del Movimiento Amarillo (Parra, Neira, Rabat y Acosta) sintieron que esa era la campana del recreo y formaron corrillo, zumbando como moscardones, tosiendo, murmurando. Entendí que eso era todo. No habría reunión, Acosta me había salvado. Lo peor había pasado. Habían venido por venir, para verme, nada más. Uno por uno se tomaron fotos con el muerto viviente, que aliviado sonrió debajo de su máscara. Después de una foto grupal Martín Acosta se quedó muy cerca de mi cabecera. Me dijo que María Block no había podido venir porque estaba en un debate popular en una ciudad lejana de la vasta República, que me mandaba saludes. Que había colaborado personalmente esa mañana en la escogencia de las flores. Justo en ese momento y como parte de una coreografía planeada, como si detrás de ella vinieran veinte patinadores vestidos de azul con lentejuelas, entró con su gran sonrisa la inimitable María Block.

Alta, muy blanca, de grandes ojos azules, entró dando largos y elegantes pasos y guiñándoles un ojo a los tres líderes (y medio) del Movimiento Amarillo y diciéndonos *De mí no se van a deshacer tan fácilmente*. Fue directamente a mi cama. Se sentó a mi lado, cruzó una pierna tan larga como la otra y me obsequió el aroma de su perfume fino. Tomó una de mis manos entre las suyas, la acunó como si fuera un bebé recién nacido, la besó antes de devolvérmela. No tuvo que decir nada de nada. Giró, fue al lavamanos y se sirvió un vaso de agua diciendo que en el mundo ya

no quedaban caballeros. Hija de un diplomático alemán, nacida en Múnich, cuando tenía quince años María Block había decidido quedarse en Miranda contra la opinión de su padre, de su madre en Múnich y de toda una familia que se sabía destinada a cosas más grandes que esa joven república de cuatrerros y ladrones. Desde tan tierna edad María había estado vinculada a trabajo social en los barrios más pobres y violentos de la capital. Cuando fue mayor de edad y se nacionalizó mirandana, desheredada ya por su padre y olvidada por su familia, tuvo que trabajar duramente para pagar sus estudios de derecho en la Universidad Nacional de la República. Fue así como se acabó casando unos años después con un militante de la guerrilla real que acabaría asesinado frente a sus ojos, en sus brazos, pocas horas después de la firma de los últimos acuerdos de paz.

Sola, sin más apoyo que el de su propio partido político, desde su ínfimo escaño en el concejo de la ciudad había sido la más tenaz opositora del Pitismo en los primeros años. Organizó debates, dio entrevistas, publicó informes que demostraban cómo los secuaces de Del Pito estaban robándose a través de los Escuadrones de la Muerte todas las tierras fértiles de la República. Hacía una década que se había ganado una silla en el Congreso, en donde seguía con su escalada de denuncias a pesar de ser tratada como una loca por los miembros de todos los otros partidos. Pedro Akira la había llamado desde el mismo día en que había tenido la idea de fundar el Movimiento Amarillo, lo que la hacía una de las fundadoras de la oposición unificada de Miranda. Había aportado muchas de las ideas de la campaña presidencial, incluida la de jugársela toda con la revelación de los escándalos del Pitismo, a riesgo de morir todos asesinados. A pesar de los abucheos y los insultos en la calle, de las agresiones físicas, de las amenazas de todo tipo, María seguía diciendo por todos los medios lo que ya nadie quería oír.

Afirmaba que lo que conocíamos del Presidente era solamente un invento de sus periódicos, de sus canales de televisión y de sus emisoras de radio. Gritaba a los cuatro vientos que la popularidad del presidente era un espejismo y que correspondía al apoyo de la diminuta clase media de las ciudades y a las trampas de las encuestas. Que la realidad de la República no era lo que decían Del Pito y sus ministros, eso en lo que creían ciegamente los aplaudidores ciegos, que era otra cosa, y ponía como ejemplo de lo que sí era la República los varios millones de hambrientos y despojados y descuartizados y desplazados y mendigos y exiliados y asesinados. Como si fuera poco todo lo anterior María era la única persona que había sobrevivido a un secuestro llevado a cabo por los Escuadrones de la Muerte. Había estado dos semanas en el campamento del peor comandante, el que de tanto descuartizar había sido nombrado Patrón por sus subordinados, el que salía de vez en cuando dando extensas entrevistas en la televisión, compartiendo amablemente con el vulgo sus planes acerca de qué se debería hacer con las tierras de Miranda después de eliminar a todos sus pobladores. Cuando María Block fue liberada, la prensa gobiernista habló de miles de millones pagados como rescate y la televisión gobiernista sugirió

cobardemente que ella había tenido un romance con uno de los jefes de escuadrones para ganarse la libertad. Ni lo uno ni lo otro, pero no es este momento de interrumpir nuestra sublime narración deteniéndonos en aventuras divergentes. Baste con decir que el carisma y el aura de invencibilidad de María Block brillaron con más fuerza desde esa mañana de enero en que salió caminando sola del campamento de los Escuadrones de la Muerte, completa, viva y más fuerte que antes.

Volvamos mejor a mi propio sudor. Bajo la máscara. A la habitación 327. María Block ya se había alejado de mi cama y ahora soltaba grandes carcajadas, metida en el grupo de los otros líderes del Movimiento Amarillo, que posaban para ser fotografiados. Los miré y sentí como si el tiempo se hubiera parado, ahí, en esas fotos: como si el tiempo estuviera esperando a que yo echara a correr. Hacia el futuro, sin detenerme, dejando a mi paso una larguísima venda blanca. Como si ese momento tuviera la textura de un recuerdo muy lejano o de un sueño o de una escena en el cine. En adelante esas personas serían algo así como mi familia. Mi propia familia disfuncional, acompañándome, para bien o para mal, durante los meses o semanas o días que me quedaban de vida. Tendría que aprender a quererlos. Sonreí bondadosamente bajo mi máscara pero nadie me vio.

Quise estar solo para poder recordarlos.

*

Tomadas las fotos grupales fueron saliendo de uno en uno los miembros del Comité Central, pasando muy cerca de la cama y haciéndome un tímido gesto de despedida. No se sintieron capaces de besar la máscara, de ver por entre sus agujeros las terribles deformidades del hombre elefante. El último en irse fue Martín Acosta. Se acercó haciendo ruidos de trasto viejo, bajó su cabeza tan parecida a la de un chivo desnutrido hasta ponerla muy cerca de mi máscara y vigiló al mismo tiempo con el ojo de vidrio las bacterias del cielorrasso. Buscó el lugar en donde se suponía que estaba mi oreja aunque nadie sabía con seguridad si había una. Muy pasito me dijo entonces *Ya viste lo que hay*. No entendí a qué se refería. Hizo una pausa decorada con tres largos parpadeos (el ojo de vidrio no tenía pestañas) y continuó: *Sin un líder este partido se deshace. Ya viste lo que somos*. Me pregunté, con un escalofrío recorriéndome lentamente la ingle, si acaso sabría de la farsa, si el siempre nervioso Jorgito Parra le habría informado sin decírmelo. Me hablaba como si yo no conociera de antes a ninguno de los miembros del Movimiento Amarillo, como si yo fuera solamente el triste José Cantoná y no el magnánimo Pedro Akira, su querido amigo.

Entonces continuó y yo tuve que contenerme para no suspirar de alivio. *Te necesitamos de vuelta, Pedro. Tú sabes que lo digo en serio. Te necesitamos para funcionar unidos. Esta guerra apenas comienza*. Después hizo un silencio larguísimo durante el cual su cabeza de chivo hizo parpadear intermitentemente el ojo bueno y el de vidrio, muy cerca de mi máscara. Y añadió, como en un discurso para un solo

espectador (enmascarado): *No podemos perder de vista que Tomás del Pito es solo el síntoma de una enfermedad grave, la de las clases dirigentes de siempre que siguen acaparándolo todo y no generan más que miseria.* Siguió otro silencio. Cuando estuvo seguro de no tener nada más que decir parpadeó los dos ojos al tiempo, se levantó con estruendo de resortes y poleas y sin desarmarse me dio la espalda. Fue hasta donde estaba la enfermera Ada Neira, le extendió una mano mientras hacía una venia operática (temí que la mano se le cayera y se quedara apretando la de la enfermera aterrorizada, pero no pasó). Se irguió de nuevo y salió por el pasillo a buena velocidad, intentando alcanzar a los demás líderes entre un ejército de escoltas malencarados.

Ido Acosta, acabado el acto, la enfermera Ada Neira puso en un rincón las sillas dobladas. Después se acercó a mi cama con evidente alegría, estiró las sábanas sobre mi cuerpo, sacó la sonda de la máscara y aflojó las vendas. Cuando constató que yo respiraba me miró a los ojos un instante. Sonrió y se fue sin decir adiós.

*

Jorgito Parra sabía sacarle provecho publicitario a cualquier cosa. A la mañana siguiente de la junta del Movimiento me inscribí oficialmente como candidato presidencial. Los candidatos a cualquier cargo hacen la diligencia de inscripción en la Registraduría Nacional, pero tratándose del hombre elefante lo hice desde mi cama. Hubo libretas de apuntes, cámaras, micrófonos. Zoom sobre mi huella, sobre mi mano estampando la firma mil veces ensayada, sobre mi máscara. El candidato regresaba de entre los muertos convertido en psicópata de película de terror y estaba listo para la batalla final contra el Divino Niño. No se quedaron más de media hora. Después pude mirar el cielorraso en completa soledad. Hice una siesta y por la tarde recibí la segunda visita de la mamá de Pedro Akira. La señora ya casi no veía ni oía ni entendía nada. La enfermera Ada Neira le sirvió un agua aromática y le ayudó a tomársela, hablándole como si tuviera tres años. La señora se acercó mucho a mi máscara y me dijo algo que duró muchos minutos. No entendí de qué se trataba. Tal vez eran oraciones católicas. Apreté su mano derecha, que tembló entre la mía. Fue muy feliz.

*

De regreso a mi añorada soledad me dediqué a seguir perfeccionando la voz de Akira y sus movimientos y también a aprenderme todos los datos de su vida. Estudios, amistades, anécdotas, campañas, textos escritos, discursos, lecturas. No alcancé a avanzar mucho. A las siete en punto de la segunda noche entró el doctor Neira acompañado de su adorable hija para comunicarme que acababa de recibir una

llamada de la jefa de protocolo del presidente Del Pito anunciándole que a las once de la mañana siguiente me visitaría una delegación del alto gobierno, compuesta por un asesor principal, la primera dama y tres ministros. *Lo más probable es que venga Del Pito también. Ya sabes cómo le gustan las sorpresas que dan publicidad*, me dijo el doctor. *A las diez de la mañana vendrá Ada a prepararte para la visita. La cosa será como fue la reunión del Movimiento Amarillo: no tendrás que hacer absolutamente nada.*

No dormí esa noche. De dos a tres de la mañana estuve asomado por la ventana viendo pasar mendigos, caminantes extraviados, borrachos. Una puta solitaria esperó durante más de media hora en el andén hasta que se la llevó un carro de la policía. A las cuatro encontré un somnífero en el botiquín de emergencia que guardaba la enfermera Ada Neira en el cajón de mi mesa de noche. Soñé que un asesor del presidente Del Pito dormía bajo mi cama, vestido de karateka y con una granada en la mano. Respiré profundamente varias veces para controlar el pánico (sabía que allí estaba el asesor) hasta que pude asomarme bajo la cama. No estaba el asesor. En cambio estaban dos familiares obesos del presidente, abrazados, sudando, desnudos. Los miré con ojos muy abiertos. Oí a mi espalda que alguien decía con muy buena dicción, lentamente: *Este hijueputa...* Di un brinco para mirar quién era. Era, claro, el karateka, el asesor, de pie al lado de la cama, desnudo de la cintura para abajo. Me tapé con las cobijas e intenté hacerme el dormido para poder dormir (creí que si me dormía de verdad regresaría a la real realidad y ya no podrían tocarme los personajes del sueño).

No lo conseguí. Cuando abrí los ojos de nuevo, a cada lado de la cama un familiar obeso de Del Pito se ponía pantalones de paño y se acomodaba una pistola en el cinto. El karateka estaba frente a mí, con una granada suspendida entre las manos juntas y el cuerpo paralizado en una elaborada pose de patada. Tenía los ojos cerrados, parecía meditar. Entendí que no me mataría hasta que los familiares de Del Pito estuvieran vestidos del todo. Eché a correr por el pasillo de lo que creía era la Clínica Ignatiev, pero estaba en una cárcel. Detrás de las rejas repetidas al infinito pude ver a comandantes de las guerrillas con boinas rojas y a narcotraficantes en celdas llenas de billetes. Todos me gritaban y me extendían los brazos por entre los barrotes. No sé si querían ayudarme o tirarme al piso para verme destrozado por la familia y el asesor karateka del señor presidente.

Corrí sin aliento, bajé escaleras que aparecieron bajo mis pies sin previo aviso, me perdí en largos corredores como laberintos. Oí todo el tiempo los gritos de los presos detrás y los disparos que hacían los familiares de Del Pito con sus pistolas. Imaginé al karateka corriendo descalzo, más ágil que todos, con la granada lista en una mano. Llegué a un corredor sin salida. Empecé a gritar del miedo. Se oyeron carcajadas en la galería de los presos y los disparos sonaron cada vez más cerca. Se abrió una puertita metálica pintada de gris, a mis pies. Por ella salió la esposa del presidente Del Pito. La real, pero midiendo unos cuarenta centímetros y vestida de

princesa de cuento, con varita mágica y todo. Me dijo dulcemente que entrara si no quería morir. Me puse en cuatro patas y logré entrar justo cuando por el corredor se acercaban ya disparando los obesos, gritando *No lo dejés entrar, no lo dejés entrar, no lo dejés entrar*. Adentro del cuarto de donde había salido la primera dama estaba sentado en un trono el mismísimo presidente Del Pito, que era idéntico a él mismo y tan enano como su esposa del sueño.

El presidente me miró de arriba abajo y con su boquita rosada dijo *Yo sé quién sos, perro hijueputa. Yo sé quién sos. Y yo mismo te voy a partir esa jeta*. No alcancé a sorprenderme por lo soez del lenguaje utilizado por tan diminuto prohombre, porque, dicho y hecho, sacó del cojín sobre el que estaba sentado una pistola gigantesca, como de charro mexicano, como de cuento infantil, y me la metió en la boca. Pude ver su dedito de bebé apretando el gatillo. No pude oír el disparo pero supe que estaba muerto. Me desperté a la real realidad con la almohada sobre la cara, ahogándome, sudando. Dejé la almohada en el suelo, me senté. La boca me sabía a tierra. Me tomé toda el agua del vaso que encontré en la mesa de noche. Todavía atontado por el somnífero parpadeé muy despacio y me incorporé sintiendo la lengua hinchada y carrasposa.

Me bajé despacio de la cama, que en ese estado me pareció más bien una barca sobre aguas turbulentas. Arrastré los pies hasta la ventana. Faltaba mucho para el amanecer. Ya no había putas ni solitarios en la calle. Ni familiares obesos del presidente Del Pito abrazados bajo mi cama. Se abrió la puerta de la habitación. Me pregunté si me habría metido sin darme cuenta en otra pesadilla. Entraron, en ese orden: el doctor Neira con el pelo despelucado, como inventor de película, el asesor plenipotenciario Jorge Parra, más nervioso que nunca, el jefe de escoltas Jairo Calderón, empujando una silla de ruedas, y la enfermera Ada Neira, al final, muy seria, con los brazos cruzados, evitando mi mirada. Cerraron la puerta con seguro y prendieron todas las luces. No esperaron a que yo volviera a la cama. Jorgito dijo con la mandíbula muy tensa que habían recibido de buena fuente el rumor de que esta noche se planeaba un atentado en mi contra. Se pasó la punta de la lengua por los dientes varias veces antes de continuar. No se sabía cómo pero los mismos que habían intentado acabar con Akira (consiguiéndolo, sin saberlo) probablemente irían por mí esa misma noche.

No podemos correr riesgos, dijo Parra. *No podemos*, repitió, *no podemos, no podemos*, y le dio instrucciones a la enfermera Ada Neira de que saliera y detuviera el ascensor para enfermos al final de los pasillos, de que esperara allí. Al doctor Neira le indicó que se quedara abajo, frente a la recepción, para que no hubiera preguntas en el momento de pasarme a los ascensores que llevaban al sótano. A Calderón le dijo que me ayudara a sentarme en la silla de ruedas y que la condujera hasta el sótano, que no se detuviera por ningún motivo. Después podría volver por mis cosas. El jefe de escoltas me puso una toalla en la cabeza a manera de blanco velo islámico, me calzó las pantuflas con el escudo del hospital, me cubrió la pijama con un delantal

verde claro y me conectó a una máscara de oxígeno que me ocultó la cara. Mientras rodaba por los corredores recordé mi pesadilla. Manejaba Calderón, Jorgito Parra daba instrucciones enloquecidas, temerarias. Creí que mi pesadilla había sido una premonición. Tuve mucho miedo. Estuve seguro de que el laberinto de pasillos de la Clínica Ignatiev me llevaría directamente hacia la muerte.

Pasados diez minutos llegamos al sótano. Estuve más de un cuarto de hora allá abajo, en la silla de ruedas, sofocándome por el disfraz, esperando a que se acercara Calderón en uno de los carros blindados para llevarme a toda velocidad hasta el apartamento de Pedro Akira. El doctor Neira se había quedado en la recepción y Jorgito Parra caminaba de un lado para otro sin poder estarse quieto, hablando solo y entre dientes. De repente la mano pequeña y fría de la enfermera Ada Neira tocó la mía. La apretó fuertemente, sabiendo que nuestro destino quedaba ahora en las manos temblorosas de Jorge Parra y que tal vez no volveríamos a vernos. Calderón ya se acercaba en el carro, serpenteando a toda velocidad y en reversa entre las columnas, cuando ella me quitó la máscara de oxígeno, se agachó y sin darme tiempo de esquivarla se despidió dándome un beso en la boca.

Jorge Parra vio a Calderón que se bajaba del carro y diciendo *nos fuimos nos fuimos nos fuimos nos fuimos* empujó la silla de ruedas, sin darme tiempo de mirar de nuevo a Ada. Mientras me alejaban en la camioneta la vi parada junto a la puerta del ascensor, muy seria, con la máscara de oxígeno en una mano, mirando los vidrios polarizados en donde se suponía que estaba yo. Intenté recuperar su perfume oliendo mis propios labios. La camioneta embistió la rampa de la calle.

*

Ya estoy en el apartamento. Me siento bien. Me siento tan bien que ahora lo cuento todo en el tiempo verbal presente, como si no quisiera que se acabara nunca ese recuerdo de mis primeros días en el papel definitivo (para mí y para la República) de candidato oficial amarillista. Ya estoy en el apartamento y estoy solo. La empleada del servicio llegará a las tres de la tarde, con Jorgito. Es nueva. La anterior fue despedida cuando atentaron contra Akira. Hasta que lleguen los intrusos, el apartamento es todo mío. Los libros, el bar, la música, las fotos, la tina, los discursos, la nevera de cuatro puertas, las películas, los archivos en el computador, las páginas de internet favoritas. El vestier con quince trajes, los sofás ergonómicos, la cama king size, la alfombra mullida, los videojuegos. Y también la máquina de afeitar y el desodorante y el cepillo de dientes. Todo lo que este su narrador-protagonista necesita para convertirse por fin en el verdadero y único (adalid de los pobres, luz del desdichado).

Cuando salgo al salón me encuentro con que mi única petición ha sido satisfecha. Con que ahí está, de pie, esperándome. Gigantesco. Algo tímido, inclinado y como mirando para otro lado pero feliz de estar conmigo otra vez. Es mi contrabajo

antiguo, compañero de todas mis soledades. Le han cambiado la cuerda de tripa de gato (que se rompió al principio, desatando cataclismos) por una cuerda industrial de compuesto químico, nadie puede pedir que el mundo sea perfecto. Me paso la mañana deleitándome con la virtuosa interpretación de piezas para contrabajo de los maestros Fing y Bailout. Y con la también virtuosa interpretación, claro está, de los conciertos más célebres y reproducidos del maestro Kepis (maestro de maestros, qué duda cabe). Oh, cuánto habría dado por conocerlo, al maestro, cuánto habría dado por tocar frente a él una de sus obras. Entre pieza y pieza, conmovido por el reencuentro con mi instrumento, bebo muy despacio varios cocteles, preparados con los abundantes licores del difunto Pedro Akira.

A las doce mis manos deciden renunciar a interpretar música y justo entonces me dice mi estómago que tengo mucha hambre. Frito y me como dos huevos de gallina con queso, sal y pimienta. Los acompaño con dos tajadas de pan fresco y jugo de naranja. Preparo café y lo ingiero mirando mi contrabajo, sin poder ocultar una sonrisa. Después me dedico a husmearlo todo. El pasillo está decorado con fotos enmarcadas de Akira dándoles la mano derecha a siete líderes de la oposición en siete países distintos. En el clóset tiene quince trajes de todos los colores con sus quince corbatas. Y tiene otras quince corbatas de repuesto. Despacho tres o cuatro cocteles más. Pronuncio en voz alta, para las plantas del balcón, con traje y corbata, algunas de las frases más célebres de Pedro Akira. Después enciendo su computador y encuentro archivos con artículos acerca de él publicados en Francia, Alemania, Italia, Estados Unidos y Argentina. Artículos con fotos. Hay también fotos de sus sobrinas, las dos niñas sobrevivientes del incendio en Bonn. Y otro archivo con fotos antiguas, escaneadas, de él y su hermana cuando eran niños, de él a los pocos años disfrazado de vaquero, de un viejo equipo de fútbol de niños, de toda la familia Akira sonriendo en technicolor desde alguna playa del Caribe.

El bar de Akira es mucho mejor que el mío. De los cocteles de menta y los brandis paso a un whisky respetable. En una de las bibliotecas encuentro por accidente un poco de marihuana envuelta en una bolsita plástica, la suficiente para liar tres o cuatro cigarrillos. Si me viera el presidente Del Pito me mandaría decapitar. Estoy concentrado en la televisión, espernancado, borracho y trabado, cuando oigo ruido de llantas que frenan con escándalo en la calle. Me asomo por una de las ventanas de la fachada principal y ahí están, siete pisos más abajo: Jorge Parra y la nueva empleada bajándose de dos camionetas blindadas, caminando ya en dirección a la portería, precedidos del jefe de escoltas Jairo Calderón. Salgo corriendo hacia el cuarto, abriendo ventanas a mi paso. Jorgito tiene llaves y entra en el momento en que yo salto en la cama con medio disfraz de moribundo puesto y me enrolló la venda de la cabeza a velocidad récord. Cuando llegan al cuarto tengo ya puesto el disfraz completo, incluida la conexión al suero. Pido al cielo que la empleada no sepa a qué huele la marihuana. La señora tiene unos sesenta años y me saluda muy sonriente, demasiado, como si ella también estuviera bajo efectos sicotrópicos. Me dice que está

a mis órdenes y que cualquier cosa que necesite se la puedo escribir en un papel. Hace pequeñas venias con la cabeza mientras habla. Jorgito le explica que se tendrá que encargar de la limpieza, de la poca ropa y de preparar una dieta especial que le será explicada en detalle por la enfermera en jefe.

Espero a que hagan el tour completo del apartamento, a que firmen el contrato y a que ella se vaya. Cuando sale, le pregunto a Jorge por la identidad de la nueva enfermera en jefe. La marihuana hace que cuando acabe de plantearla, la pregunta me parezca chistosísima. Suelto unas risitas cortas, atoradas. Parra me dice que si voy a fumar marihuana me asegure de hacerlo estando solo y no en el papel de un candidato presidencial, que no sea irresponsable. Dice también que por la seguridad del plan y de la futura República se ha decidido que solamente Ada Neira tendrá acceso a mí: ella sabe todos los detalles del plan y por lo tanto será la enfermera en jefe cuando sea necesario que haya una. El doctor Neira vendrá una vez a la semana a visitarme. *Dicha* es una palabra muy pequeña para describir lo que siento. La enfermera Ada Neira seguirá conmigo. Cada día y con algo de suerte cada noche también. Cuando el jefe de prensa y comunicaciones de mi campaña a la presidencia recibe una llamada urgente en el celular y por fin se va, sigo emborrachándome y decido acabarme toda la marihuana del difunto. Bailo en calzoncillos con el fogoso cadáver del maestro Kepis, que me canta al oído sus mejores melodías. Más tarde encuentro un tarro de helado de chocolate. Me lo como en el balcón, en la compañía silenciosa de las plantas. Soy feliz.

*

El doctor Neira lo dice en el primer noticiero de la mañana: Pedro Akira tardará unos diez días en ser despojado de la máscara, aunque todavía no de las vendas; dentro de dos semanas empezará a recuperar el habla; la memoria le está ya regresando poco a poco. Lo veo en el televisor ultraplano de Pedro Akira, tendido en su cama extra blanda mientras desayuno huevos pericos. Aprovecho ese nuevo plazo que me da el doctor para gozarme un poco más la soledad del apartamento antes del inicio de la carrera presidencial. Veo las películas de Akira, oigo su música, pruebo todos sus tragos. En los descansos sigo practicando sus gestos y ensayando su voz. La enfermera Ada Neira me visita un par de horas cada tarde, después de las cinco, cuando la empleada del servicio se ha ido. Durante los primeros días hay una tensión tan fuerte entre su perfecta anatomía y la mía que no lo es tanto, que no podemos hablar ni mirarnos. Nos limitamos a bajar la mirada, a fumar, a sentir la brisa en el balcón. A oír música cuando se alargan mucho los silencios. También vemos películas, a veces, sentados uno al lado del otro: ella prepara café y trae cruasanes de la panadería, al final comentamos siempre, sin mirarnos.

Al quinto día, sin previo aviso, como si hubiera enloquecido, la enfermera Ada Neira regresa del baño, se acerca por detrás al sofá en donde vemos una película

muda y empieza a enrollar la venda larga alrededor de mi cabeza hasta cubrirmela toda. Después la desenrolla, sentada a mi lado en el sofá, con cara triste, como si jugara con un muñeco. Me envuelve y me desenvuelve así dos veces. A la tercera estoy ya descubierto cuando me agarra la cara con las dos manos y me da un beso en la boca que no se termina. Un beso que se va alargando y relajando y tensando y volviéndose a relajar, uno que dura muchos minutos y nos hace cambiar de posición en el sofá, uno que no se interrumpe hasta que la separo para quitarle los pantalones y aun así continúa el beso, a pedazos, con exclamaciones de júbilo porque no podemos dejar de besarnos, porque no hay nada mejor en el mundo que besarnos (para entonces ella ya se ha ido quitando la ropa descubriendo unas tetas muy blancas, redondas, pequeñas, duras, unas tetas que me parecen la manifestación perfecta de la materia, casi un milagro, un descubrimiento que está a punto de hacerme detenerlo todo durante horas solamente para mirarlas y mirar también la cara que está un poco más arriba, esa risa de ojos entrecerrados, esos dientes tan blancos, la luminosa cara de Ada Neira que sonrío sobre sus tetas perfectas).

No me detengo. No puedo porque el beso se reanuda ahora con caricias y ya estoy perdido en su boca, en sus dedos fríos rozándome la espalda, en su piel demasiado tersa. Ada se sienta sobre mí, me acaricia la cabeza con las dos manos. La huelo, la recorro con mi boca, siento ganas de comérmela toda, de un solo mordisco o despacio, a pedacitos o entera. Mientras hacemos el amor descubro que tiene tres tatuajes. Al placer de su mirada, de sus besos, de su olor, de su tibieza, al placer de su silencio serio y atento como el mío cuando la penetro, se suma el placer de descubrir eso que debí saber desde el principio. Que ella es en realidad otra persona, no la enfermera Ada Neira. La vida real de esa mujer que ahora me abraza con todas sus fuerzas, la conciencia del secreto escondido dentro de su cuerpo, la inminencia del juego del descubrimiento multiplican el placer hasta hacerlo casi doloroso. La que ahora me besa el pecho y me envuelve con las piernas cerrando los ojos es una completa desconocida. No sé cómo se llama ni a qué se dedica, ni cómo llegó hasta mí. Y sin embargo sé que la conozco más que a nadie. Sé que lo que me pueda contar será exactamente igual a lo que yo ya sé, pero ahora apuntalado con nombres y fechas reales.

Cuando acabamos nos quedamos tirados en el sofá, inanimados, como si por fin hubiera aparecido el asesino de Akira y nos hubiera disparado largo rato con una ametralladora. Despertamos al mismo tiempo, todavía sintiendo los ecos del placer que llevan palpitando más de una hora en el sueño. La enfermera Ada Neira va al cuarto y trae una cobija. Nos envolvemos sentados, con las piernas recogidas, como los únicos sobrevivientes de la caída de un avión en las nieves perpetuas de los Andes. No decimos nada. Miramos la oscuridad y fumamos. Después pongo música en el estéreo, lo primero que encuentro en la oscuridad, con tan buena suerte que son las últimas sonatas del gran Kapuschtz. Seguimos abrazados entre toda esa nieve imaginaria, entre esa nieve que casi vemos caer gracias a la música de Kapuschtz,

sintiendo nuestra respiración y nuestra piel tan fría, aferrándonos el uno al otro como si soltándonos pudiéramos desaparecer. Y así nos quedamos, hasta que las sonatas suenan dos veces completas. Más tarde Ada prepara una comida con los tres ingredientes que hay en la nevera. Sabe muy bien. Tomamos vino de Akira. Todavía no somos capaces de mirarnos a los ojos. Sonreímos evitándonos. Tiemblo cada vez que levanto la copa para brindar.

A las once vemos una película de mafiosos italianos. Ada se ríe con voz ronca cuando dos mafiosos muy bajitos matan a otro a puños y culatazos que le rompen los huesos de la cara. Yo también río. La beso. Cuando se acaba esa ponemos otra película, una de gánsteres japoneses en Los Ángeles. Está muy buena. Ada va a buscar un cigarrillo. Lo prende frente al ventanal corredizo de la terraza. Abre la puerta corrediza y sale medio desnuda a sentarse entre las plantas. La dejo sola en su silencio. Después de un rato me doy cuenta de que me está mirando con esos ojos grises y achinados suyos que tienen algo de rabia pero también de duda, de orgullo, de burla (algo de abismo insondable). Las consecuencias son fáciles de prever. Nos besamos otra vez, nos miramos. Hacemos el amor, ahora de pie, lentamente, bajo el negro y frío cielo de la capital de la República. Ada saca un cigarrillo de marihuana. Me dice que se llama Ada, en la realidad. Que Neira es su verdadero apellido también y que sí es la única hija del doctor Neira. Que es enfermera, como en su papel. Lleva un año estudiando para serlo porque así lo quiere el doctor Neira. Su cara se pone rígida, triste. Después de un largo silencio dice que la historia de todo lo que pasó antes de ser enfermera, antes de vivir en la capital, es muy larga. Y no dice nada más.

Me coge una mano, me pasa el cigarrillo de marihuana, sigue mirando el cielo sobre las montañas. Nubes muy bajas, claras, atraviesan rápidamente la oscuridad sobre nuestras cabezas antes de desaparecer en el horizonte. Nuestra piel siente el delicioso frío de la noche. Dormimos juntos. Abrazados con todas nuestras fuerzas. Abro los ojos dos o tres veces durante la noche. La veo y entiendo que algo anormal ha sucedido en los altos cielos para que yo haya recibido un regalo así. Empiezo a sentir, ya en esa primera noche con Ada, que soy otro. Que dentro de mí algo muy pequeño se ha roto mientras hacíamos el amor y que esa pequeña ruptura interna ha alterado las fuerzas que me gobiernan, empezando a liberarme de mí mismo. Pienso que tal vez lo que sigue en el futuro inmediato, con una mujer como esa a mi lado, sea recibir toda la iluminación de las alturas, el milagro de hacerme fuerte (y tal vez, por qué no, hacerme también sagaz, y carismático). Que tal vez me convierta en alguien digno de ser visto e imitado. Alguien parecido, por ejemplo, al gran Pedro Akira.

Me despierto muy temprano. Ella ya se ha ido. Me ha dejado jugo de naranja, café recién hecho y una bolsa con pan fresco. Desayuno en la terraza, en calzoncillos y camiseta. Miro el parque de árboles gigantes que está frente al apartamento de Pedro Akira y más atrás las montañas cerrando la ciudad por el oriente, moradas, cubiertas de largas nubes grises. Una brisa muy fría arranca las hojas secas de los

árboles. Imagino que se rueda una película sobre mi vida. Es malísima. En ese momento hay un flashback al pasado remoto, a mi sufrida infancia. Soy golpeado por otros niños, tengo que caminar kilómetros bajo la lluvia, mi madre muere y lloro frente a su tumba abierta. Después de la escena del cementerio la narración regresa al presente. Hay un plano medio de mí, sentado en la terraza. Estoy llorando. El plano se va convirtiendo en un contrapicado y lloro más. Me acabo el café. No me voy del balcón, conmovido por los colores de las montañas. Se me humedecen un poco los ojos, en la real realidad. Respiro profundo. El olor del aire que baja del páramo se mezcla con el olor de Ada en mi piel, en mi boca.

*

Maldita sea la maldita manía de mirar el internet. El diario *El País* de España dice esta mañana en la primera página de su edición digital que la República, la nuestra, la de Miranda, va muy bien. Una periodista enviada por el diario *El País* de España a nuestra capital afirma que, gracias a las medidas económicas y de orden público emitidas por el serenísimo presidente Del Pito (a quien los españoles abrevian como el P. d. Pito), la inversión extranjera se ha recuperado, el producto interno bruto ha subido y la moneda se ha fortalecido. Eso afirma el diario. Después demuestra que los cambios macroeconómicos se ven reflejados en la vida real de la gente, ejemplificando a la gente en tres personajes arquetípicos de la República: el taxista que llevó a la periodista del aeropuerto al mejor hotel, el vicepresidente (dueño además del diario más grande y de la mitad de la televisión, pero eso no lo sabe la enviada) y, quién si no, el minúsculo pujante, el inmenso Del Pito.

En la historia que escribe la enviada, el taxista votó por los dos últimos y lo hizo con honesto convencimiento: para acabar con el hampa. Según los tres, el dinero alcanza ahora para comprar muchas más cosas que antes. La enviada especial menciona comida rápida, zapatillas deportivas, videojuegos y cedés. En España, de donde es el diario *El País* de España, debe ser un síntoma de bienestar comprar esas cosas. Nunca he estado en ese pedazo de península, pero sé (porque sí) que en las monarquías parlamentarias se come y se viste mejor que en las repúblicas perfectas. Según las tres fuentes del artículo (a saber: presidente, vicepresidente, taxista) cada vez hay menos pobres en nuestra República y la felicidad cunde como una peste hilarante entre ciudadanos que ya no encuentran palabras en el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española para expresar su dicha. Por eso se quedan sistemáticamente callados. *La vida ha cambiado y ha cambiado para bien*, dice un Del Pito erecto y desafiante en el extenso artículo del diario *El País*, de España.

Maldita sea la maldita costumbre de mirar la maldita prensa en el internet (invento invisible cuya única utilidad es convertir el mundo en un pañuelo que usan billones de personas cada hora).

Bendita sea en cambio la sana y muy católica costumbre de mirar los neutrales diarios de la República de Miranda. El más grande de todos, *El Universo*, dice que fuentes de inteligencia han demostrado los estrechos vínculos de las tres ONG defensoras de los derechos humanos en la República con las extintas Guerrillas Estalinistas (que a pesar de estar extintas insisten en saquear los campos como plagas bíblicas). Afirma el diario haber tenido acceso a investigaciones, no dice cuáles ni cuántas, en las que se han registrado conversaciones entre los directores de esas ONG y los comandantes estalinistas. Defendiendo con valentía el buen avance de las investigaciones, no explica el diario de qué hablaron en las conversaciones que se adelantaron en algún lugar. Es bien sabido que la experiencia de *El Universo* es una garantía de veracidad en la información. Afirma el diario más grande que según las investigaciones existen pruebas de una reunión secreta en la que las ONG se comprometieron a servir de fachada y enlace para los terroristas en las regiones y de centro de lavado de sus dólares en la capital de Miranda y en otras capitales de repúblicas similares, no se especifica cuáles.

Apunta además *El Universo*, cuya profundidad y compromiso con la verdad son bien conocidos allende las fronteras, que el más alto de los directores de las ONG mencionadas asistió a la citada reunión (según fuentes de inteligencia militar) vestido como el mismísimo Iósif Stalin, dejándose incluso crecer un bigote a la vieja usanza mejor que el original. No entiendo por qué no fui directamente a *El Universo* sin pasar por *El País*, de España. El extenso artículo investigativo, que tiene la doble función de pieza periodística y sentencia de muerte para los directores de las ONG citadas, tiene el sello inconfundible del menos bobo de los ministros de Del Pito, el de Defensa. Darle la primera página de *El Universo* con foto incluida fue seguramente un detalle coqueto del vicepresidente. Los abundantes errores de ortografía y redacción, las erratas, las fotos inteligibles, la diagramación enrevesada son en cambio entrañable tradición y sello de la Casa Editorial *El Universo*.

Es bien sabido que la única señora puntual de la República de Miranda es la señora muerte. Seguramente para cuando estoy leyendo *El Universo* en internet ha entendido ella también su papel en el suceso periodístico y tiene ya programada su visita a los señores de las ONG (para llevárselos al más allá, en donde Iósif Stalin juega solitarios a perpetuidad). Entusiasmado por la calidad informativa paso páginas con avidez hasta llegar a la sección Editorial de *El Universo*. Lo que era sonrisa se convierte en carcajada. Son sus audaces y frescas plumas: cinco exministros, dos ministros, tres senadores, dos expresidentes, los seis hermanos del dueño del diario y dos escritores famosos por viles. Con independencia digna de venia y/o alarido escriben todos sobre muchos temas que son el mismo: Del Pito, siempre don Tomás del Pito, intercalado a veces con un chiste o con sus respectivos ombligos. Qué oleada de viento fresco es leerlos a todos en la mañana. Qué bocanada de tenue alivio que no induce al vómito.

Despelucado por tanta frescura paso a la sección de Deportes como quien se permite una rebanada extra de pastel cuando ya está lleno. En la sección de Deportes se describe con grandes titulares cómo un tenista de la República ha entrado por fin, tras un esfuerzo de varias docenas de meses, al selecto club de los mil mejores jugadores del mundo. Hazaña de titanes: empuje y pundonor. El hecho llena de orgullo a los redactores del diario *El Universo* y por lo tanto a todos los habitantes de la conmovida Miranda, que mientras estoy leyendo han salido seguramente a las calles para agitar banderas, sufrir desmayos, disparar al firmamento y cantar himnos en los que Del Pito es siempre personaje principal. Le dedican tres páginas al nuevo gigante del deporte blanco, los de *El Universo*. Y también una amplia entrevista y dos gráficos incomprensibles y varias fotos con manchas. No recuerdo un despliegue igual desde la tarde en que un automovilista acabó una carrera, hace más de diez años.

Mucho más saludable es leer los periódicos anglosajones. En los periódicos anglosajones la República de Miranda no existe. Eso está mucho mejor. Para demostrármelo digito en el buscador de internet las letras NYT, iniciales de *The New York Times*, periódico de los Estados Unidos de Norteamérica (y uno de los mejores del mundo, afirma *El Universo* citando a *El País* de España). No hay ninguna noticia acerca de la República de la acción, en la sección Internacional del NYT. Busco en otras secciones. Nada. Me voy a las ediciones anteriores. Tampoco. En ninguna edición están los cientos de miles de muertos ni los siete u ocho millones de despojados. En ninguna. Voy al archivo general. Escribo el nombre completo del presidente Del Pito: Tomás del Pito. Nada. Escribo «Guerrillas Estalinistas», «Escuadrones de la Muerte», «Narcotraficantes». Nada de nada. Escribo «Miranda», a secas. No. «Pedro Akira». Tampoco (aparece un director de cine de nombre Akira, pero es japonés). Así me gusta. *Es mejor que no hablen de uno a que hablen mal*, ha dicho siempre con su sabiduría de palo seco mi pobre padre, citando seguramente algún periódico nacional, para después quedarse callado durante meses.

Hago la exhaustiva evaluación de la prensa local y de la foránea sentado en el enorme sillón de cuero que perteneció al gran Pedro Akira cuando estuvo vivo. Inhalo el viento del páramo que se cuela por la puerta de vidrio abierta a la terraza. Inmediatamente y sin planearlo procedo a sentirme como un intelectual de Brooklyn en pantuflas. Sintiéndome como eso e imaginándome la tasa de buen café correspondiente, los cigarrillos franceses y la música étnica, leo en el mismísimo *The New York Times* varios artículos primorosamente redactados acerca de un golpe de Estado en Indonesia, una hambruna en Etiopía, un maremoto en la India, una epidemia en China y una escandalosa escasez de chefs italianos en los mejores restaurantes de pasta del sur de Manhattan. Cuando acabo mi encuentro con la prensa contemplo el mueblecito lleno de botellas del difunto. Súbitamente me siento

optimista. Intento decidir qué le voy a pedir a la empleada para el almuerzo. No lo consigo. Respiro otra vez el aire helado del páramo. Pienso que tal vez después de todo puede tener razón el excelentísimo diario *El País*, de España: tal vez la felicidad cunde como plaga hilarante por las calles y las veredas de la República de la acción (tal vez lo que realmente pase es que este su ventrílocuo de confianza no ha sabido darse cuenta).

*

El jefe de escoltas Jairo Calderón acaba su jornada de trabajo. Hace jornadas de doce horas y solo descansa los domingos. Le he ofrecido interceder para que tenga otro día de descanso pero no quiere. Dice que a él le gusta mucho su trabajo, que se aburriría en la casa. No sé a qué trabajo se refiere, si hace más de dos semanas que me tienen encerrado en el apartamento de Pedro Akira con la disculpa de una lenta recuperación, disfrutando de una abundancia material sin precedentes y de un milagro encarnado de nombre Ada Neira. Hoy Jairo Calderón acaba su turno y en vez de irse a su casa sube a mi apartamento. Timbra, me pide permiso para entrar. Quiere hablarme unos minutos, según dice. Lo hago pasar, le digo que se siente en el sofá de cuero. Le ofrezco un vodka. Acepta una cerveza. Nunca me había fijado en sus ojos muy chiquitos, verdes, brillantes como esmeraldas. *Don Pedro, tenga mucho cuidado con lo que va a hacer de aquí en adelante*, me dice tímido, mirando el cuello de su botella. Se queda pensando en silencio y ante mi asombro mira los muebles de Akira.

Mire, don Pedro. El otro don Pedro, el verdadero, además de ser un político famoso, era un caballero. Un caballero de verdad. Y para mí además era como un papá también. Acaba de decir eso y se toma dos largos sorbos de su cerveza. En sus manazas la botellita parece de juguete. La pone sobre la mesa. *Vea, dice, se lo voy a decir con toda la sinceridad. Si no es por don Pedro Akira yo no estaría aquí sentado con usted hablando de la vida. Yo estaría en la calle chupando bazuco. O en la cárcel.* Dejo delicadamente mi trago sobre la superficie de vidrio de la mesita de centro y enderezo el cuello de mi camisa, preparándome con cara de auténtica simpatía para la confesión que viene. Y viene. *No le quito ni cinco minutos. La cosa fue hace más de diez años. Don Pedro era en esa época concejal por uno de los barrios de oriente. Un domingo de diciembre lo invitaron para que inaugurara unas casitas en ese barrio, unas que ya tenían gente. Las casitas se habían hecho con plata que había conseguido él y con plata de la junta de acción comunal. Ese día habían organizado la vaina para que don Pedro entrara a tres casitas nuevas. Tres señoras iban a entrar con él, a mostrarle.*

Le paso otra cerveza a Jairo, que se ha pasado la anterior de tres sorbos. *El caso es que mi mamá se coló. Le sonrió mucho a don Pedro, lo cogió de la mano y ya no lo soltó más. Se lo fue llevando más lejos, más lejos, con todo el gentío detrás. Hasta su casa, que no era nueva ni nada, que no era ni casa porque nosotros vivíamos en*

un inquilinato, en el mismo en el que vivimos ahora. Cuando vio la fachada medio caída, yo creo que don Pedro pensó que mi mamá le iba a pedir casa. Mi mamá como que sonrió mucho para las cámaras antes de cerrarle la puerta en las narices a los periodistas y a los otros políticos y a los copartidarios y a todos los chismosos. Adentro quedaron solamente un guardaespaldas y don Jorge Parra. Jairo coge una manotada del maní que he puesto en la mesa, se endereza en la silla y me dice Gracias, don Pedro, como riéndose de esa comida y de mí y del mundo entero, con esa chispa infantil en la mirada que según dicen los otros escoltas hace desmayar a las mujeres. Me sirvo más vodka. Jairo levanta la botella, se la acaba de un sorbo y sigue con su historia.

Resulta que ya en el corredor del inquilinato mi mamá le dijo a don Pedro muy pasito que tenía que contarle un problema. Don Pedro no aprovechó para hacer la de todos los políticos, que es soltar mucha sonrisa y tomarse las fotos y chao si te vi no me acuerdo, sino que le dijo a los que venían con él que salieran. Don Jorge Parra como que le rechistó, pero don Pedro quieto. Que lo esperara afuera, le dijo. Cuando ya quedaron adentro solos yo creo que don Pedro estaba carraspeando para soltarle uno de sus discursazos sobre las condiciones de la miseria y el derecho a la vida digna y la repartición de la abundancia y todo eso, uno de esos discursos que le daban a uno ganas de llorar porque parecían un poema. Ella no le dijo nada sino que se lo llevó calladita por el corredor de tablas derecho hasta nuestra puerta, lo sentó en uno de los dos banquitos, le sirvió un tinto y le repitió que tenía que contarle un problema. Jairo se estira sobre la mesa para ofrecerme un cigarrillo. Acepto, me lo prende. Sonríe de medio lado mientras prende el suyo y sigue. Cuando ya lo tuvo bien sentadito a don Pedro, mi mamá le pudo contar por fin su problema. Y el problema de mi mamá era yo.

Yo era un pelado muy joven, descarriado, loco, ya medio mariguanero. Había robado, me había quedado con droga que no era para mí, me había metido con peladas con las que no debía. En el barrio me tenían ya condenado a muerte. Por eso le digo que el problema no era la casa, nosotros estábamos bien con el pedazo de inquilinato que arrendábamos. Mi mamá sabía que había mucha gente más pobre que nosotros en el barrio. El problema era que ella se pasaba los días esperando a que la mandaran a llamar para recoger mi cadáver. Y que yo no quería cambiar. Don Pedro se tomó todo el tinto, pidió repetición y le dijo a mi mamá que ese problema tenía solución. Que se lo dejara a él, que él se lo arreglaba. Y que quería hablar conmigo. Le prometió que al día siguiente mandaba el carro de los escoltas a recogerme. Se despidió de beso. Esa noche me fue a buscar ella misma a la calle. Yo tenía diecisiete años y me obligó a dormir en la casa. Al otro día me puso la pinta buena y me subió al carro de los escoltas. En la casa que él tenía alquilada para trabajar, el doctor Akira me habló muy en serio. Los dos solos en su oficina. De hombre a hombre, como dice la canción.

Yo creo que le caí bien de entrada. Me pareció la mejor persona que conocía. Me

habló despacio y con calma. Me explicó muchas cosas de la vida y de la muerte que no le voy a explicar ahora a usted porque no las entendería. Él era como un profeta, algo así. Me dijo que si me ponía a hacer el curso de guardaespaldas, él me conseguía trabajo en la empresa de seguridad y me pedía para que fuera su escolta. Me preguntó si me gustaría hacer eso. Yo le dije que sí. Después me ofreció gaseosa, me llevó al jardincito que tenía esa casa y me dijo que podía hacer el curso de escolta pero si hacíamos un trato. El trato era que mientras yo estudiaba tenía que quedarme a vivir en uno de los cuartos de esa casa, para cuidarla. Así, de una. Me dio toda la confianza de cuidarle todas sus cosas a mí, un pelado casposo que él ni conocía. Y así fue. Lo que pasó después no se lo cuento hoy porque usted se me duerme.

Rechaza una tercera botella de cerveza, Jairo, y acaba: La cosa es que aquí estoy. Vivo y feliz, gracias a don Pedro Akira. Se pone de pie, recoge las tapas y se lleva también las dos botellas a la cocina. Desde la cocina remata con Mejor dicho, yo vine fue para explicarle lo que era don Pedro. Para decirle que si don Pedro estuviera aquí, él se ganaría las elecciones para presidente. No dejaría pasar este momento. Seguro. Y si él se gana las elecciones, Miranda cambia. Toda. Sería otra cosa. Hasta sería capaz de parar la guerra, don Pedro. Por eso es que le digo que tenga cuidado. Con todo respeto lo que le digo es que sea responsable. Porque usted no es don Pedro, el de verdad, pero lo que él dejó no se puede dañar de un día para otro. Yo sé que usted está haciendo una actuación, que a usted le están pagando solo para que ponga la cara. Pero es usted el que va a estar enfrente de los noticieros y el que va a hacer los discursos y todo eso. Si usted le mete toda la verraquera a la cosa, si usted convence a la gente de que es el otro don Pedro y de que está vivo y peleando con toda, lo que se puede venir es muy bonito. Porque la memoria del otro don Pedro, del de verdad, se merece que hagamos todo lo que podamos.

Ya me habla de pie, con las manos apoyadas en el espaldar de una silla, mirándome con sus ojitos tan verdes y despiertos. Y yo estoy aquí a la orden para lo que sea, don Pedro, para cualquier cosa. Me sonrío otra vez. Después mira el suelo, muy serio. Usted no es don Pedro, el de verdad, pero se ve que es buena persona. Y ya está cogiendo cara de que está viendo cómo es la jugada con los políticos, cara de que no se la va a dejar montar. Métale todo lo que haga falta para ser el verdadero don Pedro, don Pedro. En lo que yo le pueda colaborar le colaboro. Mire que estas elecciones se pueden ganar. Como decía el otro don Pedro «estas elecciones se pueden ganar: se van a ganar». Habiendo acabado, Jairo se acerca a mi silla y me extiende una mano. Intento decirle que no se vaya tan pronto pero me interrumpe para explicarme que si se queda se acaban los buses que van a su barrio. En la puerta le palmeo la espalda. Le digo que no tiene de qué preocuparse, que yo voy a hacer lo que esté a mi alcance para ganar las elecciones. Que yo también admiro al verdadero Akira, que lo conozco mejor de lo que él cree. Y que también creo que todo tiene que cambiar. Jairo asiente sin decir nada y desaparece en la oscuridad.

Suena el celular que me dieron el primer día. Corro al cuarto. Contesto. Mi asesor pregunta cómo va el aprendizaje. Le digo que cuando quiera me puede hacer un examen. Me dice que al día siguiente, a las once de la mañana en el apartamento, que el examen será una entrevista con un periodista de la televisión. Que a las nueve timbrará en el apartamento la enfermera Ada Neira para prepararme. A las diez y media llegará él. Dice, sin reírse, que se acabaron las vacaciones. Agrega que practique un hablado muy cortado, al que le falten la mayoría de palabras, porque se supone que sigo medio mudo. Dice que la voz no es todavía importante. Se despide y cuelga.

A las ocho y media del día siguiente Ada Neira sale de la ducha, se viste y me dice que me siente en la silla del escritorio. La entrevista será con la cabeza casi completamente tapada y las heridas imaginarias estarán cubiertas con gasas. Por ahora el maquillaje es poco: me colorea de rojo el blanco de los ojos, me pinta manchas azules alrededor de la nariz y de la boca. Al final me pone también un complicado aparato que me sostiene la mandíbula. Dice que tendré que llevarlo al menos por dos semanas. Cuando acaba me quita la bata blanca y la camisa. Me llena de besos el pecho. Me unta desodorante en las axilas, sin bañarme. Después me da un largo beso en la boca, sujetándose por las orejas. Me pone una camiseta limpia y otra bata verde, me enrolla la venda más extensa alrededor de la cabeza y encima ajusta el gorro blanco de campeón de natación. Se aleja para mirarme. No puede contener la risa. Le parezco muy chistoso. Espero que no suceda lo mismo con la República, que me estará mirando en breve a través de millones de televisores encendidos.

Dice Ada que tiene que irse, que nos veremos al día siguiente. Después planta un gran beso en mi frente de estadista porque mi boca ya está atrapada en el entramado del aparato. Se va. A las diez y media llega el asesor general Jorge Parra, en su versión baja en cocaína pero alta en temblores. Cierra la puerta y se sienta en mi cama. Dice que hay un ligero cambio de planes. Que serán tres periodistas en vez de uno. De las dos cadenas más grandes de televisión y de la más grande de radio. Que es necesario hacerlo así, para lanzar un mensaje de fortaleza a la República y para poner a rodar la campaña. Con la fuerza que me ha insuflado Ada Neira le respondo que quiero desayuno. Que tengo hambre, que no he comido ni bebido nada en todo el día y que no sé cocinar. Que no siendo real el suero que tengo conectado a un brazo, tenga él la bondad de ir a la cocina y traerme desayuno. Huevos y chocolate, si le es posible. Cuando acabo Jorgito me mira desconcertado. Yo le sostengo la mirada. Se pone de pie y sale.

Ya estoy saciado cuando timbra el primer periodista. Las entrevistas son sencillas y yo no estoy en condiciones de responder. Lo poco que digo parece llenar de orgullo

a Jorgito, quien me hace señas con los pulgares arriba cada vez que emito un sonido. Mis palabras, rotas y dichas a muy bajo volumen, son también combativas y firmes. Digo por ejemplo *El Movimiento Amarillo no está amedrentado*. Digo *Seguiré luchando por lo mismo*. Digo *Estamos más unidos que nunca contra el régimen del terror*. Digo también, mirando a cámara y ya inspirado, como si Ada estuviera conmigo: *Esta vez la esperanza no será asesinada en primavera*. Termino y hago la V de la victoria frente a las cámaras. Prometo entrevistas largas para cuando esté recuperado. Agradezco la presencia de todos los periodistas con adolorida sonrisa desde mi aparato maxilar. La República estará encantada de ver a un lisiado diciendo frases optimistas. Soy el protagonista de esa telenovela que puede acabar en la presidencia de la República.

Cuando salen periodistas y asesor plenipotenciario, entiendo que he triunfado. No me lo puedo creer. Mi cabeza me recuerda que por primera vez en mi vida, en situación semejante, no ha sufrido mi anatomía de temblores ni de sudores ni de falla en las rodillas ni de debilitamiento intestinal. Sé que Ada es la única responsable de mi transformación en un valiente pero me niego a darle todo el crédito y con gran sonrisa, estirado en la silla ergonómica, con un coctel de tamarindo en la mano derecha, procedo a felicitar a todos mis órganos y a todos mis huesos también, en orden descendente. Después prendo el televisor para ver el último noticiero de la noche. Mi maquillaje es perfecto, en el noticiero. Me veo herido, débil, haciendo mucho esfuerzo para hablar. Los dueños del noticiero censuran las frases combativas como es su deber, pero la imagen es suficiente. El aparato de la mandíbula parece diseñado para atrapar incrédulos.

Tras mi intervención el doctor Neira declara ante las cámaras que si todo sigue bien en una semana o dos podré salir a la calle, tal vez hasta podré intervenir en algún evento público, aunque habrá que tener mucha paciencia con mi memoria. Parece que, quiera verlo yo o no, la carrera presidencial ya ha empezado. Apago el televisor, me quedo mirando el cielorraso un rato, sin hacer nada, intentando entender el reto que tengo por delante. Imagino los discursos en las plazas, las multitudes, las entrevistas, los debates. Me pregunto, mirando los objetos del difunto Pedro Akira, por qué me habré dejado arrastrar a ese apartamento. Por qué no estaré en mi mullida cama bermellón, mirando mi cielo artificial, pensando en las clases del día siguiente en la Universidad Nacional de la República, procurando no oír los ronquidos de papá. Por qué habré aceptado dejar mi casa llena de sombras, silencios y humedad, mi hábitat, para exponerme a esa carrera presidencial en la que corro sin ninguna experiencia ni posibilidad contra el dueño de una República y de casi todos sus matones.

La única respuesta satisfactoria es la misma a la que ya llegué antes, cuando pensé esto al segundo día, recién llegado a mi nueva vida: que no quiero volver nunca más al húmedo escondite en el barrio La Esmeralda. Que no puedo arriesgarme al desprecio eterno de mi madre muerta, de mi padre vivo. Salgo a la terraza. Bajo el

cielo real de la ciudad, infestado como siempre de estrellas, no puedo evitar pensar en los ojos grises y en la espalda tatuada de la enfermera Ada Neira. En sus nalgas tan blancas. En sus besos. Entro a prepararme otro coctel.

*

El día es perfecto para el escape. Ada dice tener cosas que hacer aunque no especifica cuáles, Jorgito está en su finca, la empleada descansa en su propia casa. Hay un estrecho jardincito con juegos infantiles en el primer piso del edificio, por atrás, limitando con otro edificio y con un lote baldío. Entre semana empleadas del servicio disfrazadas como mucamas de hace cien años intentan controlar pequeñas manadas de niños, pero es domingo y no hay nadie. Me baño, me visto, no me afeito, me peino el pelo hacia atrás, me pongo una cachucha amarilla encontrada en uno de los armarios y también las gafas negras del verdadero Pedro Akira. Bajo por la escalera de emergencia, que da directamente al jardincito. Evito a los escoltas y a los celadores, que se aburren en el parqueadero y en la portería. Voy hasta el muro. Me dispongo a abordarlo cuando veo que hay una cámara de seguridad, sobre una barda, en el extremo opuesto del jardín. La tuerzo un poco y subo con dificultad inherente a mi abundante masa muscular. Me agarro a la reja metálica que está sobre el muro y sufro un ataque de pánico que me hace adquirir de repente increíbles habilidades acrobáticas.

Me sujeto a las barras de la reja, sudo, ruego, me lastimo una rodilla, me pincho el trasero con el elegante acabado en forma de lanza, ruego otra vez, me imagino que una señora muy rica me ve desde una ventana y llama a la policía. Salto al otro lado. Al otro lado está el lote baldío. Mientras corro hacia la cerca para ganado que cierra el lote un inmenso perro negro amarrado a un palo empieza a ladrar. Deja caer babas. Raspado y sudoroso paso bajo la cerca gateando. Un bondadoso taxista detiene su vehículo a mi lado creyendo que he sido atacado por una jauría de hienas hambrientas. Es esa la única manera que he encontrado para dirigirme al barrio La Esmeralda sin disparar las alarmas de mis empleadores. No hablo con el taxista. Llegados al barrio me quedo a una cuadra de la casa de papá. Está idéntica a como la dejé. Cuando abro la puerta con mi propia llave me siento como si acabara de salir, como si viniera de la tienda del señor Jaramillo, como si todavía no hubiera ocurrido nada.

Adentro, conmovido, me dejo deleitar por el olor combinado de la humedad en las paredes, el barniz oscuro de los muebles de mamá, las rosas enanas de papá. Mi cuerpo recuerda esa penumbra, esas sombras en donde ha transcurrido entera mi juventud. Estoy varios minutos ahí, en el primer piso, de pie, siendo otra vez y nada más, en mi propia casa. Después subo lentamente la escalera. Arriba papá limpia las bases de su vasta colección de insectos. Me mira un instante y regresa a su labor. Sabe ya que su propio hijo está en la casa. Mientras se desocupa me tomo un coctel

igual a los de la vida anterior, cortando yo mismo las hojas de menta de la huerta, sacando los hielos de la nevera, midiendo las dosis de vodka en la probeta. Me lo tomo despacio, muy despacio, disfrutando del silencio absoluto.

No he acabado cuando papá baja las escaleras y me saluda apretándome un antebrazo. Me mira, muy serio, detenidamente, como comprobando si en realidad se trata de mí, si estoy vivo como pretendo hacerle creer. Cuando me cree sirve jugo de naranja para los dos, se sienta conmigo en la sala y compartimos silencio durante más de media hora. Sospecho que intuye en lo que estoy metido, que no quiere preguntármelo por temor a que se lo confirme. Para cambiar ese tema que flota sobre nuestras cabezas como un pez gordo, le pregunto a papá por él. Por sus estampillas, por la huerta, por la colección de insectos, por los libros leídos. Me responde con una frase de tres o cuatro palabras, muy serio. Después se pone de pie y me mira de arriba abajo. Dice *Cuando salgas no te olvides de cerrar bien la puerta*. Se aleja, con sus pasitos cortos y firmes. Cuando ya está llegando al segundo piso dice en voz más alta *Si quieres comer algo tendrás que ir a la tienda. En esta casa no hay nada desde que te fuiste*.

Me quedo dos o tres horas más en mi casa, en completa soledad. No haciendo nada. No existe placer mayor que ese sobre la faz de la tierra. Me siento en la banca del jardín y no hago nada. Miro una revista de coleccionistas de insectos y miro el cielo. Después miro las ramas del cerezo. Pongo en el viejo estereo de mamá la quinta sonata del maestro Kepis. La escucho en la sala, en el sofá, mirando un álbum de viejas fotos familiares. Más tarde me tiendo en mi cama bermellón con las manos cruzadas detrás de la cabeza para poder mirar las estrellas artificiales en el cielorraso, para sentirme pequeño y protegido, acunado por mis paredes, al margen del nuevo mundo en el que me han metido. Miro mi ropa vieja en el clóset, doblada y ordenada. Entiendo que aunque quisiera quedarme, esconderme debajo de la cama, no volver (ser yo mismo), ya no podría hacerlo. No podría porque sé que me es imposible vivir sin la enfermera Ada Neira. Sin su olor y sin sus besos. Así es.

Cuando me acuerdo de su existencia me pongo de pie. Acomodo mis tres pelos principales, inhalo todos los olores de mi vida anterior y sin despedirme me lanzo escaleras abajo, para ser devorado por la luz moribunda de la ciudad.

*

Dos días antes de la primera aparición pública llegan al apartamento los pesos pesados del Movimiento Amarillo. La troupe del circo al completo. Martín Acosta a punto de perder alguna pieza, sentándose a los pies de la cama, haciendo un examen exhaustivo de los microorganismos en el cielorraso con su ojo de vidrio. Luis Rabat soltando frases célebres sin destinatario, mirando todas las cajas de las películas de la colección de Pedro Akira y lanzando miradas eróticas al sagrado cuerpo de mi enfermera Ada Neira. María Block sentada a mi lado, sujetándome la mano y

sonriendo siempre. Han venido, dicen, porque mi mejoría es notable y es hora de pasar a la acción. Lo afirman a pesar de que un aparato me alza por las axilas para sostenerme la columna vertebral y otro me sujeta la mandíbula haciéndome ver mucho menos apuesto.

Mientras deciden cuál será el orden del día aprovecho las licencias de mi supuesta condición y el amparo de las vendas para echarme una siesta. Tengo una visión, producto del miedo (y de la media botella de whisky ingerida durante la mañana). Mi visión es que estamos parados, uno al lado del otro, el presidente Del Pito y este su narrador y protagonista. Estamos en la Plaza Libertador, en el centro mismo de la capital, que es el centro mismo de la República de Miranda. De espaldas al Palacio del Congreso. Alguien dispara al aire, en mi visión, en mi sueño, y se da así inicio a la carrera presidencial. Corremos a toda velocidad, atravesando la plaza, el minúsculo presidente, que me llega a la rodilla, y yo, que peso demasiados kilos. A los pocos pasos me doy cuenta de que tengo un zapato amarrado al otro. Y de que el presidente chiquitico no va corriendo sino que se desliza en patines. Doy brincos como puedo con los dos pies amarrados hasta que me caigo, y cuando quiero poner las manos para evitar el golpe, me doy cuenta de que las tengo esposadas en la espalda. Me raspo el hombro, la cara.

Me saco los zapatos y me levanto. Sigo corriendo adolorido, aunque el microscópico Jefe del Estado ya patina libremente por una avenida principal. Yo voy muchos metros atrás, descalzo y sangrando, con las manos esposadas en la espalda, y entonces veo que tengo los pantalones abiertos y que se me están cayendo. Me vuelvo a tropezar. Me raspo de nuevo. Consigo deshacerme de los pantalones y sigo. Entonces oigo un ladrido a mis espaldas. Miro. Son los perros del presidente y vienen corriendo a devorarme.

Me despierta de la ensoñación la entrada en la habitación de Jorgito Parra, quien dice con voz muy destemplada *Buenas tardes a todos. Buenas tardes. Buenas tardes, Pedro*, antes de preguntar si ya tenemos el orden del día listo. Desde la ventana, a contraluz, Luis Rabat empieza a modular una frase célebre: *En esta tarde de trascendencia única para el nuevo rumbo que ha de tomar la República...* y entonces se produce la segunda parte del milagro. Del que conté hace un rato. El que ocurrió mientras dormía con Ada Neira, el de su fuerza metiéndoseme por la boca y haciéndome fuerte a mí también.

Y aunque Ada no está (y aunque no soy el verdadero Pedro Akira) siento que no tengo por qué escuchar las idioteces solemnes de un gamonal de apellido Rabat. Si creyera en la transmutación de las almas diría que se trata del alma del mismísimo Pedro Akira, entrando por mis fosas nasales y haciéndome suyo. Con voz entrecortada pero dotada de buen volumen pido a los integrantes del circo que se callen. *Silencio, amigos míos*, digo, cortando a Rabat. *Silencio*. Mi voz suena como la del verdadero. Hay silencio. Nadie esperaba que yo hablara. Yo tampoco. Carraspeo. Hago un silencio para reponer fuerzas. Inhalo con dificultad y prosigo muy despacio,

como a punto de colapsar. *La estrategia de la campaña es clara. Prioridad número uno: proteger la vida del candidato presidencial a toda costa. Prioridad número dos: exponerme a los medios solamente cuando sea absolutamente necesario.*

Para cuando llego a la prioridad número tres Luis Rabat sonrío por lo bajo mirándome el cráneo cubierto de vendas, queriendo intimidarme pero moviendo una rodilla con demasiado ahínco, arriba y abajo. Jorgito Parra, sentado cerca de la puerta, tiene la boca abierta por la sorpresa. El ojo bueno de Martín Acosta me mira con una sonrisa emocionada y el otro sigue buscando termitas. *Prioridad número tres: adelantar el cronograma de las denuncias contra Del Pito y sus secuaces. Hay que empezar lo más pronto posible.* Calculo que es bueno hacer otro silencio. Inhalo un par de veces con dificultad, levanto una mano ostensiblemente temblorosa para rascarme una venda. Y sigo. *Quiero que las acciones de todos los líderes del Movimiento Amarillo aquí presentes sean coordinadas de ahora en adelante. Nadie actuará solo.* Cuando digo esto Jorgito Parra no aguanta más y se va al baño. *No habrá declaraciones públicas individuales acerca de ningún tema relacionado con el gobierno de Del Pito. Y tendremos una reunión como esta al mes. La próxima, espero, será en la sede del Movimiento Amarillo.*

Ahí contraigo y dilato el tórax visiblemente. Todos parecen petrificados en posiciones no muy cómodas, como si les hubieran tomado una foto en movimiento. María Block tiene los ojos húmedos. Cuando mi respiración se calma han pasado uno o dos minutos de silencio. *No daremos declaraciones confrontando ninguna declaración de Del Pito, no aceptaremos ninguna de sus provocaciones para pelear. Esa es la única forma de hacernos con la presidencia.* El milagro se ha consumado: Pedro Akira está hablando por mí. Son míos su sentido de la autoridad, su claridad de pensamiento y su carisma. A pesar de mi aparato maxilofacial Martín Acosta se acerca a la cama sonriendo, procurando no desarmarse, y empieza una frase con *Como bien dice Pedro...* pero no lo dejo seguir. Estoy inspirado y nadie me va a cortar la racha. *Amigos. Físicamente me falta mucho para ser el que ustedes conocen. Pero mentalmente estoy listo. Si me falta la memoria, ustedes recordarán por mí. Si me faltan los reflejos, ustedes me defenderán cuando sea necesario.* Me ahogo otra vez, toso largamente. Vuelvo con un poema: *Si un día no puedo hablar, ustedes serán mi voz.*

Después hago un silencio largo para medir la atención y recuperar el aliento, inhalo con sonido de flautas dulces y transversas y acabo con *Si conseguimos ser el buen equipo que hemos sido siempre, nada ni nadie podrá detenernos.* Ahí sonrío bondadoso, como si el fantasma de Akira me hiciera cosquillas, y acabo con *Voy a parecerme a Luis diciendo esto, pero estoy convencido de que este es el momento de la verdad, para todos nosotros y para la República.* Cuando llego a la palabra *verdad*, todos menos Rabat se ponen de pie emocionados y se acercan a mi cama. Pasada la perplejidad por verme hablando, sonrío sabiendo que su líder, el magnífico Pedro Akira, el mejor hombre de la República, está de vuelta. Impongo mi voz sobre su

alegría y en tono más tranquilo les digo que los detalles relacionados con las ruedas de prensa de las denuncias, la logística de las reuniones y el diseño de la campaña publicitaria están como siempre a cargo del invaluable Jorge Parra. El invaluable me mira desde la puerta del baño como si hubiera visto al demonio, con la mandíbula tensa y la frente perlada de sudor.

Se acercan aún más a mis vendas. Me dan palmaditas en las piernas, hacen bromas, comentan lo bien que me veo y por fin se van. A las once de esa noche, como prometió, llega Ada Neira. Mientras cocina, sin mirarme, me dice *Estás distinto*. Sonrío y no respondo. Comemos. Hacemos el amor muy despacio. Vemos una película de ciencia ficción. Cuando acabamos me dice otra vez lo mismo. Me lo dice en la terraza, entre un beso y otro. Añade que ya no tengo miedo. Le digo que es ella la que me lo ha quitado. Es la verdad, pero Ada piensa que le estoy diciendo una frase bonita. Me lleva de vuelta a la cama.

*

Se decide que el segundo jueves de marzo yo expondré las primeras pruebas de los vínculos entre los más importantes senadores del Pitismo y los principales líderes de los Escuadrones de la Muerte. Subido en un estrado, frente a cámaras y micrófono, mostraré algunas de las evidencias incontrovertibles que Pedro Akira logró acumular hasta el momento de su muerte: grabaciones de reuniones, títulos legales de las tierras robadas, videos de las masacres, declaraciones de notarios y jueces, ofertas grabadas de políticos a carniceros y de carniceros a políticos.

Mientras llega el día de las revelaciones me dedico a entender mejor al Pedro Akira que tengo dentro y a perfeccionar el tono de su voz. En eso se me van tres o cuatro horas del día. Distribuyo las demás horas entre amar a Ada Neira, hacerme amigo de mis escoltas y tocar el contrabajo. Un viernes por la tarde tengo la generosa ocurrencia de visitar a la madre de Pedro Akira. El jefe de escoltas Jairo Calderón conoce la dirección. En un edificio de unos veinte pisos sobre una avenida principal sucia y ruidosa, cercana al centro, vive la señora Akira. Jairo y yo subimos apretujados en un ascensor diminuto que huele a perro mojado. Arriba la señora está muy feliz de verme. La acompaña una enfermera hermosísima que nota la presencia de Jairo. Solamente para poder mirarlo la empleada sensual nos sirve café y galletas, ponqué de chocolate, buñuelos con caramelo, bocadillos con queso, gaseosa. Al borde de un coma diabético y después de haber oído el misal completo de la Iglesia católica de boca de la mamá de Akira, emprendemos el camino de vuelta. Jairo le regala una sonrisa a la empleada como hace con todas las demás.

A los pocos segundos de habernos subido al ascensor la cajuela tiembla y se queda inmóvil. Ningún botón consigue hacerla mover. El de alarma no produce ningún ruido. Es domingo, nadie entrará ni saldrá del edificio hasta bien entrada la noche. Estamos ahí casi dos horas. Nos sentamos en el suelo y se me ocurre

preguntarle por su vida anterior, por sus experiencias de drogadicto en los barrios del suroriente. Me cuenta cómo consumió solamente marihuana y algo de cocaína pero en cambio vendió mucho bazuco. Cómo tuvo que defenderse a cuchillo y revólver de pandillas rivales, cómo estuvo al borde de la muerte, antes de aparecer Pedro Akira en su vida. Y después me cuenta también algunas de sus aventuras como jefe de escoltas. Un tiroteo con desconocidos en una autopista, un petardo desactivado en una tarima, micrófonos encontrados en el apartamento de su jefe. Me dice también que desde hace dos años vive otra vez con su madre en el inquilinato. Que ella está muy enferma.

Le pregunto por la muerte de Akira. Me explica que esa tarde su jefe estaba almorzando con un informante, un desertor de los Escuadrones de la Muerte. El tipo estaba asustado. Había sido un mando medio, estaba escondido en la capital y quería que se supiera todo lo que había hecho en la guerra contra los campesinos por orden de sus comandantes. Pedro Akira se había convertido en escucha y altavoz de todas las historias que nadie quería oír. Lo buscaban por igual guerrilleros estalinistas, sicarios de los narcotraficantes, soldados del ejército regular, carniceros de los Escuadrones de la Muerte. Akira entregaba toda la información al noticiero de los independientes y guardaba aquellas pruebas que pudieran servirle más adelante para inculpar al Pitismo o para demostrar las atrocidades del estalinismo. Era la segunda vez que se veía con ese desertor. Esa tarde el tipo sudaba demasiado, fumaba, miraba por encima del hombro. Jairo dispuso todo para sentarse en la mesa con Akira como siempre, pero ese día vio a lo lejos cómo el tipo le susurraba algo a su jefe al oído y lo señalaba. En la puerta del restaurante recibió la orden de esperar afuera.

A la media hora de estar jugando cartas con los otros escoltas en el parqueadero oyó los tres disparos. El primero en entrar fue él. Akira estaba abrazado a la mesa. Tenía el cráneo roto, parte del cerebro se había salido. El desertor había desaparecido. Jairo corrió al baño. La ventana sobre la taza había sido arrancada desde antes y el asesino acababa de saltar. Jairo se lanzó propulsado por la taza y quedó con medio torso afuera. No vio nada, pero oyó cómo un carro arrancaba en la calle. Llamó a la policía. Se demoraron demasiado tiempo en llegar. El carro del asesino nunca fue encontrado. A Jairo se le aguan los ojos mientras me lo cuenta todo. Le doy mi pañuelo (no me atrevo a preguntarle por el platillo italiano que comía su jefe al momento de morir). Me dice que Akira era como un papá para él. Le digo que ya me lo había dicho. Me dice que cuando yo gane la presidencia revelaré por fin la conexión entre el asesino del restaurante y el presidente Del Pito.

Cuando se calma, Jairo quiere saber de mí. Respondo a todo lo que pregunta acerca de mi solitaria y silenciosa vida anterior. Le confieso que yo también crecí a la sombra de Pedro Akira. Como él, como Jairo, pero de manera distinta. Le describo la conmoción que sufrí el día del atentado. El miedo que tuve a seguir viviendo sin la presencia de Pedro Akira. Cuando acabo Jairo se pone de pie y sin mediar palabra destroza el techo de aluminio del ascensor a puños. Después sube y encuentra la

puerta del piso 17, un metro más arriba. Consigue abrirla haciendo palanca con un pedazo de techo y a fuerza de brazos, y me saca al fin. Mientras bajamos las escaleras lo invito a que nos tomemos una cerveza. Vamos a un prostíbulo del centro en donde nadie me reconoce y si me reconocen les da igual. Jairo me habla de sus aventuras eróticas. Me dice que no puede controlar el éxito que tiene con las mujeres, que hay algo en él, algo más fuerte que él, que las atrae. Dice también, acercándose mucho a mi cara, que él cree que es un problema de olor, que es su olor lo que les gusta a las mujeres. Me dice que no usa desodorante ni colonia. Y que no hay hembra que se resista.

Ya muy borrachos, me dice que una de las amantes de Akira fue también amante suya. Una periodista. Yo le digo que tengo un romance con la hija del doctor Neira. Él me dice que ya lo sabía. Después bailamos con las putas, con todas, pero no nos llevamos a ninguna a la cama. A las dos de la mañana Jairo me deja en el apartamento de Akira. Le digo que se tome el día siguiente libre. Me pregunta para qué, antes de cerrar la puerta.

*

Ada me lo cuenta una mañana, entre las sábanas. Lo que yo ya sé. Que no estudió medicina en Estados Unidos. Que se fue a Chicago hace cuatro años con todos los gastos pagos pero se retiró de la facultad después de un año, abducida por las fiestas más pesadas que esa ciudad le ofreció. Todas las drogas, todos los tragos, todo el sexo. Que cada mes le escribía al doctor Neira mintiéndole. En una fiesta conoció a un compatriota que vendía en Chicago marihuana mirandana y en Miranda éxtasis gringo. Ada estaba aburrida de Chicago, de los sueños de su papá, de su propia vida, y creyó que esa era la aventura que necesitaba. Estuvo un año y medio distribuyendo droga en la Costa Este de los Estados Unidos, huyendo de la policía, viajando. Hasta que ella y su novio empezaron a meterse las pastillas y la marihuana que eran para la venta. En pocos meses el negocio se esfumó. Acabaron durmiendo en la calle. En algún momento el novio le propuso que se prostituyera. Ella estuvo toda una noche cubierta solo por un abrigo de falsa piel de oso, bajo una nevada que le pareció infinita, fumando marihuana, yendo de una esquina a otra en la calle más oscura del centro de Filadelfia. Rechazando a todos los clientes que se le acercaron.

Cuando hubo luz de nuevo llamó al doctor Neira, le contó la verdad, le pidió dinero para volver a Miranda. El doctor la recibió en su casa y no le hizo ningún reclamo, pero al día siguiente de la llegada la internó a la fuerza en una clínica de rehabilitación. De ahí había salido hacía un año. Me lo dice ahora, recostada en mi acolchada anatomía. Desde entonces estaba limpia y estudiando enfermería. Encontraba tiempo también para dedicarse al arte contemporáneo, su pasión. Se gastaba parte del dinero que recibía del doctor Neira en instalaciones y en videos que empezaban a tener éxito en el circuito de galerías alternativas de la capital. Tenía

alquilado un estudio en la Avenida González. La misma tarde de la confesión me llevó allí, encubiertos por el buen Jairo. Me mostró unas fotos de hongos y unas películas borrosas y unos cubos hechos de látex y unas hormigas en una pecera vacía y unos computadores destripados y hasta un gallo vivo y sin plumas comiendo atún. Asentí gravemente ante cada cosa. Hice muchas preguntas y no entendí nada de nada.

*

Ahora salimos del sótano en el viejo carro de su papá. Ada y yo, porque nadie más lo sabe. Atravesamos la ciudad oyendo la tercera sonata del maestro Kepis y no hablamos ni una palabra. Nos detenemos frente al parque. La beso y miro sus ojos grises antes de dirigirme a la casa chata de mi vida anterior. No me quedo mucho tiempo adentro. Papá está de mal genio. No me quiere mirar. Me recibe con un amargo *¿A qué debemos tanta dicha?* sin despegar los ojos de sus pinzas y sin volverme a hablar durante una hora. Me tomo un coctel de esencia naranja y tequila. Horroroso. Pongo música del maestro Kepis, tan fuerte que tal vez Ada puede oírla desde la calle. Le hago compañía a papá así, como a él le gusta. Sin mirarlo, sin hablar. Me acerco a la ventana de mi cuarto y veo a Ada acostada en el parque, con los ojos cerrados, las piernas y los brazos abiertos, disfrutando del maravilloso sol de la capital de la República.

Intento comunicarme con papá antes de irme. Consigo que me mire durante un segundo, pero vuelve a su labor diciendo *Sigues vivo, ese sí que es un milagro*, y acto seguido suelta una amarga carcajada que acaba en toses expectorantes de moribundo. Le propongo que nos tomemos algo y que de paso me muestre los progresos de la huerta. Él deja las pinzas en la mesa, endereza la espalda, me mira muy rígido y me pregunta en voz muy alta, parpadeando demasiado *¿Cuándo fue que te caíste de un zarzo?* Espera la respuesta unos segundos más, indignado, rígido de la rabia. No sé qué decirle. Vuelve a su labor. Cuando oye que me alejo grita *Cuando salgas no te olvides de cerrar bien la puerta, el mundo está lleno de ladrones*.

Yo ya estoy pensando en Ada. Abro la puerta y cruzo la calle. Ella juega en medio del parque con tres niños. Cuando me ve se lanza a mis brazos, llena de sol. Me besa largamente. Mientras lo hace tengo la impresión de que papá nos mira desde una ventana, gruñendo, aunque seguramente papá sigue en su mesa, encorvado sobre su lupa, no queriendo saber nada de nadie.

*

Jairo llega una noche al apartamento de Akira con dos maletas. Pienso que está huyendo de algún enemigo pero no. Ha venido, según sus propias palabras, a explicarme por qué estoy en buenas manos. Estoy en buenas manos por los juguetes

que hay en las maletas. Algunos son propios y otros pertenecen a la agencia de seguridad. Tres pistolas de distintos calibres, diminutas cámaras de espionaje, micrófonos, una subametralladora, un silenciador, dos granadas, otra pistola minúscula camuflada en una libreta, un celular falso que expulsa gas paralizante, un chaleco antibalas, un bastón que descarga choques eléctricos, unos chacos para la pelea cuerpo a cuerpo, estrellas chinas para herir a distancia. Hasta una daga me muestra el bueno de Jairo (y me hace una demostración con ella). Más tarde, cuando ya estamos medio borrachos, lanza las estrellas chinas con puntería admirable sobre la tabla de cortar quesos que cuelga de un gancho en la cocina; se está media hora hablando de armas cortas y calibres de munición; me explica cómo se deben instalar micrófonos y cámaras para obtener información relevante; me ilustra acerca del apasionante funcionamiento mecánico de una subametralladora.

Cuando acaba de hablar seguimos bebiendo en la terraza. Ponemos músicaailable del Caribe y la intercalamos con los primeros conciertos del maestro Kepis. La combinación funciona de maravilla y muy borrachos acomodamos los silenciadores en las pistolas y por la ventana abierta de la cocina disparamos balas reales sobre las canecas oxidadas que hay en el lote vacío. Antes de quedarme dormido en un sofá veo a Jairo guardándolo todo. Pienso que tengo un amigo y eso me hace muy feliz. Pienso que mi amigo no dejará que nadie me mate.

*

Falta solo una semana para que el mejor imitador de Pedro Akira haga a nombre del Movimiento Amarillo revelaciones públicas que enfurecerán ilimitadamente al señor presidente Del Pito, a sus asesores, a sus ministros, a sus militares, a sus congresistas, a sus escuadrones legales, a sus escuadrones ilegales, a sus narcotraficantes, a sus hijos, a sus primos, a sus tíos y a la madre que lo parió, bajito de peso pero saludable.

Jorge Parra tiene más cocaína que nunca circulando por su organismo y lleva varios días preparando una multitudinaria rueda de prensa para que las revelaciones salidas de mi boca le den, literalmente, la vuelta al mundo. El bondadoso doctor Neira, seguramente queriendo alejarme de ese manojito de nervios, decide invitarme a un mitin público que llevará a cabo el alcalde, amigo personal suyo, para inaugurar un parque metropolitano. Llegado al parque, que es inmenso y tiene un lago sin patos pero con niños, me acerco a la tarima con la nariz cubierta por una venda, respirando solo por la boca, dando pasos cortos entre cinco escoltas que repelen a mis admiradores a puñetazos. Tal vez es la hiperventilación o tal vez se trata en realidad de un momento mágico de la comunión entre el líder y su fanaticada. Sé que el cielo es más azul que nunca y que de los Andes baja la helada brisa paramuna. El alcalde ya ha empezado su discurso cuando un ángel me empuja fuera de mi silla y me hace caminar, cojo pero decidido, empujando a asesores y a escoltas, atravesando en línea

recta la tarima. A cada paso que doy siento el rugido de los miles de pobres que llenan el parque. Cuando entiende lo que está pasando, el atolondrado burgomaestre no tiene más remedio que hacerse a un lado y aplaudir él también.

Mis palabras son al parecer brillantes. Hablo del cielo azul y de la brisa y de la luz de la sabana. Digo que todos nos merecemos algo mejor. Mucho mejor. Lo digo en alusión al alcalde (vergüenza es él del Movimiento Amarillo) pero todos piensan en el presidente y aplauden a rabiar, coreando mi nombre, el de mi personaje. Digo que la libertad será de nuevo una realidad, que todos cogidos de la mano llegaremos al futuro. Que tenemos que darles un mejor país a nuestros hijos. Frases de político promedio. Sin pausas, una tras otra. La gente lleva tanto tiempo esperando la reaparición de Pedro Akira que no nota la diferencia. Soy ovacionado largamente. Veo lágrimas en las primeras filas. Una mujer rompe el cerco cuando los escoltas me sacan y me abraza largamente, como si yo fuera un profeta o su hijo pródigo, no el mejor imitador de un político muerto. Antes de ser embutido en una de las camionetas negras veo a jóvenes que bailan en los potreros del parque dando giros alrededor de fogatas, con botellas de aguardiente en la mano, inspirados seguramente por mis palabras.

Feliz, distinto, atravieso la ciudad con Jairo Calderón y todos sus muchachos. Uno de ellos me da una palmada en la espalda antes de abrir la puerta de mi apartamento y me dice *Bien hecho, doctor*. Sentado en el sofá de cuero negro de Pedro Akira, con el pulso ahora sonando de manera distinta (como el redoble de un tambor de guerra) me sirvo un whisky doble. Miro el contrabajo y por primera vez en la vida no siento ganas de hacer música con él. Enciendo el televisor. Un chacal persigue a una cebrá solitaria en las praderas de África. Un comentarista inglés describe la escena con desdén. Sé que serán largos los minutos hasta que llegue Ada Neira. Me acomodo en la silla reclinable de alta tecnología de Pedro Akira y recibo un masaje como hecho por varias docenas de dedos atrapados en el espaldar. Me tomo otro whisky. Miro el cielorraso mientras en la pantalla del televisor, en África, un ñu defiende a sus crías del acecho de varias tigresas hambrientas.

*

Martín Acosta anuncia su visita. Lo recibo en la cama, totalmente cubierto de vendas y enchufado a todos mis aparatos médicos. No se queda mucho tiempo. Da vueltas por la habitación sin parar. Dice que denunciar las atrocidades de Del Pito y sus vínculos con los Escuadrones de la Muerte no va a ser suficiente para ganar la presidencia. Que la mayoría de los votantes del presidente están orgullosos de esas atrocidades y el hecho de que se revelen ante el mundo no va a cambiar su respaldo al único líder que según ellos ha tenido los huevos de enfrentarse a las Guerrillas Estalinistas con sus propios métodos, combinando todas las formas de lucha. Dice que además cada vez que hagamos una denuncia, Del Pito sabrá callarnos mostrando

el ataque fulminante a un campamento guerrillero, la liberación milagrosa de unos secuestrados, el descubrimiento oportuno de complots terroristas, o sabrá amedrentarnos con acusaciones falsas filtradas a los medios. *Ya lo ha hecho antes, Pedro, tú lo sabes mejor que nadie. Lo ha hecho demasiadas veces y no podemos seguir cayendo en la trampa de pensar que se le puede derrotar solamente mostrando todo aquello que nosotros consideramos inmoral. Tenemos que proponer.*

Cada vez camina más rápido, el buen Martín. Saca y devuelve libros de la biblioteca, los mira rápidamente con un solo ojo, da pequeños sorbos a su vaso con vodka, pasa una mano sobre las superficies limpiando un polvo inexistente. *Proponer sin miedos, sin complejos, como partido independiente que somos. Poner en conocimiento público tus propuestas de reforma agraria, de repartición de la riqueza, de impuestos más justos, de educación gratuita. Todo en lo que llevas tantos años trabajando, Pedro. Es hora de mostrar las investigaciones de María sobre la repartición de la tierra y el acceso al conocimiento. Es hora de mostrárselo todo a los electores. De preguntarles si nos prefieren o prefieren a Del Pito. Y si lo prefieren a él pues tendremos que seguir siendo oposición otros cuatro años, hasta que Miranda empiece a cambiar.* Como puedo, a pesar de mi discapacidad, le recuerdo que la cosa no es tan sencilla. Que Del Pito gana siempre no solo porque a mucha gente le gusta lo que hace, sino también porque tiene controlados todos los municipios de la República mediante la presencia armada de Escuadrones de la Muerte (ilegales o ya legalizados en procesos de paz y amnistía).

Recuerda que los Escuadrones ponen por lo menos tres millones de los votos que se adjudica Del Pito, le digo. Y que es él el dueño directo o indirecto de todos los periódicos y de casi todos los canales de radio y de televisión. En cuanto a mis propuestas sociales le aclaro que por supuesto serán dadas a conocer, pero a su debido tiempo. *Exponerlas ahora sería un suicidio político, le explico.* Acabo diciéndole que estamos de acuerdo en todo, pero que es mejor esperar el momento justo para lanzarnos a la batalla. Le aclaro que ese momento llegará unas tres semanas después de las primeras revelaciones televisadas contra Del Pito, cuando el ambiente esté maduro. Y que María será entonces mi mano derecha. Le ofrezco otro vodka pero lo rechaza. Se acerca a mi cama y me aprieta un hombro. *Mejórate, me dicen al oído sus dientes de camello.* Después se aleja. Desde la puerta, mostrándome el mejor ángulo de su ojo de vidrio fuera de órbita, repite *Mejórate pronto, Pedrito. Y pasemos al ataque. Sin ti este partido es menos que nada, ya lo sabes.*

*

Una mañana de domingo tengo por fin el gusto de visitar el apartamento de Jorge Parra. Atravesamos la ciudad en su camioneta de vidrios polarizados. Todo el camino él da órdenes por el celular. Subimos en ascensor privado hasta su penthouse del piso diecinueve. Quinientos metros cuadrados de lujo, en el barrio más caro de la

República. Mármoles negros y maderas raras y espejos y aparatos de alta tecnología y un jacuzzi y una terraza gigantesca por el oriente. También un pequeño gimnasio y un bar muy bien dotado. Estoy ahí porque Jorgito me va a entregar los cedés con la primera tanda de pruebas contra el gobierno de Del Pito, los que me convertirán en un héroe de dimensiones históricas y también en el más fácil de los blancos de la República.

Antes de darme las pruebas nos servimos un whisky que él acompaña de una visita al baño. Cuando vuelve se dedica a recordar anécdotas de colegio que no tuvieron gracia cuando fueron vividas. Se emborracha rápido a pesar de la cocaína y muy pronto me queda claro que si no escapo en el acto, me espera algo parecido a una fiesta de aniversario del colegio. Él borracho y hablando, yo sobrio y escuchando. *Era como un padre para mí*, dice al quinto whisky, con lágrimas en los ojos. *Casi como un hermano*. Después se limpia los mocos y su cerebro hace una conexión poco convencional. Mira el infinito parpadeando, se voltea para enfocarme con su mira telescópica y me propone en un susurro *¿Y si llamamos a unas putas?*

Si las mujeres comunes y corrientes me intimidan, las meretrices me dan escalofríos de miedo. Jorge Parra asume que mi cara de desconcierto es un sí. Habla por el teléfono con alguien a quien conoce bien. Pide dos chicas. Usa esa palabra, *chicas*. Después de dudarlo y cambiar la orden dos veces, confirma los nombres propios de las escogidas, como si se tratara de ingredientes para una pizza a domicilio. Mientras llegan las chicas nos preparamos un delicioso calentado de borrachos, con carne, arroz, papa y huevo, en esa cocina tan grande como el apartamento de Pedro Akira. Acabamos de comer, nos servimos otro whisky, Jorgito va al baño. Sale caminando como en la cubierta de un barco que se hunde y entiendo que la entrega de las pruebas puede estar en peligro. Antes de que lleguen las chicas tengo a bien recordarle que he venido por los cedés. *Claro, claro, claro, claro, claro*, dice. Lo sigo por pasillos y pasillitos, salones y salitas, hasta que llegamos a lo que él llama «mi pequeño estudio», que es un cuarto muy amplio con piso de madera oscura, chimenea propia y un ventanal de doble altura abierto a la vegetación virgen de los Andes.

Como en las películas, Jorgito va hasta uno de los cuadros enmarcados en la pared, lo levanta con cuidado y presiona un botón que sobresale del muro. Se oye algo como un seguro metálico que se abre. Entonces va hasta el escritorio, abre un cajón y mueve una palanquita que hace que gire sobre su eje una de las tablas del suelo. Se agacha y me agacho con él. Bajo el entablado hay una diminuta caja fuerte que Jorgito abre haciendo girar un seguro de números. Adentro hay varios cofrecitos de terciopelo y unos diez cedés. Me entrega uno de funda naranja. *No lo pierdas*, me dice con una sonrisa, y justo cuando acaba de decirlo suena el timbre del citófono. Jorge acomoda de nuevo la tabla del entablado, que encaja perfectamente. Después se pone de pie y me señala la puerta.

Las chicas son, por supuesto, una rubia y una morena. Altísimas, flaquísimas,

lindísimas, trabadísimas de coca. Como si estuviéramos en un ensayo de teatro y nos hubieran pedido imaginarnos un burdel, de repente Jorgito y yo dejamos de hablarnos y aprovechamos el tamaño del apartamento para reunirnos cada uno en privado con nuestra señorita respectiva, no sin antes servirles sendos cocteles. No puedo oír lo que le dice Jorge a su chica, la rubia, porque están muy lejos. Yo a la morena le digo que soy impotente. Que mi amigo Jorge la ha llamado porque el pobre cree que puede quitarme la impotencia presentándome señoritas, pero yo sé que eso no sirve de nada, porque lo mío es fisiológico. *¿Y por qué está tan seguro, papito?*, me pregunta la morena mientras sube una mano por mi pierna y sonríe como en película porno. Le digo que estoy muy seguro y me enderezo en el espaldar. Le digo que una operación me curará muy pronto la impotencia. Que mientras tanto no hay nada que hacer.

Es entonces cuando se me aparece, como enviada directamente por los dioses más distinguidos, la brillante idea que habrá de cambiarlo todo (y también el argumento de esta obra maestra) para al final no cambiar nada de nada. Le digo a la chica que a mi amigo Jorgito lo enloquecen los tríos, que le pago el doble si va donde están él y la otra chica. Se ríe, me dice *Tú eres como dañado, ¿no, papito? Te gusta mirar, ¿ah?* Yo no respondo. Le digo que el trato de la paga doble se cumple si entre las dos lo tienen entretenido por lo menos una hora. Ella me sujeta una oreja con sus uñas extralargas como si fuera yo un trofeo de caza, me mira con sus ojos muy maquillados y me da un beso en la boca sin razón aparente. Suelta otra risa de película porno. Decide crearme. Se pone de pie, me muestra su magnífico cuerpo ligerísimo de ropas, se mete en la nariz una raya de la coca que trae en el bolsito y se aleja en dirección a la otra sala, en donde Jorgito se divierte con la rubia. Yo me quedo mirando la escena de Jorge y las dos bellezas, convertido en el mirón que la puta morena imagina.

La rubia ya está recostada en el hombro de Parra y juntos ven una película gringa en la pantalla gigante de un televisor de última tecnología, tomándose sus respectivos tragos, sin prisas. La morena llega y se sienta del otro lado. Se le recuesta en el otro hombro a Jorgito. Él se voltea un momento para buscarme pero no me encuentra y pierde cuidado. Unos segundos después ya se están besando los dos. La cabeza de la rubia desciende hasta perderse de mi vista. En la pantalla del televisor un actor negro y gringo le dispara a un extraterrestre azul con una pistola de rayos verdes. Es el momento de ir al estudio. No hay cámaras en el pasillo ni en el estudio. Orgulloso por haberme vuelto tan precavido, me pongo en cuatro patas y ruego mentalmente a los dioses para que la cabeza de Jorgito no tenga un momento de lucidez. Me cuesta un poco encontrar la tabla pero la encuentro. La hago girar con la mano y gira. La caja fuerte está tan abierta como Jorgito la dejó. Saco todos los cedés y enciendo el computador que está en el escritorio. Tengo suerte. El primer cedé no tiene nada. En el segundo está la presentación ya lista, diseñada y primorosa, de la segunda tanda de pruebas pendientes contra el gobierno del presidente Del Pito. En los demás hay más música lánguida, unos videos pornográficos sadomasoquistas y una colección de

todas las apariciones de Jorgito Parra en la televisión de la República.

No sé por qué, he decidido quedarme con una copia de las pruebas que en todo caso habré de presentar en público dentro de un mes. Hay algo en los nervios del buen Jorge que me pone nervioso, algo en su pánico permanente. Tal vez sea eso o tal vez sea solamente curiosidad lo que me impide esperar un mes para saber qué más esconde el gobierno de Del Pito bajo las faldas. Mando las pruebas en varios archivos adjuntos desde mi cuenta de correo electrónico hasta mi cuenta de correo electrónico. Borro la página revisada de la memoria del computador. Lo apago. Dejo los cedés exactamente como estaban. Pongo la tabla en su lugar. En la cocina encuentro una libreta y un lápiz. Le escribo a Jorge una nota diciéndole que me fui a descansar al apartamento, que estaba demasiado borracho, que ya hablaríamos al día siguiente.

*

La cosa no dura más de veinte minutos. El debut. A las siete y diez de la noche, vestido con traje de pana marrón y corbata roja escogida por Ada, hago mi entrada triunfal en la sede del Movimiento Amarillo. Jairo Calderón me sujeta de un lado y la atractiva enfermera del otro. Decenas de fotógrafos se deleitan disparando sobre el aparato maxilar y las vendas que rodean mi cráneo, sobre mis ojeras de muerto, mi joroba, mis pasitos de nonagenario. En la tarima me espera ya el asesor Jorge Parra. Con las mandíbulas muy apretadas se limita a decir, como si se tratara de una velada de lucha libre: *Señores y señoras: Pedro Akira*. No respondo a ninguna pregunta de los periodistas. Junto al micrófono rechazo la ayuda de Jairo y de Ada. Les digo que bajen del podio. De pie, temblando como solo los mejores actores sabemos hacerlo, levanto un brazo para pedirle al joven encargado de la máquina reproductora de imágenes que la ponga en funcionamiento.

La cosa no dura más de veinte minutos, ya lo dije. No tengo miedo, como Ada ha previsto. Muy erguido y sin dejar de temblar expongo el escándalo. Mediante esquemas, fotos, pequeños videos, grabaciones de audio, demuestro cómo durante los veinte años del gobierno de Tomás del Pito sus cinco senadores más poderosos y siete de sus ministros hicieron alianzas, en distintas épocas, con los comandantes de los Escuadrones de la Muerte. Con los comandantes ilegales y con aquellos ya legalizados mediante el proceso de paz y amnistía ideado por el presidente. Las alianzas funcionaron así: los comandantes obtuvieron una tajada de los negocios y sistemas controlados por el Estado (el petróleo, el carbón, la salud, la educación, el agua, las vías) a cambio de comprometerse a garantizar en todas las zonas bajo su control la victoria electoral de Tomás del Pito y de sus secuaces en el Congreso. Esa es la primera parte de la exposición. Acabo con un mapa aproximado de las haciendas del presidente en las regiones mencionadas y con un cuadro que muestra el número de votos depositados por él en cada municipio y ciudad. *Votos obtenidos a sangre y fuego*, dice mi boca la primera vez que se abre detrás del aparato espantaincrédulos.

La segunda parte de la exposición tiene que ver directamente con el tráfico de cocaína. Con pitillo me tomo un vaso entero de agua antes de hablar. Pido un asiento y procedo a exponer cómo para las terceras reelecciones del presidente Del Pito dos de sus asesores más cercanos hicieron pactos con tres prominentes narcotraficantes en ejercicio, comandantes, además, de temibles Escuadrones de la Muerte. Las alianzas consistieron (ahí estaban las grabaciones y los videos para probarlo) en que los asesores cobraron a nombre de la campaña quinientos dólares estadounidenses por cada kilo de cocaína sacado del país durante ese año, a cambio de protección de la policía para esos narcotraficantes y sus negocios durante toda la presidencia de Del Pito. Para desconcierto de los periodistas y como si no fuera suficiente andar por la vida con tres balas en el cráneo y aparato maxilofacial, procedo entonces a dar los nombres completos de los asesores y de los narcotraficantes, expongo las fechas de las reuniones, muestro las fotos, proyecto los videos. Acabado un video que no deja lugar a dudas se escucha un prolongado *ooohhhh* en la sala, seguido de un *ushhh*. Los periodistas se lanzan hacia la tarima disparando sus flashes, como en las peores películas.

Le hago entonces una señal con el dedo índice al bueno de Jairo Calderón, quien sube al escenario con tres de sus escoltas y cara de pocos amigos. Al oído y con voz emocionada me dice *Bien hecho, doctor, muy bien hecho, doctor*, mientras me alza y me sienta en una silla de ruedas como si fuera yo un niño lisiado pero lenguaraz. Antes de irme del todo levanto una mano para que Calderón se detenga. Pido un micrófono y doy la orden de que se muestre en la pantalla la última imagen. Es un gráfico con el número total de votos obtenidos por el presidente Del Pito en su cuarta reelección: de ese total está restado el número de votos obtenidos por presión de los Escuadrones de la Muerte y el resultado son menos votos que los conseguidos por los tres candidatos independientes sumados (anteriores a la existencia del Movimiento Amarillo). En la misma diapositiva hay también un cálculo aproximado de la cocaína sacada por los socios de Del Pito durante el año inmediatamente anterior a la tercera reelección, según las cuentas de la policía internacional. Calculando quinientos dólares estadounidenses por cada kilo de coca exportado, se obtiene que la totalidad del dinero gastado en la campaña para la tercera reelección de Del Pito proviene del tráfico de cocaína (y hace falta explicar adónde fueron a parar varios cientos de millones de dólares).

Los periodistas ladran al unísono cuando Jairo empieza a empujar mi silla de ruedas. Levanto mi brazo ceremonial, consigo que se haga silencio y a través del micrófono que tiembla digo (de mi propia cosecha, nadie me ha instruido para hacerlo): *Con esto he respondido ya a todas las preguntas que me puedan hacer. Las preguntas que faltan hay que hacérselas a los protagonistas, y ya sabe Miranda quiénes son los protagonistas. Muchas gracias. Buenas noches.* Y no digo más. Me alejo en mi silla de ruedas, seguido muy de cerca por una jauría de periodistas hambrientos. Mientras me llevan lejos de la tarima puedo ver, detrás de los

periodistas, detrás de las sillas vacías, fuera de los focos de luz, recostado en el muro más lejano, al senador Luis Rabat. Completamente solo. Sonríe arrugando sus ojitos porcinos y relamiéndose como si se dispusiera a devorarme. Me hace una lenta venia con la cabeza. Siento escalofrío. No tengo tiempo de devolverle el saludo.

*

Las reacciones a mi magistral alocución no se hacen esperar. Tratándose de esa República y no de otra mejor, cuando hablo de reacciones no me refiero a artículos en los periódicos gobiernistas, consternadas llamadas telefónicas de los copartidarios o declaraciones de los ministros en las emisoras de radio. Me refiero a un vidrio roto a las cuatro de la madrugada. El objeto contundente es metálico. Tiene la forma de un pequeñísimo ataúd pintado de azul. Una primorosa obra de la mejor artesanía nacional. Adentro del ataúd de hierro hay una breve nota que dice *Se va a morir, perro. Primero va a volar el médico rojo. Si no se calla la jeta sigue después todo el equipo perdedor. Hasta nunca, malparido*. No tiene firma. Le quito importancia al suceso. Cosas como esas pasan en la República de Miranda todos los días y también varias noches. Me sirvo un coctel de tamarindo con ron blanco para sentirme en un paraíso caribeño y no atrapado en el apartamento de Akira en medio de una coyuntura histórica. Llamo a Ada para que venga a ver el amanecer conmigo. Con voz medio dormida me dice que va a pensárselo y cuelga. Es solamente una amenaza de muerte, me digo. Todos los miembros del Movimiento Amarillo han recibido una alguna vez.

Cuando llega Ada ya ha salido el sol y este su valiente narrador está borracho como una cuba. Salimos a la terraza. Me habla de su arte, de los problemas técnicos que ha tenido con sus últimas obras. Finjo escucharla. El cielo azul de la capital me sube el ánimo, su viento helado me despierta. Le propongo a Ada que nos vayamos a la cama.

Es una pesadilla que asusta y dice así:

Estoy fumando en un apartamento minúsculo, en el piso número once de un edificio como una inmensa caja blanca, igual a todos los que han construido en la República desde el triunfo de la revolución liderada por las Guerrillas Estalinistas. En el trozo de prado que hay frente a mi edificio se lleva a cabo la sesión dominguera de fusilamientos colectivos. Acusados de colaborar con la burguesía en labores contrarrevolucionarias, los culpables son conducidos en fila por una cuadrilla de guerrilleros reconvertidos en policías del nuevo régimen. Se les amarra a los urapanes y desde una distancia menor a un metro reciben un disparo que les revienta la cabeza.

El espectáculo no me conmueve. Llevo años mirándolo a través de mi ventana, en la pesadilla. Sé que no me fusilarán gracias a mi glorioso pasado como candidato presidencial de la oposición al tirano, pero sé también que nunca más podré entrar ni salir de mi minúsculo apartamento. Desde el triunfo de la revolución los policías me dejan la comida frente a la puerta. Solo puedo abrirla unos centímetros, para recoger el plato. Ahora fumo y miro el espectáculo de las cabezas reventadas. En los altoparlantes del parque, en los televisores de mis vecinos, en los radios que llevan todos los miembros de la guerrilla colgados del cuello, se anuncia de repente una alocución del comandante en jefe.

Nunca le he visto la cara al comandante en jefe, encerrado y sin televisor como estoy, pero lo imagino con barbas y boina militar, como se supone que son todos los comandantes en jefe de todas las revoluciones de este continente. Desde todas partes el comandante ruge. Rugiendo explica que mediante los fusilamientos que se llevan a cabo en todos los parques de la República el proletariado en armas se acerca a su meta revolucionaria de extirpar para siempre el cáncer de la burguesía. Insta a sus comandantes y soldados a cumplir con su deber sin dilaciones y se despide gritando: *Ni un paso atrás.*

Unas horas después salgo a la ventana para fumarme otro cigarrillo y veo que ya el parque está prácticamente desierto. Atardece y los troncos de los urapanes tienen la pátina roja y amarilla que han dejado los fusilamientos. Cuando caiga la noche saldrán las ratas a llevarse lo que queda. Mientras tanto el parque es atravesado esporádicamente por policías revolucionarios que gritan instrucciones incomprensibles por unos radioteléfonos de la Primera Guerra Mundial y se mojan las botas en charcos de sangre burguesa.

El cielo se empieza a poner rosado cuando los veo venir por el extremo opuesto del prado. Son dos jóvenes reclutas y traen arrastrada por el pelo a una mujer que chilla y patalea. El más alto la iza como si fuera un bulto y la estampa contra un árbol. La empiezan a amarrar. Reconozco la voz. Es Ada Neira. No sé nada de ella

desde el triunfo de la revolución. Cuando el más bajo le quita el pelo de la cara para poder amarrar mejor su cuello al tronco, la veo bien y ya no tengo ninguna duda. Es Ada. Patalea y está todavía viva, a solo once pisos de distancia.

Empiezo a gritar con todas mis fuerzas pero no puede oírme. Tampoco los reclutas. Grito más fuerte y empiezo a tirar objetos por la ventana para que los reclutas se detengan, para que dejen que Ada viva. Desesperado, tiro el espejo del baño, tiro el lavamanos, tiro el wáter, pero es como si se disolvieran antes de llegar al suelo, como si desaparecieran en la caída. Los reclutas le enderezan la camiseta a Ada, la peinan, limpian el sudor de su frente, como si fuera contrarrevolucionario morir desarreglado.

El más alto carga el fusil e intenta quitarle el seguro pero parece que tiene un problema, porque maldice y mira por el cañón dos veces. Yo aprovecho la pausa para gritar otra vez, para sacar medio cuerpo por la ventana, para lanzarles mis zapatos. Cuando veo que el fusil funciona y que el soldado más bajo se aleja de la condenada, me paro en el marco de la ventana, abro los brazos estirados sobre mi cabeza como un clavadista olímpico y mientras suena el disparo que le revienta a ella la cara yo me estoy lanzando al vacío.

Es solamente un sueño, claro. Una pesadilla. Me despierto ahogado de miedo, sudando. Eso me pasa por caer en la tentación morbosa de ver los noticieros nacionales en la televisión, cuyo contenido es solamente la repetición nauseabunda de todas las imágenes filmadas en donde algún guerrillero ha matado o herido o pellizcado a algún habitante de la República de Miranda.

Ada no está muerta, está a mi lado. En la cama king size de Pedro Akira (q.e.p.d.). Duerme plácidamente, con media sonrisa en la boca, con sueños muy distintos a los míos. Está desnuda y boca abajo. Su culo redondo es besado por el sol de la mañana. Cuando me siento y respiro y voy a la cocina y me tomo un vaso de agua, de regreso a la real realidad, noto cómo el corazón se me llena de alegría. Es tanto el júbilo que me embarga por no estar en la terrible pesadilla estalinista sino ahí, en una próspera República capitalista, que me invaden deseos de salir al balcón y cantar desnudo, sobre una maceta, el himno nacional.

Mi cabeza, siempre prudente, me invita a recordar que a esa misma hora de la noche y tras volar sobre el mismo balcón al que quiero salir, aterrizó hace solo dos días el primoroso ataúd azul portador de amenazas mortales. Vuelvo al cuarto. Ada ya se está bañando para irse. Me tomo un valium. Prendo el televisor en el peor canal extranjero.

*

Subidos ya en la camioneta blindada le digo a Jairo Calderón que me lleve a la

casa en donde me recogieron el primer día, en el barrio La Esmeralda. Asiente con la cabeza y enciende el radio en uno de los canales principales. En el radio están contando cómo, a partir de mis acusaciones, la Fiscalía abrió investigaciones preliminares contra dos senadores de la República y llamó a declarar a dos funcionarios menores de la Presidencia. Estamos cruzando un puente cuando en el radio pasan a propagandas. Jairo Calderón baja el volumen y dice mirando al frente que él admira sinceramente lo que yo he hecho en la rueda de prensa. Que a eso se refería cuando me pidió que me la jugara toda. Mi actuación había sido impecable: como estar viendo al verdadero Pedro Akira: la misma fuerza, el mismo carisma. Siento fuertes deseos de besarlo hasta que perdamos el rumbo del timón y acabemos muertos pero felices contra un poste. Solamente le digo gracias, sin mirarlo.

Cuando llegamos al corazón de La Esmeralda él detiene el carro del otro lado de la calle, del lado del parque. Me abre la puerta, me ve alejarme hacia la casa y se sienta a fumar en la misma banca en donde todo empezó. Mientras me acerco me parece que la casa está más pequeña y más fea. Entro con mi llave. Subo al estudio. Papá está poniendo una estampilla sobre un papel especial con unas pinzas diminutas. Mira la estampilla a través de una lupa que está sujeta a su cráneo con un pedazo de caucho negro. No le tiembla el pulso. Pasados diez minutos de espera en el vano de la puerta, él pega por fin la estampilla, apaga la lámpara, se pone de pie y se acerca a mí con su monóculo. Me pone una mano huesuda y fría en la nuca, me acerca a su rostro seco y me da un beso en la mejilla izquierda. Me parece que se le humedecen los ojos.

Bajamos juntos, él sujetándome un brazo y yo sintiendo cómo mis lagrimales entran también en acción. Abajo me ofrece una cerveza. No lo he visto ingerir alcohol desde mi cumpleaños número quince, desde que nos tomamos una botella entre los dos porque ninguno de los adolescentes que mamá había invitado para la fiesta apareció. Cuando se dirige a la nevera me da una palmadita en la espalda. Después, sin decirnos ni una palabra nos tomamos cuatro cervezas cada uno. A la tercera, iluminados por la luz sucia de las claraboyas, siento que ya no me quiero ir nunca más de mi casa, que no me quiero separar de ese viejo de palo que puede ser una hermosa escultura de mármol blanco y también una gran caja de sorpresas.

Llegados a la quinta cerveza, mientras papá habla de su huerta y de sus estampillas como si en realidad se hubiera convertido en un adorable viejecito, yo pienso que puedo reformar la casa para poder vivir en ella con Ada Neira. Puedo hacerle un estudio para que ponga en él todo su arte. Puedo hacer otro para mí, para escribir mis memorias. Iremos juntos al parque, Ada y yo. Tendremos hijos y ellos tendrán un abuelito tan bondadoso como el de Heidi pero mucho más feo. Papá me saca de mis ensoñaciones siendo otra vez el verdadero, diciéndome que ya está bien de alcoholizarlo, que tal vez esa es la nueva vida a la que yo me estoy acostumbrando pero que él es una persona disciplinada. Sin decir más me da la espalda y sale enérgico por el vano de la puerta. Mientras lo veo subir con dificultad las escaleras se

me escurre una lágrima solitaria, siento como si fuera nuestro último encuentro.

Cuando la noche empieza a caer y la cocina se convierte en ese submarino verde que conozco tan bien, saco de un bolsillo dos mil dólares estadounidenses y los meto en el vasito de las monedas. Salgo de la casa. Afuera Jairo Calderón, mi único amigo en el mundo, juega fútbol con unos adolescentes. No se ha quitado el traje gris ni la pistola negra bajo el saco gris. Antes de retirarse del partido, porque sí, porque le da la gana, pateo el balón tan lejos y tan alto que todos los adolescentes lo insultan. Sale riéndose en voz alta. Sudando y riéndose todavía me abre la puerta del carro. Nos dirigimos al norte en completo silencio.

*

Hay una segunda reunión estratégica con los miembros del Comité Central del Movimiento Amarillo. Es un completo éxito. Ada me disfraza y poco después recibe a los prohombres en la puerta del salón. Los prohombres me felicitan efusivamente por la jornada de entrega de pruebas: también Martín Acosta, también el doctor Neira. Todos menos Luis Rabat, quien me sigue mirando de lejos con sus ojitos de marrano. Les digo que esto apenas comienza, que después de soltar las próximas denuncias empezaremos a exponer nuestras propuestas en materia económica y social, tal y como lo ha aconsejado Martín Acosta. Cuando lo digo noto que Rabat mira muy serio a Parra, quien a su vez se mete al baño. Más tarde todos me felicitan de nuevo, me palmean las piernas y se van. También Jorgito, quien sale del baño cuando ya no hay nadie.

*

Tras muchos días de ocio llega por fin la Semana Santa. Oh Pasión católica. Pasión de multitudes. Oh *delirium tremens*. En la muy nuestra República de Miranda, la Santa Semana quiere decir que nadie trabaja. Ni siquiera don Tomás del Pito, quien sin embargo ordena que se emitan en televisión videos viejos en los que él y su dedito índice inauguran puentes, escuelas, ancianatos y polideportivos (videos sabiamente intercalados por los canales gobiernistas con películas que narran la vida de Jesús Cristo, en technicolor, con actores gringos insolados hace más de cuarenta años). En la Semana Santa todos los habitantes de la República se dedican a emborracharse con fe que mueve montañas. Todos. Los cincuenta millones. También los niños y los bebés de brazos (¿Cincuenta millones, ha dicho el narrador?, preguntan alarmados los lectores coreanos de esta obra cumbre de la literatura universal. ¿No se estaba hablando acaso de una pequeña República? ¿De una Republicuita? No. Cincuenta millones, reitera el protagonista de la obra, y sigue adelante como si nada).

Dada mi recién estrenada condición de candidato presidencial he accedido

(¡hurra!) al selecto grupo social de aquellos que en Miranda pueden largarse al mar para emborracharse despreocupados, viendo las espumosas olas que, según la poesía y quienes las han visto, vienen y van. Jorgito Parra, cuyas labores son (a) asesorarme y (b) evitar mi huida, piensa, como es lógico, que no debo divertirme en el Caribe tropical durante esa semana, sino que debo quedarme en la capital de la República. Aburriéndome. Ese es problema suyo, de Jorgito. Yo, el valiente pedazo de carne que se esconde tras el archifamoso Pedro Akira, viajaré durante la Semana Santa, como lo harán todos mis compatriotas. Iré al mar porque nunca pude hacerlo antes y no será mi asesor plenipotenciario quien me lo impida.

*

Cuando ya tengo los pasajes comprados y el hotel reservado, llamo a Ada Neira y le digo que si tiene algún plan para la Semana Santa lo cancele porque nos vamos a la Ciudad Amurallada. Me dice que no tenía planes. Le digo que la Ciudad Amurallada está en la costa y que fue asediada por piratas en otro siglo. Me dice que ya lo sabe. Le digo que además hay olas que vienen y también olas que van. Y que hay carrozas con caballos. Ada se ríe con su risa, que es para mí la vida misma. Se ríe de mí y conmigo y de ella y a través de mí. Yo solo quiero tenerla cerca para poderla abrazar, para besar todos sus rincones. Le digo que venga al día siguiente a eso del mediodía, que pediremos comida china a domicilio y nos pasaremos la tarde comprando vestidos de baño, pelotas de playa y crema bronceadora. Oigo cómo se ríe otra vez y maldigo mi suerte por no tenerla conmigo para poder morderla. Acepta la invitación. Asegurada la presencia de Ada, llamo a Jorgito Parra y le cuento mis planes. Me dice que es absolutamente imposible, que no voy a ningún lado.

No podemos arriesgarnos a que alguien te reconozca, dice. Podría ser el fin de la farsa y con eso el fin también del Movimiento Amarillo. No, no, no. No vas a ninguna parte. Le digo que se calme, que no le sienta bien sofocarse. Que lo discutiremos en mi casa. Le digo que yo puedo cocinar unas pastas y que nos tomaremos juntos unos vinos. No hay nada que desee más Jorgito Parra en el mundo que ser escuchado. Acepta. Cuando cuelgo el teléfono llamo a mi único amigo, de nombre Jairo Calderón y de ocupación escolta. Por el citófono, lo llamo. Le presento la situación. Le digo que me voy con Ada Neira a la Ciudad Amurallada. Le digo que Jorge no quiere, que a Jorge le parece una locura, que la única manera de convencerlo es engañándolo. Y humillándolo también, como se lo merece. Jairo se ríe pero no sabe de qué le estoy hablando. Le digo que suba, que él me ayudará a disfrazarme de tal manera que ni Jorge Parra sabrá quién soy.

Cuando entra Jairo traigo del baño una bolsa en la que he guardado el disfraz. Barba postiza, melena castaña, cachucha, gafas de marco metálico. Bluyín ceñido, chaqueta de cuero negra y unas zapatillas deportivas. Todo donado por la enfermera Ada Neira. El bueno de Jairo no para de reírse. A las siete llega Jorgito con dos carros

de escoltas. Jairo los hace detenerse antes de entrar al parqueadero subterráneo y le dice al chofer de la primera camioneta que hay un nuevo escolta en el esquema de seguridad del doctor Akira, que ha sido enviado por el doctor Neira, que adviertan para que nadie se ponga nervioso. Bajan al parqueadero. Yo abro la puerta de la camioneta de la que sale Jorge. Él me obsequia una mirada de asco y me pregunta si yo soy el nuevo. Le digo: *Sí, doctor. Juan Valdés, a sus órdenes.* Me da la espalda. Lo sigo con una ametralladora terciada a la espalda. Subo con él y con mi único amigo en el ascensor. Jairo finge hablar por un radioteléfono para no soltar la carcajada.

Yo le digo a Jorge Parra que el doctor Akira lo está esperando, que se está bañando, que dio instrucciones de que lo esperara en la terraza. Jorgito mira muy serio a Jairo, quien asiente, sudando. Yo entro primero al apartamento y abro la vidriera corrediza de la terraza. Dejo pasar a Jorgito, que se sienta en una de las poltronas suspirando. Le sirvo un whisky en las rocas. Cuando se toma el primer sorbo me paro frente a él y me quito la cachucha, muy serio. Me dice que me puedo ir a descansar, que él espera a Pedro. No me muevo y en vez de eso me quito la peluca. La cara se le deforma por el terror. Cuando me quito la barba aprieta el vaso del whisky y parece que lo va a romper. Las gafas son lo último que me quito. Toda la tensión de Jorgito se convierte de repente en un silencio estático de ojos muy abiertos. Se queda así varios segundos, sin respirar. Y entonces la quietud se transforma en un ataque de risa histérico, incontrolable, muy largo, muy agudo. Casi se me asfixia.

Preocupado, consigo hacer que se calme abofeteándolo con énfasis creciente. Respira. Parece estar mejor. Cuando consigue hablar me dice que nunca creyó que nos divertiríamos tanto juntos y mientras saca su cajita de cocaína de un bolsillo agrega que me he ganado el derecho de ir a la Ciudad Amurallada. Entonces despacha a Jairo gritándole que se tome la noche libre, que deje de cuidarme porque yo no necesito que nadie me cuide. Está a punto de entrar otra vez en su trance de risa histérica, tose. Se mete su coca, respira profundamente, se acaba el whisky de un sorbo y me dice que me ponga de nuevo la peluca y la barba porque nos vamos a un restaurante. Ya en el parqueadero da instrucciones a sus escoltas. Sé que planea la venganza pero no sé qué forma tomará. Él va en la camioneta de adelante y yo en la de atrás. Mejor así.

Después de veinte minutos nos metemos por una calle menor de un barrio secundario espantando niños y gatos, a más de cien kilómetros por hora, y por fin nos detenemos frente a un edificio de los años cincuenta. Un escolta me abre la puerta. Afuera ya me espera Jorgito. Me coge de un brazo riéndose en voz alta y me conduce por el caminito de gravilla que va de la acera a la puerta del restaurante italiano Forza Garibaldi. Nos sentamos en la mesa en la que solía sentarse el verdadero Pedro Akira. Procuro mantener mi sonrisa para no darle gusto. Se nos acerca un mesero con cara de noble italiano pero que habla como solo se habla en los barrios del suroriente de la capital. Nos pregunta qué deseamos. Siento escalofríos cuando Jorgito pide canelones

para los dos y una botella de vino tinto.

Lo que pasa después es previsible. Parra dice que cuento con su apoyo para disfrutar de mis vacaciones. Toda la cúpula del Movimiento Amarillo se irá también. Él mismo tiene reservas para viajar a Aspen, Colorado (Estados Unidos). Lo consultará en todo caso con el doctor Neira, el único enterado de la farsa y el único que no saldrá de su casa. Lo ha pensado por el camino y dice que, de acceder Neira y si preguntan los de la prensa o los del Movimiento Amarillo, lo mejor será decir que yo estoy en un tratamiento médico en el Brasil. Después me aconseja no hacer ninguna estupidez en la Ciudad Amurallada y estar muy atento a la televisión, pues pronto se publicarán las encuestas de intenciones de voto. Acto seguido me hace entrega de un celular para que me mantenga en contacto permanente. Al día siguiente me avisará si el doctor Neira está de acuerdo.

A partir de ahí, como también es previsible, como siempre, Jorgito habla del colegio y del verdadero Pedro Akira. Se emborracha rápido. Cree que fuimos los mejores niños jugadores de fútbol. Cree que nuestros paseos de colegio fueron los más arriesgados. Nuestras bromas las más chistosas. Y las niñas del colegio las más lindas. Cree que un tiempo así no volverá. Yo lo miro y guardo silencio. Para mí el colegio fue un infierno muy pequeño en el que yo me llevé siempre la mayor cantidad de latigazos y bofetadas. Estar oyendo esas majaderías desde la silla en la que se desangró Pedro Akira no ayuda a mi compostura. La comida no me pasa del pecho. Dejo la mitad. Acabo emborrachándome mucho, casi tanto como Jorge. Abierta la quinta botella de vino, sus escoltas nos sacan alzados. Ya están apagadas las luces de la puerta y también la música, en el restaurante italiano Forza Garibaldi.

*

A la mañana siguiente la beatífica luz del Lunes Santo ilumina mis huevos fritos con tocino. Llamo otra vez a Ada. Le digo sin saludarla que venga inmediatamente con su maleta. Dice que llegará a las once y me reitera que el mar es lo más lindo que hay. Colgamos. Voy al computador. Abro mi cuenta de correo y compruebo que los archivos robados del apartamento de Jorge Parra siguen ahí, listos para ser descargados en caso de que la República necesite saberlo todo. La información es mucho más peligrosa de lo que me imaginé al robármela. Hay órdenes para la desaparición de los principales líderes sindicales emitidas por la Presidencia misma; hay planes de los asesores más cercanos al presidente para inventarle falsos cargos a decenas de miembros de la oposición; hay órdenes del ministro de Defensa para asesinar a mendigos, trasladarlos a las selvas y hacerlos pasar como guerrilleros caídos en combate; hay calendarios detallados para incendiar, mediante el uso de Escuadrones de la Muerte, las casas de cientos de campesinos incluidos dentro las nuevas fincas del presidente que se han negado a irse por las buenas.

Antes de que llegue Ada me baño y me visto. Cuando salgo de la ducha llama

Jorge Parra. El doctor Neira ha aceptado, entiende la necesidad de divertirse en Semana Santa: su propia hija se irá a la costa con amigas. Jorgito me advierte que no me separe nunca del celular que me dio. Me dice también que se ha fijado una reunión de la cúpula del Movimiento Amarillo para el miércoles después de la Semana Santa. Le prometo que sabré comportarme. Llamo a la mamá de Pedro Akira. Me contesta su lindísima enfermera. Le explico que me iré una semana al Brasil para unos chequeos médicos, aprovechando la Semana Santa. Le pido que por favor se lo explique a la señora. *La señora es sorda*, me responde ella con toda calma. Le digo que ya sé que mi madre es sorda, pero que se lo explique igual.

Una hora después entra Ada. Mejillas pecosas y ojos grises entrecerrados por la dicha. Me abraza. Dice que nos vamos juntos al mar. Antes de irnos juntos al mar le pide a Jairo que nos lleve al estudio para recoger sus documentos de identidad. El estudio está lleno de arte, del piso al techo.

*

El mar no es como lo pintan. Ni como lo muestran en la televisión y en el cine. No el mar de la Ciudad Amurallada. Vienen y van las olas como en los otros mares. Vienen y van pero lo hacen sobre una playa de arena manchada (¿desde la época de la Conquista?) por cientos de miles de pies sudorosos, derrames de bronceador, derrames de agua de coco, derrames de ron con limonada, pipí de niño y otras secreciones de consistencia variable propias de la clase media en vacaciones. El color y la textura de la arena son pues fuente de una gran decepción, por mucho que Ada intente consolarme diciendo que más al norte, muy cerca de la ciudad, hay otras playas: de arena amarilla como las de las películas, con palmeras y cocos.

Envuelta en un vestido verde muy corto, con la piel humedecida por la brisa marina y oliendo como nunca, mi mujer es aún más bella. Por culpa de ese dulce olor y de la textura de su piel, no vamos a las playas del norte. Nos quedamos los seis días de las vacaciones aceptando la negrura de esa playa urbana, mirándola desde la ventana del hotel, pisándola solamente con sandalias. Hacemos el amor en todas las posiciones convencionales y en las demás también. A veces leemos y no hacemos nada, en las hamacas del balcón. Oímos el mar a lo lejos, hablamos de nuestros recuerdos, de otros viajes (invento todos los míos). Nos tomamos el primer coctel a las once de la mañana y el último a las dos de la madrugada. No nos emborrachamos como nuestros compatriotas. Bebemos despacio. Ocasionalmente damos paseos. Vamos hasta el límite del centro amurallado, sin entrar nunca. Jorge Parra llama tres veces, pero no le contestamos. A la cuarta vez, para hacer reír a mi dulce Ada, tiro el celular al mar como lo haría un lanzador de béisbol.

*

El penúltimo día pasamos por fin el límite de la muralla. Inmediatamente somos succionados por un barrio de clase muy alta. Nadie vive allí, pero según me explica Ada todos coleccionan casas para visitarlas una vez al año. Es la moda. Los propietarios son virreyes de la corte del Rey Del Pito: estrellas de la televisión, políticos, empresarios, terratenientes, dueños de periódicos, comandantes de Escuadrones de la Muerte, eminentes escritores, comerciantes a gran escala, narcotraficantes, banqueros. Sus casas son las mismas que pertenecieran a los virreyes de la Colonia Española y a sus descendientes. Hace unos años esos viejos ricos (ya muy viejos y no tan ricos) vendieron a los nuevos ricos por un puñado de dólares todas las casas, todos los patios y todos los árboles, todas las plazas y todos los teatros y todos los sirvientes negros también.

Son impresionantes, las casas de los nuevos ricos en la Ciudad Amurallada. La pujanza, la disciplina y el empeño que han puesto en timar, acumular y masacrar a lo largo y ancho de Miranda se ven expresados en suntuosos artesonados de yeso, preciosa filigrana de hierro y una carpintería de roble digna de *Las mil y una noches*. Es de la guía turística, no mía, la comparación con ese libro. Mientras nos deleitamos con las fachadas, los portones, los aleros, los balcones (y míreme esas gárgolas, por Dios, la frase se pronuncia sola en mi páncreas) pasa por la calle un grupo de ciudadanos muy ricos. Todos van con camisas blancas bordadas, pantalones caquis y sombreritos de paja: como disfrazados para una película gringa sobre Latinoamérica. Alrededor de ellos, zumbando como avispas, van cientos de niños pobres. Cientos que tal vez son miles o cientos de miles, allá en la colmena de donde provienen (en el avispero).

Lucen todos el sobrio y minimalista conjunto de la colección pobreza verano-verano. Se ven flaquísimos, barrigones, oscuros, desarrapados, sucios. Dignos representantes de su gremio. Zumbando por una moneda. Venidos de los miles de tugurios que como consecuencia de la guerra aparecieron en los últimos veinte años rodeando la Ciudad Amurallada, habitados por gentes expulsadas de sus fincas mediante (a) masacre, (b) hambre, (c) robo de finca, (d) arribo de empresa transnacional, (e) todas las anteriores, (f) la promesa del placer de vivir en un paraíso tropical a solo diez minutos de una de las más hermosas perlas del Caribe colonial: tugurios habitados por todos aquellos que no leen, que no votan, que no tienen idea de quién es Tomás del Pito (por todos aquellos a los que les importa un pito).

Vistos los mendigos imberbes, admirada su persistencia de avispas alrededor de la procesión 100% algodón, Ada y yo nos agarramos con más fuerza las manos (una cada uno). A punto de rompernos huesitos desconocidos seguimos caminando pero ahora miramos solamente el cielo recortado por los majestuosos tejados coloniales. Más tarde nos sentamos en un bar carísimo, con velas en las mesas, vasos antiguos y vistas a los cuartos traseros de las camionetas blindadas. Mejor llantas que procesión blanca. Tomamos lentamente, sin hablar. Mientras saboreo un coctel bastante inferior a los míos, me pregunto por la suerte del asesor Jorgito Parra. Me lo imagino pegado

al techo, como una araña o como un gato de cuento, sin saber nada de mí, creyendo que la victoria presidencial peligra. Después ya no pienso nada más. Seguimos tomando sin hablar, con el alma perdida en un sitio intermedio entre el infinito cielo y el infinito mar, entre los mendigos vistos más temprano y las enigmáticas series de letras que brillan a la luz de las velas, en las placas de las camionetas 4×4.

*

Nos alejamos de las casas de los más ricos. Palabritas como pequeñas frutas amargas siguen saliendo de la boca de Ada, que ya está hinchada por mis besos. Intenta explicarme más datos curiosos acerca de la Ciudad Amurallada. Dice por ejemplo que las únicas sobrevivientes de los vaivenes en la historia de la Ciudad Amurallada son las putas. Para demostrarlo me las muestra, paradas en todas las esquinas. Negras, mulatas, mestizas, zambas, indias. Pasamos de los cocteles mediocres al ron solo, tomado en botella. Es entonces cuando atardece de repente y vemos cómo salen a la calle las otras putas. Estas nuevas tienen trece, doce, once, diez, nueve años. Hay niñas para todos los gustos y hay también gran variedad de clientes: ingleses gordos, alemanes de mandíbula batiente, italianos sesentones demasiado bronceados, abuelos argentinos de melena rubia, rusos pelados al ras y con músculos de acero, gringos de tenis blancos que parecen yendo a misa pero no van. Todos cumpliendo en la hermosa Ciudad Amurallada el sueño de llevarse a una niña a la cama.

Le digo a Ada que nos vayamos, que es suficiente. Sudo como un marrano debajo de esa peluca y de esa barba postiza, que me alejan del biotipo nacional. Conseguimos llegar hasta un paradero de taxis justo antes de que yo me derrita.

*

Estamos encaramados en otro taxi cuyas puertas van sujetas por cabuyas. Son las diez de la mañana y vamos desayunando arepa con huevo. A toda velocidad por la avenida del mar hablamos con el taxista acerca de las desventajas del turismo masivo. Nos dirigimos a una playa con arena amarilla y mar azul. Una vez llegados y empelotados, procedemos a insolarnos con disciplina digna de admiración. Comemos pescado y tomamos ron. También tomamos cerveza, a la misma velocidad con que la sudamos. Hacemos el amor en el depósito de una cocina, oliendo a plátano y a ron y sintiéndonos por eso muy caribeños.

*

Noches amuralladas que fascinan.
Con el suave rumor que lleva el mar.
Donde la brisa cálida murmura
Plácida serenata tropical.
Playas donde quisiera estar contigo.
Con esa suave arena y ese mar.
Y que la brisa juegue con tu pelo.
Y las olas te vengan a arrullar.
Noches amuralladas tan divinas.
Lindo rincón Caribe colonial.

Nos llenamos de orgullo patrio entonando la hermosa canción, compuesta por un coterráneo del presidente Del Pito de cuyo nombre no consigo acordarme. Ya estamos de regreso en el hotel. Hemos dormido un par de horas, hemos comido, hemos limpiado nuestros cuerpos en la ducha. Estamos sentados en el balcón de la habitación, que es digna de un candidato presidencial. Con la canción de fondo miramos el mar. Intuimos el ruido de la calle bajo nuestros pies. Ponemos una y otra vez el cedé promocional con cinco canciones que nos han dejado junto al equipo de sonido. *Las más bellas melodías de mi tierra*, se titula el compendio. Pero a mí no hay canción que me guste más que «Noches Amuralladas», que fascinan. Entre ginebra y ginebra la canto varias veces, agitando mi peluca y mi barba postiza.

Mucho más tarde estamos tan borrachos que nos creemos la letra de esa y de todas las otras bellas melodías de mi tierra. Nos sumergimos en ellas. Creemos que realmente hemos pasado unas vacaciones de ensueño, como asegura la guía turística. Nos abrazamos y bailamos en el balcón, queriéndonos como nunca. Suave arena y tu pelo y rincón y serenata. Somos felices. La Ciudad Amurallada se disuelve hasta no ser más que lo que dice la canción. Oh alegría en románticos vaivenes. Más tarde nos aburrimos. Prendemos el televisor para saber qué ha pasado durante la semana. Aprieto un botoncito en el control remoto mientras me quito la peluca. Aparece la cara de la señorita del noticiero. Están en la mitad de la emisión. Nos hemos perdido ya las imágenes de quince o más ataques de las siempre pérfidas Guerrillas Estalinistas.

Por encima de su escote bronceado y de su blusa blanca, la boca de la señorita en nuestra tele está ahora hablando del vicepresidente. Dice: El vicepresidente se compró un caballo. No aclara si fue un poni o no. El vicepresidente está disfrutando de sus vacaciones en una de las haciendas del ministro de Defensa. Hay esposas invitadas, dice la señorita. El vicepresidente está disfrutando como un niño, agrega con un tono que hace creer que el vicepresidente es su niño, el de la señorita. Acto seguido cuenta cómo la Reina Nacional De La Belleza ha apartado tiempo de sus vacaciones en Miami, Florida (Estados Unidos) para ayudar a realizar el sueño de un niño de la calle. Me pregunto quién será el afortunado niño. Y de qué calle.

Inmediatamente me lo explican. Doscientos balones, es el sueño de un niño de la calle. La reina ha repartido doscientos balones y se ha largado otra vez a Miami. No dicen cómo los ha repartido, si entregándolos de uno en uno con el riesgo bacteriano que eso implica o dejándolos caer todos desde un helicóptero sobre la ciudad.

Entonces aparece la noticia que más nos concierne: se ha revelado una encuesta independiente y vigilada por las autoridades de control. Una acerca de las intenciones de voto para las elecciones presidenciales. Independiente, vigilada y nacional. Aprieto las mandíbulas como si hubiera alguna esperanza, todavía optimista por culpa de las «Noches Amuralladas», que fascinan. Pero no hay esperanza alguna. La señorita del noticiero sonríe de medio lado, de una forma que le debe gustar mucho a su novio, y procede a dar las cifras. Mientras lo hace, aparecen pintados en la pantalla unos ladrillos de colores que ella llama gráficos. Su voz dice que después de las escandalosas acusaciones formuladas por el Movimiento Amarillo, el presidente Del Pito se mantiene intacto, escapado al frente de la intención de voto, con un 73%. El primer mandatario no ha sido salpicado por el escándalo, dice. Después repite el número con tono de entusiasta sorpresa. Pronunciando la palabra *ciento* (en *setenta y tres por ciento*) con genuina admiración.

Y ahí se le acaba la simpatía. Como revisando sus papeles para pasar a otra cosa dice que muy lejos se encuentra todavía el autor de las acusaciones, el candidato del partido denominado Movimiento Amarillo, con un 21%, seguido de cerca por el sacerdote del Movimiento Unitario Cristiano, quien subió en la intención de voto hasta un 4%. Apenas se acaban las cifras, la producción del noticiero vuelve a mostrar la cara de la señorita. Ella se queda dos segundos mirando fijamente a la cámara (a nosotros los espectadores, a través de la pantalla) sin hacer ninguna mueca. Como si la hubieran desconectado. Manteniendo la tensión de la avalancha de noticias que están por caer. Después entrecierra los ojos, sonríe muy pícara y sacude visiblemente la cabeza de derecha a izquierda y de vuelta. Escandalizada, la señorita. Ada apaga el televisor. Apabullado le pregunto qué es el Movimiento Unitario Cristiano. Me da la espalda, camina hasta la mesita, prende un cigarrillo y sirve otras dos ginebras.

*

El Martes Santo el presidente Del Pito había decidido llevar a cabo un magno evento de repartición de palazos. Ya es Sábado Santo, la República entera está comentando los palazos hace una semana y este su protagonista narrador no se ha enterado de nada, por andar de vacaciones con la dulce enfermera Ada Neira. Según me entero demasiado tarde, el Martes Santo la mejor telenovela se había interrumpido sin previo aviso y, en vez del galán, en todos los hogares apareció la carita del bondadoso líder. Su boquita rosada, como de felpa húmeda, hablando durante muchos minutos. Para cuando terminó, las pruebas que yo había mostrado acerca de sus

crímenes quedaron abolidas del espacio-tiempo para siempre.

Leo el discurso de la intervención televisada en el periódico *El Universo* en el avión que me lleva de regreso a la capital. Han pasado cuatro días desde el suceso, pero *El Universo* considera que lo que ha dicho el presidente debe ser reproducido de nuevo al completo, pues según su editor es un documento de valor histórico para las generaciones venideras. La cosa empieza con muchas palabras acerca de la pasión de Cristo, las penitencias, la reflexión, la Virgen y la contrición. Acabado el sermón, convertido ya el presidente en una imagen semiangelical de la que nada más que pureza puede emanar, empieza el discurso verdadero. Del Pito anuncia a los compatriotas, y a aquellos extranjeros que tengan la osadía de ver los canales nacionales, que después de las revelaciones hechas por el periódico *El Universo* unos días antes acerca de los vínculos entre tres ONG y las Guerrillas Estalinistas, los organismos de Inteligencia Militar y la policía secreta han emprendido fulgurantes investigaciones.

Las fulgurantes investigaciones se han basado en escuchas telefónicas a los sindicatos, las ONG, las universidades públicas, los partidos de oposición, los periodistas independientes, muchos estudiantes de secundaria, algunas amas de casa, dos docenas de deportistas y algunos otros objetivos que no revela Del Pito por motivos de seguridad nacional. Todas las escuchas han sido llevadas a cabo con heroísmo y fervor patriótico. En el curso de las investigaciones y en colaboración con la Fiscalía, la Unidad Anti-Terrorismo de la Policía Nacional y el Instituto de Medicina Legal, los organismos de seguridad han descubierto la existencia de una vastísima red de cómplices civiles del Terrorismo Estalinista. Una red que permea prácticamente todos los niveles de la sociedad. Inicialmente se comprobó la pertenencia a dicha red de 62 miembros de ONG, entre nacionales y extranjeros. Según el caso, esos miembros pasaron a disposición de la Justicia Penal o ya fueron expulsados de la República.

Los miembros de esas ONG son sin embargo, según el minúsculo líder, solamente la punta del iceberg, el síntoma de la enfermedad (y la gota que rebosó la copa, también). Detrás de las ONG y de sus subversivos miembros se esconde de cuerpo entero el Demonio Estalinista. Es por eso que el trabajo coordinado de los organismos estatales durante cuatro largos días dio como resultado la acusación formal por quince delitos relacionados con terrorismo contra trece sindicalistas, tres rectores de universidades públicas, cinco periodistas independientes, tres miembros de las cortes de Justicia, dos bachilleres y un deportista. Pero eso no es lo más grave, afirma Del Pito. *Con profunda consternación y con dolor patriótico tengo que anunciar esta noche que hemos encontrado pruebas contundentes acerca de la colaboración con grupos estalinistas de uno de los más altos directivos del partido llamado Movimiento Amarillo, legítimo contrincante y digno opositor en democracia: el eminente neurocirujano H. H. Neira.*

Inmediatamente después de la pronunciación del nombre hay una pausa para

comerciales, según consigna *El Universo*, quien incluye este detalle solamente para alabar la maestra estrategia del presidente de dar tiempo a los televidentes alarmados de digerir la escandalosa información que acaban de recibir. Chocolatines, llantas y compresas (supongo). De regreso de la pausa Del Pito cambia de tema y de cara. Muy sonriente anuncia que ha decidido donar 200 hectáreas de sus propias tierras para la construcción de un centro polideportivo destinado a las víctimas de las Guerrillas Estalinistas. No dice dónde ni cuándo se construirá. En cambio quiere compartir con toda la República su sincera alegría y felicitar de todo corazón al persistente golfista mirandano que se ha clasificado en la penúltima posición de un prestigioso torneo en los Estados Unidos. *Es este un verdadero patriota y su enjundia es digna de ejemplo.* Antes de desaparecer recuerda que hay que estar siempre vigilantes porque el Enemigo Estalinista se esconde en donde menos se lo espera. Dice que la unión hace la fuerza. Que no nos dejaremos someter. Que es este un momento histórico y que en momentos históricos se prueba a los valientes. Que si Dios se lo permite, el Terrorismo Estalinista, que está derrotado, nunca más campeará en el territorio de nuestra bienamada República.

Y eso es todo. No habla más. No dice nada del doctor Neira, ni de las pruebas en su contra, ni de su paradero. Solo dice Amén y después se calla Del Pito.

*

Cuando acabo de leer el discurso presidencial me desperezó en la mullida silla del avión. Ada sigue dormida. Mejor así. Decido que no le contaré nada acerca del discurso ni acerca de las acusaciones contra su papá. Alejo de mí lo más que puedo el diario *El Universo*. Me enderezo la peluca y me reacomodo la barba.

Vemos el amanecer desde un taxi de la edad de papá, recorriendo las largas y anchas avenidas de la capital de la República. La ciudad se ve muy distinta después de unas vacaciones en el Caribe: parece un interminable reguero de casitas y personitas, de jugueticos y vidriecitos, todo viejo y mojado y triste, bajo el frío perpetuo del páramo, todo arrinconado a la fuerza en los rincones que dejan las anchísimas y larguísimas avenidas. Mientras el taxi entra en el barrio del doctor Neira, sin previo aviso la bruma del altiplano se apodera de todo. Entra por el norte, por los barrios de edificios nuevos, y hace desaparecer una por una todas las manzanas.

Poco después Ada y su servidor caminamos ya entre la niebla, sin agarrarnos de la mano, solamente respirando ese aire helado y mojado del páramo, queriéndonos más, de manera nueva, inspirados por el tan singular fenómeno meteorológico. Frente al parque Ada se aleja de mí. Entra en una panadería y yo entro detrás. Nos sentamos en una mesita de fórmica con marco metálico. Apoyados en las pequeñas sillas plásticas nos dedicamos a hacer nada. Pedimos café aguado y seguimos viendo cómo la niebla desafía la llegada del día y lentamente se arrastra por las calles llevándose a

su paso carros, árboles, edificios, el parque entero, la ciudad, el mundo por unos minutos. Y cómo lo vuelve a poner todo en su sitio, delicadamente, limpio, nuevo, como debe ser. A las diez de la mañana la niebla se convierte en muchas nubes pequeñas que pasan dando tumbos entre los edificios, se detienen unos minutos y son arrastradas después a toda velocidad hacia la periferia por el viento del páramo.

El parque entero brilla entonces, mostrándonos sus árboles y sus mejores flores. Detrás del parque, justo frente a nuestra tienda aparece, blanco, contundente, muy definidas sus aristas contra el alto azul del cielo, el edificio del doctor Neira. Pedimos un jugo de naranja, dos roscones y unas empanadas. El aire está completamente limpio. Ada me aprieta una mano con la suya tan fría, cubierta de piel suavísima. Sonreímos sin mirarnos y seguimos ahí, solo estando, sin pensar, viendo los primeros niños que montan bicicleta, el último borracho de la noche anterior, los perros que pasan arrastrando a mucamas uniformadas.

El tendero, dichoso por nuestra presencia, nos manda un plato de huevos pericos para los dos, cortesía de la casa. Porque sí. Lo festejamos pidiendo además chocolate y barra de pan. De repente tengo la sensación de que la niebla va a volver. Dejo mi trozo de pan en la canasta. Veo que Ada también está mirando la calle. Es como si todo se paralizara por un instante, como si no hubiera perros ni niños ni nada. Como si el aire fuera aún más transparente. A unos cincuenta metros a través del parque, en el edificio del doctor Neira, se produce entonces un sonido continuo, como un roce de goznes. Lentamente se iza la puerta marrón del parqueadero subterráneo, enorme, vertical, dejando ver primero la nariz y después todo el cuerpo de un carro rojo, muy viejo y muy grande, que sube con esfuerzo hasta la calzada.

Papá, dice Ada, pero es como si lo dijera en otra dimensión, como si lo dijera en mi cerebro. El carro rojo acaba de subir como en cámara lenta, forzada, hasta que queda con las cuatro ruedas en la vía y avanza muy despacio. En la esquina, a nuestra derecha, una camioneta negra se pone en ese momento en marcha: cerrada, blindada, alta, de vidrios oscuros. Como las que me transportan. Avanza la camioneta negra hasta quedar justo detrás del carro rojo. Un hombre baja del puesto del chofer de la camioneta sin apagar el motor. No podemos verlo bien, es una sombra detrás de los vidrios, tan lejos, una silueta que parece agacharse frente a la ventana delantera del carro. Yo parpadeo, también como en cámara lenta. Veo la mano de Ada suspendida en el aire, la mano perfecta que acabo de soltar. El sol se refleja en la camioneta cegándonos y es justo entonces cuando oímos el terrible estruendo. Rebota en las fachadas, a la izquierda del parque. Nos volteamos para buscar de dónde viene. Los tenderos han salido corriendo.

*

La puerta del carro rojo vuela al prado.

La lámina del techo forma algo parecido a una cúpula. Las ruedas delanteras

echan humo. Todos los vidrios se han teñido de rojo. Yo busco la mano perfecta de Ada Neira pero no la encuentro y lo que veo me da más miedo que el carro destrozado. Ada ha sido vaciada por dentro. Parece una momia, con el cuello estirado y los ojos abiertos. Mira un sitio intermedio entre nosotros y la explosión, en el aire. No alcanzo a abrazarla porque ha dado media vuelta, me ha mirado un segundo y después ha enfocado algo tras de mí, como si el infierno estuviera ahí. Inmediatamente dice con voz demasiado alta *No fue nada*. Y a eso sigue una sonrisa que parece tonta, infantil, pero que ya está en el infierno cuando Ada repite más alto *No fue nada, No fue nada, No fue nada* y su cuerpo puede dar solo dos pasos más, antes de doblarse por la cintura.

Doblada, suelta Ada un grito con la boca muy abierta, como si le hubieran sacado por la boca el corazón. El tendero se lanza a sostenerla. Su mujer se pone enfrente, aprieta entre las suyas las dos manos de mi amada y empieza a hablarle. Es entonces cuando yo recorro por fin los cinco pasos que nos separan y alcanzo solamente a tocar su cuello porque ella me agarra la camisa a la altura del ombligo, en un puño, y me empuja con todas sus fuerzas. El tendero me mira, asiente y después mira muy serio el lugar de la tragedia. Traigo a Ada hacia mí con más fuerza. La aprieto todo lo que puedo, la beso entre la espalda y el cuello. Y después salgo corriendo con todas mis fuerzas hacia el carro rojo. Salto sobre rosales y pequeñas zanjas. Oigo el ruido de llantas chirriando en el pavimento y puedo ver cómo la camioneta negra gira violentamente sobre sí misma y se pierde en la esquina.

Para describir lo que veo al llegar tengo que usar fórmulas de noticiero: Espectáculo Dantesco, Escena Macabra, Pesadilla Conocida, Ceguera Criminal, Frialdad Terrorista, Trágico Escenario. Diré solamente que el doctor Neira está muerto y de su cuerpo ha quedado muy poco. Casi nada. Que su chofer, un hombre gigantesco y con bigotes, sigue en cambio vivo. Con la cabeza apoyada en el timón respira por el cuello, haciendo cada vez más grande un charco de sangre espesa, en la que hundo sin quererlo las zapatillas blancas que he comprado en la Ciudad Amurallada.

Apoyo una mano sobre el carro rojo. Me quemo. La quito. Veo a Ada a unos diez metros del carro, abrazada a una hermana del doctor Neira. Parece haber perdido el control de sus piernas y su tía la sostiene. Cuando llego hasta donde ella llora, me mira de arriba abajo y llora con más ganas. Intento acercarme pero el llanto se hace histérico y la cabeza de Ada se refugia en el pecho de su tía. Me siento en el andén del parque, veo cómo las dos mujeres se alejan en dirección a la portería del edificio. En pocos minutos llegan diez o más patrullas de la policía metropolitana. Los agentes acordonan la zona. Uno de los cordones me pasa frente a la nariz pero no me muevo. Lo que sigue me parece un sueño. Policías gritando palabrotas, miembros de un equipo forense sacando pedacitos del doctor Neira y metiéndolos en pequeñas bolsas transparentes. Paramédicos que se llevan en una camilla al chofer gordo, quien deja un rastro de sangre espesa en el pavimento. Expertos en explosivos buscando otra bomba sin encontrarla.

De repente siento que me miran. Levanto los ojos hacia el apartamento del doctor Neira pero corren las cortinas. Toda la tristeza me alcanza de golpe. Sé que Ada está allá arriba. Sé que puede ser el final de todo. No puedo contener las lágrimas. Las seco con la barba postiza.

*

Pasan horas o minutos hasta que aparece el asesor plenipotenciario Jorge Parra. Parece ser el verdadero porque me levanta por la fuerza y hace que dos de sus escoltas me arrastren hasta donde varias camionetas blindadas 4×4 nos esperan con los motores encendidos. La caravana se dirige al norte. Jorge me pone una mano temblorosa en un hombro. Me dice que hemos perdido a un gran hombre. Me dice que el golpe para el Movimiento Amarillo y para Miranda es enorme. Quince minutos después llegamos a un edificio recién construido, en medio de edificios en obra. En el último piso hay un apartamento de dos habitaciones, completamente nuevo, sin estrenar. Jorge me explica que me quedaré ahí mientras se aclaran los confusos hechos. Me dice que no podemos arriesgarnos a que yo corra la misma suerte que el doctor.

Uno de sus escoltas sube con mi maleta de viaje, no sé cómo la rescató. Otro trae una pizza, me la sirve en la mesa, en platos nuevos, con coca-cola. Después se van. Jorge me dice que se va también porque tiene que enfrentar a la prensa. Que volverá por la noche. Que por favor no me quite la peluca ni la barba postiza. No le respondo, oigo cómo cierra la puerta. Prendo el televisor, no lo vuelvo a apagar hasta por la

noche. Lo apago solamente cuando empiezo a suplicarle al escolta correspondiente que me compre un poco de alcohol sin que el escolta correspondiente se digne a responderme. Estoy de vuelta en el televisor viendo un concurso japonés con martillos gigantes y piscinas de barro cuando aparece otra vez Jorge Parra.

Dice que a todos los miembros del Movimiento Amarillo les ha dicho que sigo en Brasil, que lo mejor es mentir para poder tener completamente bajo control mi seguridad personal. Trae en dos bolsas de basura la ropa de Akira, el aparato maxilofacial, el maquillaje para hacerme ver herido, las vendas. Solo consigue hacerme pensar otra vez en Ada Neira. Mientras Jorge ve el noticiero de la noche comiendo rollitos chinos, yo intento llamarla. No contestan en el apartamento del doctor Neira, así es que llamo unas cuarenta veces, como un niño autista. Después le marco a papá. Hablamos poco. Le pregunto por su salud, me dice que está bien. Me pregunta por la mía, le digo lo mismo. Me dice que le parecen terribles las noticias. Le digo que son terribles. Me dice que tiene que regresar a su huerta. Colgamos.

Me asomo a una ventana. El edificio en el que estoy es el único terminado de todo el barrio. En la calle hay cinco camionetas blindadas, dos motocicletas y varios hombres muy bien armados vestidos con trajes haciendo guardia en los andenes. Todo ese despliegue no puede ser solamente para cuidar de mi persona (por importante que yo sea para la República en plena coyuntura histórica). Algo huele muy mal además de los rollitos chinos que escurren grasa entre los dedos de Jorge Parra.

*

Consigo dormirme a las cuatro de la mañana, después de una extensa sesión de cigarrillos baratos, coca-colas y baladas románticas saliendo de los inmensos parlantes que Jorge Parra ha puesto generosamente a mi disposición. Él se ha ido desde temprano. Es música para mis oídos la de Leo Dan, José Luis Perales, Camilo Sesto, Raphael, Roberto Carlos, Nino Bravo, José Luis Rodríguez, Leonardo Favio, Sandro de América. Todos juntos, desde una emisora que solo los hace sonar a ellos, me sacan las pocas lágrimas que he logrado acumular desde el despilfarro del atentado. Me hacen querer de manera distinta a la enfermera Ada Neira. A la mañana siguiente me despierto a las once. Frito unos huevos. Intento llamar a Ada otras cuarenta veces pero nadie contesta. Algo huele muy mal y no soy solamente yo mismo.

Cuando vuelve al apartamento a las tres de la tarde, trayendo comida hindú en cajitas de cartón, Jorgito anuncia que al día siguiente habrá una reunión con toda la cúpula del Movimiento Amarillo. Que no se ha llevado a cabo hasta ahora porque Martín Acosta y María Block están fuera del país, pero en vista de la emergencia regresarán esa misma noche. Después se encierra en el segundo cuarto del apartamento con un computador portátil. Yo me paso la tarde mirando la llovizna y

oyendo más baladas románticas de pésimo gusto a todo volumen. Tiemblo por no saber qué ha sido de mi amada, por no entender qué hago ahí encerrado. Le pregunto a Jorge por Ada, cuando sale al baño. Me responde que ella y su tía han sido trasladadas por motivos de seguridad a un apartamento propiedad del Movimiento Amarillo. Le pido el número de teléfono. Dice que no me lo puede dar.

Miro el atardecer con la nariz pegada a la ventana como el perro de un cuadro, hipnotizado por las pequeñas gotas de llovizna que bajan del cielo y lo mojan todo. Me pregunto dónde estará en estos momentos Jairo Calderón, el único capaz de salvarnos. Ya es de noche cuando oigo el teléfono, por primera vez desde que estoy ahí. Contesta Jorge en su cuarto. Entre el sonido de la llovizna oigo pocos minutos después cómo la conversación sube de volumen. Me separo del vidrio, me siento en la cama y aguzo las dos orejas como el perro real en el que me estoy convirtiendo. Jorge grita con más miedo que rabia, como si quisiera evitar ahogarse. No aguanto la curiosidad y con mucho cuidado levanto el auricular de mi cuarto. Distingo la voz ronca de Luis Rabat. Muy serio le dice a Jorgito que la reunión se ha fijado para las siete de la noche y que su gritadera no va a hacer que eso cambie. Que la reunión le conviene al partido, le conviene a la República y les conviene también a ellos dos.

Jorgito intenta patlear diciendo que es necesario esperar pero Rabat lo interrumpe y le dice que si él no quiere ir que no vaya, pero que después no pida favores. Entonces hay un silencio de varios segundos. Contengo la respiración. *En dos horas pasará Calderón a recogerte en tu casa. Dile que entre contigo al apartamento de la reunión. Y manda a todos los demás escoltas a sus casas.* El que habla es Rabat, claro. Yo consigo colgar al mismo tiempo que Parra, quien no ha respondido nada y así lo ha aceptado todo. Paso las siguientes dos horas encerrado en mi cuarto, buceando entre otras baladas pegajosas de los años setenta. Oigo cómo Parra sale del apartamento tirando la puerta y sin decir adiós. La voz de Marco Antonio Solís retumba entre mis cuatro paredes.

*

Jorge Parra no regresa. Intento llamar a Ada pero ahora el teléfono no tiene línea. Los dos escoltas que me vigilaban también se han ido. Me asomo por la ventana y abajo se mantiene el dispositivo de seguridad. Intento abrir la puerta principal pero está cerrada por fuera. Fumo en el balcón. Al segundo cigarrillo se abre la puerta principal y entran dos escoltas. Les digo que la línea se cortó, me responden que ellos obedecen órdenes. Les pregunto por Jairo Calderón, fingen no oírme. Frente al ascensor puedo ver a otros dos, con las armas recortadas a la vista. Los dos que entran se llevan el equipo de sonido, los parlantes, el aparato para bajar la señal del televisor y el control remoto.

*

El día siguiente lo paso encerrado. La puerta se abre solo para que mis guardianes dejen la comida. Cuando cierran les grito que están cometiendo un crimen, que no se dejen involucrar por Jorge Parra, que yo me voy a largar en todo caso, y ya llorando otra vez como el primer día les acabo pidiendo que me expliquen qué es lo que pasa, qué es lo que he hecho, por qué mi propia gente me está encerrando. Pido entre lágrimas que llamen a Jairo Calderón. Sin teléfono, sin radio y sin televisor, sin libros, lo único que se me ocurre es caminar hasta el minúsculo patio de ropas, al fondo de la cocina. Llevo una silla. Me acomodo bajo las cuerdas y me quedo allí. En el apartamento de al lado hay una mujer que oye radio todo el día. Le gusta la misma emisora que me ha acompañado en mi duelo lluvioso. Las baladas más pegajosas de los años setenta. Las oigo como si de eso dependiera mi vida.

A las seis de la tarde la emisora intercala noticias. Me entero del revuelo que hay afuera, en el mundo real, alrededor de Pedro Akira. En directo desde la clínica en donde se acaba de dar por muerto al chofer del doctor Neira (el gordo de la sangre espesa), el senador Luis Rabat informa a la opinión pública que Pedro Akira regresó del Brasil hace tres días, uno antes del atentado al doctor Neira. Dice también que el primer día Akira estuvo hospitalizado de nuevo por complicaciones en su recuperación. Lo último que se supo de él es que fue sacado del hospital la misma mañana del magnicidio, pero desde la explosión de la bomba ni siquiera el Movimiento Amarillo tiene claro su paradero

¿Podría haber muerto en la explosión del carro?, pregunta una periodista con voz de falsa inocencia. Rabat dice que podría ser, que nada se descarta a estas alturas, que el Movimiento Amarillo está esperando con ansiedad el dictamen de los forenses. Después se oyen más preguntas. Rabat no responde ninguna.

*

Jorge Parra no vuelve nunca más al apartamento. Los escoltas solamente me dejan comida junto a la puerta. Así pasan varios días. La imposibilidad de hablar con Ada va haciendo mella en mi integridad física y moral. Siento dolores de estómago insoportables. Siento también unas ganas tan grandes de un trago que me doy de cabezazos contra las paredes más duras del apartamento desierto. Mi cabeza, afectada por los golpes, me convence de que Ada está ya muerta y me dice que pronto vendrán los mismos asesinos a por mí. No puedo dormir: los imagino entrando a mi cuarto con sus pistolas para acabar con mi existencia. No sucede. Nadie me mata. Eso me parece, tal vez debido a la nefanda influencia de las baladas más pegajosas, mucho peor. Me paso casi todas las horas acurrucado bajo el colgador de la ropa, al fondo de

la cocina, oyendo esa música romántica y trágica en las mejores voces de América y España.

Cuatro días después de la desaparición de Parra ya conozco bien la rutina de los que me cuidan. A las ocho de la mañana y a las siete de la noche de cada día entran para revisar si sigo vivo. Vienen siempre en parejas, con las armas desenfundadas y yo pienso siempre que mis peores pesadillas se harán realidad, que moriré sin pena ni gloria en ese edificio en ninguna parte. Sé también que entre las doce del mediodía, cuando me dejan la comida en la puerta, y las dos de la tarde, cuando regresan de almorzar en el sótano, nadie cuida el pasillo de los ascensores. El resto del día y toda la noche hay dos hombres que juegan cartas. Por la noche encienden un radio mientras juegan, probablemente también tomen aguardiente. Es así como al cuarto día me armo del valor suficiente para llorarle al patio de luces.

Acerco mi boca al muro de ladrillos ahuecados, diseñado para que la ropa se seque con el viento helado del páramo. Acerco mi boca a los orificios redondos en medio de los ladrillos y ahí aúllo *auxilio*, como si mi vida estuviera a punto de extinguirse. Creo que mi vecina puede oírme porque yo puedo oír las baladas de su radio y puedo oír sus pasos también y hasta puedo oler el jabón de su ropa colgada. El cuarto y el quinto día, entre doce del mediodía y dos de la tarde, aúllo sin pausa la palabra *auxilio*, intercalando cada veinte o más *auxilios* la palabra *socorro*. Al quinto día, casi a las dos de la tarde, una voz muy gruesa de mujer (¿de mujer muy gruesa?), con acento de la costa Caribe, grita patio abajo *¿Qué es el escándalo?* Yo pego más la boca al ladrillo ahuecado, impregnándolo de babas, casi sacando mis dientes al otro lado para suplicarle con perfecta dicción *Estoy secuestrado, señora: estoy secuestrado*.

*

Ante la noticia desaparecen la voz y el olor de la ropa mojada de la vecina. A medianoche regreso a la cocina para servirme un vaso de agua y cuando me estoy yendo el rabillo de mi ojo izquierdo ve una soga. Me acerco y es en efecto una pesada soga amarilla como las que usa la gente para ahorcarse en las películas estadounidenses. Cuelga en medio del patio, como desde el cielo. Dejo el vaso de agua. Con todos mis sentidos alerta me arrastro en cuatro patas hasta la puerta principal y mi oreja solamente necesita cinco minutos en la ranura para saber que a los dos escoltas de siempre se han unido esa noche otros dos, seguramente los responsables de cuidar el edificio. Juegan cartas, fuman y a juzgar por las carcajadas beben también.

Me armo de un tenedor y me paso toda la noche trabajando para hacer mella en las uniones de los bloques. Es esa mi única vía de escape: un hueco a un vacío de quince pisos en el que me está esperando una soga amarilla. Por ella me izaré, raudo, hasta el cielo de ser necesario, con la misma destreza sobrehumana ya demostrada

antes en esta aventura ejemplar. A las seis de la mañana he conseguido desprender un bloque. Por el hueco cabe mi boca con todos sus dientes pero todavía no mi cabeza. Antes de que llegue la inspección y rezando para que la inspección no venga con ganas de matarme vuelvo a colocar el bloque faltante y limpio el cemento rascado. Después rasco durante las dos horas del almuerzo y rasco también durante todas las horas de la noche siguiente. Consigo sacar otro bloque, diagonal al primero. A patadas desprendo dos bloques más, amarrándolos previamente a la cuerda para evitar su caída. Acabo a las tres de la mañana.

Entonces voy a mi cuarto y con almohadas hago un bulto muy parecido a mí que cubro con cobijas. Dejo la ropa del día anterior al lado de la cama, rezando para que el inspector de las siete trague entero. Ya desde afuera, sostenido sobre el vacío con la fuerza de una sola mano y de los dos pies, en pocos minutos limpio el sitio y reconstruyo el muro, poniendo con cuidado los cuatro bloques faltantes para que no quede ningún rastro (para que los escoltas piensen por un momento que el prisionero ha sido abducido por marcianos o que en su despecho ha decidido saltar por una ventana y ya está todo regado sobre el pavimento de ese barrio desierto). Cuando acabo de poner el último bloque entiendo que jamás sería capaz de reptar por la cuerda. Miro hacia abajo el vacío de más de quince pisos y siento que el bajo vientre se me afloja como en la vida anterior.

Mi cabeza recomienda amarrarme a la cuerda mientras se me ocurre qué hacer. Me amarro y cierro los ojos. Pasada una hora no tengo más remedio que despertar de mi letargo y despertar además a mi salvadora con aullidos de *auxilio* y también de *socorro*. La vecina aparece por fin y cual arcángel alado me dice a través del entramado de su muro que suba, que su apartamento tiene un baño junto a la cocina, que me puedo meter por la ventana del baño. Dejando de lado toda mi hombría le digo que no puedo subir. *Entonces estamos jodidos, porque yo no puedo bajar a alzarlo*, responde, alejándose del patio y haciéndome por fin entender el tamaño del desafío aeróbico y cardiovascular que me espera. Subiendo me salvo. Quedándome me matan los escoltas o la ley de la gravedad. Mis músculos sienten por fin el llamado de la especie.

Con perseverancia que me llena de orgullo mi anatomía consigue superar los tres metros de camino en tres horas y veintiún minutos. Un récord mundial, qué duda cabe. Cuando caigo de cabeza en el baño de servicio de la vecina es ella misma, en bata, quien me rescata como se suele hacer con los mejores atletas después de una gesta apoteósica. Me lleva hasta la mesa redonda de su comedor. Creo que mi poblada barba y mi melena azabache ocultan cualquier parecido con Pedro Akira porque ella no comenta nada y en cambio me alimenta sin descanso. No hace preguntas mientras yo me nutro. Entre vianda y vianda me dice que después de las doce de la mañana y antes de las dos de la tarde me sacará en su carro por el sótano, que nadie notará nada. Le pregunto si tiene su carro un maletero suficientemente grande para contener mi humanidad. Me dice que no será necesario, que puedo salir a

su lado como copiloto porque el portero no puede ver los carros desde la portería y los guardianes ya no vigilan en la calle.

*

En efecto, cuando salimos nada pasa. Andamos unas diez cuadras por el carril derecho de la avenida, muy despacio, dejando entrar el viento por la ventanilla, oyendo otra balada cursi y pegajosa en el radio del carro. Como si no fuéramos un secuestrado y su salvadora sino otra cosa, una pareja dominguera, una madre y un hijo, el elegido y su arcángel correspondiente. Se detiene por fin en un paradero de buses desierto. Saca de su cartera un billete y me lo extiende. Después me mira a los ojos y me besa en la mejilla, sujetándome la cabeza con ambas manos. Yo me alejo del carro sin mirar atrás. Oigo el ruido del motor encendiéndose.

Recorro muchos barrios del norte. Camino lo que queda de esa tarde y toda la noche. Imagino el desconcierto de los escoltas de Parra en el apartamento vacío: las carreras torpes, las manos agitando pistolas, las maldiciones al descubrir el hueco hacia ninguna parte. Imagino las llamadas como fichas de dominó: de un escolta a otro, de ese a Jorge Parra, de Jorge Parra a Luis Rabat, de Luis Rabat a quién sabe quién. Al que da las órdenes. Todos jugándose el pellejo por culpa de mi espectacular escape acrobático. A las siete de la mañana entro en el barrio del doctor Neira. Cruzo una calle, doblo una esquina y me encuentro sin esperarlo con una tienda demasiado parecida a aquella en la que Ada y yo estábamos desayunando el día de la bomba. Me siento y pido desayuno. Mientras el tendero me fritta unos huevos al gusto, prende el televisor. Empieza el primer noticiero de la mañana.

Hay música dramática. La presentadora dice solamente *Buenos días*, sin sonrisa coqueta alguna. Antes de leer las noticias, muestra trozos del entierro de Pedro Akira, celebrado la tarde anterior. De mi entierro. Escoge las peores imágenes. La madre de Akira alzada de los codos por dos enfermeras, muy despelucada, hablando sola. Un anciano que se tropieza en la entrada del cementerio y es pisoteado por la multitud. El cura más importante de la capital, interrumpido mientras da la misa en la Catedral Mayor por un seguidor de Akira que grita, una y otra vez, con el puño izquierdo en alto, *Akira no quiere curas*. Hay también, para cerrar, una pelea a puños y patadas entre mendigos y vendedores ambulantes que quieren entrar al cementerio a pesar de la policía.

Acabado el circo la presentadora dice con muchísima solemnidad y después de un enigmático silencio de varios segundos *Paz en su tumba*. Inmediatamente, como si una cosa no tuviera relación con la otra, se ve el organigrama enviado por la policía judicial que explica los nexos del doctor Neira con las Guerrillas Estalinistas. La presentadora lo explica. Después suelta la lista habitual de noticias inocuas. El vicepresidente ha comprado una faja reductora de peso. Treinta y un campesinos de una zona petrolera han muerto, aparentemente en un suicidio ritual colectivo, cada

uno de un tiro de rifle en la nuca. El supremo líder, en ataque de misericordia, se ha ofrecido a comprar a buen precio la tierra de las viudas y los huérfanos. El hijo del presidente se ha probado zapatos de dos mil dólares en Nueva York mientras prepara su boda con una modelo italiana. Un deportista oriundo de Miranda se ha destacado el día anterior en el puesto 71 del mundial de motociclismo y el magnánimo ya ha dicho que lo condecorará, gústele o no. Etcétera, etcétera, etcétera.

Antes de cerrar la emisión muestran dos minutos más de mi sepelio. Del Pito entra al cementerio entre un enjambre de furiosos escoltas armados. Hay miles de personas pero no veo por ningún lado a Marta Akira, ni a Martín Acosta, ni a María Block. Veo en cambio a Jorge Parra, muy cerca del cajón, limpiándose rítmicamente la nariz con un pañuelo blanco. Veo también, por supuesto, a Luis Rabat, en la cabeza misma del ataúd, recibiendo a los dolientes como si fuera la viuda. Cuando el presidente Del Pito se acerca al cajón sus escoltas lo suben a un banquito forrado en terciopelo rojo reservado para ocasiones así. El líder abraza largamente a Rabat y mientras se separan yo siento un ligero temblor que amenaza con derrumbarme al suelo seguido por mis huevos al gusto: en el centro de la imagen, en los ojos vidriosos de los dos políticos, se puede ver brillando una sonrisita. Dura milésimas de segundo, después desaparece.

*

Voy al baño de la tienda. Me lavo la cara, me miro en el espejo cuarteado, me peino. Dejo mi billete en la mesa. Tomo aire para atravesar el parque del doctor Neira, como si nunca lo hubiera hecho. A medida que avanzo veo más y más escoltas frente al edificio, dispuestos en desordenado esquema de seguridad. Mi carrera se hace curva. Casi acaba en donde empezó. Al final logro salir por una calle lateral sin ser visto. El dispositivo que han montado y un piquete de periodistas con cámaras y micrófonos demuestran que mi Ada sigue ahí, encerrada como la princesa de un cuento pero no exactamente. Ya refugiado en la calle lateral, habiendo recuperado mis signos vitales, decido dar un larguísimo rodeo para ver las casas que están detrás del edificio. No me mueve un interés inmobiliario y sin embargo agradezco a varios de los dioses principales cuando veo una casa abandonada y en su fachada un inmenso letrero que dice SE VENDE.

Caminando espero a que anochezca. Cuando anochece subo el muro que separa la casa del andén apoyándome en los travesaños podridos del viejo portón. Aguzo el oído. Nada. La casa está completamente abandonada y los vidrios rotos. Atravesarla no será un problema. Después de dos horas de esfuerzo en el jardín consigo hacer algo parecido a una escalera con bultos de cemento podrido, muebles destrozados, puertas carcomidas. Así logro alcanzar la reja trasera del edificio. Ni las cámaras de seguridad podrán verme, porque la oscuridad es total. Cuando logro pasar al otro lado caigo en un espacio de dos metros de ancho entre la reja de cierre y el muro trasero

del salón de eventos, que ocupa todo el primer piso del edificio.

Me acerco al muro y temblando compruebo que mi plan es posible. Bajo entonces por la escalerita metálica empotrada dentro de una claraboya cilíndrica del sótano. Mi abundante corpulencia cabe apenas. Caigo en el espacio vacío que hay detrás de los baños del parqueadero. Cuando me atrevo a asomar un ojo y media nariz para ver qué pasa veo dos pares de pies con medias y sin zapatos en el parabrisas de la única camioneta blindada. Me arriesgo a pedir el ascensor. Subo solo, con todos los músculos tensos ante la posibilidad de un ataque masivo con granadas de fragmentación, que por fortuna nunca llega. Arriba el pasillo está a oscuras. Timbro en el apartamento. Para mi sorpresa oigo el ruido de varias chapas y me preparo para lo peor.

Lo peor es solamente la tía de Ada, toda vestida de negro, diminuta y sonriente como su hermano el doctor H. H. Me jala adentro. Cierra otra vez todas las chapas. Me hace sentarme en la sala y sin ofrecerme siquiera un vaso de agua, sin sentarse, me dice muy ansiosa que es un verdadero milagro que yo haya logrado atravesar el dispositivo de seguridad. Me dice que todos esos hombres armados no están destinados a cuidarlas sino a evitar que se escapen. Me dice que Luis Rabat sabe que ellas saben demasiado y no las quiere dejar salir. No quiere que hablen con la prensa ni con los otros miembros del Movimiento. Me dice también que temen por sus vidas.

Pero lo que ellos no saben es que nosotras nos vamos a escapar, susurra, entrecerrando los ojitos hasta casi hacerlos desaparecer, como si estuviéramos los dos en el momento cumbre de una obra de teatro pobre.

De aquí nosotras salimos vivas. Y usted nos va a ayudar.

*

Sin explicarme todavía en dónde está Ada ni ofrecerme nada para la tremenda sed que me aqueja, la tía de Ada me dice entonces que su vecina saldrá esa tarde a hacer el mercado como todos los martes. Que lo hará en la camioneta de su marido y dejará las llaves del otro carro que tiene colgadas a la entrada de la casa. Que la empleada del servicio ya tiene instrucciones de dárselas a ella. Los escoltas conocen su carro pero no tienen órdenes de detener los carros de los vecinos. Ella manejará disfrazada. Solamente por seguridad: ni el portero ni los escoltas van a mirar quién maneja. Ada y yo iremos en el maletero, debajo de cajas y bolsas. *Los dejaré en alguna esquina de la ciudad. Váyanse del país inmediatamente, es la única manera de salir vivos de esta locura.*

Cuando dice *locura* se le aguan los ojos (que justo entonces reaparecen en su cara surcada de arrugas) como si estuviera viendo a su querido hermano vivo. La señora se repone y sigue, ya con un hilo de voz. *Dejaré el carro de mi vecina en la Estación Central y me iré de ahí en un bus a la costa, a donde mi hermana. Por dinero no se preocupen, mi hermano dejó lo suficiente para que Ada viva bien durante muchos*

años; está todo en una cuenta bancaria, hoy mismo les doy la tarjeta. Se queda entonces unos segundos en silencio, mirando las tablas del suelo. Creo que puede oír cómo palpita mi corazón renacido. Después me da la espalda. La sigo por un corredor largo y muy oscuro. Sin previo aviso abre una puerta, la última, y me indica que siga.

Ada y yo llegamos al pueblo de Junín en bus, a las cinco de la tarde, agotados y felices. Decidimos no buscar inmediatamente nuestro refugio tropical y pagamos en cambio una pieza en el único hotel. Más tarde bailamos entre mesas de billar y caminamos bajo la luz de la luna arrullados por el canto de chicharras.

Al día siguiente nos despertamos muy tarde, desayunamos en abundancia y decidimos aplazar indefinidamente la búsqueda del refugio. Cinco días más tarde vemos por primera vez noticias del mundo exterior. El noticiero registra la inscripción del candidato presidencial del Movimiento Amarillo. Es un completo desconocido. El alcalde de una ciudad comunista en el sur, explica con desdén la presentadora. El mismo desdén se ve en las caras de Rabat y Parra, durante la presentación. Martín y María no se ven por ningún lado. Ada ni siquiera levanta la vista de lo que se está comiendo y cuando lo hace es para mirar por la ventana las calles de Junín, aplastadas por el sol. Las mulas, los hombres de sombrero. Yo decido seguir su ejemplo. Todo lo que brilla en el televisor es parte de un mundo ya extinguido al que nunca más volveremos. Uno que terminaremos de olvidar en nuestro refugio tropical.

Al día siguiente nos montamos a un taxi alquilado dispuestos a recorrer todas las veredas de Junín hasta dar con nuestro nido de amor. Mientras nos alejamos del pueblo miro el fino perfil de Ada Neira al volante. Parece menos triste que hace una semana. Es también muy distinta a la inocente enfermera de la que me enamoré en la capital. Ahí, manejando tan seria bajo el sol vertical, se ve más seria, menos joven, más dura. Siento deseos incontrolables de desnudarla y de hacerle el amor hasta el final de los tiempos. Carraspeo y miro por mi ventana.

*

Sin demasiado esfuerzo encontramos nuestro nido de amor a solo quince minutos de Junín. Pagado por el doctor Neira, que en paz descanse, tiene nuestro nido: televisor con muchos canales, piscina, cuatro habitaciones, ventilador mecánico en cada una, dos camas dobles y tres sencillas, termitas, muebles, loza, ropa de cama, equipo de sonido, dos teléfonos con línea, jardín florecido, empleada a cargo de la casa y del jardín florecido, guadual, pájaros en la mañana y murciélagos en la noche, árbol de mango centenario, panal de abejas, vecinos con motocicleta, río caudaloso. Lo tiene todo, nuestro nido. Carece de un computador portátil para escribir por ejemplo obras maestras de la literatura universal, pero ese mismo día lo compro en la papelería del pueblo.

El dueño recibe la transferencia del dinero desde la cuenta del doctor Neira, nos invita a su casa en el pueblo para tomar café y allí nos entrega las llaves y los documentos. Cuando entramos a nuestra nueva casa podemos oler el aroma de la madera vieja, de las flores en el jardín, de la tierra mojada secándose al sol. Tenemos la sensación de que podremos vivir allí el suficiente tiempo para olvidarnos de todo lo ocurrido. Para olvidarnos de Miranda entera y de todas sus alimañas grandes y pequeñas. Ada me lo dice, queriendo encontrar su vieja sonrisa sin conseguirlo. *Aquí nos podríamos quedar toda la vida.* Y agrega: *Los dos juntos.* La beso como corresponde y en adelante, cada día, nos dedicamos a lamer mutuamente y con paciencia nuestras heridas (que no son pocas).

Una semana después de la llegada ella se dedica a llevar a cabo su sueño de tener un taller de porcelana. Lo hace y aunque nunca antes en su vida ha trabajado la porcelana pronto lleva a cabo piezas muy realistas en las que se pueden reconocer los muchos héroes de la Historia Patria. El verdadero Pedro Akira es el primero de una larga lista de mártires. Miden menos de treinta centímetros, los muñecos, y todos tienen alguna notoria discapacidad física. Akira está en una silla de ruedas, los líderes del siglo xx son ciegos o padecen horribles deformidades, a los próceres de la independencia les faltan nariz, brazos o piernas. Cada semana Ada produce un muñeco nuevo y, según dice, quiere algún día exponerlos como enanos de jardín en una galería de arte.

Mientras tanto usa como campo de entrenamiento nuestro jardín, en el que también pasamos muchas horas untados de aceite de coco, friéndonos como pedazos de carne bajo el implacable sol del trópico. Fundamental para nuestra total recuperación anímica y moral es también la presencia de María Itami, la empleada del servicio. Siempre sonriente y silenciosa, desplazada ella también, sacada con sus tres hijos de la vereda más lejana de un municipio minúsculo de la cordillera, María ha llegado a Junín tres meses antes para refugiarse en la casa de unos primos. En su vida anterior fue profesora de escuela.

Pasado un mes desde nuestra llegada amanezco con exceso de optimismo y tengo la ocurrencia de mirar la prensa. Compró *El Universo* en el pueblo. Me siento en una silla de mimbre en el jardín, a la sombra del cañaveral, y lo leo de arriba abajo. No hay nada nuevo. Más de lo mismo que nos ha expulsado de la vida real y nos ha desterrado a ese paraíso tropical (desde donde no sabemos ya adónde ir). Palabras como moscas, girando sobre los cadáveres del doctor Neira y de Pedro Akira. Palabras asociándolos a las Guerrillas Estalinistas y a los narcotraficantes. En un rincón de la última página hay también una diminuta noticia acerca de la muerte, en accidente vehicular, del equipo de forenses que habían identificado los cadáveres del carro rojo.

Libre ya del desconcierto de las primeras semanas, dedico mi abundantísimo tiempo libre a escribir mis aventuras como el doble de esta película. Me siento cada día en una mesa de palo frente al computador portátil, a la sombra del guadual

mecido por el viento. Aquí estoy todavía. Llevo más de un mes escribiendo cada mañana en el mismo sitio. Para los curiosos que lo pregunten: no me he tomado ni un trago. Ni uno. Mi organismo parece no necesitarlos, en el paraíso del trópico. Digitando con los dedos índices acabo de llegar hasta aquí, hasta la hermosa palabra *trópico* y he decidido que es tiempo de dejarlo. No hay nada más que escribir. Me recuesto en la silla de mimbre estirando piernas y brazos. Miro las nubes, que están muy lejos. Regreso a la mesa y digito estas últimas letras.

*

Luciendo mi barba de ermitaño y mi hermosa melena azabache timbro a las once de una mañana muy soleada en la casa de la vecina trasera de papá, en el barrio La Esmeralda. La vecina abre cubierta por una avalancha de chales y ruanas. Me pregunta qué quiero y le muestro quién soy agarrándome la barba y picándole un ojo. Le explico que los hombres armados que cuidan la entrada de la casa de papá quieren llevarme con ellos para matarme. Me hace pasar. Sin que le diga nada más abre la puerta del jardín y me dice, como en película de vaqueros, *Buena suerte, hijo. Que Dios lo bendiga*. Antes de emprender carrera para trepar a la reja que separa ambas casas, en mi calentamiento, dando saltitos y respirando rítmicamente, puedo ver por fin muy de cerca el televisor inmenso, de modelo anterior a los años ochenta, en el que papá veía el noticiero cada noche.

Corro hasta la reja para demostrarle a la anciana de qué estamos hechos sus vecinos traseros. Al quinto intento la señora me acerca una escalera. Se lo agradezco y me despido, para no ser menos que ella, con un *Vaya usted con Dios, abuela*. Después abro la puerta de la sala. Papá está en el segundo piso. Lo sé antes de verlo. Me pongo muy tenso, como un tigre. Como acechado por un tigre. Creo que hay matones repartidos por toda la casa, esperando a que yo llegue. Me escondo en el baño de invitados, bajo la escalera. Allí espero casi una hora, en permanente alerta, hasta que por fin oigo pasos sobre mi cabeza. Veo pasar a papá, a dos metros de la puerta no cerrada del todo. Está en calzoncillos y con la bata abierta. Fuma. Tira un poco de ceniza en la alfombra, como si nada, antes de meterse a la cocina.

Conmovido, salgo de mi escondite y me lanzo a sus brazos. Me recibe, me aprieta con energía y deja caer una lágrima. Cuando nos sentamos en la mesa de la cocina me ofrece un cigarrillo. Estamos en silencio lo que duran tres cigarrillos en ser fumados. *Creí que estabas muerto*, dice al fin, mirándome a los ojos con la segunda sonrisa que le he visto en veinte años. Le da otra calada a su cigarrillo. Tomamos jugo de guayaba, no hacemos nada durante una hora más. Hablamos solamente de su vida (la huerta, el coleccionismo, el bricolaje) con frases muy cortas. Después me levanto. Él entiende que yo he ido solamente a verlo y a que él me vea.

Cuando estoy saliendo de la cocina me llama en voz muy alta. *Hijo*. Me volteo a mirarlo. Está lavando los vasos y el cenicero. *No dejes que te derroten, hijo*. Es

mucho mejor morir que ser derrotado. Lo dice sin mirarme, sin dejar de lavar. Con el corazón latiéndome tan rápido que por un instante creo estar investigando involuntariamente el alcance de su grandiosa máxima, huyo a toda carrera. De esa casa, del barrio La Esmeralda, de las larguísimas y abarrotadas calles de la hermosa capital de la República de Miranda, de todo lo que fui pero ya no soy.

*

Me despierto en una curva del camino, en el bus que me lleva de regreso al refugio tropical. Veo la montaña cubierta de bosque nativo. Veo la luz del sol que ilumina el bosque. Veo también la niebla, interrumpiendo los rayos de sol, metiéndose entre las copas de los árboles, iluminando las pequeñas flores tropicales. Atardece. Soy el último pasajero del bus. Mirando todo eso me pregunto si debo hacer algún caso a la enfática arenga de mi padre. Me refiero a la que me aconseja morir por Miranda antes que darme por vencido. Me pregunto si debo obedecerlo (luchar, morir) o si debo más bien entregarme a la felicidad posible de estar sobre esta tropical tierra en la dulce compañía de mi querida Ada Neira.

*

Me despierto gritando. En la cama, en nuestro refugio tropical, a medianoche. Cuando consigo calmarme y me estoy tomando un vaso de agua bajo el alero que da al jardín, entiendo que estoy saliendo de una pesadilla. Creo entender también que hay un destino esperándome. En el futuro, en ninguna parte. Esa es la lección de la pesadilla que ha estado a punto de matarme de miedo. Que la vida no es ese paraíso tropical. Que de ahí no saldremos Ada y yo, a menos que queramos salir. Miro las estrellas. Me digo que no tiene sentido huir más de mi destino. Entiendo de repente que papá tiene toda la razón: es mucho mejor caer muerto a ser derrotado. Pedro Akira lo sabía muy bien. La única opción que me queda si decido seguir esa corriente que parece haber salido de mi pesadilla y que amenaza con llevárselo todo, también la casa, también a Ada, es enfrentar mi destino. Dar la batalla. Entregarle a todos los periodistas de la República las pruebas que tengo contra el presidente Tomás del Pito. Morir si es necesario, para no envejecer en un paraíso tropical pensando lo que habría podido ser mi vida y la de la República si hubiera tenido el valor de pasar a la acción.

Se enciende la luz del pasillo. Es Ada, que se ha despertado. Medio desnuda, viene a acompañarme. Acunándola entre mis brazos miramos la luna. Nos mecemos en la hamaca cuando le explico lo que me dispongo a hacer. Me dice que esa guerra, nuestra guerra, está perdida. Que ha estado perdida desde el principio, desde antes de empezar a pelearse. Y que yo no iré a ningún lado. Me dice también que prefiere verme vivo a verme muerto. Yo no le respondo. La acaricio, dejo que se duerma.

Miro las estrellas toda la noche. Hechizado por la frase de mi padre y agitado por una pesadilla que no consigo recordar.

*

Las tres semanas que siguen son testigos de mi enjundia. Bonita frase. Sin decirle nada de nada a la dulce Ada, le envío copias de un disco con las pruebas al único noticiero independiente y a las dos páginas web no financiadas por el Pitismo y a la única revista antigobiernista. Aspiro con esa acción audaz a llegarle al 2% de la población. Confío en que el escándalo sea tan grande que los medios masivos acaben incluyéndolo también. Mando todo por correo, con nombre y remitente inventados, desde una oficina postal de un pueblo que nada tiene que ver conmigo. De regreso al paraíso, en bus, pienso que mi padre estaría ahora orgulloso de mí, por primera vez en nuestras vidas.

*

Me siento en el único sofá del refugio tropical y miro el noticiero independiente del mediodía. Haciendo gala de un notable valor cívico, los periodistas han dedicado media emisión a los videos contenidos en el disco que les mandé. En el primero de ellos Del Pito está sentado en una mesa con tres de los siete jefes máximos de los Escuadrones de la Muerte, en la terraza de una hacienda ganadera. Al fondo se ve un gran río, muchas vacas comen pasto más atrás. Los cuatro comentan el hecho de que una amplia porción del norte del país sigue bajo control de las Guerrillas Estalinistas. El presidente dice, mirando al infinito y más allá, que hay que hacer algo pronto porque es bien sabido que las Guerrillas Estalinistas están derrotadas desde hace dieciséis años, desde el final de su primer mandato. Los otros tres toman whisky, él toma soda. Los otros tres están vestidos con uniformes militares y cuando el minúsculo dice eso sonríen como perros.

La cámara está escondida. Parece puesta en una mesa contigua. Tal vez sea una de esas cámaras de espía que imitan la forma de un cenicero o de una caja de naipes, y haya sido puesta por los anfitriones. Tal vez sea en cambio una cámara secreta llevada por el presidente. En cualquier caso alguien quiere reservarse para el futuro el sagrado derecho del chantaje. Uno de los anfitriones dice que para limpiar la región como lo solicita el presidente hay que quemar, usa esa palabra, hay que quemar varios corregimientos, reconquistar al menos quince pueblos y tomarse unas 130 000 hectáreas de monte y campo. El presidente mira el horizonte (las vacas, el río y un cielo con negros nubarrones) y responde, pausadamente, como siempre: *Hagan lo que tengan que hacer – Para salvar la República*. Y suspirando agrega: *Tienen todo mi respaldo y solidaridad – Y el de mis Fuerzas Armadas*.

El segundo video está filmado en las oficinas del asesor de comunicaciones del presidente, en el Palacio Presidencial de Miranda. Está presente también el asesor legal. Subalternos de los jefes de los Escuadrones de la Muerte del primer video han ido a hacer un reporte. El video es filmado tres o cuatro meses después del anterior. Uno de los asesores se disculpa porque el presidente está ocupado *en asuntos de Estado*, pero aclara que les manda saludes, que les agradece el viaje a la capital y que los felicita por su patriotismo. Seguramente la cámara es propiedad de los Escuadrones de la Muerte. Los emisarios ponen papeles sobre un escritorio, aceptan un café y empieza el conteo. Reportan 80 000 hectáreas recuperadas. Noventa guerrilleros dados de baja, setenta y uno de ellos vestidos de civil, veintitrés menores de edad. Once pueblos bajo control, con el valioso apoyo del Ejército Nacional. Dicen que vienen a cobrar lo que les corresponde, según el trato hecho con el presidente. Los dos asesores se miran uno al otro muy serios, uno se pone de pie y ahí se corta la imagen.

El tercer y último video registra una conversación informal del presidente con amigos, alrededor de una mesa al aire libre. Parecen estar en un club de polo. Pasan caballos al fondo de la imagen, de la mano de sirvientes vestidos con esmoquin. El presidente tiene puestos pantalones caqui muy ceñidos y botas de montar. A media conversación sube las botas a la mesa, lo que dado su tamaño le dificulta mantener una posición digna. Finge sin embargo estar cómodo, se toma despacio una soda. Los demás mezclan ginebra con limonada y beben muy rápido. Discuten sobre la tortura. El presidente la defiende. Dice que es el único mecanismo que tiene el Estado de derecho para garantizar la seguridad de sus ciudadanos. Todos parecen conocer las rabietas del chiquito porque asienten solemnemente rumiando como vacas. Todos menos uno, un señor de unos noventa años que después de una larga y pomposa frase del magnánimo le responde: *Eso es una barbaridad, presidente, no puede ser que llevemos tantos siglos de evolución y sigamos usando técnicas de las cavernas.*

El presidente Del Pito no cree en la evolución, lo ha dicho muchas veces: *Darwin es un farsante – Y un ateo también*, pero en el video calla sus opiniones teológicas porque el asunto de la tortura lo tiene enardecido. Decide expresarse, con sus pausas necesarias. *Hace un mes mis Fuerzas Armadas encontraron a quince terroristas – De una Cuadrilla Estalinista – En un sindicato se escondían los bandoleros – A las caballerizas del ejército los llevaron – Y les aplicaron sus torturas – Resultado – Se evitó un ataque terrorista – Se defendió el orden y se salvaguardaron las instituciones.* El presidente respira, baja las botas de la mesa y en actitud de suspicaz jockey sobre caballito de juguete mira a los ojos de su interlocutor. *Y además les mandamos un mensaje muy claro a las guerrillas – Les devolvimos a sus falsos sindicalistas – Tan asustados que ni hablar podían – Para que sepan que el terrorismo en la República de Miranda no paga.*

En ese momento se ve cómo el anciano contertulio se pone de pie con mucha dificultad, cómo sale del cuadro en silencio, muy erguido, lentamente, a contraluz.

Me pregunto cómo habrá hecho Pedro Akira para conseguir esos videos. Apago el televisor antes de que muestren el cuarto y último. En él Del Pito monta a caballo con amigos, haciéndoles un tour de una de sus haciendas: les habla de historia de la República y de la forma como ha obtenido sus tierras. Describe minuciosamente lo que hicieron treinta años antes los Escuadrones de la Muerte asociados a su papá para limpiar de guerrillas la zona. Lo hace a pesar de que sabe que hay una cámara filmándolo. O precisamente por eso. Ya he visto ese video y no quiero verlo otra vez. Me revuelve las tripas. Me recuerda en qué juego he estado metido todo este tiempo. Opto en cambio por mi jardín, por el sonido del río entre las piedras, por el del viento que mece los guaduales. No almuerzo, entregado a la contemplación como Ada lo está a sus muñecos. Tal vez no nos quede mucho tiempo de vida, en ese precioso valle de lágrimas.

Cuando atardece voy en busca de mi amada.

*

Pasada una semana calculo que el revuelo causado por las imágenes en el noticiero ha pasado a escándalo y que de escándalo ha pasado a gran crisis del gobierno y por lo tanto creo que ya es tiempo de encender el televisor para ver lo que es sin duda la estruendosa caída del gobierno de Del Pito. Nada de eso ocurre, como ya habrán previsto los más graciosos. Muy al contrario: el presidente Del Pito ha subido en las encuestas. El presidente Del Pito muy sonriente inaugura un puente en la costa. El presidente Del Pito asiste a la boda de uno de sus hijos. El presidente Del Pito está más vivo que nunca y sonríe a las cámaras, que lo enfocan en contrapicado, desde el suelo, para que no se vea tan bajito.

Ada pasa por detrás del sofá en el que estoy sentado, me toca una mejilla con su mano fría y no se queda a ver la explicación de semejante fenómeno. La explicación está en el siguiente programa, que es la repetición de lo que ya llevan varios días viendo los espectadores de la República. El presidente Del Pito esperó un día a que el escándalo de los videos en los noticieros creciera lo suficiente. Pasado ese día, cuando según su criterio la situación estuvo madura, denunció desde su Palacio los vínculos de las Guerrillas Estalinistas con los productores del noticiero. Mostró abundantes pruebas falsas. Los mandó meter presos, a los productores, preventivamente. Lo mismo hizo con el editor del pequeño periódico independiente que se atrevió a comentar el escándalo. Con las páginas web no se tomó la molestia. Por la noche hizo una rueda de prensa en la que comprobó, con la ayuda de expertos extranjeros, que él no era el que aparecía en los videos, que todo era un burdo montaje.

Soltó además una noticia que habría de dejar lívida a Miranda entera. Dijo que el Palacio Presidencial había sido atacado de noche con bombonas de gas como las que utilizaban las Guerrillas Estalinistas, cuando existían. Dijo que cinco de las veintiuna

bombonas disparadas habían caído en el Palacio y las demás, gracias a Dios, en los jardines. Que tres habían estallado y una había matado a una empleada del servicio. Mientras habla muestra imágenes muy deficientes de un tejado a dos aguas con muchos huecos y fotos perfectas de un jardín con bombonas anaranjadas de gas esparcidas entre los geranios y los rosales. Finalmente expone dos fotos de alguien que parece ser él mismo cargando en brazos a una mujer muy corpulenta y morena con un delantal azul claro untado todo de rojo. Acabadas las imágenes el presidente Del Pito mira muy serio a la cámara y dice: *Los Organismos de Seguridad – El Ejército – La Policía – La Fiscalía – Y la Guardia Presidencial – Siguen buscando a esta hora el lanzabombonas con el que fue perpetrado el ataque – Para evitar que se repita – Se sospecha que es un aparato de fabricación soviética.*

Apago el televisor. Voy a la cocina. En una bandeja saco al jardín una jarra de limonada, hojas de menta, agua tónica y una botella de vodka. El enjambre de abejas del mango parece agitado, como si algo estuviera pasando en el panal.

*

Intento pensar en otra cosa. En algo que no sea el presidente. En algo más grande. Decido llamar a papá. Para decirle que estoy bien, que sigo vivo, que he decidido seguir sus consejos. Y para decirle que el régimen es invencible, que lo siento mucho. No contesta. Lo intento toda la tarde, sin resultado. Antes de dormirme decido que iré al día siguiente a la casa de La Esmeralda solamente para abrazarlo, como nos lo merecemos después de la derrota final. No duermo bien. Temprano por la mañana me baño en el agua muy fría de la piscina. Después salgo en la moto de los vecinos hacia la capital. Cuando llego al parque de La Esmeralda veo que el despliegue de seguridad se ha retirado de la puerta principal y se ha metamorfoseado en dos camionetas blindadas blancas parqueadas en las dos esquinas de la manzana. Apago la moto, me siento en una banca del parque, espero yo también. Los ocupantes de las camionetas tienen binoculares y radios de comunicación. No parecen ser escoltas del Movimiento Amarillo.

*

La vecina está enteramente vestida de negro. Me abre y se sienta de nuevo en su sillón, al lado del televisor apagado, como si me estuviera esperando. La puerta corrediza al jardín está abierta. Cuando salgo y giro la cabeza para mirar a la anciana ella se limita a dibujar una cruz en el aire con la mano derecha frunciendo demasiado el ceño. Me asusta. Mi cabeza intenta decirme algo pero la callo a tiempo. Subo la escalera que la mujer ha apoyado quién sabe desde cuándo en la reja de su jardín. Bajo sintiendo sus ojos sobre mi humanidad. Antes de entrar a la casa ya lo sé. El

sofá está patas arriba, la alfombra está llena de huellas secas de barro, una de las ventanas grandes que dan al jardín no tiene vidrio. Subo corriendo y lo encuentro. Arriba, en su estudio, rodeado de cajas de escarabajos rotas a patadas y de libros de estampillas, está mi papá muerto.

Su cráneo está despedazado, por acción de un mazazo o de una bala muy grande. Sus brazos se abren en cruz sobre la mesa. Se ve como dijo Jairo que se veía Pedro Akira recién muerto. Miro ese muñeco de carne y sangre y huesos rotos y siento como si uno de sus cucarrones de colores hubiera regresado a la vida y se hubiera metido en mi garganta para quedarse ahí atascado. Me lanzo a abrazar el cadáver, de rodillas, temblando. Nos caemos juntos al suelo y así nos quedamos. Han matado a papá, a ese viejo solitario que nada tenía que ver en la pelea. Han matado a papá. Yo ya solo quiero abrazar su cadáver, hasta que me llegue a mí también la muerte.

*

Me quedo con él muchas horas. Me despierto después de una noche sin sueños. Amanece y ahí sigo yo: en el suelo de madera de su estudio, rodeado de sus escarabajos y de sus estampillas, abrazando su cadáver. Cuando me siento con fuerzas suficientes me suelto con delicadeza, poco a poco. Bajo al jardín. La vecina me sigue mirando desde su sillón, a través de la reja que separa las dos casas, muy seria, muy quieta. Parece no haber dormido. Saco una pala y un azadón. Con cuidado arranco las matas de papa con sus papas, las matas de maíz con sus raíces, las matas de arvejas con sus estacas. Después hago una fosa rectangular. Miro la fosa de tierra negra y me siento completamente vacío, como si me hubieran arrancado las tripas y con ellas el alma. Siento ganas de enterrarme yo también, pero tengo una misión. Doy media vuelta para cumplirla.

Bajo el cadáver sin dificultad. Debe llevar uno o dos días muerto. Está rígido pero no huele mal. Lo alzo como a un bebé, lo pongo sobre el mantel blanco de algodón de la mesa de la cocina, beso lo que queda de su frente. Voy al jardín y regreso con rosas amarillas y un tallo largo de maíz de la huerta. Pongo las rosas y el tallo sobre el cuerpo rígido. Lo envuelvo con cuidado y lo llevo hasta la fosa. Lo dejo caer entre esa tierra negra y fértil de los Andes. Suena como un bulto. Lo cubro, con tierra primero y con la huerta después. Cuando acabo no hay rastro alguno de la fosa, del paradero de mi padre. No me quedo a llorarlo, para eso tendré toda la vida. Entro al baño, me lavo las manos y ahí es donde lo decido. Saco de las cómodas los desodorantes, los perfumes, el alcohol para curar heridas, la colonia.

Con el azadón destrozo el entablado del segundo piso, frenético, sin pausas, dejando las tripas de la casa al aire. Mojo con alcohol las tablas rotas, distribuyo los frascos entre las cerchas. Bajo al salón. Con el químico que usaba papá para encender la chimenea rocío los tapetes, los escalones, el cielorraso. Subo a mi cuarto, me pongo una camisa y un pantalón limpios, me miro en el espejo del baño. Después,

andando muy despacio, sintiendo ya las llamas que acarician mi pantalón, voy prendiendo la hoguera. Esa hoguera en la que arde mi vida anterior, con todas sus pobres aspiraciones, esa hoguera en la que arderán también la vida de mi padre y sus recuerdos. Bajo la escalera sin prisa, las llamas me siguen como perros fieles.

Cuando salto al jardín de la vecina el fuego ya crepita a mis espaldas. Camino en línea recta hasta donde está la anciana. Le doy las gracias. Ella no se mueve. Mira las llamas con ojos muy abiertos. Tal vez también esté muerta.

Siguen días tristes, como no puede ser menos. Huérfanos de padre y madre, Ada y yo perdemos toda esperanza. Yo no me separo de la botella de vodka durante casi dos meses. No de la misma: de muchas botellas de vodka, que al principio sirvo primorosamente fraccionadas en delicadas porciones sobre hojas de ajeno y soda y sal, y que después tomo solas, sin ningún aderezo, tendido en el jardín mientras el sol me convierte en un chicharrón viviente. También hago crucigramas. Y canto. Pasadas dos semanas empiezo a intercalar una botella de whisky entre dos de vodka y el mundo deja de existir. Una noche salgo al jardín en cuatro patas para gritar hasta quedarme sin voz. Me gusta el ritual, lo repito varias veces. Mientras grito como si me desmembraran, en mi cabeza aparece la casa de papá en llamas. Mi vida entera ardiendo. La visión dura siempre poco, lo suficiente para recordarme que todo va a desaparecer, que nada de lo que somos quedará.

Ada no está mejor que yo. Cuando supimos de la muerte de papá intentó evitar mi caída. Luchó como solo lo hacen las mujeres, ciega y terca, hasta que se dio cuenta de que no podía ayudarme, de que ella tampoco tenía de dónde agarrarse. Entonces se lanzó detrás de mí, con los ojos cerrados. Así vivimos desde entonces, cayendo por un abismo que no parece tener fondo. Lo que para mí es el alcohol para ella es el barro con el que hace sus héroes mutilados. Este su protagonista-narrador está siempre en calzoncillos, sentado en una silla de mimbre en medio del jardín, perdidamente borracho. Su mujer, la bella Ada, lo acompaña muy de cerca, arrodillada o en cuatro patas. Siempre bajo la sombra de las matas, embarrada, hablándole a sus figuritas.

Ella cree que es parte principal de su proyecto artístico el hablarle a los mártires de porcelana. Por eso se filma mientras lo hace, poniendo la cámara sobre una pila de ladrillos que se mueve detrás de ella por todo el jardín. Planea proyectar algún día lo filmado en una galería de arte a la que acudirá con todos sus lisiados de porcelana. Ya no me dirige la palabra. No habla más que con sus personajes históricos. Empieza pidiéndoles favores como si fueran vírgenes. El bienestar de la Patria, de los pobres, de los enfermos, de los otros lisiados. El bienestar de todos menos el mío. A veces yo la miro con media sonrisa desde el centro del jardín y la insulto entre dientes hasta que me río en voz alta y me burlo de sus pretensiones artísticas y de sus conversaciones con los enanitos. Acabo también insultando a los modelos, a los mártires reales de la maldita Patria, que no hicieron ni cambiaron nada, que solamente se hicieron matar.

Cuando subo el volumen de mis insultos Ada sube el volumen de sus plegarias, hasta convertirlas en un aullido muy agudo como de poseída de película, en un chillido que asusta a los pájaros del jardín y a mí me manda a la carretera a caminar

descalzo durante horas. Tenemos el diablo metido en el cuerpo, como suele decirse. Dos diablos, uno por cada cuerpo. María Itami, la empleada del servicio, nos deja pronto. Nos hemos olvidado de su existencia mucho tiempo antes. Cuando me dice que se larga le doy un fajo de billetes en la cocina, sin saber cuánto hay. Le planto un beso húmedo en la frente, antes de alejarme apoyado en las paredes para buscar otra botella de vodka. A partir de entonces la casa y el jardín se empiezan a llenar de despojos de comida podrida, por la que muestran sincero interés insectos de todo tipo y luego también roedores y hasta algunos reptiles. La visita de vertebrados aún mayores es inminente, pero por lo pronto la única vertebrada mayor que reptaba sin descanso a mi alrededor es Ada, cada día más flaca y más sucia y más fea.

Un día dejo de verla en el jardín. Me emborracho igual y lleno mis crucigramas y canto mis baladas a grito herido. Pasan tres días hasta que la busco y entiendo lo que trama. Ha empezado a repetir los moldes. Pronto tiene, por ejemplo, cinco figuras de Akira a las que pone en fila bajo un guayabo. Cuatro próceres de la independencia cojos y sin sus caballos respectivos, a los que acuesta formando una cruz. Ante mi silla de mimbre, a unos cinco metros, aparece un mártir manco frente a otro mártir manco, como besándose. Ada ha encontrado además no sé dónde unos audífonos como los que se usan en los estudios de grabación, muy grandes, negros, de cable grueso. No se pone los audífonos, se los pone a las esculturas de porcelana. Ella habla por el otro extremo del cable, por la punta plateada, en voz muy baja, muy seria, mirándome siempre con desconfianza, evitando que yo escuche lo que le susurra a sus mamarrachos.

Cuando les habla, porque sí, por esa falta de lógica que impera en la caída, yo me pongo de pie y con zancadas largas y enérgicas doy vueltas alrededor de la casa. En calzoncillos, cantando mis baladas, subiendo progresivamente el volumen y golpeándome el pecho con más fuerza a cada vuelta. Después de un par de horas, exhausto, tengo siempre que detenerme. Ada gana siempre. Cuando me voy a dormir ella sigue ahí, a ras de suelo, mirándome con ojos muy abiertos, susurrándole hasta la madrugada quién sabe qué infundios a sus enanitos. Así es. Nos enloquecemos. No sabemos en qué momento una inofensiva alteración de los nervios se nos convierte en la jeta misma del diablo susurrando todas sus atrocidades en nuestras orejas, siempre a punto de tragarnos. Creemos que nos moriremos ahí, así, de tristeza o de hambre o de miedo, tragados por el demonio. Creemos que si eso pasa se acabará por fin la pesadilla mayor, la de seguir vivos y huérfanos, en el vasto imperio de Tomás del Pito.

*

Abro los ojos y amanece en el paraíso tropical. Estoy tendido en el prado, con los brazos y la boca abiertos. No me muevo aunque varias abejas del panal vuelen muy bajo sobre mí. Veo cómo por el oriente se acercan unas nubecitas blancas. Las

nubecitas llegan hasta donde estoy y pasan de largo, haciéndose amarillas. Un pájaro cuyo nombre desconozco canta tres notas y las repite. Una nota grave, una aguda y otra grave. Cuando las nubecitas amarillas se hacen rosadas y desaparecen detrás de las colinas, un segundo pájaro responde al primero. Cantan igual. Una brisa nueva mece los guaduales. Me parece que en esos segundos desde que mis ojos se han abierto pasaron años. Mi cabeza gira para ver las flores del jardín. Me doy cuenta de que son muchos los pájaros que cantan. Levanto ligeramente la cabeza. Me apoyo en los codos. Las abejas vuelven a su panal. La luz horizontal del trópico hace amarillas las guaduas, las copas de los árboles.

Entiendo entonces que me encuentro frente a un nuevo día y que ese día tiene algo distinto a todos los demás. Mis orejas no escuchan los inmundos susurros del demonio. Inhalo todo el aire que me cabe, que es mucho. Lo suelto. Me gusta y repito. Me siento. Me desperezo. Estoy a punto de dar un salto acrobático para quedar en pie y echar a correr hasta el taller de cerámica, en donde la pobre Ada estará seguramente metida de cabeza en el horno, lista para cocinar otro mamarracho. Sin embargo hay algo en la textura del aire, en ese olor a mañana, en el sonido de la brisa entre los guaduales, en el canto de los pájaros, en el sonido del río (hay algo en mí) que me hace quedarme. Sonrío, en mi cabeza y también por fuera. Me parece que he sido víctima de una revelación.

La revelación es sencilla pero no suficiente como para correr a inscribirme en una religión. Siento que de mi garganta ha salido por fin, la noche anterior, el escarabajo de colores que me ha estado atragantando desde el asesinato de papá. Siento también que nuestro jardín ha dejado de hundirse en la tierra del mundo. Huelo muy mal. Tengo las uñas largas. Me levanto. Me desperezo otra vez. Sonrío sin proponérmelo y no siento la necesidad de un sorbo de vodka. Camino hasta el estudio. Ada duerme en el suelo, junto al horno, sujetando sus audífonos. Ahí la dejo. Me baño con agua y con jabón, me corto las uñas. Me lavo los dientes y me perfumo. Voy al pueblo andando. Regreso cargado de bolsas con comida y de cajas vacías.

Mientras Ada duerme, yo limpio la casa. Después recojo una por una todas las porcelanas del jardín. Las guardo en cajas que meto en el cuarto vacío. Lo cierro con llave. Despierto a Ada, poco a poco, acariciándole el pelo, besándole la cara. Me dice que huelo bien. Es la primera vez en semanas que le habla a alguien distinto de sus lisiados. La primera vez que sonrío. Creo que ella también ha tenido una revelación durante la noche. Preparo el desayuno. Ada se sienta en un banco a mi lado. Chocolate y huevos pericos y jugo de naranjas y pan y queso y tamal. De esa loca seca va saliendo poco a poco la verdadera Ada Neira, el amor de mi vida. Pone música. La quinta sinfonía del maestro Kepis, como no puede ser menos. Mientras comemos nos acariciamos, nos reconocemos. Acabado el desayuno miramos a través de las ventanas y es como si ese jardín tropical completamente nuevo fuera el premio por haber regresado a la realidad.

Ada me dice que tiene mucho sueño. Por el camino al baño me dice también que

se siente como si llevara varias semanas queriendo salir de su propio cuerpo, queriendo gritar sin poder. La acompaño a la ducha. Se baña con agua caliente mientras llora. Después duerme desnuda en nuestra cama.

*

Estoy sentado en el sofá de nuestro refugio tropical. Tomo jugo de naranjas. Mirando a través de la ventana me pregunto qué habrá sido de Martín Acosta y de María Block. ¿Estarían ellos también en el complot para desaparecerme, desde el principio? No puede ser, me respondo. Lo más probable es que también los estén persiguiendo para callarlos, como hicieron con Ada y conmigo. Probablemente ya los forzaron a huir del país o los mataron. Todavía no encuentro las fuerzas necesarias para averiguarlo.

*

Lo que sigue es Ada siendo un pajarito mojado, pisoteado, con huesos de dentelladas que tardan en sanar. Como ya se sabe, yo he salido del trance alcohólico-paralizante gracias a una dudosa revelación mística de brisa entre cañaverales cuyo mensaje principal es que vale la pena seguir vivo aunque sea para no estar muerto. No seré yo quien explique cómo son esos días y nadie será por lo tanto. Baste con decir que consagro toda mi energía vital a que se cure en cuerpo y alma mi querida Ada, a quien la locura parece haber secado por completo. Para conseguirlo hay mucha música del maestro Kepis, mucha piscina, más música, silencio, lecturas compartidas, mucha observación de las matas del jardín, algunas caminatas tropicales, algo de viento entre los guaduales. Y el afortunado regreso a nuestro refugio de la dulce María Itami, por supuesto. Abrazos, muchos. Y besos también. Y al final un poco de ese mismo sexo redentor que siempre nos hizo olvidarnos de nuestros cuerpos.

Pasadas tres semanas nos sentimos ya listos para emprender la huida. Me ofrezco para ir al pueblo a buscar pasajes en internet. No sabemos en dónde viviremos ni cuánto tiempo estaremos fuera, pero estamos seguros de que ha llegado el momento de irnos. Creemos que el único destino posible, aunque diste mucho de ser cómodo, es Bonn, Alemania. En donde vive Marta Akira con sus dos hijas y su marido holandés. En el café internet del pueblo reservo dos pasajes para un mes después. Regreso a nuestro paraíso tropical cargado de comida y de pequeños regalos para Ada. Ya estoy llegando cuando lo veo, desde la curva de la colina. Detengo la moto. Frente a la casa hay un carro viejísimo y destrozado. Me acerco a pie. Dentro del carro hay una gorra militar y en el suelo la funda de un revólver.

Subo por la colina del lote vecino, atravieso el bosquecito de guayabos y limones,

evito el guadal, me arrastro entre una maraña de matorrales y así llego al muro trasero de la cocina. Muy despacio me empino para mirar adentro, sabiendo que puede atravesarme una bala de alto calibre o un machete volador, o la imagen de Ada violada y mutilada. Lo que veo adentro hace que me escurra sobre mí mismo, sin control de mis rodillas. En primer plano están Ada y María Itami, riéndose, preparando una ensalada, vivas. Más atrás, mirándolas con sus ojitos arrugados color verde esmeralda, está el grandísimo Jairo Calderón. Mi único amigo en el mundo, sentado en una silla de ruedas, riéndose también. Vuelvo a mirar la boca rosada de Ada, sus dientes tan blancos, su risa nueva. Es ahí cuando me desplomo. Ya recostado en la tierra negra me salen muchas lágrimas. Lloro por nosotros, por nuestro miedo, porque estamos vivos. Cuando me repongo, sacudo la tierra que me adorna, me lavo la cara en el agua de la piscina y entro por la puerta principal.

*

Hablamos más bien poco. Nos reímos mucho. Nos abrazamos más de una vez, como constatando que seguimos vivos. Acabado el postre Ada se va a dormir la siesta. Jairo y yo nos entramos a mi estudio. Hay en mi estudio una colchoneta, un sillón, una lámpara de pie y una mesita baja sobre la que ponemos una jarra de café y dos paquetes de cigarrillos. El sillón está dirigido al jardín de las delicias. No me queda más remedio que mirar ese paraíso todo mío. Hay pájaros de variados modelos y tamaños. Los más pequeños, de cabeza amarilla, se paran en las ramas de un mango que está a menos de diez metros de nuestras narices. Cantan con voz muy aguda. Cuando el gran Jairo Calderón se aburre de mirarlos se acomoda como puede en su silla de ruedas, se sirve el primer café y empieza a hablar.

*

Y dice así:

Desde el momento en que estalló la bomba en el carro del doctor Neira a mí me jodieron. Parra y Rabat. Bien jodido me jodieron. Me obligaron a meterme en el sótano de su edificio con cuatro muchachos y me dijeron que no me podía mover de ahí ni a la esquina. Mirando un chispero me dejaron los doctores. La disculpa que me echaron fue que el día anterior al atentado había aparecido un perro muerto envuelto en la bandera del Movimiento Amarillo frente a la puerta del sótano. A mí ya todo me importaba un culo cuando me llegó Jorge Parra con su cara de haberse pasado de dosis a echarme la disculpita chimba del perro envuelto. Según él esperaban un ataque con bomba. Disculpitas maricas. Por la mañana del segundo día, mientras jugábamos póquer con los muchachos, en el radio a Jorge Parra se le ocurrió además decir que usted estaba en Brasil haciéndose tratamientos médicos. No se pudo

inventar una excusa más güebona. Toda la cosa olía a mierda y yo no podía sino jugar cartas con mis muchachos en ese sótano oscuro.

A la noche siguiente me llamó Luis Rabat. Dijo que Parra me iba a contactar para pedirme que lo recogiera en su apartamento y que lo llevara a una reunión. Me dijo que si Parra no me llamaba en quince minutos lo contactara yo y le explicara quién había dado la orden de recogerlo. Diez minutos después apareció Parra en el celular. Me dijo que tenían una reunión muy importante en el norte, que fuera con dos camionetas y seis muchachos. Que lo recogiera en su apartamento y lo llevara a una dirección que me iba a dar por el camino. Aclaró que solo tenía que subir a dejarlo en la reunión y después me podía ir a mi casa. Así fue. Me llevé dos camionetas blindadas y a los muchachos de siempre. Llegados al sitio tuvimos que pasar despacito por tres porterías de seguridad. Parra se identificó frente a las cámaras de la tercera y seguimos por un camino rodeado de bosques hasta que nos metimos en un sótano. Paramos frente a la puerta de un ascensor.

El edificio era lujosísimo. Demasiado. Uno de esos en los que solo pueden vivir políticos o mafiosos remillonarios, o políticos mafiosos remillonarios. La última tecnología, todo lo más caro: más de veinte pisos de lujo y engalle. Esperamos a que Parra copiara de su celular un código de seguridad en un teclado incrustado en la pared. Entonces apareció en una pantallita a todo color la cara de un tipo de corbata que nos miró durante unos diez segundos sin decir nada, parpadeando solamente. El ascensor se abrió, era todo de vidrio. Los muchachos se subieron en las camionetas y se largaron. Yo subí con Parra, sin soltar la cache de la pistola debajo del saco, sabiendo que en un sitio así cualquier cosa era posible. El ascensor parecía estar volando sobre las lucecitas de la ciudad, me dio mareo.

Llegados al piso veinte espiché un timbrecito de plata que parecía un pezón, ridículo al lado del gran portón de madera negra. Cuando abrieron ya tenía preparado el movimiento de karateka para poner a Jorge Parra de carne de cañón, como en las películas: para cubrirme con su cadáver mientras escapaba ensangrentado por el pasillo de los ascensores. Abrió una empleada del servicio con cofia y delantal y con unos ojazos negros que me miraron sonriendo menos de un segundo y que después se escondieron otra vez. Con la mandíbula muy alta el güebón de Jorge Parra entró sin saludar y me dijo que lo acompañara hasta el salón. La empleada le recibió la gabardina y echamos a caminar por un corredor altísimo completamente enchapado en mármol rojo.

Pasamos niveles, plataformas, escaleras libres, canales con agua, salitas de juego, salitas de lectura, salitas de televisión, y al final llegamos a una salita como la del abuelito de Heidi pero puesta sobre una superficie de mármol negro y brillante del tamaño de un parque. Parra me dijo ahí que ya me podía retirar, sin mirarme, agitando los dedos como si tuviera puesto un guante blanco. Yo le hice suficientes venias de despedida para alcanzar a ver a los dos tipos que ya lo esperaban en la sala. Uno era elegantísimo, demasiado, con pañuelo en el bolsillo y pelo engominado y

zapatos puntudos. Nunca lo había visto pero seguramente era el dueño del apartamento. Le estaba mostrando la ciudad por la ventana al otro, el malparido de Luis Rabat.

Mientras buscaba el camino de vuelta vi que el apartamento estaba lleno de cámaras y micrófonos y sensores de movimiento. Y yo no sé por qué, pero me acordé de lo que me esperaba en la calle: una hora de trancones en un bus vuelto mierda para ir a la sede de la empresa de seguridad a entregar las armas de dotación; media hora más esperando otro bus igual de vuelto mierda que se demoraría otra hora y media en dejarme en mi barrio; quince minutos más debajo de la lluvia con la pistola bien agarrada en el bolsillo para evitar sorpresas. Por andar en esas me encontré en un corredor que no pude reconocer. Miré atrás, retrocedí, ya no supe dónde estaba. Y decidí seguir. Por la pura curiosidad de conocerle las partes privadas de ese apartamento de película. Pasé por dos salitas idénticas con aparatos de televisión que ocupaban un muro completo y con sillas puestas en fila como en el cine.

Pasé por una puerta cerrada y frente a esa puerta pude abrir otra que conducía a un jacuzzi y de ahí me enfilé por un corredor de azulejos hasta un sauna y de ahí por otro corredor igual hasta una piscina chiquita con un techo muy alto de vidrio. Le di la vuelta a la piscina y seguí por un corredor que llevaba a un ventanal desde el que vi una terraza gigantesca con otra piscina igual pero al aire libre. No pude salir por culpa de la alarma. Claro que yo sabía que estaba quedando registrado en todas las cámaras y en todos los micrófonos y en todos los sensores, pero también sabía que tenía muy poco que perder. Con mi situación como estaba en el Movimiento Amarillo, tal vez lo mejor era darles una excusa para que me expulsaran de una puta vez.

Por el camino de regreso, al fondo de una de las dos salas de cine, vi una puerta que no había visto antes. La abrí. Al otro lado estaba la sala de vigilancia más sofisticada del mundo. No había nadie adentro, así es que me senté frente a la consola principal. Lo primero que vi fue un esquema con bombillitos e interruptores que conectaba a todos los micrófonos del apartamento. Había micrófonos para todo: para «baño empleadas servicio», para «sauna», para «alcoba principal», pero ninguno para «sala de vigilancia». Cada espacio tenía también una cámara. Sin nada más que hacer me puse a jugar con las filmaciones en los seis monitores de alta definición. Mientras jugaba me pareció muy raro que nadie estuviera a cargo precisamente esa noche. Tal vez el único que jugaba con todas esas maquinillas era el dueño del apartamento, el que en ese momento tomaba whisky con Parra y Rabat en la salita de Heidi, disfrazado de mafioso de película.

Sin mucho esfuerzo encontré las cámaras y el micrófono que monitoreaban la reunión. Después de diez minutos activé en uno de los computadores el programa para grabar imágenes y sonidos. Cuando todo estuvo a punto me recosté en la silla, me desperecé y subí los pies a la mesa. Feliz de no estar en la calle esperando bus. Desde esa posición me impulsé sobre las rueditas de la silla, apagué las luces y ya

estaba a punto de ponerle seguro a la puerta cuando sentí que alguien la abría hacia adentro. De un salto quedé parado junto al marco apuntando con el revólver. El que entraba no hizo ningún ademán de defenderse y en cambio dio otro paso más, como si no me hubiera visto. Aproveché para abrazarlo por el cuello mientras le ponía el cañón en la nuca. Así lo obligué a arrodillarse. Mientras lo requisaba en busca de armas me di cuenta del tremendo error. El intruso era una intrusa. La empleada del servicio. Cuando prendí la luz sus ojazos negros lloraban de miedo.

Lloraba y gemía y me decía que había ido hasta la sala de vigilancia solo porque me estaba buscando. Porque ella era la encargada de abrir y de cerrar la puerta del apartamento y ella me había visto entrar pero no me había visto salir y ella tenía que ver esas cosas y a ella le había dicho otra empleada que yo me tenía que ir después de dejar en la sala principal al señor con el que había venido. Solamente por eso ella estaba ahí, en la sala de vigilancia. Me lo dijo temblando y me dijo también que a ella no le importaba quién era yo ni qué estaba haciendo ahí porque ella nunca preguntaba nada, nunca, porque ella solamente hacía su trabajo y solamente quería saber qué había pasado conmigo porque si me descubrían en la zona de las alcobas ella se quedaba sin trabajo.

Mientras la consolaba le dije que yo era solamente el guardaespaldas del doctor Jorge Parra y que tenía que grabar como fuera la reunión de la sala principal porque de eso dependía la vida de mi mejor amigo. Ella se veía todavía más linda con las mejillas rosadas y toda mojada de llanto. Cuando pudo respirar mejor me dijo que los escoltas del presidente estaban por llegar y que seguramente iban a requisar toda la casa y que si me encontraban ahí se iba a armar un tierrero de padre y señor nuestro. Yo no tenía idea de que el cuarto invitado a la reunión fuera el mismísimo presidente, pero me hice el que sí sabía y le dije a la empleada que por favor me dejara quedar. Le prometí que yo estaría viendo todas las cámaras por si alguien se acercaba. Y que si alguien se acercaba no habría pelea, que yo solo me escondería debajo de las consolas y esperaría.

Ella me miró toda seria y no me respondió nada. Se limpió las lágrimas con el delantal, se paró solita y se fue. Pasados diez minutos la zona social y las cinco terrazas se llenaron de tipos armados. Unos treinta. Ninguno fue a revisar la sala de vigilancia. Cuando estuvieron instalados los primeros entraron cuatro más con armas recortadas a la vista. Entre ellos entró también el presidente. Yo lo grabé todo. Los abrazos con Parra y Rabat. La conversación. Los chistes. La despedida. A las doce de la noche la salita de Heidi se había vaciado. El dueño del apartamento dio entonces la orden a las empleadas de que se fueran a sus casas. Después llamó por el citófono a uno de sus escoltas personales. Lo hizo acercarse al sofá en el que seguía tendido y le dio una orden al oído que no pude oír a través de la pantalla.

Ese escolta llamó personalmente a otros tres, que se escondían en distintos rincones del apartamento inalcanzables para las cámaras. Todos salieron por la puerta principal. También fueron saliendo una por una las empleadas, entre las que no pude ver a la de ojos negros. El dueño del apartamento se estiró entonces en el sofá, se quitó los zapatos y con un control remoto hizo bajar del cielorraso una pantalla como de cine, en la que se puso a ver televisión tan tranquilo. Yo mandé el archivo de la

filmación entera a mi cuenta de correo electrónico y desactivé todo el sistema. Apagué los seis monitores, apreté bien mi revólver y salí al pasillo. Había recorrido pocos metros cuando me tropecé con ella. Se asustó tanto que intentó gritar y tuve que ponerle una mano en la boca y empujarla contra una pared. Cuando estuvo calmada se quitó mi mano de su boca, se la puso entre las suyas y me fue llevando por atajos hasta la puerta principal.

Salimos juntos al pasillo y bajamos los veinte pisos a pie para evitar la cámara del ascensor, todavía cogidos de la mano. Ella olía muy bien. Sus manos encajaban perfectamente en las mías. En el piso diez le pregunté cómo se llamaba y me dijo que se llamaba Ángela Ibarra. Faltando dos pisos le di un beso y ella se dejó. Me abrazó por la cintura. Me apretó contra su boca. Estuvimos ahí, conociéndonos, hasta que ella me dijo que nos iban a encontrar, que yo tenía que salir corriendo por entre el bosque hasta dar con la pared que separaba el terreno del edificio de la ciudad. Antes de dejarme ir me dio otro beso. Le pedí su número de teléfono. Me lo dijo, muy sonriente.

*

Un día después yo estaba almorzando pollo frito con los muchachos en el sótano de su edificio. Fue ahí que recibí la llamada de Parra. Me dijo que fuera inmediatamente a la sede del Movimiento porque acababa de terminarse la rueda de prensa y él necesitaba seguridad para salir y para irse. Me dijo que Luis Rabat se iba a mover solo, con su propia seguridad, como siempre. Nos embutimos el pollo como pudimos, tiramos las cajas y atravesamos la ciudad en las camionetas. Yo dirigí la operación: tres hombres en la calle, tres adentro, yo mismo y otros dos saliendo con Parra. Hasta ahí nada raro, pero cuando llegamos al edificio Parra me dijo que despachara a todo el mundo. Y que yo subiera con él al apartamento, porque teníamos que hablar.

Él subió solo primero y yo subí después. En el ascensor revisé el proveedor y me ajusté bien ajustado el chaleco antibalas. La puerta del apartamento estaba abierta. Entré hasta la sala. Parra me estaba esperando sentado en un sofá, dándome la espalda. Me dijo que siguiera, que me sentara. Sin voltearse, como en las películas. Cuando me senté y pude verlo tenía puesta su cara de tragedia. Ni siquiera me ofreció un vaso de agua. Me dijo: *Jairo, lo hice seguir a usted solo porque yo sé que usted se había hecho amigo del tipo que estaba reemplazando a Pedro Akira. Del actor. Yo sé que él fue una buena persona con usted.* Me imaginé lo que me iba a decir un segundo antes de que me lo dijera.

Jairo, cuando salimos de la rueda de prensa el doctor Rabat recibió los resultados oficiales de las pruebas de laboratorio hechas por Medicina Legal. Había un tercer hombre en el carro del doctor Neira. No estaban solos el doctor y su chofer, el día de la bomba. Ese tercer hombre era el actor. El actor está muerto, Jairo. Lo

siento mucho. Me pareció bien que usted lo supiera antes que nadie porque usted conoce toda la historia y creo que le tenía aprecio. El tercer hombre del carro rojo. Qué tal el cuentico tan marico de Jorge Parra. Ni siquiera le pareció que valía la pena decirme qué iban a hacer ahora con el plan de la suplantación, con lo de ganarle las elecciones al presidente, fuera como fuera. Yo ya sabía bien lo que iban a hacer los hijueputas, pero el doctor Parra por lo menos debió intentar inventarse alguna disculpa para mí.

Lo que hice entonces fue ponerme también a hacer teatro, como él. *No, le dije. No me diga esa, mi doctor, no puede ser.* Y ahí le solté todo el show de la tristeza y todo eso. Yo no sabía si me estaba creyendo, y como no sabía pues le hice más teatro y también le dije: *Don Jorge, perdóneme, pero usted me va a tener que disculpar y regalarme un trago de eso que está tomando.* No tuvo más remedio que darme un vaso de un whisky finísimo. Me lo tomé de un sorbo, me hice el que me secaba los ojos con una mano y repetí *No, no, no, no, no, no.* Hasta que quedó convencido. Para acabar de ponerlo contento le dije que quedaba a la orden para lo que ellos dispusieran, para lo que el Movimiento Amarillo necesitara, que él sabía cómo era mi trabajo y que ya ellos decidirían lo que querían de mí. Después le pedí permiso para irme. Mirando la chimenea apagada me hizo solo su gesto con la manita, como espantando una mosca.

*

Ahora sí le voy a explicar. Para que empiece a entender cómo fue el enredo. El viernes anterior a la reunión y a las mentiras de Parra, el doctor Neira me llamó al celular a las siete de la noche. Me dijo que tenía en su poder datos que le hacían tener miedo de un atentado. Que estaba asustado y ya no confiaba en nadie. Al día siguiente tendría que hacer unas visitas a sus pacientes en la clínica. Me dijo que no quería usar la escolta que le había contratado el Movimiento Amarillo. Que más bien quería salir con su chofer de siempre y conmigo vigilándolo a corta distancia en una de las camionetas de la escolta de don Pedro. Que nos encontráramos en el edificio a las nueve de la mañana del día siguiente y él me daría más instrucciones.

Yo llegué a las ocho y media y esperé en la camioneta, oyendo musiquita y desayunando. Cuando el carro rojo del doctor Neira salió del parqueadero a la calle su chofer se quedó quieto esperándome. Yo dejé mi empanada en el asiento del copiloto, acerqué la camioneta al carro y me bajé para saber qué era lo que quería el doctor Neira. Me agaché en la ventana del copiloto y sin saludar les dije que era un error pararse todo ese tiempo frente al parque vacío, que éramos un blanco muy fácil. En el carro estaban solamente el doctor y su chofer. No había nadie más. El doctor me dijo que no había más instrucciones, que ya nos íbamos. Yo volví a la camioneta trotando, con la mano en el gatillo.

Encendí el motor y esperé a que ellos también arrancaran, para dar la vuelta hacia

la avenida, y fue ahí cuando estalló la bomba.

*

Invito a Jairo a un paseo por el paraíso tropical. Empujo su silla de ruedas. Le muestro la piscina y el río. Mientras volvemos por entre helechos gigantes vemos a Ada de pie en medio del jardín, sola, tomándose una taza de café. Me mira muy seria. Tal vez teme que mi encuentro con Jairo acabe destrozando lo poco que tenemos ella y yo. La pequeñísima llama que empieza a arder de nuevo, la remota posibilidad de huir juntos. Le mando un beso desde la distancia. Ella sigue mirándome muy seria. Después Jairo y yo bajamos mangos de un árbol con un palo, riéndonos como niños, agitamos un guayabo hasta que caen guayabas. Antes de volver al estudio hacemos más café. Y sigue Jairo.

El último tramacazo que yo necesitaba para espabilar me cayó al día siguiente, dice mientras se estira en su silla de ruedas. Al día siguiente de que el malparido de Parra intentara convencerme de que usted se había muerto en la bomba al doctor Neira. Me volvió a llamar el hombre, ahora a su oficina, y como si nada hubiera pasado, como si yo fuera güebón, me fue diciendo así nomás que ahora yo no sería más jefe de escoltas. La disculpa era que dizque en el Movimiento sabían que yo estaba pasando por mucho estrés, por los muertos, y que por la seguridad de todos era mejor si durante un tiempo yo hacía labores de escolta regular. Yo no dije ni mu. Acepté, di las gracias y me largué. Esa misma noche, en la pieza de mi mamá, desempolvé mis jugueticos. A la mañana siguiente me robé unas cositas más de la empresa de seguridad y desde ahí me dediqué día y noche a seguirle todos los pasos al doctor don Jorge Parra.

Le planté micrófonos en las oficinas, en las salas de reuniones, en las camionetas blindadas. Le puse también una cámara camuflada en el dispositivo antiincendios de la sala de juntas. Las dos primeras noches revisé las grabaciones pero no encontré nada. Parra y Rabat estaban enfrentando muy bien el mierdero. Iban a emisoras de radio y de televisión, hablaban muchísimo por teléfono. La señora María Block estuvo toda la semana afuera del país, en Europa, en un congreso. De Martín Acosta no se sabía absolutamente nada. De Ada Neira no daban razón ni las secretarias ni los escoltas. Cuando Parra se enteró por algún sapo de que yo andaba preguntando, me mandó llamar a su oficina para decirme que habían sacado a Ada del país por motivos de seguridad y que no me podía decir adónde se la habían llevado.

En el siguiente turno libre me fui hasta el edificio del doctor Neira. Estaba rodeado por más de veinte escoltas, casi todos de la misma cuadrilla que lo cuidaba a usted. Me las di de muy amigable y me les acerqué caminando como si nada, echándoles chistes. Me recibieron muy sonrientes pero no me dejaron pasar. Como insistí me empujaron y me dijeron que nadie podía entrar ni salir del edificio. Yo les empecé a gritar a todo pulmón. Traidores, Malparidos, Lameculos. Para echarme del

todo salió un tipo muy alto con pinta de militar a quien yo nunca había visto. Me habló todo el tiempo con una mano en la espalda, como para hacerme saber que sabía disparar. Yo también sabía pero preferí dejar la cosa así.

Sin poder hacer nada por mi cuenta no me quedó otra que esperar a que los jugueticos cantaran. Usé el tiempo y la energía que me sobraban en coronar a la preciosa Ángela Ibarra. Pasada la noche de los sustos, ella me seguía queriendo. Me quería más. Esa semana fuimos al cine y a un parque, caminamos por el centro, la acompañé a comprar zapatos, la recogí todas las noches saliendo del trabajo, la llevé a su casa. Pasados seis días revisé otra vez mis jugueticos, pero seguía sin haber nada de nada. Fue entonces, ya así de acorralado, cuando hice lo que hice. Lo que tenía que hacer. No había otra.

Me había quedado solo y no había que ser un genio para darse cuenta que de ahora en adelante eran ellos o yo. Jorge Parra estuvo todo el día en las oficinas del Movimiento. Como Rabat, muy sonrientes, con cara de ser los mismos de siempre. Yo me aburrí hasta que a las seis de la tarde me llegó la suerte. Parra me mandó llamar. Me dijo que lo llevara a su apartamento. Yo le dije a los otros escoltas que iríamos solos, él y yo. Ninguno se atrevió a contradecirme, aunque yo ya no tenía permiso de Parra y Rabat para mandar. Por el camino Parra hizo sus llamadas como siempre y como siempre recibió mensajes y anotó sus cositas y todo lo demás. Hasta que llegamos al edificio. Esperamos tres minutos a que nos identificaran. La puerta del sótano se levantó.

Adentro yo recorrí todo el parqueadero y bajé la velocidad en el andencito de madera frente al ascensor, pero no paré. Parra hizo como que iba a abrir la puerta y yo lo que hice fue acelerar hasta uno de los puestos vacíos. Hasta el más oscuro. Ahí tuve que dar un timonazo y frenar en seco con una mano ya puesta en la pistola. Lo agarré de ese pelo tan engominado que casi se me escurre, le clavé el cañón en el cuello, lo miré y casi se me jode todo por culpa de la risa. El hombre tenía tanto miedo que se había vuelto otra persona. Estaba mucho más flaco y con el pelo brillante todo despelucado. Me miraba con una risa loca, como si se fuera a poner a llorar, y a mí me pareció que le había crecido la nariz entre el ascensor y la frenada. Solamente el tabique de la nariz, que lo tenía como hinchado y medio verde y con el resto de la cara toda blanca y la boca muy abierta.

Le metí más la pistola en el cuello hasta que empezó a toser y mientras tosía yo me di cuenta que el hombre estaba convencido de que yo había sido mandado por Rabat o por el presidente o por quién sabe quién. De que yo era Dios y de que me iba a divertir jugando con él un rato y matándolo después. Yo solo le hacía cosquillas con la pistola y lo miraba con los ojos muy abiertos y la boca muy apretada. Fue lo único que se me ocurrió para verme más bravo, para no soltarle la carcajada. Ya cuando se me pasó la güebonada lo demás fue muy sencillo porque el hombre tenía demasiado miedo. Seguro pensaba que en la parte de atrás de la camioneta había más gente.

El caso es que lo esposé, le junté los tobillos con cinta aislante, le tapé la boca, lo

amarré al espaldar y recosté el asiento. Le quité el celular, la billetera y la agenda electrónica, apagué los aparatos y me eché todo al bolsillo. Lo dejé recostado y tapado con el forro del carro. Antes de cubrirle la cara vi que miraba los vidrios negros con sus nuevos ojitos, más chiquitos y más asustados pero igual de embalados. Como si nunca se le hubiera ocurrido que el peligro podía estar adentro y no afuera.

Cuando lo tuve bien acostado me pude relajar un poco. Puse musiquita como de dentista y le dije a Parra que la cosa era muy sencilla. Que él me iba a mostrar en dónde estaba el actor de don Pedro Akira. Que eso era todo y que no nos íbamos a complicar. Que si en cambio no me mostraba en dónde estaba el actor, yo le iba a pegar en todos lados, cada vez más duro, con la mano y con la pistola y con todo lo que pudiera agarrar hasta que él se desmayara y que después me lo iba a llevar a un lote en el suroriente para descargarle entero el proveedor de mi revólver y que allá se iba a morir sólo con el último tiro. Creo que lo que más le asustó fue lo de tener que ir a un lote en el suroriente. Empezó a rebullirse en su asiento como pescado fuera del agua y a decir que sí con la cabeza.

Saqué la libretica de los mandados, la de la guantería, y uno de los esferos del bolsillo del saco. Levanté el espaldar de un tortazo. El hombre soltó un ruidito como de pato que me puso a mirar por la ventana para no cagarme de la risa ahora sí. Le puse la libretica en las piernas y el esfero en la mano derecha. No era zurdo: escribió con buena letra que él no sabía el nombre de la calle pero que podía llevarme, que quedaba en el barrio Ciento Trece. Yo le apreté el muslo casi en la rodilla solo para verlo saltar y para ver si volvía a hacer como un pato y para que entendiera que listo, que muy bien. Después le dije que él tenía que saber dos cosas: que yo no tenía nada que perder y que estaba cumpliendo órdenes de muy arriba.

Lo recosté a medias, como si se fuera a broncear. Nos abrieron la puerta eléctrica del parqueadero y salimos sin problema. Ya estaba oscuro. Nos fuimos hacia el norte y le subí el volumen a la música de dentistería. Parra sudaba como un pescado ya muerto. Llegados al barrio Ciento Trece me fui derecho a la parte nueva, en donde todavía no había gente. Parra gemía cuando se acercaba una esquina, escribía en la libreta *derecha* o *izquierda* o *punto* o *túnel* y así llegamos en un momentico. Todas las calles tenían edificios de ladrillo recién acabados o sin acabar. Parra empezó a martillar con el esfero en la libreta, como si estuviera en un concurso de televisión y ya supiera la respuesta. Bajé la velocidad casi hasta parar y le pregunté si estábamos en la calle que era. Como pudo asintió con la cabeza y escribió en la libreta *cuatro manzanas del lado derecho*. Perfecto. Le quité muy delicado la libreta y el esferito y pude ver cómo se ponía todo rígido, como un pescado ya frito.

Paré a mitad de la cuadra anterior, que estaba casi a oscuras. Le pregunté a Parra si era en la cuadra siguiente y mugió como un ternero. La calle en donde lo tenían a usted encerrado parecía una aparición: demasiado iluminada, con las luces de los postes y las luces de las obras de los edificios sin acabar y con las lamparotas de

seguridad de los edificios listos. Revisé las dos pistolas y el cuchillo, me enderecé la corbata y le dije a Jorge Parra que lo sentía mucho pero que me iba a tener que esperar en el cuarto de atrás. Saqué el cuchillo de la funda en la pantorrilla. El hombre debió pensar que yo le iba a cortar una mano con el cuchillo o que el cuarto de atrás quería decir otra cosa, porque cerró los ojos y toda la piel se le estiró tanto que yo pensé que se iba a romper.

Corté los amarres a la silla. Después le vendé los ojos. Me pasé al asiento de atrás y lo jalé de la cintura y de un hombro para meterlo al maletero. Seguro el hombrecito había adelgazado por el camino porque casi se me sale por el vidrio de atrás. Lo acomodé, le volví a pedir disculpas por el poco espacio y le amarré un lazo entre las muñecas y los tobillos hasta que quedó tan quieto como un ternero a punto de ser marcado. Le puse la tapa al maletero, enderecé el asiento del copiloto y salí por una de las puertas de atrás.

No tuve que llegar hasta el edificio para darme cuenta, ni mucho menos. A un kilómetro se puede saber cuando algo le ha pasado a un grupo de escoltas. Había cuatro afuera, con el saco abierto y la camisa medio salida, moviéndose por el andén. Mirando entre las materas de los edificios y mirando las ventanas sin vidrios ni gente. Uno tenía la pistola desenfundada, muy pegada a la pierna del pantalón. El otro iba con la mano metida en el pecho del vestido, haciéndose el que ahí guardaba la pistola. Encontré el edificio porque junto al portón estaba el último escolta, con el saco también abierto y la cabecita gacha, hablando por el celular. Era uno al que le decían Botalón, uno que había trabajado conmigo al principio, cuando yo llegué al baile, mucho antes de ser jefe de escoltas.

Me aclaré la garganta, me palpé la pistola para calmar el nervio y eché a caminar muy derecho, moviendo los brazos como un soldado. Pasé muy serio al lado de los cuatro que perseguían al hombre invisible. Ni voltearon a mirarme: no sabían quién estaba metido en la operación y quién no. Con la misma actitud ganadora llegué hasta las escaleras. Botalón me vio y yo pensé que iba a sacar el revólver porque se estiró todo, dobló el teléfono y dio un paso atrás. Antes de darle tiempo le dije que me mandaba el doctor Parra, que guardara el teléfono porque tenía orden de llevarme al paciente ya, que había peligro de que el hombre se nos escapara y que ellos se iban a ir conmigo escoltándome hasta la nueva localización. Que llamara ya al doctor Parra para confirmar, porque no había tiempo que perder.

Botalón se convirtió por un segundo en su mamá, en la de él. Levantó los ojitos al cielo, agitó una mano en el viento y dijo *Aay*. Yo le pregunté ay qué. Me miró parpadeando mucho, como si me estuviera coqueteando y con las dos manos me hizo un gesto para que le bajara al volumen. Parecía estar ganando tiempo, mientras pensaba cómo leerme todas las noticias. Me puso una mano suavcita en el antebrazo y me fue llevando a la rampa de entrada a los parqueaderos, lejos del portero. Los hombres que cazaban pispirispis ya se habían dispersado, a más de dos cuadras. Botalón me la soltó de una. Me arrinconó contra la puerta como si me fuera a dar un

beso, me dijo que hacía como una hora habían entrado a hacer la inspección diaria al apartamento y que el hombrecito no estaba.

Que habían buscado por todos lados. Que se les había desaparecido. Que él mismo había abierto y desarmado todos los armarios y los muebles de la cocina y había mandado levantar la alfombra. Me preguntó que si yo sabía cómo trabajaba él y se respondió que sí. Después se quedó calladito, mirando las estrellas. Suspirando. *El hombre se nos perdió*, me dijo después. *Se nos perdió*, me repitió con vocecita ida. Y mirando el piso, acabado, me soltó también que cuando terminó de desbaratar el apartamento le había entrado como un frío en la espalda. Se había ido siguiendo el rastro de ese frío y en uno de los dos cuartos se había encontrado una ventana a medio abrir y la pintura descascarada y además mugre. Levantó la cabeza otra vez y me miró con risa de payaso de circo para decírmelo al oído: *Por ahí fue. El tipo se nos voló por ahí, Jairo. Por ahí.*

Después me tocó un codo con su mano suavcita. Subimos por la rampa hasta el nivel de la calle y levantó su carota estirando un dedo. La ventana daba a un alerito en la fachada y siguiendo el alerito unos diez metros se podía saltar a las terrazas del edificio vecino, que todavía estaba vacío y sin ventanas. Yo le puse cara de preocupación seria. De jefe de escoltas. Cara de aquí vamos a revisar todo lo que pasó, de me va a llamar a todos los hombres que estén buscando dentro del edificio y a los que estén en el edificio de al lado y por celular a los dos que se fueron por la calle porque esto no se puede quedar así. Lo preparé para lo peor y después lo fui calmando. Se le tranquilizó el cuerpo cuando le dije que de mí no iba a salir ni una palabra, que lo del tipo que se les había volado lo manejaba gente de muy arriba y que si nos poníamos a contar el cuento nos arriesgábamos a que nos volvieran mierda a todos. Le pregunté a quién había llamado. Me respondió que a nadie: que solamente a su primo el de la otra empresa de seguridad, para que viniera con dos escoltas más a buscar.

Le dije que llamara ya mismo y cancelara el pedido. El hombre tuvo un momento de duda. Yo le dije: *Ya es ya, Botalón, que nos van a joder.* Y le dije en voz un poquito más alta que me jurara que no había llamado a nadie más, porque ahí sí estábamos hablando de jodernos nosotros y nuestras familias, y yo no iba a jugarme nada de eso. Botalón negó con su cabezota de niño y empezó a marcar al celular del primo. Yo le agarré el antebrazo, lo miré a la cara levantando las cejas como si fuera a gritarle pero todo lo contrario, le hablé muy pasito y muy bien pronunciado. Le expliqué. *Don Jorge Parra quiere ver al paciente hoy mismo. Yo quedé de recogerlo y cambiarlo de hueco, para después pasar a recoger a don Jorge y llevarlo a donde el hombrecito.* Hice una pausa y lo miré. Se había guardado el celular en el bolsillo para oírme mejor. *Don Jorge está en este momento recostado porque se siente enfermo, pero en máximo media hora va a empezar a llamar jodiendo.*

Ya soltándole el antebrazo le dije que yo me iba a ir ya mismo donde don Jorge para tenerlo distraído. Que yo me encargaba de contarle un cuento, pero él mientras

tanto tenía que encontrar al hombrecito como fuera. Que buscara en las terrazas del otro edificio, en las escaleras, en el cuarto de máquinas: que ese edificio estaba muy oscuro y podía estar en cualquier parte. Y después le palmeé la espalda y le dije que nos pusiéramos las pilas o nos iban a joder. Que llamara ya a su primo para cancelar. *Y suerte, mijo*. Eso le dije al final. Me fui hacia el carro con el mismo paso de soldado pero ya cagado de la risa. Nunca lo iban a encontrar. A usted, nunca lo iban a encontrar. No se necesita ser un genio para ver que alguien así como usted no es capaz de caminar diez metros en un alero más chiquito que un pie y después saltar tres metros casi de espaldas pudiendo caerse a un vacío de quince pisos. Ahí pueden pasar dos cosas: o usted se destripa contra el suelo o no es capaz y se queda adentro.

Yo no sé usted cómo se les escapó. Magia debió ser. Ya me contará, pero el caso es que se les escapó y los maricas no tenían ni idea de por dónde iba la pista. Cuando llegué al carro cerré con seguro y le informé al doctor Parra que se podía ir levantando de la siesta porque había buenas noticias. Y nada más. Cuando pasé al lado de dos escoltas cincuentones que seguían buscando nada y manoseando sus pistolas, bajé la ventanilla, les pité dos veces y los saludé. Me respondieron muy serios, levantando las manos sin mirarme, en lo suyo. Y siguieron sudando. Entonces sí puse música, música de verdad, de la costa. A todo volumen por los seis parlantes. Y mientras salíamos del barrio Ciento Trece me cagué de la risa de pensar primero en que usted solito se les había escapado y segundo en los brincos que debía estar dando Parra en el maletero, con los acordeones y la percusión Caribe mordiénole el culo por los parlantes más grandes.

Por fin me sentí feliz. La felicidad dura poco pero es muy feliz mientras dura. Me alejé hacia el norte. Cuando llegué a los barrios vacíos, recién hechos, sin un alma, detuve el carro. Nunca había parado en un barrio de esos pero sí había pasado a toda mierda haciendo mandados. Los edificios no tenían ventanas. Había montañas ordenaditas de materiales de obra y perros de pelea amarrados en los portones. Y mucha luz. Más luz que en la calle en donde lo tenían a usted. Desamarré a Parra, lo senté esposado en el asiento del copiloto, poniéndole la pistola con cariño en las costillas, y le dije que había sido un placer pasear juntos. Y que ya no me iba a ver nunca más.

Lo peiné, le limpié la cara con mi pañuelo, le enderecé saco y corbata y le devolví la billetera. Y así lo lancé al mar. Mientras me alejaba puse música otra vez pero más bajita. Abrí las ventanas y tragué aire de lo lindo. Pensé en Ángela. En mi Angelita. Y me fui más al norte, a los barrios que todavía no eran barrios, adonde todavía no llegaban los obreros ni la luz eléctrica.

*

Al final de una calle cerrada encontré una buena obra abandonada. Oscura y llena de cajones de madera. Al fondo a la derecha dejé tirada la camioneta. Después

caminé una hora hasta una avenida. No me importaron los tres buses de regreso porque yo tenía a mi Ángela esperándome y usted ya se les había volado. Dormí como un lirón.

Al día siguiente ya me tocó asumir lo que había hecho. Cerré la cuenta del banco. Llamé a una tía en un pueblo de la cordillera y le pedí que recibiera a mi mamá unos días. Llamé a un amigo de un pueblo en Oriente a ver cómo estaba la cosa por allá para trabajar. Le dije que tal vez le caía al día siguiente. No le sonó mucho la idea. Les pedí a las vecinas de mi mamá en el inquilinato que le dieran hospedaje esa noche, pero no quisieron: dormí en una colchoneta al lado de la cama de mi mamá, con la puerta trancada y la pistola en una mano. Por la mañana mi mamá me prometió que se iba a estar todo el día en la cocina de la casa que hay detrás del patio, enseñándole a las peladitas a cocinar yo no sé qué. Me fui muy temprano al apartamento del doctor Neira, a estudiar desde el parque el funcionamiento del esquema de seguridad para ver si podía llegar hasta donde doña Ada. No vi ni a un solo escolta. Vigilé más de dos horas, desde todos los puntos, pero nada. Le pregunté al tipo de la tienda. Me dijo que ya no había nadie cuidando.

Me acerqué despacio. Llegué a la portería sin despegarme del muro y con la mano en la sobaquera. Junto al escalón de entrada estaba el portero más viejo. El que cuidaba esa puerta desde cuando yo había entrado a trabajar para don Pedro Akira. Me dijo que habían tenido montado un operativo de seguridad muy grande, desde la muerte del doctor Neira hasta hacía dos días. Una cosa muy rara, con gente que él no conocía, con escoltas que parecían del ejército. La calle se había llenado también de periodistas pero nadie había podido hablar con doña Ada. Habían desmontado todo el chiste de un momento a otro, sin decir por qué. Adentro no había nadie: él había regado las matas del apartamento esa misma mañana.

De regreso al inquilinato pensé que por no dar con Ada Neira se me había jodido la última oportunidad de dar con usted. Que ya no valía la pena seguir buscándolo y lo mejor era alegrarme con la noticia de su escapada y salir yo también corriendo. Me quedé dormido en el último bus yendo al barrio. Me soñé con un perro con la jeta sucia de sangre. Cuando llegué a la calle del inquilinato ya me pareció que había algo raro. Un grupo de gente estaba frente a la casa, chismoseando sin dejar de mirar, como cuando hay muerto. Aceleré el paso agarrando la pistola. Me fijé en que entre los curiosos no hubiera alguien raro, salido de otra parte, pero estaban solo los mismos hijueputas de siempre.

Me abrí camino y ya desde la puerta de entrada pude ver todas mis cosas tiradas por el corredor. La ropa, el televisor desbaratado, el radio, los muebles vueltos mierda como a hachazos, una de las tablas de la cama atravesada en la ventana que daba al patio. Yo pensé que a mi mamá me la habían matado. Salí al pasillo ya con la pistola desenfundada y gritando que dónde estaba mi mamá. Como nadie me respondía salí al patio de luces al fondo de la casa y ahí recordé que ella me había prometido que se iba a quedar en la casa de atrás. Y allá estaba, cagada de la risa, con las dos peladitas

de los vecinos, toda untada de harina.

Esa noche dormimos en la casa del único vecino que nos ofreció posada. De la pieza saqué las cosas de aseo que estaban buenas y una muda de ropa para cada uno. Arrumé todo lo que habían roto los hijueputas. Acosté a mi mamá en donde los vecinos y fui al teléfono público de la esquina para decirle a Ángela que no la podía ver. Le expliqué la situación, le dije que no se le ocurriera aparecerse por la pieza de mamá. A mi mamá le dije que al día siguiente ella se iba a ir a donde su hermana, al pueblo, que allá iba a estar bien. Dormí en la casa del vecino, sentado contra una pared del corredor, con la pistola lista.

Mi mamá se fue al pueblo con ropa nueva que le compré en el centro y con un regalo. Guardé plata para comida y me gasté el resto en pagar por adelantado dos semanas en un apartahotel del centro. Allá comí, me bañé y llamé otra vez a la niña de mis ojos. Le dije que ya todo estaba bien. Llegó dos horas después, toda linda y perfumada. Le dije que cerrara con seguro.

*

Cuando se me acabó la plata decidí ir al inquilinato para ver qué podía encontrar para vender. Llegué de noche y con la pistola desenfundada. Me abrió una vecina. En la pieza encontré el mismo despelote que había dejado. Me pasé unas horas ordenando, separando lo que me podía dar algo. Intenté arreglar el radiecito de mi mamá. Dormí trancando la puerta con el cuerpo y a las siete de la mañana me vestí para ir a buscar desayuno.

Cuando salí a la calle tres tipos me estaban esperando. Me quitaron la pistola. Después me dieron una paliza larga en el andén, a plena luz del día, sin que nadie hiciera nada. Puños por todos lados, la cabeza contra el cemento, patadas en la cara. Cuando ya se estaban montando a una camioneta el último malparido estiró mi propia pistola y me pegó dos tiros. Uno en la oreja y uno en la barriga. Lo último que recuerdo es el ardor subiéndome a la garganta y después ya nada más. Me desperté en el hospital de La Merced, con un médico con cara de estudiante diciéndome que yo llevaba dos días dormido y que me había salvado la vida.

Las patadas y los puños me habían roto el tabique y dos dedos de una mano. Uno de los tiros me había arrancado un pedazo de oreja. Con ese tiro tuve mucha suerte, me dijo el doctorcito. Con el otro en cambio no tanta. La bala me había atravesado el estómago y se me había quedado metida entre dos vértebras de la columna. Tendría que quedarme por lo menos un mes más en recuperación para quedar sano. Después de decirme eso el doctorcito carraspeó, le hizo caras a una enfermera gorda para que se fuera y le dio la vuelta a la camilla en la que yo estaba con tubos metidos hasta en el culo. Me apretó un brazo.

Se acercó mucho a mi oreja vendada y me dijo así, como si nada, que yo ya no volvería a caminar. Nunca. Después me dio dos palmaditas en el hombro y se fue.

*

La enfermera gorda se portó mejor: cuando salió el médico entró otra vez y me duplicó la dosis de morfina sin contarle a nadie. Después de una semana volando, mirando los pajaritos, la misma enfermera le bajó a la morfina y me preguntó a quién podía contactar para que viniera a verme. Yo solo le negué con la cabeza, mirando la pared. No tenía ganas ni de hablarle a la gorda. Aguanté en ese hospital de mierda un mes, solo, sin llamar a mi Ángela ni a mi mamá, para evitarles problemas. Me la pasé viendo accidentados y atropellados y medio muertos todos los días. Todos pobres y jodidos. Aguantando el olor a sangre y a orines, a vómito y a limpiador para vómito.

Cuando se acabó del todo el paseo en morfina llamé a la pieza de Ángela. Me contestó un tipo que no sabía de quién le estaba hablando, al fondo oí los gritos de sus hijos. Logré conseguirme el número de teléfono del apartamento en donde ella trabajaba. Me contestó otra empleada. Me dijo que no veía a Ángela desde un martes. Desde el mismo martes en que a mí me habían disparado. Procuré no pensar. Logré que la gorda me conectara otra vez a la bolsita de los sueños y recé para que alcanzara hasta el día en que me soltaran.

Al final del mes ya se me había secado hasta el corazón. La enfermera gorda ya sabía todo de mí. Decidió regalarme la silla de ruedas y también me dio algo para comer afuera. Amanecí solo en el mundo, sentado en la puta silla de ruedas, mirando la llovizna de una avenida del centro. Pensé que lo único que quería hacer antes de morirme era encontrar la tumba de mi Ángela. Eso y nada más. Vi que al otro lado de la avenida pasaban buses en dirección al norte. Entre yo y los buses había cuatro separadores y dieciséis carriles llenos de huecos. Puse las manos en las ruedas mojadas y eché a rodar.

*

Escalando la malparida loma con la ayuda de dos desconocidos volví al inquilinato. La dueña no había encontrado inquilinos nuevos y no tuvo más remedio que abrimme. Adentro todo estaba igual. Me fumé un cigarrillo mirando mis cositas. Después vendí en un mercado del centro lo poco que había salvado. No le pedí permiso a nadie: puse una camiseta rota en el suelo, junto a la silla de ruedas, y encima todas las cositas. Cuando vendí todo llamé a mi tía. Le conté lo que me había pasado, desde el principio. Ella se puso a llorar, claro. Le pregunté por mi mamá. Me dijo que ella estaba bien, extrañada por que yo no llamara. Que le estaba enseñando a cocinar a sus nietas.

Al día siguiente logré que entre varios me montaran a un bus interurbano y fui a visitarlas. Cuando mi tía me vio lloró otra vez y me abrazó y me tocó y me volvió a

abrazar. Mi mamá en cambio se hizo la que nada pasaba. Me dio un beso y me dio la bendición, como si la silla de ruedas no estuviera ahí. Estuve toda la tarde con ella, entre el calorcito, mirando cómo cocinaba, como si me hubieran metido otra vez morfina en la vena. Al día siguiente fuimos con los niños a comer helados.

No fui capaz de volver a la soledad de la capital, me acabé quedando en esa casa más de un mes. Una noche vi en televisión una entrevista con don Martín Acosta. No decían desde dónde estaba respondiendo. Don Martín decía que se había retirado de la política y se había exiliado porque en Miranda su vida no valía nada. Decía también que no había mal que durara mil años ni cuerpo que lo resistiera y que tarde o temprano iba a caer el régimen de Del Pito. Me dio como una sonrisa, no supe si por eso de que se iba a caer el régimen del presidente o por oír a don Martín hablando de un cuerpo que resistiera males.

A las tres semanas de haber salido del hospital me dejé empujar como un bulto de papas dentro de un bus interurbano que me llevó a otro pueblo. Desde ahí cogí un colectivo por una carretera sin pavimentar y llegué a un pueblo más chiquito. El pueblo de Ángela. Ella se había tenido que ir de ahí cuando estudiaba en la escuela, porque sí, con toda su familia: por orden de las Guerrillas Estalinistas. El pueblo tenía unas pocas casitas medio caídas alrededor de una plaza inclinada, sobre la pendiente de una montaña sin ningún árbol. Me bajaron entre cuatro en plena plaza y casi me ahogo respirando ese calor. Estuve todo el día preguntando por ella, con los niños del pueblo persiguiéndome a donde fuera.

Subí y bajé esa loma sin ayuda, a fuerza de brazo, llamando a los dueños de las tiendas a los gritos. Tomé caldo en el único comedero. El dueño de la peluquería me habló de una familia que tenía los mismos apellidos de Ángela y hasta allá rodé. No me quisieron abrir la puerta de la casa. Me miraron desde una ventanita y después una pelada me dijo sin abrir la puerta que ellos no querían problemas, que por favor me fuera o iban a llamar a la policía. Yo vi que empezaba a atardecer y perdí la fe. En el último lote del pueblo, en donde parqueaban los colectivos, paré yo mi silla, frente a la baranda que daba a un precipicio. Y así me quedé, mirando el río sucio al fondo del cañón. Fue estando ahí cuando la voz de un viejo me preguntó si yo era el que buscaba a Ángela. Yo dije que sí, sin voltearme, mirando los círculos de los buitres sobre el río.

Está muerta. Eso me dijo el hombre. Hace más de un mes la trajeron en una camioneta de la policía, dijo también. La habían encontrado en un basurero de la capital, desnuda, con cuatro tiros en la cabeza. Su cuerpo está en el cementerio, en la parte baja de la pendiente. Le di las gracias. Por el camino a las tumbas, intentando frenar las ruedas de la puta silla entre el polvo, sentí que se me estaba muriendo el cuerpo. Recé para alcanzar a llegar vivo a la lápida de Ángela. Cuando vi el pedazo de piedra me bajé de la silla y ahí me quedé, enroscado como un perro.

*

De vuelta a la casa de mi tía estuve una semana tirado en un colchón. Los niños me llevaban comida y yo no me la comía. Pasada la semana empecé a leer el periódico cada día. Casi no entendía lo que decían las palabras, pero conseguían quitarme las ganas de matarme. Una mañana supe por *El Universo* que doña María Block se había retirado del Senado y había desaparecido desde que el presidente Del Pito la había nombrado sospechosa en la investigación que le estaba montando al difunto doctor Neira. Esa misma mañana, en las páginas de adentro, también vi que a una casa del barrio La Esmeralda le había prendido candela el hijo del dueño. En el artículo decía que los tombos seguían buscando el cadáver del viejito entre las cenizas, que el malparido del incendio se les había perdido.

Acostado en mi colchón, tomándome el quinto café del día, me acerqué la foto compañera a las narices. Y ahí estaba. Feliz, yo no sé por qué, reconocí el rosal y el portón metálico y un pedazo del parque. Me volvió el alma al cuerpo. Me levanté, me desayuné y me bañé. Veinte minutos después, tomándome otro café, se me prendió un bombillito. Me acordé de que una vez, hacía más de un año, había llevado al doctor Neira, a la hermana de él y a doña Ada al aeropuerto. Iban tarde y yo había tenido que correr con ellos para llevarles las maletas hasta la aerolínea. El vuelo iba a Santa María. Me acordé que el doctor Neira había dicho que ahí tenía a otra de sus hermanas y a unos sobrinos. Fui a la oficina de teléfonos públicos del pueblo, me conseguí el directorio y me dediqué a llamar a todas las personas de apellido Neira en Santa María, que no eran muchas.

Media hora después di con la casa de las tías de doña Ada. La que había vivido en Bogotá se acordaba de mí. Primero retacó y se lo pensó un rato pero después entendió que yo era lo único que les quedaba, que ustedes dos solos en una finca y sin protección no valían nada. Poco a poco me fue dando todos los datos del escondite. Empaqué mis dos mudas de ropa, le di un beso a mi mamá y me fui para donde el mecánico. Le cambié el cacharro ese que él tenía para los mandados, el que usted ya vio, por mi última pistola.

Manejar con una pierna muerta es todo un baile, sí, pero aquí me tiene. Completico y hablando mierda.

*

Golpean en la puerta del estudio. De mi estudio, en el paraíso tropical. Grito desde mi silla que pueden entrar. Repito que sigan, mirando la luz del atardecer entre los guaduales. Me levanto y abro. Es Ada. Está muy seria. Me dice que necesita hablar conmigo. Que será un minuto. Camino detrás de ella por el corredor. Creo que vamos hacia el jardín. De repente para en seco, en un rincón oscuro, junto a la puerta de un baño. Me mira muy fijo a los ojos. Sin darse cuenta se pone una mano en la cintura y me dice *llevan cuatro horas hablando*. Después se queda en silencio, sin

saber qué decir. Se le tensan los músculos alrededor de los labios.

Levanta mucho la quijada. *Más de cuatro horas*, repite. Cruza los brazos. Respira profundo, baja la mirada a la pared detrás de mí, mueve la cabeza ligeramente de un lado al otro, como negando lo que imagina. Suspira. Y vuelve a mirarme, ladeando ligeramente la cabeza, antes de decirme muy pasito *Si decides quedarte y no irte del país por culpa de tu locura, yo me voy a ir en todo caso: yo-me-voy-a-ir*. Mira un segundo a un lado y después regresa a mí, con ojos que parecen tener todo el cansancio del mundo. *Esta guerra está más que perdida. Cuándo es que te vas a dar cuenta*. Se tensan más los músculos de su boca. Después solo mira el suelo. Un segundo antes de que la abraze, con voz ya quebrada, insiste: *Si no nos vamos ahora no vuelves a saber nada de mí: no vuelves a saber nada de mí*.

*

Cuando regreso al cuarto de las noticias Jairo está metiendo un cedé en mi computador portátil. Me dice que acomode mi silla. No estoy seguro de que el cedé tenga lo que creo que tiene. La pantalla del computador se pone toda azul y empieza un video. En la imagen rojiza se ven unos muebles que parecen los de la abuelita de un cuento, puestos sobre un suelo muy negro de mármol. La arquitectura nuevísima y grandilocuente remata en un ventanal de doble altura. En un sofá blanco están sentados Jorge Parra y Luis Rabat, como buitres disecados. El misterioso dueño del apartamento está en otro. En un rincón, sobre una mecedora, sin conseguir que sus piernitas toquen el suelo, el presidente Del Pito parece a punto de ponerse a tejer.

Los dos miembros de la cúpula del Movimiento Amarillo le sirven whisky, recogen un pasaboca que se le cae al suelo, se ríen demasiado de sus chistes. Lo miran fijamente y asienten o niegan con grandes gestos cuando él habla. La parte de la reunión en donde se habla del pacto que cambió para siempre la vida de la República de Miranda y de este su narrador-protagonista es muy corta. Antes y después del pacto, Del Pito y el dueño del apartamento hablan de ganado en el norte, de caballos de paso fino en el occidente, de haciendas de palma en el sur, de petróleo en el oriente. La discusión central dura unos quince minutos y el pacto es muy sencillo. Del Pito les reitera a los comensales que quiere hacer un gobierno de unidad nacional, uno que represente a todos sus conacionales, uno que salve de una vez por todas a la República del terrorismo estalinista.

Del Pito dice: *Todo eso ya lo han hablado ustedes con la gente mía y ustedes saben que a mí me parecen razonables sus peticiones y saben lo que pienso de todo el asunto*. Entonces es cuando interviene el dueño del apartamento. Dice que él está de acuerdo con todo, que aprueba lo que según le han contado Parra y Rabat se ha decidido hasta ahora sobre la formación del nuevo gobierno de unidad, pero que hay un asunto pendiente que de no resolverse puede arruinar el pacto. *Todos sabemos*, explica, *que la única persona que está en capacidad de desestabilizar la República y*

de arruinar todo lo que se ha conseguido en materia de seguridad y de confianza inversionista es Pedro Akira. Y sabemos también que el hombre no quiere entrar en un gobierno de unidad, que nunca quiso nada parecido.

Después se queda unos segundos en silencio, como si pensara. Y entonces lo dice. *A Pedro Akira hay que ponerlo al margen ya, antes de que sea demasiado tarde.* Todos asienten y el silencio dura muchos segundos. El presidente Del Pito come más maní desde su mecedora. No me queda claro si lo que está diciendo es que Akira debe ser puesto al margen del poder dentro del Movimiento Amarillo, al margen de la ley mediante el montaje de una falsa acusación criminal o al margen del mundo mediante otros tres disparos en la cabeza. El presidente rompe el silencio para decir que el tema de Akira se discutirá más adelante.

Propone mientras tanto que, de firmarse el pacto, el Movimiento Amarillo continúe en campaña política contra él hasta el día de las elecciones. Una vez ganadas, en el acto de posesión él mismo anunciará el gobierno de coalición. Parra asiente con grandes gestos sonrientes y Rabat dice demasiadas veces *Por supuesto*, como si ya los dos conocieran el monto de los premios. Después la conversación deriva hacia temas como el blindaje de vidrios de seguridad, las mejores tiendas para comprar sillas de montar o las inversiones en Panamá.

Están ya hablando de la fiebre aftosa y comiéndose unos panecitos con caviar cuando Jorge Parra regresa del baño con ojos más abiertos que nunca. Se sienta, se echa hacia atrás el pelo engominado con ambas manos, como presa de una divina inspiración. Muy recto en el espaldar sonríe para todos y dice *perdón, perdón, perdón*, aunque todos lo están mirando desde el principio. Sin consultar con Rabat, convencido por anticipado de su triunfo, se lanza a hablar. *Recuerden que acaba de estallar una bomba*, dice. *Sí, sí, sí, sí. Ustedes ya saben. La bomba en el carro del doctor H. H. Neira.* Lo dice y se queda mirando con ojos como platos el ventanal, como si del otro lado hubiera pasado Nosferatu.

La bomba, repite, y sus ojos regresan al salón. *Qué pasa si en ese carro no iban el doctor y su chofer como está diciendo la prensa sino que además iba un tercer ocupante. Un tercero.* Sus ojos se quedan muy fijos en la mesita de centro, con expresión de terror. Después pone los codos en las rodillas y uno por uno, calculadamente, mira a los ojos de los demás comensales.

Qué pasa si el tercer ocupante del carro es nuestro Pedro Akira. Lleva en todo caso varios días perdido. Eso hace que la cosa sea muy fácil de contar para la prensa. De lo demás se encargan ustedes. O nos encargamos nosotros... Deja la frase así, en el aire, como esperando la reacción de los demás. Suda y sonríe mucho más de lo que le permiten sus mandíbulas oxidadas. El presidente Del Pito no intenta disimular una sonrisa socarrona desde su rincón.

Jairo está bien recostado en el sofá. Es un placer verlo así, sonriente, con los brazos abiertos, como si los políticos nunca lo hubieran dejado inválido, como si nunca hubieran matado a su novia. Ha estado así toda la tarde, leyendo, durmiendo, no haciendo nada. Es ya su quinto día con nosotros. Llegada la hora exacta yo cojo una manotada de maní de la mesita, sirvo limonada para los dos y prendo el televisor.

Conocemos bien la mala noticia y es bueno que estemos juntos para enfrentarla. El inmundo Del Pito ha ganado las elecciones, por supuesto. Sus partidarios más ricos celebran subidos en caballos de paso fino o en camionetas 4×4, disparando ráfagas al aire lo suficientemente lejos de nuestro refugio tropical como para que la lluvia de balas no caiga sobre nuestras cabezas. Sus partidarios más pobres solamente se emborrachan, en todos y en cada uno de los rincones de la agreste geografía nacional (a los que les alcanza tiran voladores: desde nuestro refugio podemos oír los del municipio de Junín).

¿Por qué hacemos esto, lo de ver el patético espectáculo de nuestra derrota? ¿Por masoquistas? ¿Porque nos gustan los shows televisados sin importar de qué se traten? ¿Porque nuestra conciencia histórica es inquebrantable? ¿Porque la piscina está sin agua y ya no hay nada más que hacer? Misterio es y su solución está más allá de nuestras capacidades. En todos los canales de la televisión, en todas las calles del país, hay ya varios reporteros bailando. Como si el equipo nacional hubiera clasificado al mundial de fútbol. Algunos están untados de harina o tienen serpentinas alrededor del cuello o cantan a coro con una turba sudorosa. Todos parecen medio borrachos y celebran, a nombre propio y a nombre de los dueños de sus canales, que han elegido a Pito y lo obtendrán todo a cambio.

En el canal que Jairo y yo elegimos hay, por supuesto, una voz que habla y controla el desmadre desde estudio. Desde estudio le dicen a un reportero que salta en medio de una pequeña multitud de bañistas pitistas desde una playa del Caribe, que es necesario desconectarlo, porque *Ahora sí vamos a la sede central del Pitismo*. Las primeras imágenes de la sede del Pitismo provienen de cámaras altas, alejadas de la desbordada multitud. La desbordada multitud tiene camisetas con la foto del candidato y banderas y bufandas y pancartas y seguramente también calzoncillos decorados con su divino rostro. Todos los partidarios a coro repiten frases rimadas y ridículas que nos hacen sentir vergüenza ajena. Procuramos no mirarnos el uno al otro.

Exclama la turba estribillos convencionales como *Se vive, se siente, Del Pito está presente*. También vomita frases tipo escuadrón de la muerte sin rima, como *Que lloren, que sangren, que mamen: Del Pito es verraquera*. Hay uno que otro intento aislado por componer frases de escuadrón de la muerte un poco más honestas y

musicales, tales como *Del Pito, solito, les dio por el culito*, censuradas oportunamente por el resto de la multitud en democrático ejercicio. Hay también, como siempre en las públicas explosiones pitistas, arengas coreadas por jovencísimas señoritas de la altísima sociedad, las hijas mismas de los pilares del Pitismo, arengas tipo animadora de equipo de fútbol americano, como *Dame la D (D), dame la E (E), dame la L (L), dame la P (P), dame la I (I), dame la T (T), dame la O (O)*. ¿Qué suena? *Del Pito. ¿Qué dice? Del Pito. Más fuerte. Del Pito. Del Pi-to, Del Pi-to, Del Pi-to.*

De repente los de la producción pasan a una cámara situada al fondo del salón, a espaldas de los asistentes. Se hace silencio, los partidarios bajan las banderas y las pancartas. Expectación suprema invadiendo también nuestro pobre pero honrado refugio. Empieza a sonar el himno pitista. Por la izquierda de la pantalla, seguido de su esposa, sus tres hijos varones, su vicepresidente, su ministro de Defensa y sus dos opacos asesores, aparece dando rápidos pasos el chiquitín. Adorable. Al final de la fila de acólitos, a mayor distancia camina también, oh sorpresa, el que fuera su presidente testaferro por cuatro años: el mequetrefe. Mal presagio. Todos los acólitos se quedan estáticos a una distancia prudente del atril para que el presidente no parezca un enano mientras echa su discurso trepado en su escalón de terciopelo.

Ya en el micrófono, Del Pito se ve muy serio, casi impaciente. Los de producción pasan a un primer plano de su cara. El presidente esboza por fin una pequeña sonrisa de ojos muy serios y estáticos. Una sonrisa que mantiene y que hace girar a diestra y siniestra cual perrito eléctrico en guantería de taxi. El perrito levanta de repente la mano derecha a la altura del cuello, como si estuviera dispuesto a jurar con la mano equivocada sobre una biblia inexistente, y esa manita como de juguete, pero capaz de aplastar de un golpe todas las moscas de Miranda, consigue por fin callar a sus más fieles seguidores. Cuando hay silencio la manita levantada se convierte por arte de magia en un solo dedo índice erguido. El presidente vuelve a su cara habitual de estreñimiento y habla, por fin.

Evacúa, muy bien pronunciadas, las mismas promesas de cada cuatro años. Las que se cumplirán también esta vez pero en sentido inverso a como son formuladas (justicia social, educación universal, salud para todos, derechos para las minorías, autonomía indígena, seguridad en las ciudades, respaldo al campo, final del narcotráfico, final de la guerra, etcétera). Hoy además, para celebrar su quinta victoria, Pito lanza promesas nuevas: repartición de bienes expropiados a los narcotraficantes, repartición de fortunas de los Escuadrones de la Muerte entre las víctimas, repartición a los ciudadanos de todo lo robado por los políticos en los últimos veinte años. Y otras promesas más, muchísimas, de las que ya no me acuerdo.

Cuando acaba, toma agua de un vasito a su escala y lo deja de nuevo en el atril para hablar al fin de lo que nos interesa. De la conformación del gobierno. Dice que este será un gobierno de unidad. Advierte que está haciendo un anuncio muy importante. Uno sin precedentes en los 220 años de historia de la República de

Miranda. Adelanta que será el suyo un gobierno en el que izquierda y derecha, centro y periferia, negros y blancos, indios y ciudadanos de bien, católicos y cristianos, tendrán cabida. Todos. Lo suelta así, muy entusiasta. Dice con desparpajo que ahora todo ha cambiado. Que en adelante se servirá de las mentes más brillantes de los otros partidos en contienda, de todos los líderes que osaron desafiar su supremacía.

Que ahora todos juntos, en hermandad democrática, unidos y abrazados por el bien común y por la pacificación, pacificarán para siempre la no muy pacífica República. Eso dice y lo dice así. Tal cual. Consolidaremos la paz, la puliremos, quiere decir, aclara, porque la paz es ya una realidad viva desde hace varios de sus mandatos. Después, como siempre, redondea su discurso con primorosos ejemplos de la vida campesina, para que lo entiendan sus electores, a los que llama «hijitos». Cierto es esto y todo lo demás que aquí se ha contado: así es Miranda. Llama «hijitos» a sus electores y les suelta historias con vaquitas chiquitas y ubrecitas chiquitas, con arbolitos y potreros. Solamente usa diminutivos y todos son enervantes: finquita, gustico y pedito.

Remata con un número circense que lleva a sus seguidores al llanto y al desmayo: muy serio se arrodilla en la tarima y para estupefacción de esta su voz cantante reza un avemaría. Se arrodillan también los demás miembros de la corte real en la tarima y casi toda la multitud en el suelo. Cuando acaba de alabar a la Virgen en secreto, se para y se va. Muy serio, con afán, sin mirar a sus electores, sin despedirse, sin aclarar quiénes serán los nuevos miembros de su viejo gobierno.

*

Ada no ve la celebración pitista. A diferencia de los dos hombres que alegran su hogar con música, juegos de azar, olores, conversaciones, competencias y chascarrillos, Ada no ve nada chistoso en lo que está pasando. Ada tiene toda la razón, pero yo estoy ya cansado de sufrir y Jairo Calderón es mi único amigo en el universo mundo y pienso disfrutarlo hasta que me llegue la muerte (que no debe estar muy lejos, que seguramente siega potreros o se baña en un río contaminado muy cerca de nuestro paraíso tropical). Él y yo somos entonces los únicos participantes en una novedosa terapia de grupo que cuenta con moderna sede tropical, piscina semiolímpica y alegre cocinera de platos exóticos.

La que podría ser la enfermera en jefe ha decidido no participar de la terapia, lo que hace que los dos enfermos terminales intenten aferrarse con uñas y dientes a ilusiones falsas, descabelladas, a alucinaciones tales como la derrota del Pitismo en un referendo espontáneo, la revolución pacífica, el final de la corrupción. A pesar de lo mucho que nos quiere y de lo mucho que le alegra el vernos felices, jugando como niños, Ada Neira ha optado por no hablarnos, haciéndonos saber con su seriedad que no está de acuerdo con que la terapia sea ahora mismo, cuando los verdugos nos pisan los talones, y no después, haciéndonos ya escapado. Está convencida de que un

comando de encapuchados puede violar en cualquier momento la paz del paraíso tropical para celebrar una magna carnicería, y está en lo cierto.

*

Una noche decido caminar por la carretera, solo. Después de una hora bajo las estrellas, después de oír el misterioso canto de los sapos y de las chicharras y de las plantas de energía eléctrica, me siento de repente imbuido de una fuerza nueva, superior a mí. Es esa fuerza, creo, la que me hace tomar la decisión que me hará sentirme mejor, más fuerte, más digno. La que acabará de arruinarlo todo. Por la mañana, pase lo que pase (me digo bajo las estrellas), soltaré las pruebas que Jairo Calderón ha traído hasta mí. Las pruebas finales contra el presidente Pito. Diga lo que diga Ada. No me queda alternativa.

Informado del plan suicida al día siguiente, Jairo dice que él no tiene nada que perder y que con frecuencia preferiría estar muerto a estar vivo, así es que el plan le cae como anillo al dedo. Estamos una semana discutiendo los detalles logísticos. Nos divertimos mucho. Muy a nuestro pesar tenemos que descartar las estrategias más descabelladas. Vender en forma de cedé musical pirata pero a mitad de precio el video y el audio del pacto criminal. Tomarnos por asalto el noticiero de más audiencia y desenmascarar el régimen. Aparecernos en carne y hueso en uno de los Consejos Populares que Del Pito lleva a cabo cada semana en un rincón distinto de la República y desde allí desatar la revuelta.

Una tarde estoy podando con un machete la maleza en el caminito que lleva al río cuando siento que me tocan el hombro derecho. Creo que es un comando de encapuchados violadores escoltado por helicópteros artillados, pero es solo Ada. Trae dos limonadas. Nos sentamos en una piedra grande del río. Me dice que se va. Que quedarse ahí ya no tiene sentido, que no se quiere condenar a muerte. Le digo que tiene razón, le digo también que no puedo evitarlo, convertido ya como estoy en un personaje trágico de la República. Le digo que su papá y el mío fueron asesinados, que la mujer de Jairo también. Que ahora tenemos contra los que hicieron todo eso pruebas irrefutables, pruebas que los privarán de poder y fortuna y que los enviarán a la cárcel.

Le digo también que lo haré con mucho cuidado. Porque quiero vivir, porque quiero que sea con ella. Porque quiero estar en una Miranda digna, en una Miranda feliz. En la que podamos construir juntos una familia, ella y yo. Dicho eso me mira muy fijamente, como tocada por un rayo, paralizada, y después de varios segundos sus ojos se aguan hasta que de cada uno salta una lágrima. Después repite que se va. Que no le dejo otra opción. Que me deja.

*

El Presidente Del Pito se posesiona en solemne ceremonia retransmitida a través de todos sus canales y de los de sus socios. Hace anuncio de la composición de su gabinete. El ministro de Defensa será el segundo o tercer terrateniente más grande de la República. El vicepresidente será cualquier idiota (no me queda claro si será el mismo idiota de los últimos cuatro años o un idiota nuevo). El mequetrefe que alguna vez lo reemplazó durante cuatro años en el cargo de presidente recibirá un ministerio. ¿Minas? ¿Ambiente? ¿Comunicaciones? No me acuerdo. El Ministerio de Tierras y Agricultura, cuya función es legalizar todos los robos antiguos de tierras y expropiar miles de hectáreas nuevas cada mes, quedará en manos, como siempre, de un muchacho imberbe a quien el presidente manejará como le salga del pito. Hasta ahí todo normal.

Temblamos esperando la gran sorpresa de la fiesta democrática, la que solamente conocemos Jairo Calderón y este su narrador de confianza. La cámara enfoca entonces a dos personajes sentados en primera fila, justo frente a Del Pito. Son ellos el nuevo ministro de Obras Públicas, honorable senador don Luis Rabat, y el nuevo ministro de Comunicaciones, honorable licenciado don Jorge Parra. Pocas horas después sabremos que a través de testaferros les han sido asignadas también dos sillas en el Consejo de Estado, la presidencia de la Comisión Nacional de Telecomunicaciones, la dirección del Instituto de Salud Familiar, la dirección del Instituto Nacional de Puertos. El gobierno de unidad es un hecho. Tomás del Pito se baja del escaloncito de terciopelo y muy sonriente regresa a su madriguera.

*

Ada se ha ido. Ahora vive con sus tías solteras en un caserón rodeado de edificios, en el puerto de Santa María. Todavía tiene esperanzas de que yo lo abandone todo y me vaya a buscarla, aunque no lo dice. Jairo y yo seguimos jugando a salvar la República de Miranda. Como niños pero convencidos de que los dos solos podremos demoler el Pitismo desde sus cimientos. Todo el día hablamos de nuestros magníficos planes. Trazamos mapas, escogemos itinerarios. Hasta me he comprado un teléfono celular. Pretendemos que todo está muy bien y que tenemos toda la razón. Mientras tanto todo se derrumba. El Pitismo reina con más fuerza e impunidad que nunca. El Pitismo es indestructible y Ada me dejó. Si despertáramos veríamos que nuestros planes solo pueden conducirnos a la muerte, pero optamos tercamente por seguir soñando.

*

Todos los días llamo a Ada. Casi nunca la encuentro porque está en la playa o con sus tías o de compras o durmiendo. La llamo en las mañanas y en las noches. Cuando

está habla muy poco o no habla en absoluto. Le pregunto acerca de su vida, como si eso pudiera acercarnos. Qué desayunó, qué ropa tiene puesta, cómo está el cielo, qué hizo en la playa, cómo durmió, qué se soñó, si está bronceada, si hay brisa. Su silencio hace que yo acabe siempre en la cuerda floja, prometiéndole de rodillas que en pocos días estaré con ella, con un hilo de voz, procurando no asustarla ni asustarme, procurando no caer al vacío.

*

Una noche Ada interrumpe su silencio en la línea telefónica y dice en voz baja pero firme que se va del país. Que se va por tierra, en un bus, por la frontera menos vigilada. Que desde país vecino tomará un avión para Europa. Que ya compró el pasaje. Para veinte días después, porque no hay más cupos. Procuro conservar la calma. Sudo. Solamente se me ocurre preguntarle para dónde se va. Me dice que muy lejos. A donde Del Pito se demore más en llegar. Sigue un silencio muy largo. Cuando se cansa de oírme respirar me dice que todavía hay puestos en el mismo vuelo. No digo nada. Después de un minuto cuelga.

*

Jairo y yo llegamos a un acuerdo acerca de la manera en que será revelada a la República la información que hará temblar y después caer aparatosamente de su pedestal al presidente Del Pito y a todos sus acólitos. Jairo va a la ciudad y con el dinero del doctor Neira trae una cámara de video, un trípode, dos juegos de luces, un huellero y un programa de computador para editar videos. Con eso más el periódico del día y mi computador portátil hacemos el video.

El video empieza con música de advertencia. Hay un plano negro en el que está escrito «Recuerda esta dirección y este nombre» y enseguida aparece la dirección de una página de internet en la que solamente estará nuestro video, ese mismo video. El nombre, claro, es PEDRO AKIRA. El plano dura siete segundos. Después entra mi voz sobre las imágenes azulosas de la salita de Heidi captada por la cámara de seguridad. *El tres de abril de este año una reunión secreta se llevó a cabo en un lujoso apartamento de la capital de la República. A ella asistieron el presidente Del Pito y los ahora ministros Jorge Parra y Luis Rabat. El anfitrión era un millonario desconocido.* En ese momento dejamos que se vean apartes editados de la conversación, lo más importante.

Después de tres minutos pasamos a un plano a negro y yo digo: *El presidente Del Pito repartió el gobierno secretamente con sus opositores. Y aprobó la eliminación física de Pedro Akira.* Y después de una pausa dramática agregó: *Pero su macabro plan no pudo ser llevado a cabo.* Hago otra pausa y, como en el tráiler de una

película, acabo con *Porque el condenado a muerte se le escapó*. El negro entonces se difumina y aparezco yo en primer plano, vestido con traje y corbata, afeitado y muy peinado, con las cicatrices pintadas, idéntico al Pedro Akira que todos conocen. Saludo muy serio, con gran dignidad. La cámara se aleja un poco de mi cara y muestra el periódico del día que estoy sujetando. Digo cordialmente, humildemente, *Estoy vivo. Y listo para enfrentar los problemas de Miranda. No pudieron matarme. Y tampoco callarán mis ideas*.

Para demostrar que sigo vivo abro mis manos hacia la cámara, unto el índice derecho en tinta negra y pongo la huella digital en un papel blanco que está sobre la mesa. En una sola toma, después de muchos experimentos, logramos que haya un acercamiento hasta el dedo, hasta la huella, que ocupa toda la pantalla. La huella es idéntica a la de mi documento de identificación a nombre de Pedro Akira, que ponemos justo al lado. Y es también la misma huella que está en el archivo audiovisual de todos los noticieros, en el video de mi registro como candidato presidencial. Hasta ahí nuestro documental dura cinco minutos. Después digo de nuevo mirando fijamente a cámara *Estoy vivo*.

Y digo también *Tan vivo como mis ideas. Sobreviví a tres balazos en la cabeza y a un complot para matarme orquestado por Jorge Parra, Luis Rabat y el presidente Tomás del Pito. Ya lo ha visto toda la República. Es hora de que los culpables asuman sus responsabilidades. Este es el único medio que me queda para denunciar lo que ha pasado. Ahora ya nadie podrá ocultar la verdad. Y sigo: No estoy en Miranda. Volveré cuando los culpables hayan rendido cuentas ante el pueblo soberano. Una copia más extensa de este video le será enviada a la Corte Suprema de Justicia, que hará lo que considere mejor para nuestra República*.

Yo fui testigo presencial del asesinato del doctor Neira. También lo fue mi jefe de escoltas, Jairo Calderón. Entonces la cámara se aleja por obra del control remoto para mostrar a Jairo junto a mí. Los detalles acerca de la forma como fui secuestrado y me escapé quedan en manos de los noticieros televisados y de la prensa. En esas manos están también ya un cúmulo de pruebas de todo tipo que involucran al presidente Del Pito con los más horribles crímenes cometidos en la República en los últimos veinte años. Hay entonces un plano a negro y después un primer plano de mis ojos. Digo, más firme que nunca, Ya nadie podrá secuestrar nuestras ideas. Acabamos con un último plano a negro con la dirección de internet en donde va a estar la versión completa del video.

*

Acabada la filmación y edición del video, Jairo y yo nos entregamos al goce de las bondades del jardín tropical. Oímos la brisa entre los cañaverales y el lejano pasar del río y el trinar de pájaros conocidos y desconocidos, y en medio de esa dicha hablamos de lo que vendrá. Le digo que yo me voy a ir con Ada, que lo tengo

decidido. Cuando estén entregadas todas las copias de los videos y colgada en internet la versión larga del video, Ada y yo nos subiremos a un bus, iremos a la frontera y de allí volaremos a Europa para escondernos hasta que pase el vendaval. Le pido que venga con nosotros, que nos mantengamos juntos. Le digo que los tentáculos del Pitismo no podrán llegar tan fácilmente a Europa.

Jairo me responde que él tiene que pensar también en su mamá, que tal vez se vaya con ella a algún país vecino para esconderse. Le digo que hay tiempo, que antes de cinco o seis días no empezaremos a repartir los videos. Que saque a su mamá de la República y vuelva, que yo lo espero. Mueve la cabeza afirmativamente, muy serio. No responde. Seguimos mirando pájaros y árboles y también nubes. Yo imagino lo que será de la República si todo sale bien y Del Pito no puede evitar la caída y con él se vienen abajo también los parásitos que se le han ido adhiriendo durante estos veinte años.

Casi al atardecer vamos al pueblo. Es domingo y nos sentimos como ligeros y alados salvadores. Obsequiamos cálidas sonrisas. Entro a la única papelería con conexión a internet, Jairo se queda en la plaza. Le mando un mensaje a Ada. Le explico que la entrega de los videos es lo último que haremos. Le digo que, hecho eso, ella y yo nos encontraremos en la terminal de buses de una ciudad de provincias para irnos juntos. Para no volver. Le pido que me compre un billete en el mismo avión suyo. Le digo que la amo.

*

De vuelta en casa, esa misma noche, Ada me llama. Me saluda como antes, como cuando yo jugaba a disfrazarme de Pedro Akira y nada más. Me saluda riendo con su risa ronca, preguntándome cómo me siento, diciéndome que en donde ella está el mar está embravecido, con olas de varios metros de altura. Que debería estar con ella, viendo el espectáculo. Le pregunto por mi pasaje. Me dice que viajaré en la silla que está al lado de la suya. Se ríe en voz alta, ronca. Dice *Aaaay*, al final.

Tres días después Jairo y yo vamos a la capital. Quiero ver la ciudad, quizá por última vez. Respirarla, tocarla, olerla, oírla, metérmela en la cabeza. Imagino que Ada camina por la playa, que me piensa. A las tres de la tarde, como está planeado, me dirijo al edificio de la compañía de teléfonos para encontrarme con Jairo, quien tiene los sobres con las copias de los videos. El edificio de la compañía de teléfonos tiene una gran plataforma de dos escalones de alto y media manzana de superficie. Opto por quedarme en una cafetería que está del otro lado de la calle. Pido un café. Me acomodo en una silla minúscula, pido un cigarrillo. El primer café y el primer cigarrillo se convierten pronto en dos cafés y en dos cigarrillos y después en tres y en cuatro porque Jairo sigue sin aparecer.

La luz va cambiando sobre las fachadas y sobre la plataforma de piedra. La sombra de las astas de las banderas se va moviendo sobre la plataforma. Jairo no

llega. Poco a poco todo se llena de sombras. Creo que cada peatón puede ser un enviado de Del Pito. Pago la cuenta. Tengo miedo de ponerme de pie. Sudo. Salgo tropezando con otros hombres y camino dando trompicones a gran velocidad. Cuando llego a la avenida principal me volteo. Tengo la impresión de que muchos ojos me miran, siento que el sudor se me mete en los ojos.

*

A la mañana siguiente me bajo del bus antes de entrar a Junín. Camino por trochas de vereda hasta un trapiche abandonado que hay del otro lado del río. Puedo ver mi casa sin ser visto. Pisan el césped del jardín dos camionetas 4×4 y un carro muy largo y muy negro. Seguramente han traído al pobre Jairo, amarrado de pies y manos, amordazado, con una capucha en la cabeza. Seguramente lo están golpeando dentro de la casa o están violando delante de él a María Itami para que confiese en dónde estoy yo. Yo estoy en el trapiche, temblando. Yo no puedo hacer nada de nada.

*

Camino cuatro horas hasta otro pueblo más pequeño y más caliente, pago una habitación en el único hotel. Duermo poco. Vuelvo al trapiche en taxi. Los carros ya se han ido. Espero todo el día y cuando atardece bajo a campo traviesa hasta el río. Entro a la casa por una de las ventanas de atrás. Lo han destrozado todo. Mi paraíso tropical es ahora también tierra Del Pito. Hay signos de una pelea feroz en la cocina. No quiero imaginar lo que les hicieron o les están haciendo en otra parte a María y a Jairo. Se han llevado también el computador y las copias del video (todas menos la que yo he guardado en lugar secreto, en la capital). Saco algo de ropa y decido que el paraíso tropical correrá la misma suerte que la casa de papá.

Oyendo el crepitar de las llamas, bajo por el camino al río. Me voy al otro pueblo, al hotelito. Me niego a llamar a Ada para contarle lo que ha pasado. Suspendo el plan para arrasar con el gobierno de Del Pito hasta que reciba una señal de Jairo o de María. A la tercera noche decido por fin sacar la cabeza del hueco y ver la realidad. Un miedo feroz me acecha por la habitación, con garras y colmillos. Temblando consigo llamar a Ada Neira pero nadie contesta.

*

Al cuarto día en el hotelito suena mi celular. Estoy en la cama, enroscado, cubierto por todas las cobijas, despierto. Es una de las tías de Ada. Lloro. No puedo consolarla. Cuando al fin se calma me dice que tres tipos armados de ametralladoras entraron a la casa el día anterior y se llevaron a Ada. Que la arrastraron del pelo por

el andén y que como ella se resistió le dieron un culatazo en la cara. Que delante de los vecinos la echaron como un bulto en una de las camionetas. Que ella no sabe nada desde entonces. Cuelgo el teléfono, sin poder decirle nada. Me siento temblando, miro las aspas del ventilador que giran sobre mi cabeza.

*

Estoy toda esa noche y todo el día siguiente ahí, mirando el ventilador. Sin salir, sin moverme, llamando cada tres horas a la tía de Ada. Me digo que no voy a hacer de mi vida una espera infinita como la de los familiares de los miles de desaparecidos y secuestrados de la República de Miranda. Me digo que si a la noche siguiente no me han llamado para decirme que Ada sigue viva, yo voy al río y me mato.

Quieren las pruebas que yo tenga contra Del Pito. Las copias de la caja de seguridad y el video, a cambio de Ada. Les digo que estaré en el lugar al que me citen. Que les llevaré todo. Es una trampa y yo sé que es una trampa y ellos saben que yo sé que es una trampa. Es una trampa porque todas esas pruebas pueden ser copiadas y porque nadie garantiza que una vez que me hayan descuartizado, los captores de Ada no vean en los noticieros cómo se revelan las peores vergüenzas del santo de su devoción, entregadas por otros o por este mismo, antes. Es una trampa y lo sabemos todos porque soy yo la prueba viviente del pacto entre Del Pito y sus enemigos, la demostración de que Pedro Akira no está muerto.

Sé entonces muy bien que no saldré vivo de su guarida, pero antes de morir veré a la dulce Ada Neira. Moriré feliz. Dadas las circunstancias, no puedo aspirar a más. Le digo que sí, a la voz que me habla por el teléfono celular. Le digo que compraré el pasaje en el último avión del día siguiente a esa ciudad en la costa. Que nos veremos en el aeropuerto a las diez de la noche. Que ahí estaré. Al día siguiente voy temprano a la capital y compro el pasaje como he prometido. Camino sin rumbo. Almuerzo en el centro. Voy a la cajilla de seguridad, saco las pruebas, hago copias nuevas que meto en un maletín de mano y dejo las originales en su lugar. Miro el reloj y me subo en un taxi.

*

Antes de entrar al feísimo edificio del aeropuerto, desde la pista, los veo. Tienen que ser ellos: cuatro hombres gigantescos, con gafas negras y vestidos de oficinista. Cuando entro me detienen, me sujetan con mucha fuerza de los antebrazos y sonriendo a diestra y siniestra, como si yo hubiera contratado sus servicios de guardaespaldas, me sacan del aeropuerto. Me sientan en la parte de atrás de una camioneta 4×4 color vino tinto. Suben conmigo. El tipo que tengo al lado me pone una capucha de lana, me espasa los pies y las manos en la espalda y me tiende en el asiento.

El camino es muy largo. Mis verdugos no se detienen más que para comer y para mear. Yo no hago ni lo uno ni lo otro. Hablan acerca de personas muertas, de jefes mayores, todos con apodos. Me parece que son miembros de los Escuadrones de la Muerte. Pasamos dos retenes del ejército. Los soldados piden los documentos del carro y la licencia de conducción, como si en el asiento de atrás fuera un bulto de abono y no un tipo encapuchado y esposado. Me parece que viajamos toda la noche y muchas horas del día siguiente. De repente frenamos en seco y uno de los tipos que

va en el asiento de adelante le grita al que tengo al lado que me quite la capucha y las esposas de los pies porque me van a mostrar la finquita.

*

Algo sé yo de lo que me quieren mostrar. De lo que llaman «la finquita». Fue la televisión extranjera la que la mencionó, más de un año antes, cuando el presidente Del Pito legalizó los frentes más visibles de los Escuadrones de la Muerte. En las entrevistas a dos de los líderes desmovilizados, estos confirmaron la existencia de lo que en la jerga de la guerra llamaban «corrales» o «carnicerías». Los corrales o carnicerías eran, según lo confesaron entonces sus gestores, galpones inmensos en medio del campo o del bosque, adonde eran conducidas las personas acusadas de colaborar con las organizaciones indígenas, con los sindicatos o con los movimientos estudiantiles.

Espero que me perdonen las personas sensibles por decirlo, pero no tengo más remedio: en los corrales o carnicerías los individuos que pertenecieran a esas organizaciones eran descuartizados vivos, con machetes y motosierras, y, una vez muertos, sus restos eran entregados a los cerdos, *para que no quedara ni huella de la rebelión* (según dijo en su entrevista uno de los comandantes de escuadrón). Los corrales o carnicerías servían además como campo de entrenamiento para los nuevos reclutas, que aprendiendo a descuartizar se hacían más aptos para esa guerra contra gente desarmada que los estaba esperando en cada rincón de la República.

Recuerdo que cuando lo oí no quise creerlo y pensé que la guerra había hecho enloquecer a los que hablaban, que tanta barbarie no era posible ni siquiera en Miranda. Otro de los dos comandantes dijo a un periódico extranjero que en el galpón a su cargo los primeros descuartizados no habían pertenecido a organización alguna, sino que habían sido los 37 habitantes de la vereda más cercana, desmembrados chapuceramente con motosierras por los aprendices más jóvenes. La realidad en Miranda es siempre mucho peor que la imaginación, ya lo tengo bien aprendido.

La buena noticia es que el galpón que tan gentilmente me muestran los jóvenes que me conducen a la muerte ya no cumple con el propósito de desaparecer personas. La mala noticia es que los cerdos se han salido de control por el abandono y son gigantescos y andan sueltos y tienen hambre. Veo algunos costillares humanos ya blancos, sobresaliendo entre la hierba. Los cerdos no comen cráneos, así es que veo desperdigadas más de dos docenas. Me arrastran para que lo vea todo, riéndose en voz alta, jugando tiro al blanco con los cerdos. Yo siento que me mareo cada vez más, como si los fantasmas de toda esa gente mutilada intentaran abrirse paso entre mis tripas. No puedo más y me arrodillo para vomitar pero nada vomito porque nada he comido.

*

Más adelante, el que maneja dice que nos queda menos de una hora de camino. El sol se está poniendo rojo, aunque falta todavía mucho para que atardezca. La camioneta tiene aire acondicionado y vidrios polarizados, lo que pasa por las ventanillas parece sacado de una película sobre África. Ceibas gigantes en medio de la llanura solitaria, un cielo altísimo con grandes nubes lejanas. Ganado pastando entre los humedales y carreteras, pajaritos serpenteando en el horizonte. El que maneja avisa por radioteléfono a la hacienda que vamos llegando. Nos metemos por una carretera pavimentada flanqueada de palmeras, pasamos dos retenes. Los hombres que requisan el carro y su contenido tienen uniformes verde oliva, mejores que los del Ejército de Miranda.

En el segundo retén un hombre de unos cuarenta años les pregunta a mis captores si traen el encargo. El chofer apaga el motor, se baja y me hace bajar. El hombre me inspecciona como si fuera un caballo nuevo y después sonríe. Avisa por radioteléfono. Me montan en la camioneta y seguimos unos quince minutos más. Por el camino vemos muchas carpas militares, una al lado de la otra. Hombres uniformados tienden su ropa a secar, juegan cartas, esperan. Después vemos en la lejanía la casa principal. Imita un chalet alpino pero es mucho más feo y más grande, como el chalet del ogro de un cuento. Tiene una piscina olímpica, jardines con flores de todos los tamaños y colores, flamencos verdaderos. Tiene cuatro torres de vigilancia y una jaula llena de perros de pelea.

Detrás de la casa, a unos cien metros, hay también una explanada pavimentada sobre la que descansan un helicóptero blanco y otro pintado de camuflado militar. Frente a la puerta principal, en una rotonda, hay parqueados tres carros de lujo y unas quince camionetas de escoltas. Me pregunto de quién puede ser todo eso. Siendo Miranda la república de esta acción me es absolutamente imposible dar con la respuesta. ¿De un narcotraficante? ¿Del comandante de uno de los Escuadrones de la Muerte? ¿De un general del Ejército Nacional? ¿De uno de los hermanos del presidente? ¿De uno de sus primos? ¿Del ministro de Defensa? ¿Del vicepresidente? ¿Del innombrable mismo?

La camioneta sigue de largo, por detrás del chalet. Recorre unos quinientos metros y se detiene frente a una caseta de cemento.

*

Por dentro la caseta está partida en dos mitades. Entramos en la primera mitad a través de una puerta metálica. No hay ventanas pero sí aire acondicionado. Adentro el carcelero parece de quince años. Nos ve y se pone en posición de firmes, con el fusil

de asalto colgándole de la espalda. El que me lleva arrastrado del pelo le dice que puede descansar. En la segunda mitad de la caseta, separada de nosotros por una reja, está Ada. Muy sucia, acurrucada en un rincón, casi de espaldas. El adolescente saca un manojo de llaves y abre una puerta de barrotes. Es el otro quien me lanza cabeza adentro.

El adolescente se queda mirando una televisión en miniatura. Yo me acurruco al lado de Ada. Paso mi brazo sobre su hombro aunque ella siga viendo el muro. Nos quedamos así hasta que la luz de las claraboyas desaparece. El joven saca una lamparita de pilas que solamente lo ilumina a él. Yo aprovecho para decirle a Ada *Estoy aquí*. Como en las películas. *Estoy aquí*. Y a punta de repetirle muy bajito y muy despacio *Estoy aquí*, Ada va reaccionando poco a poco hasta que se voltea y me reconoce. Se pone a llorar con gemidos largos y gruesos lagrimones, me abraza. Nos quedamos acostados, abrazados, sabiendo que ya pueden matarnos si quieren.

Más tarde le pido perdón. Por esa vida miserable a la que la he condenado. Por no haberla sacado a tiempo de la República. Por todo lo que ha tenido que sufrir. Ada solo mira mi cara desde sus grandes ojos grises y me acaricia y entre una petición y la siguiente me besa suavemente.

Nos levantan a las seis de la mañana. Nos llevan a unas duchas ubicadas detrás de la casa, al aire libre, y nos ordenan lavarnos la cara *para ir a ver al patrón*. Nos suben a una camioneta. Maneja un adolescente con uniforme militar y a su lado va otro adolescente de civil con una ametralladora. Atrás, en medio de nosotros y de civil también, un adulto con un solo ojo, una pistola al cinto y una gorra con el logo de la Unión de Escuadrones de la Muerte. La camioneta se enfila por una carretera de tierra. Pasados diez minutos al chofer le da por decirle al copiloto que alguien llamado El Chigüiro asegura que puede correr en ese carro a 140 kilómetros por hora a campo traviesa. El otro le responde que él puede correr a 160.

Si es tan verraco muestre, dice el niño del timón. El de atrás dice que se dejen de maricadas los dos porque hay que llegar ya y hacer la entrega de los prisioneros. El del timón suelta una aguda carcajada de niño antes de decir que si es cierto lo que dice el copiloto vamos a llegar mucho más rápido. Y frena en seco. Cambian de asiento. El que queda en el timón se tercia la ametralladora en el estómago, mete la camioneta en un potrero y empieza a acelerar. Ada y yo estamos esposados de pies y manos, amarrados entre nosotros con una cadena que se tensa tras la espalda del hombre de la gorra y amarrados además a las manijas de la puerta con un lazo. Los baches hacen que rebotemos contra el techo, que nos demos cabezazos contra las ventanillas.

El de la ametralladora acelera cada vez más y ya lo único que se oyen son nuestras cabezas contra el techo y las carcajadas ahogadas, parecidas al llanto, del bizco en medio de nosotros. De repente, en menos de un segundo, el mundo da una vuelta completa y puedo ver cómo el chofer suelta las manos del timón. Un fragmento de segundo después entra una piedra del suelo rompiendo el parabrisas y le destroza la cara, antes de hacerlo desaparecer a un costado del carro. Los demás seguimos rodando adentro, boca abajo, por el potrero húmedo. Cuando por fin el carro se detiene veo que el copiloto se arrastra afuera. Nuestro custodio yace con el cuello doblado y la cara aplastada, a nuestros pies. Yo tengo sangre en un brazo y Ada un ojo muy rojo.

Todavía sin entender lo que está pasando le quito la pistola al custodio. Nos arrastramos despacio afuera. Vemos al copiloto sentado en una piedra, a unos cinco metros del carro. Tiene la camiseta militar rasgada verticalmente y sangra profusamente, un vidrio o una lata lo han abierto de arriba abajo. Mirando el suelo, muy pálido, muy jorobado, grita que nos quedemos quietos. Seguimos andando. Entonces nos apunta con su pistola, sin mirarnos. Obedecemos, paramos. Pasados dos segundos tiene que bajar el brazo porque no puede aguantarlo y aprovechamos para echar a correr. Mientras nos alejamos puedo ver cómo levanta la pistola de nuevo,

esta vez para matarnos.

Antes de que pueda apuntarnos le pego un tiro. Se escurre de medio lado, muy despacio. Desaparece tras la piedra.

*

Nos caemos y nos levantamos y nos volvemos a caer, hasta que Ada me recuerda que llevamos una pistola automática. Con la pistola rompemos las cadenas y los cuatro juegos de esposas. Nos quedan balas en el proveedor. Caminamos más de tres horas por potreros y cultivos de palma africana hasta llegar a una carreterita embarrada. Nos escondemos detrás de unas piedras. Después de una hora pasa un camión cargado de trabajadores para una de las haciendas, nos recoge. Dicen los trabajadores que pasados tres pueblos el camión atraviesa una carretera por la que pasa un bus que va al norte.

Después de cuatro horas de camino, casi al atardecer, nos bajamos en el cruce. Esperamos bajo una ceiba hasta que pasa el bus. En el bus procuramos dormir sin conseguirlo. No hablamos. A media noche llegamos a un pueblo fantasma del norte, a un caserío de contrabandistas y narcotraficantes que nunca duerme. La tarjeta de banco de Ada es todo lo que nos queda pero es más que suficiente. Pagamos el bus, pagamos la comida. He matado a un hombre y siento que todo está bien. Dormimos en un motel para choferes y a la mañana siguiente compramos ropa y desayuno, antes de emprender el largo camino hacia la república vecina. Cinco días sin descanso, por trochas y ríos y caminos, por aguaceros e inundaciones, por tierras todas siempre del presidente don Tomás del Pito y de sus tres hijos varones.

*

Amanecemos en una casa de la Colonia que se cae a pedazos sobre un gran río tropical. Es el único hotel del penúltimo pueblo. Tiene dos habitaciones con muebles también coloniales y un cielorraso altísimo, figuras de yeso, manchas de humedad. Yo he matado a un hombre. Ella guarda un secreto que solamente me cuenta al final (tendidos en una hamaca del balcón, todavía desnudos, viendo pasar la corriente turbia del río). Muy suavemente, como si su voz hiciera parte de la brisa, Ada me dice que está embarazada y que lo sabe hace un mes. Cuando acaba de decirlo hace una pausa, esperando a que yo diga algo. Yo no digo nada. Pasado un minuto o más toma mucho aire y agrega que no va a tenerlo. Que no tendría sentido tenerlo estando así: sin casa, sin familia, sin amigos, sin país, sin nada.

Sigue enumerando los motivos por los cuales no debe parir. Habla cada vez más rápido pero no se da cuenta. Pongo mi mano sobre su boca. No tengo nada que decirle. Nadie me ha enseñado lo que se dice cuando la mujer con la que se huye de

una muerte casi segura queda embarazada. Consigo que se calle y seguimos viendo el río que pasa. Y no hablo más. Ni en ese pueblo ni en el siguiente.

*

Ya muy cerca de la frontera, en las estribaciones de la última serranía, sentados en una piedra, le digo, cómo no, que tengamos el hijo. Como si eso fuera poco, le digo también que no hay nada que yo quiera más en el mundo que tener un hijo suyo. Y le digo que cuando nazca nos tendrá a nosotros. Que Del Pito no vivirá cien años. Le repito que lo tengamos, por si no me ha oído. Que por favor lo tengamos. Y ya parezco el niño consentido de una propaganda de chocolates cuando repito por favor, cuando imploro argumentando que Marta será la tía de la criatura y las hijas de Marta sus primas. La dulce Ada me hace callar a tiempo. Me abraza largamente. Lloro un poco. A las cinco de la mañana sale el bus que nos lleva al último pueblo.

*

Llegamos sanos y salvos al último pueblo. Decido comprar frutas para el camino, en el mercado que está frente al hotel. Creo que Ada me mira desde la ventana. Cuando estoy hablando con el dueño de un puesto de naranjas tres camionetas frenan ruidosamente y de ellas salen más de diez hombres armados. Corro por entre los puestos. No me pueden alcanzar, pienso, pero me alcanzan. Me tiran al suelo de una zancadilla. Me levantan. Una mano demasiado grande me aprieta del cogote para meter mi cabeza en una capucha negra. No alcanzo a gritar.

DESPUÉS DEL FINAL (EL PRINCIPIO)

Para Lorenzo

Bonn, 17 de marzo de 2019

¿Podrás leer esta carta? ¿Se pudrirán mis palabras bajo la lluvia del trópico, sobre tus huesos tan blancos y la tierra roja, sobre el pasto gigante que cubrirá eso que fuiste?

¿Podré algún día encontrar tu tumba?

La imagino sola, tu tumba: sin nombre: dos enes mayúsculas grabadas en una lápida blanca y de cemento, aguantando tormentas y vendavales.

¿Crees que podré encontrar el pastizal que cubre tus huesos, en ese país infinito y despiadado al que tarde o temprano me obligarás a volver?

¿Crees que desde aquí puedo oír alguna de tus respuestas?

*

Bonn, 19 de marzo de 2019

¿Estás acaso vivo y lees esto a la luz de una vela, entre un aguacero y otro, en una de las selvas de uno de los ríos de ese país perdido en el trópico?

¿Se mezclan tus lágrimas por mí y por tu hijo, por todo lo que perdiste, con los goterones de lluvia que te escurren por la cara?

¿Podré saber que me lees, cuando me leas?

¿Podré tocarte de otra manera?

*

Bonn, 27 de abril de 2019

¿Leeremos juntos estas palabras? ¿Abrazados, riéndonos, sin poder dejar de besarnos?

*

Bonn, 5 de mayo de 2019

¿Escribiré todo lo que quiero escribirte entre signos de interrogación? ¿Serán todas mis cartas una sola pregunta larga y partida?

No, lo juro. Saltaré el vacío y te lo contaré todo, sin saber si me lees o no me lees nadie.

*

Bonn, 11 de mayo de 2019

Un avión blanco y gordo me lleva a Frankfurt. Un tren rojo y flaco me lleva a Bonn. Marta Akira en la estación no hace más real este cuento para niños en el que yo lloro sin parar y me acaricio una barriga redonda cubierta por un vestido con flores.

El apartamento de Marta Akira es limpio y espacioso, lleno de luz a pesar del invierno. El invierno de Bonn es blanco y azul, como el invierno de un cuento en el que una mujer embarazada llora.

Ahora existo aquí, en este apartamento, como todas las mujeres que perdieron a sus hombres: asustada y triste, sin creer en los milagros pero tejiendo sin parar. Como Penélope, esperando tu pronto regreso desde el más allá.

*

Bonn, 17 de mayo de 2019

Marta consigue a veces contagiarme de sus ganas de vivir. El marido de Marta es bueno y silencioso, sus dos hijas me tratan como a una tía.

Siempre imagino a las niñas en la noche del incendio: como en un cuento: trenzas rubias iluminadas por las llamas: bracitos abrazando el cuello de Marta: niñas que lloran con letras de molde saliendo de sus bocas.

Mi barriga sigue creciendo. En el pasillo del edificio están sentados siempre dos policías alemanes, para que no se repita la noche del incendio.

Ayer nevó otra vez. Marta dice que será la última este año.

*

Bonn, 1 de junio de 2019

Hace ocho días apareció en medio de este cuento infantil una caja azul, cubierta de sellos y estampillas. Tan irreal como todo lo demás, tan parecida a una ilustración.

Contiene la caja todos tus papeles y eso debería emocionarme, hacerme saltar el corazón, pero no sucede. Son todos los papeles que dejaste allá, guardados en un apartado aéreo.

Dice Marta que María Block recibió un pequeño sobre en su oficina hace un mes, que el sobre contenía el número de un apartado aéreo y la indicación de hacerle llegar a Ada Neira todos los papeles allí contenidos.

Tal vez debería sacar conclusiones de la caja azul. Asumir por ejemplo que estás vivo. Pero yo solamente sueño con tus huesos, barridos ya por mil aguaceros tropicales, con tus huesos limpios y brillantes.

Mirando los papeles que me envías me entero de tus intenciones: quieres que nuestras desgracias y alegrías en el país tropical se conviertan en algo parecido a un libro de aventuras.

El manuscrito tiene más de doscientas páginas, un comienzo y un final. Aunque existe, el manuscrito, en mi cuarto, en la caja, yo no puedo leerlo, yo estoy demasiado cansada.

Solo puedo mirar a través de la ventana y saber que el cuento infantil sigue avanzando y que yo sigo atrapada en él, haga lo que haga, con todos mis miedos y con esta barriga a punto de estallar.

*

Bonn, 7 de junio de 2019

La primavera no aparece bajo la nieve. Está solamente en mi cabeza, dentro del cuento infantil.

Salgo al parque con mi barriga, sudo, me siento más real, pero todo sigue blanco.

No entiendo por qué mi hijo no sale ya de su escondite.

*

Bonn, 9 de junio de 2019

Nacerá en la casa de Marta con una partera y es mejor así.

Estuve en el museo de arte de Bonn, hace una semana. Lindo. Cuadros de colores dentro de un cuento ilustrado.

En el bus de vuelta iban los hinchas de un equipo de fútbol. Babeaban, felices, borrachos. Viéndolos pensé que todos ellos habían sido paridos por una madre y sentí ganas de vomitar.

Todavía no tengo un nombre para mi hijo pero estoy segura de que será un hombre.

*

Bonn, 15 de junio de 2019

Nació antier. Está sano. Lo he visto y he decidido llamarlo Félix. Tiene cara de Félix. Lloro, caga, toma leche de mis tetas y no ve nada. Parece mucho más real que este cuento.

*

Bonn, 1 de julio de 2019

Alguien toca en la puerta de mi cuarto. Digo *pasa* pensando que es Marta. Es el hombre a quien Lorenzo llama en su libro *Martín Acosta*. Su nombre real es otro y no lo diré yo tampoco. Ha venido de sorpresa.

Lo veo y me echo a llorar. No sé por qué. Lloro, gimo, me ahogo, pido un vaso con agua. Siento como si ese país tropical lejano y real se metiera en mi barriga y quisiera partirme en dos.

Se queda tres días. Vive exiliado en París. Ayuda a Félix a bañarse, le cambia el

pañal y le habla. Y después se va.

*

Bonn, 7 de julio de 2019

Acaba de llegar el verano. Todos los alemanes están desnudos en los parques. Hay un parque muy grande, diagonal a mi ventana.

Quiero alquilar otro apartamento, uno para vivir solamente con Félix, pero no soy capaz. No tengo las fuerzas necesarias, todavía.

Tal vez si tuviera las fuerzas necesarias, las usaría para volver a ese país despiadado, a ese infierno en la tierra tropical de donde salí.

Quisiera criar a Félix allá, en mi país. En una ciudad pequeña en la que nadie sepa quiénes somos o de dónde venimos, en la que nadie pregunte nada.

*

Bonn, 11 de octubre de 2019

Félix tiene cinco meses y el amor que siento por él es mucho más grande que todas las palabras juntas.

*

Bonn, 12 de octubre de 2019

Se me acabó el permiso de maternidad como refugiada y ahora vivo de ser mesera. El café en el que trabajo es limpio, bonito. Está frente al parque de los grandes árboles. Gano lo suficiente para vivir sola, sigo sin fuerzas para hacerlo.

Marta insiste en que me vaya por la noche de fiesta, en que vea a otras personas. Insiste tanto que al fin le hago caso. Uno de sus amigos es soltero. Está enamorado de mí.

Félix ya duerme toda la noche sin comer, así es que le dejo un tetero y me llevo el celular de Marta. El amigo de Marta es rico y bien plantado. Me invita a un restaurante.

Más tarde caminamos por un parque y hablamos en inglés. De mi vida

(inventada) y de la suya (real, supongo). Vamos a un bar. Bebo como cuando era una adolescente. No bailo.

Me despierto en una cama doble. En la cabecera hay pintado un paisaje de invierno. A través del ventanal se ven rosales y cerezos. El músico duerme. Me siento mareada, quiero ver a Félix.

Tropiezo con los objetos, como si siguiera borracha. Quiero irme del cuarto del músico y de su casa (y también de Bonn y de Alemania y de Europa: irme sin mirar atrás, pero las fuerzas todavía no me alcanzan).

*

Bonn, 17 de junio de 2020

Alquilo un apartamento muy pequeño a dos calles del de Marta. Félix ya tiene un año. Dice «agua» y dice «perro» y dice «bomba», en español. Estamos juntos casi todo el día. Por la noche lo dejo con Marta y sus niñas, mientras trabajo en el café.

Vamos a los parques, Félix y yo. Jugamos siempre. Nada es más real que hace un año. Espero encontrar en alguna parte las fuerzas suficientes para volver, para salvar a Félix de Alemania antes de quedar convertidos los dos en personajes de cuento infantil.

*

Bonn, 19 de junio de 2020

La forma más triste de volver a mi país es mirando las noticias en el computador de las niñas de Marta y es también la única forma. Hoy hay varios artículos sobre las guerras entre paramilitares del norte.

En una foto a todo color veo las ruinas humeantes de una casa de hacienda que parece un chalet suizo. Hay también cuatro torres calcinadas. Es la casa de nuestros secuestradores.

El título del artículo que acompaña la foto es «Venganza entre narcotraficantes en las sabanas del norte», y en la segunda página hay una foto de los forenses del gobierno sacando de las ruinas varios cuerpos frescos en bolsas de plástico blanco.

Amordazados, amarrados y mutilados. Son los cuerpos de siete paramilitares de la

región. El artículo dice que hay también un séptimo cuerpo, enterrado lejos de los demás y mucho antes, en un potrero vecino.

Tiene los huesos de las piernas rotos en varios trozos y está esposado de pies y manos. Fue decapitado antes de morir. Dejo de leer. Sé que eres tú. Que es tu cuerpo, roto y decapitado.

Los hombres que te atraparon en el último pueblo te llevaron de vuelta a la jaula y te torturaron y te cortaron la cabeza (para entregársela en un plato a alguien o para hacerte caber en un hueco o solamente por diversión).

Me siento en el suelo, cerca del calentador. Las niñas de Marta se aburren de hablarme, de mirarme, se van. No me levanto del suelo hasta que entiendo que desde la puerta Marta me grita que Félix está llorando.

*

Bonn, 23 de junio de 2020

En el mismo periódico, dos días después, hay una foto del entierro masivo de los cadáveres. Una fila de ataúdes sin pulir, pintados todos de blanco, levantados en andas por la calle principal del pueblo.

Seguramente dentro de los ataúdes blancos el sol del trópico hace que se pudran más rápido los pedazos de carne de los siete mercenarios paramilitares. Tus huesos y tu cráneo deben brillar más.

*

Bonn, 1 de diciembre de 2020

Leí tus papeles. Todos, los doscientos. Leyendo no podía creer que era yo misma la que había vivido eso. Aunque lo viví, claro, todo. Como si el cuentico ilustrado de Alemania fuera la vida y lo que nos pasó antes solamente un sueño largo y agitado del que ya quedara muy poco.

En ninguno de tus doscientos papeles llamaste las cosas por su nombre. No era necesario, ese complicado juego tuyo de seudónimos y nombres falsos. Si en todo caso nos iban a encontrar y a derrotar, ¿para qué llamar *Del Pito* al presidente en vez de llamarlo por su nombre de pila, [REDACTED]? ¿Por qué llamar *Miranda* a [REDACTED]?

*

Bonn, 13 de diciembre de 2020

La única felicidad de este mundo es el pequeño Félix. Es real. Habla en español y todavía no pregunta por su padre. Persigue las palomas, aplaude cuando oye música, amanece siempre sonriente. Y se parece tanto a ti, maldito Lorenzo, amor de mi vida.

*

Bonn, 17 de diciembre de 2020

Dejaste demasiados cabos sin atar en tu fardo de papeles. Si acaso crees que no es así dime entonces:

¿En dónde está el cuerpo de Jairo Calderón? ¿Hay un cuerpo de Jairo Calderón? ¿Está acaso Jairo vivo y yo no lo sé?

Y dímelo también, saco de huesos:

¿En dónde está lo que quedó de María Itami? ¿La violaron antes de matarla? ¿Qué les hicieron a ella y a Jairo para que contaran en dónde me escondía yo?

Y dime:

¿Quién dio la orden de matar a mi papá? ¿Quiénes fueron los cómplices? ¿Cómo se planeó el asesinato? ¿Quién dejó entrar al parqueadero los explosivos?

Y antes de que te rías de mí desde el más allá, desde tu caja blanca bajo la sabana tropical:

¿Quién era el tercer personaje de la reunión en el apartamento? ¿Un subalterno del presidente ■■■■■? ¿Un jefe suyo? ¿Era suya la finca a la que volviste para ser decapitado? ¿De uno de sus mercenarios?

Y también, para despedirme por hoy:

¿Ordenó ese personaje sin rostro nuestra desaparición? ¿La ordenó el presidente ■■■■■? ¿No la ordenó nadie? ¿Ocurrió por accidente? ¿Porque sí, porque tenía que ocurrir para completar esa pesadilla?

Ya lo ves: son y serán siempre imposibles los relatos policíacos en la República de ■■■■■. También los vividos, porque en ■■■■■ nunca hay pruebas, nunca hay culpables, nunca se sabe quién hizo qué, por qué se mata o por qué se muere.

No será entonces una novela, tu fardo de papeles. Siento decírtelo ahora, cuando ya no puedes hacer nada al respecto. Solamente yo leeré tus desventuras, las nuestras,

atrapada todavía en este cuento alemán tan bien ilustrado.

*

Bonn, 21 de diciembre de 2020

Estoy con las niñas de Marta y con Félix. Los tres juegan a construir un castillo con cubos de madera. El apartamento entero está decorado para Navidad. Afuera nieva.

Marta me llama a su estudio. Está en el computador y quiere mostrarme una noticia. Yo no quiero verla. Es algo que pasó en [REDACTED]. Mucho le he pedido a Marta que no me lea noticias de ese país. Que no me hable de él, tampoco.

Es una pequeña nota en una página secundaria de un periódico alemán. Marta me la traduce. En la capital de la República de [REDACTED] las vallas publicitarias de las principales avenidas amanecieron con una foto inmensa de la cara de Pedro Akira y con la frase *Pedro Akira vive*.

Se desconoce quién o quiénes estén detrás de la campaña. No comento nada ni miro a Marta. Regreso a mi cuento alemán: a las dos niñas rubias y al niño pelinegro que arman con cubos de madera un castillo, a la sombra de un gran árbol de Navidad lleno de luces.

*

Bonn, 22 de diciembre de 2020

Suena el teléfono. Solo puede ser Marta, pero no es. Es María Block. Saluda con la calidez de siempre, pregunta por Félix. Dice que espera poder salir del país en un par de meses para venir a vernos. Y habla de lo que la ha obligado a llamarme.

La mañana del día anterior ha aparecido una máscara sobre la silla de su escritorio. Parece asustada pero también feliz. Dice: *No es cualquier máscara, Adita. Es la máscara que tenía Pedro cuando estaba recuperándose en el hospital. Junto a la máscara dejaron un volante impreso con la misma letra de las vallas (supiste lo de las vallas, ¿no?), pero este decía: «Pedro Akira no ha muerto: espéralo muy pronto».*

María no sabe qué hacer. No sabe si es una amenaza del presidente [REDACTED] o una

broma, o si alguien del Movimiento planea regresar a la política usando la imagen de Akira. Quiere saber si yo sé algo, quiere saber qué opino.

María no entiende que yo vivo en un cuento infantil. En Bonn, en Alemania. Le cuelgo como puedo. Me desnudo, me doy una ducha y me visto de camarera. Salgo a llevar a Félix a la casa de Marta Akira antes de caminar despacio hasta el café que me da el sustento.

*

Bonn, 25 de diciembre de 2020

Sueño que me persigues por las escaleras del edificio en el que vivo, mi querido Lorenzo. No tienes cabeza, me asustas. Cuando estoy llegando a mi puerta, sin aliento, entiendo que aun sin cabeza sigues siendo tú. Corro escaleras abajo para encontrarte pero ya no estás.

*

Bonn, 13 de enero de 2021

Llama una de mis tías desde el puerto de Santa María. Estoy de visita en donde Marta. A mi tía le tiembla la voz. Dice que no sabe cómo decirme lo que tiene que decirme. Esa mañana su barrio amaneció cubierto de carteles.

Dice que con la ayuda de su empleada del servicio arrancó algunos. Me lee el primero, sin preguntarme si quiero (no quiero, solo quiero estar lejos, en mi cuento de invierno, en ese paraíso artificial, en Bonn, en ninguna parte).

Dice el cartel:

NOS REÍMOS JUNTOS. MIENTRAS NOS REÍAMOS ELLA ENDEREZÓ EL ESPALDAR CON EL CONTROL REMOTO, ALISÓ LA COBIJA VERDE CLARA Y CON SUS DELICADOS DEDOS CORRIÓ UN POCO LAS VENDAS DE MI CARA PARA QUE PUDIERA VER Y RESPIRAR MEJOR. POR ERROR O SIN ERROR, AL HACERLO ME TOCÓ LOS LABIOS. SONRIÓ CON UNA TIMIDEZ QUE PARECIÓ LEGÍTIMA, SE DIO LA VUELTA Y ABRIÓ UN POCO LAS PERSIANAS DE LA VENTANA. LO SUFICIENTE PARA QUE ENTRARA UN POCO DE LUZ NATURAL, NO LO SUFICIENTE PARA QUE EL TELEOBJETIVO DE UN RIFLE O DE UNA CÁMARA PUDIERA APUNTARME DESDE OTRO EDIFICIO. SONREÍ MÁS MIRÁNDOLA. SENTÍ QUE EL PECHO SE ME AGRANDABA EN SENTIDO METAFÓRICO Y REAL. TODAS LAS DIFICULTADES DEL PLAN SECRETO SE HICIERON POR UN MOMENTO

SOPORTABLES. TODO PARECÍA MÁS FÁCIL TENIENDO CERCA DE MÍ A ADA NEIRA.

Entonces por fin lo consigues, maldito saco de huesos, después de tantos días. Ya estoy en brazos de Marta, llorando a mares, temblando, sin poder respirar. Mi tía, sabiendo que eso me conviene, lee a mansalva otro cartel:

FALTANDO UN DÍA PARA QUE EL DOCTOR NEIRA DEJARA ENTRAR A LOS PROHOMBRES, UNA TARDE DE BOCHORNO ME QUEDÉ OBSERVANDO CÓMO LA ENFERMERA ADA NEIRA CAMINABA HACIA LAS PERSIANAS PARA CERRARLAS Y POSIBILITAR ASÍ MI PRÁCTICA DIARIA. CREÍ ENTENDER ALGO, AL VERLA DAR SUS PASOS CORTOS Y MIRAR LAS CORTINAS CON ESA SONRISA CONTENIDA, CONSCIENTE DE QUE YO LA MIRABA. SENTÍ UNA ALEGRÍA LLENÁNDOME TODO EL CUERPO Y POR PRIMERA VEZ EN MI TORTUOSA EXISTENCIA LOS ÓRGANOS INTERNOS DEJARON DE HACERME LA VIDA IMPOSIBLE. UNA PARTE DE MI CABEZA QUE NO PUDE CONTROLAR QUISO DECIRLE A ADA NEIRA QUE APAGARA LA LUZ ELÉCTRICA TAMBIÉN, QUE CERRARA LA PUERTA POR DENTRO, QUE NO SE FUERA.

Y otro, desde la remota Santa María:

AL QUINTO DÍA, SIN PREVIO AVISO, COMO SI HUBIERA ENLOQUECIDO, LA ENFERMERA ADA NEIRA REGRESA DEL BAÑO, SE ACERCA POR DETRÁS AL SOFÁ EN DONDE VEMOS UNA PELÍCULA MUDA Y EMPIEZA A ENROLLAR LA VENDA LARGA ALREDEDOR DE MI CABEZA HASTA CUBRÍRMELA TODA. DESPUÉS LA DESENROLLA, SENTADA A MI LADO EN EL SOFÁ, CON CARA TRISTE, COMO SI JUGARA CON UN MUÑECO. ME ENVUELVE Y ME DESENVUELVE ASÍ DOS VECES. A LA TERCERA ESTOY YA DESCUBIERTO CUANDO ME AGARRA LA CARA CON LAS DOS MANOS Y ME DA UN BESO EN LA BOCA QUE NO SE TERMINA.

Y otro también:

LA ÚNICA RESPUESTA SATISFACTORIA ES LA MISMA A LA QUE YA LLEGUÉ ANTES, CUANDO PENSÉ ESTO AL SEGUNDO DÍA, RECIÉN LLEGADO A MI NUEVA VIDA: QUE NO QUIERO VOLVER NUNCA MÁS AL HÚMEDO ESCONDITE EN EL BARRIO LA ESMERALDA. QUE NO PUEDO ARRIESGARME AL DESPRECIO ETERNO DE MI MADRE MUERTA, DE MI PADRE VIVO. SALGO A LA TERRAZA. BAJO EL CIELO REAL DE LA CIUDAD, INFESTADO COMO SIEMPRE DE ESTRELLAS, NO PUEDO EVITAR PENSAR EN LOS OJOS GRISES Y EN LA ESPALDA TATUADA DE LA ENFERMERA ADA NEIRA. EN SUS NALGAS TAN BLANCAS.

EN SUS BESOS.

Pedazos de tu maldito fajo de papeles, maldito seas. Interrumpo a mi tía. Ella me dice con voz entrecortada que no sabe si los carteles son auténticos o si los pusieron los de los Escuadrones de la Muerte. No le pregunto qué quiere decir con «auténticos». Le digo que se calme, que la llamaré temprano por la mañana.

Después Marta se va del cuarto. Vuelve con una taza de té para mí. Me la tomo, pero ya no me creo nada de lo que allí pasa. Siento que el hechizo del cuento alemán se ha acabado. Bonn no es nada. Vuelvo con Félix a nuestro apartamento, mi cuerpo es ahora más ligero.

*

Bonn 27 de enero de 2021

Me voy.

Vuelvo a [REDACTED]. Me voy con Félix. Porque sí. Porque no puedo más y no quiero ver cómo empieza otro año en esta ciudad perfecta en la que todo me es ajeno.

Prefiero volver, estar en [REDACTED], jugarme la vida para que Félix vea la tumba de su padre. En el aeropuerto le entrego a Marta tu fardo de papeles, por si no vuelvo. Ella sabrá qué hacer con ellos.

*

[REDACTED], 11 de febrero de 2021

Llevo tres días en [REDACTED], país tropical ubicado al lado de [REDACTED]. Es esta la única forma de entrar al país sin quedar registrados en un computador que puedan ver los verdugos.

Ahora tendré que tener paciencia, estés muerto o vivo. Hay una huelga de transportadores. La frontera lleva cinco días cerrada.

*

[REDACTED], 12 de febrero de 2021

La frontera es solamente una caseta de ladrillo medio caída, una barda pintada de

amarillo. Más allá puedo ver los árboles de [REDACTED]. Tendré que seguir esperando. Tomamos sopa de pescado en el hotel, después vemos la televisión.

Más tarde, mientras él duerme, llamo a mis tías para contarles que la huelga en la frontera sigue. Oigo que discuten hasta que la mayor pasa al teléfono.

Me cuenta que bajo la puerta dejaron una fotocopia en la que está escrito *Ada Neira: te veré en la playa del Pilón el 19 de febrero a las cinco de la tarde*. Cuelgo el teléfono.

*

[REDACTED], 15 de febrero de 2021

Me despierto muy temprano. Todavía de este lado de la frontera. Félix juega con una tapa de cerveza en el pasillo. Me pregunto qué pensará él de todo esto. Tal vez nada.

Bajo a la recepción. Abro la página web del único diario independiente de [REDACTED]. Hay un titular muy grande. Leo solamente el título y la entradilla, pero es más que suficiente.

¿Impostor o testigo clave?

Supuesto testigo de una reunión entre los ministros Luis Rabat y Jorge Parra, el capo del narcotráfico [REDACTED] y el Señor Presidente de la República, afirma en un video recibido por este diario tener pruebas de cómo en dicha reunión se planeó el asesinato del candidato a la presidencia Pedro Akira y se pactó la participación de la oposición en el gobierno nacional.

*

[REDACTED], 17 de febrero de 2021

Hace tres horas pasamos la frontera. En un colectivo ilegal y por una carretera secundaria. Mientras atardece me dedico a mirar las hermosísimas sabanas de mi país. Después solo miro al niño Félix. Lo beso en la cabeza, me da la espalda, lo abrazo, nos quedamos dormidos.

Cuando me despierto sigue durmiendo, recostado en la ventanilla. La noche es muy oscura, vuelvo a dormir. Poco después él se despierta y llora. Nunca lloró, tampoco cuando era un bebé, pero ahora llora a todo pulmón, desconsolado. Viéndolo no puedo controlarme y lloro también.

Dos horas después el chofer grita que no se va a detener en ninguna parte hasta que lleguemos al puerto de Santa María. Toda la carretera está llena de tipos armados, uno cada diez pasos, casi todos encapuchados (quietos, irreales, como en una pesadilla, presentes en la realidad absoluta de [REDACTED]).

Félix me dice que quiere llegar ya. Lo abrazo. Mientras lo aprieto veo fogatas a lo lejos, columnas de humo blanco partiendo la oscuridad de la sabana. Me pregunto qué hago ahí, por qué me salí del perfecto cuento alemán para meterme en esa maldita pesadilla.

*

[REDACTED], 19 de febrero de 2021

Me despierta la luz. Hace calor y huele a trópico. Enderezo la espalda procurando que Félix siga durmiendo. El bus avanza paralelo a un río lento y sucio. No sé cuánto tiempo estoy mirando el amanecer de la sabana.

Cuando cambiamos de carretera aparece, a nuestro costado, entre la bruma, el hermosísimo mar Caribe. Abro la ventanilla. Trago todo el aire que puedo, como si en eso me fuera la vida. Félix se despierta. El viento le agita el pelo. Me mira con ojos muy abiertos y me pregunta si ya llegamos.

Aprieto una de sus manos en una de las mías. Así estamos casi una hora. Tomados de la mano, en silencio, hasta que el bus entra en el terminal de Santa María. Un desvencijado reloj marca las cuatro de la tarde. Tiene también la fecha, 19 de febrero. He perdido una semana en la frontera.

*

[REDACTED], 19 de febrero de 2021

El taxi es nuevo y el taxista muy joven. Insiste en dejarnos a pocos metros de las olas, en la playa del Pilon. Félix y yo nos sentamos allí sobre nuestras maletas y miramos cómo el sol desaparece detrás del mar. Se empiezan a encender las luces de la avenida.

Muy lejos tres niños desnudos se persiguen gritando. Félix se moja los pies en la espuma de las olas y me mira. Entonces decido voltearme para ver la ciudad.

Lo que veo entre las palmas, sobre la avenida, es tu minúscula silueta. La humedad del aire no me deja ver la ciudad, pero sé que esa es tu silueta. Por un segundo la luz de un poste te ilumina. Después desapareces de nuevo, perdido en la oscuridad que nos separa.

*A mis hermanos Daniel y Paula, por intentar descorazonarme.
A Alejandra Sánchez por su atenta lectura final.*

Este libro se escribió entre noviembre de 2007 y agosto de 2009.